LOS PIRATAS DE AMÉRICA

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Sociedad Dominicana de Bibliófilos, Inc.

La Sociedad Dominicana de Bibliófilos, Inc. se complace en publicar el trigésimo primer título de su colección Cultura Dominicana *Los Piratas de América* de Alexander Olivier Exquemelin. Esta narración de las vidas y hazañas de los bucaneros y filibusteros que desde Santo Domingo y la Tortuga infestaron y saquearon toda el área del Caribe fue originalmente publicada en 1678 en Amsterdam por quien confiesa haber participado en varias de las más memorables expediciones de estos aventureros. Esta nueva edición de la obra es la primera traducción directa del texto original holandés y está prologada por una introducción del traductor Juan Tomás Tavares K.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

LOS PIRATAS DE AMÉRICA

ALEXANDER OLIVIER EXQUEMELIN

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Editora de Santo Domingo

EDITORA DE SANTO DOMINGO
SANTO DOMINGO - REPÚBLICA DOMINICANA
1979

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

ISBN 84-8401-024-4
Depósito Legal: B. 15.550-1979
I. G. Manuel Pareja
Montaña, 16 / Barcelona-26
Impreso en España / Printed in Spain

De

AMERICAENSCHE

ZEE-ROOVERS.

Behelſende een pertinente en waerachtige Beſchrijving van alle de voornaemſte Roveryen, en onmenſchelijcke wreedheden, die de Engelſe en Franſe Rovers, tegens de Spanjaerden in America, gepleeght hebben.

Verdeelt in drie deelen:

Het Eerſte Deel verhandelt hoe de Franſen op Hiſpanjola gekomen zijn, de aerdt van 't Landt, Inwoonders, en hun manier van leven aldaer.
Het Tweede Deel, de opkomſt van de Rovers, hun regel en leven onder malkander, nevens verſcheyde Roveryen aen de Spanjaerden gepleeght.
Het Derde 't verbranden van de Stadt *Panama*, door d'Engelſche en Franſe Rovers gedaen, nevens het geen de Schrijver op ſijn Reys voorgevallen is.

Hier achter is bygevoeght,

Een korte verhandeling van de Macht en Rijkdommen/ die de Koninck van Spanje/ Karel de Tweede, in America heeft/ nevens des ſelfs Inkomſten en Regering aldaer.

Als mede een kort begrijp van alle de voornaemſte Plaetſen in het ſelve Geweſt, onder Chriſten Potentaten behoorende.

Beſchreven door A. O. Exquemelin.

Die ſelf alle deſe Roveryen, door noodt, bygewoont heeft.

Met ſchoone Figuren, Kaerten, en Conterfeytſels, alle na 't leven geteeckent, verſien.

t'AMSTERDAM,

By JAN ten HOORN, Boeckverkoper/ over 't Oude Heeren Logement. Anno 1678.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Portada de la primera edición, Amsterdam, 1678.

INTRODUCCION

A partir de la colonización española de América en el siglo XVI, diversos grupos de aventureros infestaron el área del Caribe en busca de fortuna. Mercaderes y negreros, ladrones de mar y corsarios, todos viajaban al Nuevo Mundo por iniciativa propia —aunque con la anuencia y en algunas ocasiones hasta la autorización de sus respectivos gobiernos— atraídos por las inmensas riquezas que los españoles pretendían reservar para sí mismos. Venían con el propósito de enriquecerse a costa del Imperio español en América, ganar fortuna en el Nuevo Mundo para luego regresar a disfrutar de sus ganancias ilegales en la comodidad de sus respectivas patrias. En realidad, estos primeros aventureros, a los que los españoles agredidos llamaban en conjunto y sin distinción tanto *piratas* como *herejes* por considerar sus actividades «ilegales» y en contra de la doctrina y de la fe católicas, sólo trasladaron el ámbito de sus antiguas correrías del Mediterráneo al Caribe, atraídos por la mayor riqueza del Nuevo Mundo, pero conservando esencialmente sus costumbres y modo de vida.

En cambio, en el siglo XVII, luego que grupos de extranjeros empezaron a establecerse en las despobladas Antillas Menores, una nueva raza de aventureros surgió como producto autóctono del Caribe, y sobre todo, de la parte occidental de la isla Española. El origen concreto de los *bucaneros* se puede fijar en 1622, cuando una banda de ingleses bajo el mando de Thomas War-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

ner fue expulsado por los españoles del Orinoco en las Guayanas, donde había tratado de establecerse. Warner y sus seguidores entonces se establecieron en la pequeña isla de San Cristóbal, donde los aventureros se dedicaron al cultivo del tabaco. En 1625 su número fue reforzado por un grupo de franceses venido de Jamaica en un barco, casi naufragando tras haber sido derrotado por los españoles de aquella isla. Los ingleses los acogieron con alegría, pues necesitaban brazos para trabajar en las plantaciones y para combatir las crecientes hostilidades de los indios caribes. Con la ayuda de los franceses, acabaron de exterminar la población indígena, y luego procedieron a dividirse la isla entre las dos nacionalidades.

La Corona española vio la prosperidad del establecimiento en San Cristóbal con disgusto, pues consideraba la presencia extranjera en América una violación de sus derechos y contraria a sus intereses, y dispuso en 1629 la destrucción de los aventureros en la isla. La tarea le fue encomendada a la *Armada de Barlovento,* la escolta de las flotas del tesoro, bajo el mando de Don Fradique de Toledo. Toledo llevó a cabo las instrucciones con facilidad, pues los aventureros debilitaron la defensa de la Isla al no actuar conjuntamente. No obstante, algunas personas escaparon de las garras españolas.

Los sobrevivientes en su mayor parte lograron navegar hasta la costa norte de la isla Española. Se establecieron en la pequeña isla de la Tortuga, situada a pocos kilómetros de la costa noroccidental de la Española. Allí continuaron cultivando tabaco como lo venían haciendo en San Cristóbal, pero también hubo algunos hombres que se dedicaron a la cacería de animales cimarrones en la adyacente isla.

En la isla Española pastaban grandes manadas de animales cimarrones, tanto reses como puercos, que los españoles habían traído hacía más de un siglo y se habían propagado prolíficamente por todas las sabanas. Durante muchos años los españoles se ganaron la vida cazando reses en la Costa Norte para vender

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

los cueros a los contrabandistas que con frecuencia acudían a hacer su comercio ilegal. Finalmente, en 1605 las autoridades dispusieron la destrucción y mudanza de la población costera al interior de la isla, cerca de la capital, para ejercer un dominio más estricto sobre las actividades de los habitantes. Desde esa fecha hasta la llegada de los aventureros la Costa Norte quedó abandonada a los animales cimarrones que continuaron propagándose aceleradamente.

Los aventureros de la Tortuga se dedicaron a la cacería de animales cimarrones, no solamente para aprovechar los cueros, sino también para proveer a la población de carne, el principal ingrediente de su dieta. En la isla de San Cristóbal habían aprendido el proceso que empleaban los indios caribes para conservar la carne. La cortaban en largos trozos finos y los ponían en sal a curar por varias horas. Luego los colocaban sobre los andamios de una barbacoa hecha de madera verde, y hacían un fuego de leña y los desperdicios de los animales que sacrificaban. Ahumada de esta manera la carne se conserva muchos meses sin dañarse y adquiere un sabor que gustaba mucho a los indígenas y a los aventureros. Los cazadores de la isla Española recibieron el apelativo de *bucaneros,* porque los caribes llamaban *bucán* a este proceso para ahumar la carne.

El número de bucaneros activos en la Española creció rápidamente, pues la demanda para cueros y carne ahumada era muy alta y la abundancia de animales prodigiosa. Abastecían de carne ahumada a los buques mercantes que acudían a la Tortuga a comerciar así como también a los habitantes de la Isla y sus criados. Además vendían los cueros a los mercaderes europeos a muy buenos precios. Muchos de los *alistados* (personas que se comprometían a rendir servicios por tres años a cambio del pasaje al Nuevo Mundo) se dedicaban a la cacería tan pronto como agotaban su contrato o lograban comprar su libertad. Otros aventureros también pasaron a engrosar las filas de los

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

bucaneros, llegando este grupo a contar con muchos cientos de hombres de todas las nacionalidades.

Sin embargo, la destrucción y el desperdicio de animales fue muy grande y al poco tiempo la cacería en las cercanías de la Tortuga se hizo sumamente difícil para el gran número de bucaneros que vivían de ella. Entonces, algunos cazadores se asentaron como *habitantes* (plantadores de tabaco), y otros —los más aventureros— se lanzaron al merodeo y robo de barcos en las costas de la Española. Mientras que los plantadores de tabaco gradualmente perdieron las costumbres y el espíritu aventureros del bucanerismo, los «Hermanos de la Costa» conservaron su estilo de vida nómada, sencillamente trasladando sus actividades de la sabana al mar. Por tanto, el nombre de «bucanero» pasó a identificar a todos los piratas de la Tortuga y luego de Jamaica, finalmente perdiendo el significado de su aceptación original de cazador para convertirse en sinónimo de pirata.

El presente libro, *Los Piratas de América* de Alexander Olivier Exquemelin, es la principal fuente documental sobre la constitución de la sociedad bucanera y las hazañas de François el Olonés y Henry Morgan, los más célebres capitanes bucaneros de la Tortuga y Jamaica. Su importancia estriba precisamente en que fue escrita por un testigo presencial de los hechos que narra, y ésto sólo pocos años después de su ocurrencia.

Sin embargo, sobre el autor de la obra, Alexander Olivier Exquemelin, tenemos muy pocas noticias fidedignas, fuera de lo que él mismo nos revela en su narración. En 1666 se embarcó en Havre de Grace con destino a la Tortuga como *alistado* de la Compañía Francesa de las Indias Occidentales, y luego de malpasar mucho al servicio de amos crueles, logró recuperar su libertad al cabo de tres años, pero al costo de quedarse sin un centavo. Habiendo adquirido algún conocimiento práctico de la medicina, fue acogido cordialmente en la «Hermandad de la Costa», grupo de aventureros que en esos momentos se apres-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

✠

PIRATAS
DE LA
AMERICA,
Y luz à la defenſa de las coſtas de Indias Occidentales.

DEDICADO
A
DON BERNARDINO ANTONIO
De Pardiñas Villar. de Francos,

Cavallero del Orden de S. Tiago, Secretario del Exmo. S^r. Duque de Medina-Cœli, en el empleo de Primer Miniſtro de ſu Mageſtad Catholica.

POR EL ZELO Y CUYDADO DE
DON ANTONIO FREYRE,
Natural de la Inclita Ciudad de la Coruña en el Reyno de Galicia, y Vezino de la Herculeä de Cadiz.

Traducido de la lengua Flamenca en Eſpañola, por el
D^or. DE BUENA-MAISON,
Medico Practico en la Ampliſſima y Magnifica Ciudad de Amſterdam.

Impreſſo en COLONIA AGRIPPINA, en Caſa de LORENZO STRUICKMAN. Año de 1681.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Portada de la primera edición en castellano, Colonia, 1681.

taba para lanzar una nueva expedición contra los españoles de Tierra Firme. Luego participó en varias otras campañas bucaneras como «cirujano» de la flota, primero al servicio de François el Olonés y finalmente con el capitán Henry Morgan, hasta que este último traicionara a sus tripulantes, quedándose con la mayor parte del botín obtenido en el saqueo de Panamá. En 1673 o 1674 decidió regresar al Viejo Mundo para dedicarse al ejercicio de la medicina.

Debido a la falta de información acerca de Exquemelin, se han producido numerosas conjeturas sobre la que habría sido su nacionalidad, sus actividades y su verdadero nombre, suponiéndose por cierto, que el autor no firmó su obra sino con su nombre de pluma. Sin embargo, estas fantasías románticas no encuentran ningún fundamento en los documentos históricos. Alexandre Olivier Exquemelin nació hacia 1645, de nacionalidad incierta, pero probablemente era nativo de Harfleur, Francia. Después de su regreso de América se estableció como «cirujano» en Amsterdam, aprobando los exámenes de admisión al gremio en 1679, según consta en los archivos holandeses. Murió después de 1707 en Europa, pero es posible que participara en la expedición corsaria de 1697 contra Cartagena de Indias.

Si los datos biográficos que tenemos a certitud de tan famoso autor aparentan escuetos, debemos recordar que la oscuridad de su pasado es un rasgo común a la mayoría de los aventureros que rodaban por los mares americanos, sobre todo en el siglo XVII. De hecho, los pocos datos que tenemos demuestran que la trayectoria personal del autor de *Los Piratas de América* es en su conjunto la típica biografía de un bucanero del Caribe en el siglo XVII.

Más apasionante y mejor documentada que la biografía de Exquemelin resulta la historia de su obra, la que no obstante su importancia, no fue esclarecida hasta hace pocos años. Publicada por primera vez en 1678 bajo el título *De Americaensche Zee-Rovers* por el librero holandés Jan Ten Hoorn, fue traduci-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

da a los principales idiomas europeos y publicada en rápida sucesión: en alemán bajo el título *Americanische Seeräuber* (1679); en español como *Piratas de América* en 1681; y en francés como *Histoire des Avanturiers* en 1686.

A partir de la primera traducción al castellano, las pasiones nacionalistas y la libertad acostumbrada en la versión del traductor iniciaron un curioso proceso de transformación en el texto que se fue acentuando con las sucesivas ediciones de la obra. La primera versión castellana se la debemos al Dr. Alonso De la Buena Maison, hombre de medicina colega de Exquemelin en Amsterdam, quien definitivamente alteró el espíritu de la letra para defender el honor español y castigar verbalmente la codicia y la violencia bucaneras, como lo demuestran los versos que incluyó en su propio prefacio al lector:

De Agamenón cantó la vida Homero
Y Virgilio de Eneas lo piadoso
Camóes de Gama el curso presuroso
Góngora el brío de Colón velero.

Tú, ¡O Alonso! más docto y verdadero,
Descrives del América ingenioso
Lo que asalta el Pirata codicioso:
Lo que defiende el Español Guerrero.

Así como el traductor español censuró todo lo que consideró que perjudicaba la fama y la honra de su nación, los dos traductores que primero publicaron las versiones inglesas se vieron obligados a alterar el texto para acomodar el contenido a los intereses ingleses. Los libreros ingleses desconocían la edición original en holandés, y por tanto basaron sus respectivas versiones en la traducción castellana de la obra. Sir Henry Morgan, para esta fecha transformado de capitán bucanero en «caballero» y gobernador de Jamaica, se indignó al conocer el

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

contenido de los dos libros y oportunamente sometió a los dos editores a la justicia por «difamación de carácter», reclamando la suma de diez mil libras esterlinas como indemnización por daños y perjuicios. La Justicia inglesa condenó a los editores al pago de doscientas libras cada uno y los gastos del tribunal. Asimismo ordenó a los editores a parar la venta de los libros, a disculparse públicamente ante Morgan y a introducir las correcciones de lugar en el texto de las futuras ediciones de la obra. Como era de esperarse, la obra de Exquemelin se convirtió en un «bestseller» instantáneo al ventilarse la causa de Morgan contra los editores, y así lo fue durante muchas décadas y en numerosas ediciones posteriores, todas, naturalmente, «corregidas» por los editores.

Ya en las primeras ediciones inglesas el apellido del autor fue anglicanizado a Esquemeling; luego su nombre de pila fue cambiado a John por los editores ingleses, curiosamente reflejando las profundas alteraciones que ocurrían simultáneamente en el sentido del texto. Todavía hoy día ocasionalmente se publica la obra en estas versiones imperfectas del texto y con John Esquemeling como el presunto autor de la obra.

La primera versión francesa también fue mutilada y expandida por el traductor para servir a los intereses de su nación. Luego la versión francesa fue considerada como la original, quizás por tratarse de un grupo de aventureros en su mayoría franceses y de habla francesa. *Histoire des Avanturiers* de 1686 no solo contenía un texto diferente al de la versión original holandesa, sino que también llevaba un error de imprenta en el nombre de su autor que habría de perpetuarse durante siglos para la confusión de los investigadores posteriores. La portada del libro proclamaba a Alexandre Oexquemelin autor de la obra, errata que obviamente ocurrió al juntarse la «O» de Olivier con el apellido. Luego el nuevo apellido fue truncado para dar Oexmelin, nombre por el cual nuestro autor es conocido por millares de lectores.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

La obra de Exquemelín se ha venido publicando periódicamente en sus diferentes versiones desde 1678, y no ha pasado una década sin que se diera al público por lo menos una edición de *Los Piratas de América.* Sin embargo, las mutilaciones han sido tantas, que en algunos casos es difícil reconocer la pluma de su autor en la nueva edición. Esto le ocurrió incluso al hijo de su primer editor, Nicolaas Ten Hoorn, quien en 1700 dio al público un libro titulado *Historie der Boecaniers of Vrybuyters van America,* traducción del inglés, al parecer sin darse cuenta de que esta obra era una corrupción de la obra de Exquemelin que su padre había publicado en 1678. En efecto, la nueva versión era una traducción del inglés; esta última era una versión basada libremente en la edición española del Dr. Buena Maison, la que, a su vez, era una traducción mutilada del holandés original. Naturalmente, el original casi no se reconoce en la nueva versión.

La confusión sobre este particular es tan grande que cuando el que estas líneas escribe fue comisionado a realizar la primera traducción moderna al castellano, hizo procurar una reciente edición de *De Americaensche Zee-Rovers,* publicada en 1971 por la editorial holandesa Uitgeverij Luitingh, para dedicarse a la tarea. Después de haber terminado el trabajo, nos enteramos de que el texto empleado por la editorial holandesa era el de la edición holandesa de 1700 y que éste difiere de manera muy pronunciada del original holandés de 1678. Entonces por fin salimos a la búsqueda del texto original, que por cierto nunca ha sido reproducido desde su primera publicación sino en una traducción moderna al inglés en 1969, por la editorial inglesa Penguin Books. No obstante, localizamos uno de los raros ejemplares de la edición príncipe, y sobre éste trabajamos para nuestra versión de la obra, la única en castellano desde aquella realizada en 1681 por el Dr. Alonso de la Buena Maison. Además, la Biblioteca John Carter Brown de Providence, Rhode Island ha tenido la gentileza de facilitarnos materiales

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

BUCANIERS
OF
AMERICA:
Or, a true
ACCOUNT
OF THE
Moſt remarkable Aſſaults
Committed of late years upon the Coaſts of
The Weſt-Indies,
By the Bucaniers of *Jamaica* and *Tortuga*,
Both *ENGLISH* and *FRENCH*.

Wherein are contained more eſpecially,
The unparallel'd Exploits of Sir *Henry Morgan*, our Engliſh *Jamaican* Hero, who ſack'd *Puerto Velo*, burnt *Panama*, &c.

Written originally in *Dutch*, by *John Eſquemeling*, one of the *Bucaniers*, who was preſent at thoſe Tragedies; and thence tranſlated into *Spaniſh*, by *Alonſo de Bonne-maiſon*, Doctor of Phyſick, and Practitioner at *Amſterdam*.

Now faithfully rendred into *Engliſh*.

LONDON:
Printed for *William Crooke*, at the Green Dragon without *Temple-bar*. 1684.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Portada de la primera edición en inglés, Londres, 1684.

para la reproducción de las ilustraciones de la edición príncipe así como las portadas de las principales ediciones que hemos mencionado en esta introducción.

Los Piratas de América es una obra fascinante así como la historia del libro es apasionante. Los mismos elementos que hicieron de esta obra un «bestseller» en los tiempos de Morgan y durante siglos después, están vigentes hoy día y hacen de la obra de Exquemelin una de las más apasionantes lecturas de todos los tiempos, y sobre todo para nosotros los hijos del Caribe hispano. Al cabo de tres siglos de su publicación original en holandés, el público hispano tiene hoy a su alcance una versión fiel y sin adulteraciones de la obra del bucanero Exquemelin.

JUAN TOMÁS TAVARES K.

Santo Domingo
Junio de 1978.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

PRIMERA PARTE

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

CAPITULO I

La partida del autor. — Al servicio de la Compañía francesa de las Indias Occidentales. — Hacia el poniente americano. — El encuentro con una fragata inglesa y el desembarco en la Isla Tortuga.

El 2 de mayo de 1666 nos embarcamos en el puerto del Havre de Grace en el buque de nombre *San Juan* bajo la supervisión del representante de la Compañía de las Indias Occidentales. Este navío estaba armado con veintiocho piezas de artillería y tenía una tripulación de veinte marineros; además, iban doscientos veinte pasajeros a bordo, incluyendo las personas al servicio de la Compañía y los señores libres con sus criados. Poco después fuimos al cabo de Barfleur a esperar otros siete buques procedentes de Dieppe, escoltados por un buque de guerra armado con treinta y siete piezas de artillería y una tripulación de doscientos cincuenta hombres. Dos de estos buques iban al Senegal, cinco a las Antillas Menores y el nuestro a la isla Tortuga. Se unieron a nosotros unos veinte buques que iban a Terranova y otros varios navíos holandeses de camino a Nantes, la Rochelle y San Martín; o sea, que en total componíamos una flota de unas treinta velas. Preparamos nuestra defensa inmediatamente al recibir noticias de que cuatro fragatas inglesas (cada una de sesenta piezas de artillería) nos esperaban junto a la isla de Ornay.

Después que nuestro almirante, el Caballero de Sourdis, dio las órdenes, nos hicimos a la vela con viento muy favorable. La neblina ayudó a cubrir nuestras huellas y ocultarnos al enemigo, pero por temor a los ingleses seguimos costeando lo más cerca posible.

Nos encontramos con un buque flamenco saliendo de Ostende, el que se quejó a nuestro Almirante, alegando haber sido robado esa misma mañana por un corsario francés. El buque de guerra persiguió al corsario, pero en vano, pues no pudo alcanzarle. Nuestra flota causó gran alboroto entre los habitantes de la costa francesa, quienes pensaban que eramos ingleses buscando un buen sitio para desembarcar. En un esfuerzo por calmar a los habitantes izamos nuestras banderas, pero no confiaron en nosotros.

Fondeamos en la rada de Conquet, en Bretaña (cerca de la isla de Heysant), para hacer aguada. Provistos de todo lo necesario, continuamos nuestro viaje pasando por el *Raz de Fonteneau* para evitar las *Sorlingas,* ya que los ingleses navegaban en la proximidad. El dicho *raz* es una corriente muy fuerte que fluye por muchos arrecifes y está situada en los 48°10' latitud septentrional cerca de la costa francesa. Este sitio es muy peligroso para navegar, porque hay algunos arrecifes a la vista y otros totalmente ocultos. Para celebrar nuestra feliz travesía, todas las personas en el barco que nunca habían hecho el viaje fueron bautizados de la siguiente manera.

El contramaestre se viste grotescamente con una bata larga y un gorro ridículo. En la mano derecha empuña un sable de palo y en la izquierda un frasco de tinta. El rostro se lo pinta de negro y lleva un collar de bolas de madera alrededor del cuello. Así disfrazado comienza a llamar a todos aquellos que no han hecho la travesía y, haciéndoles arrodillar, les marca con tinta una cruz en la frente. A cada uno le da un golpe en la nuca con su espada de madera, mientras que los espectado-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

t'Amsterdam by JAN ten HOORN. Boeckverkoper
over het Oude Heerelogement. 1678

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Contraportada de la primera edición holandesa, 1678.

res le lanzan cubos de agua. De esta manera se le pone fin a la celebración.

Después de terminar la ceremonia, cada pasajero bautizado debe contribuir, sin apelación, con una botella de vino o aguardiente, poniéndola bajo el mástil mayor del buque. Pero los que no llevan esta bebida consigo no están obligados a regalarla. Si el buque no ha hecho la travesía anteriormente, el capitán es quien está obligado a regalar vino a los pasajeros y marineros. Luego los marineros veteranos se reparten el vino y el aguardiente encontrado bajo el mástil mayor.

Los holandeses celebran este rito no sólo antes de esta travesía, sino también al pasar los arrecifes que llaman de las *Berlingas,* situados cerca de la costa de Portugal en los 39°40' latitud septentrional. Estos arrecifes son muy peligrosos, sobre todo de noche, porque la costa es muy alta allí y los escollos no son visibles en la oscuridad.

La ceremonia de los holandeses es muy diferente a la de los franceses, quienes amarran a los que han de ser bautizados como si fuesen criminales y los tiran al agua tres veces. Si los tripulantes gustan, le arrastran tras el barco por un rato. Ser tirado una cuarta vez en nombre del Príncipe o del Capitán del barco es un gran honor. El primero que cae al agua tiene el honor de ser recibido a bordo con salvas de cañón y un saludo de la bandera.

El que no quiere ser lanzado al agua tiene que pagar un chelín, y si es oficial tiene que pagar doble; los pasajeros aportan lo que quieren. Si el buque no ha hecho la travesía anteriormente, el capitán está obligado a regalar una barrica de vino. Si se niega a cumplir con su deber, los marineros pueden destruir la toldilla del barco. El contramaestre recoge todo el dinero que se reúne durante la ceremonia, y luego suele comprar vino tan pronto como el barco hace escala en algún puerto. El vino entonces se reparte entre toda la tripulación del barco.

Nadie sabe decir cómo se originó esta curiosa tradición, pero

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

es una costumbre muy antigua. Algunos dicen que fue establecida por Carlos V, pero este reglamento no figura en los libros de sus decretos. Todo esto lo relaté para dar a conocer algunas costumbres de los marineros, pero ahora debemos resumir nuestro viaje.

Pasado el *raz* tuvimos muy buen tiempo hasta llegar al Cabo de Finisterre. Allí nos azotó una tormenta que nos separó de los otros navíos. La tormenta duró ocho días. Durante el mal tiempo me causó gran pena ver como se enfermaban los pasajeros; estaban tan mareados que los marineros tenían que pasar por encima de ellos para poder trabajar. Cuando terminó la impetuosa tormenta, continuamos nuestro viaje tranquilamente hasta llegar a la línea llamada el Trópico de Cáncer. Este es un cerco imaginario que los astrólogos han inventado en los 23°30' latitud septentrional.

Aquí fuimos bautizados por segunda vez mediante la misma ceremonia, pues los franceses observan este rito al pasar esta frontera imaginaria, así como la línea ecuatorial y la del Trópico de Capricornio al sur de la Línea. Por suerte que volvimos a encontrar un viento favorable, pues sufríamos gran escasez de agua, y como consecuencia, cada persona estaba limitada a consumir dos medios cuartillos al día.

Cerca de la latitud de Barbados nos encontramos con una real fragata inglesa de veinticuatro piezas de artillería. Al principio nos persiguió, pero se retiró sin éxito después de un rato. Luego nosotros la perseguimos, disparando nuestros cañones de ocho libras, pero se nos escapó.

Continuamos nuestro viaje y al poco tiempo apareció a la vista la isla de Martinica. Intentamos entrar en la rada de San Pedro, pero una corriente contraria nos trastornó el plan. Entonces intentamos llegar a Guadalupe, pero de nuevo la corriente malogró nuestros planes. Por eso nos dirigimos directamente a la isla de la Tortuga, nuestro destino final.

Navegamos costeando la isla de Puerto Rico, que es muy

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

hermosa y placentera, pues tiene muchas montañas cubiertas de bosques hasta las mismas cumbres. Entonces alcanzamos ver la isla Española (de la cual daremos una descripción más adelante) y costeándola llegamos a la Tortuga. Fondeamos el 7 de julio de 1666, sin haber perdido un solo hombre. Aquí descargamos las mercaderías de la Compañía. Poco después el buque zarpó con unos pocos pasajeros a Cul de Sac.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

CAPITULO II

Descripción de la isla Tortuga; sus plantas y frutas. — Como los franceses ocuparon la isla y fueron atacados por los españoles dos veces. — Como el autor fue vendido dos veces.

La isla de la Tortuga está situada a tres leguas de la costa norte de la grande y célebre isla Española en los 20°30' latitud septentrional, y tiene una circunferencia de dieciséis leguas. Los españoles le dieron este nombre a la isla porque tiene la forma de una tortuga de mar. A pesar de que la isla es muy rocosa, está cubierta de árboles frondosos que crecen sobre los peñascos. En la isla casi no hay capa vegetal en el suelo, o sea que las raíces de los árboles están completamente a la vista.

La costa norte de la isla está totalmente despoblada y posee poco atractivo, pues no tiene playa ni puerto salvo unos pasos estrechos entre los escollos. Sólo la parte sur está poblada y tiene un puerto único para los navíos. Esta parte habitada está dividida en cuatro provincias, la más importante de las cuales es *Basse Terre* (el País Bajo), porque allí es donde se encuentra el único puerto. Este es muy bueno, con dos canales de acceso por donde entran buques de hasta setenta piezas de artillería, y con un fondo claro y arenoso. Allí se encuentra el poblado llamado Cayona donde viven los más prósperos y respetados colonos de la isla. La segunda región se llama *Lemiplan-*

tage (Plantación al Medio) y aunque es de cultivo reciente se sabe que es muy fértil para el tabaco, al igual que el distrito de *La Ringot;* ambas regiones quedan en la parte occidental de la isla. *La Loma* es donde se establecieron los primeros colonos de la isla.

En cuanto a la vegetación de la Tortuga allí crecen excelentes árboles madereros tales como el *chlorophora tinctoria* * (que produce tinte amarillo) y los sándalos rojo, blanco y amarillo. Los habitantes de la isla llaman *bois de chandelle,* o sea, madera de cera, al sándalo amarillo, porque su leña quema como si fuese una vela y ellos la usan para pescar de noche. Aquí también crece el *lignum sanctum* (guayacán) que los habitantes llaman madera sarnosa. Los árboles que dan el *gum elemi* abundan mucho en la isla; la *radix china* o raíz de china también, pero francamente no es tan buena como la de Oriente. Su carne es muy blanca y blanda, y por tanto sirve de alimento para los puercos cimarrones. La isla también tiene otras plantas medicinales y no carece de áloes.

En la isla abunda la madera para la construcción de barcos y viviendas. Hay muchas variedades de frutas y plantas al igual que en las otras islas del Caribe. Algunas de las más abundantes son la yuca, la patata, el ñame, el melón, la sandía, la guayaba, el guineo, el plátano, la piña, el cajuil y tantos otros que no nombraré para no aburrir al lector. También hay gran abundancia de palmas. Los habitantes de la isla hacen vino de estos árboles y con las ramas fabrican los techos de sus viviendas.

Hay muchos jabalíes en la isla, pero el gobernador prohibió la caza de los mismos con perros, por temor a que se extinguieran al ser la isla tan pequeña. Él quería mantener las mejores condiciones de abastecimiento de comestibles en la isla por si acaso los habitantes se viesen obligados a refugiarse en los montes. No obstante, la cacería es peligrosa de por sí, pues hay

* Fustete o palo amarillo *(N. del T.)*

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

muchas rocas y abismos cubiertos por pequeños arbustos verdes, y muchos cazadores mueren al caer en los precipicios persiguiendo al animal. Se han encontrado varios esqueletos pero no se ha podido determinar si los accidentes ocurrieron recientemente.

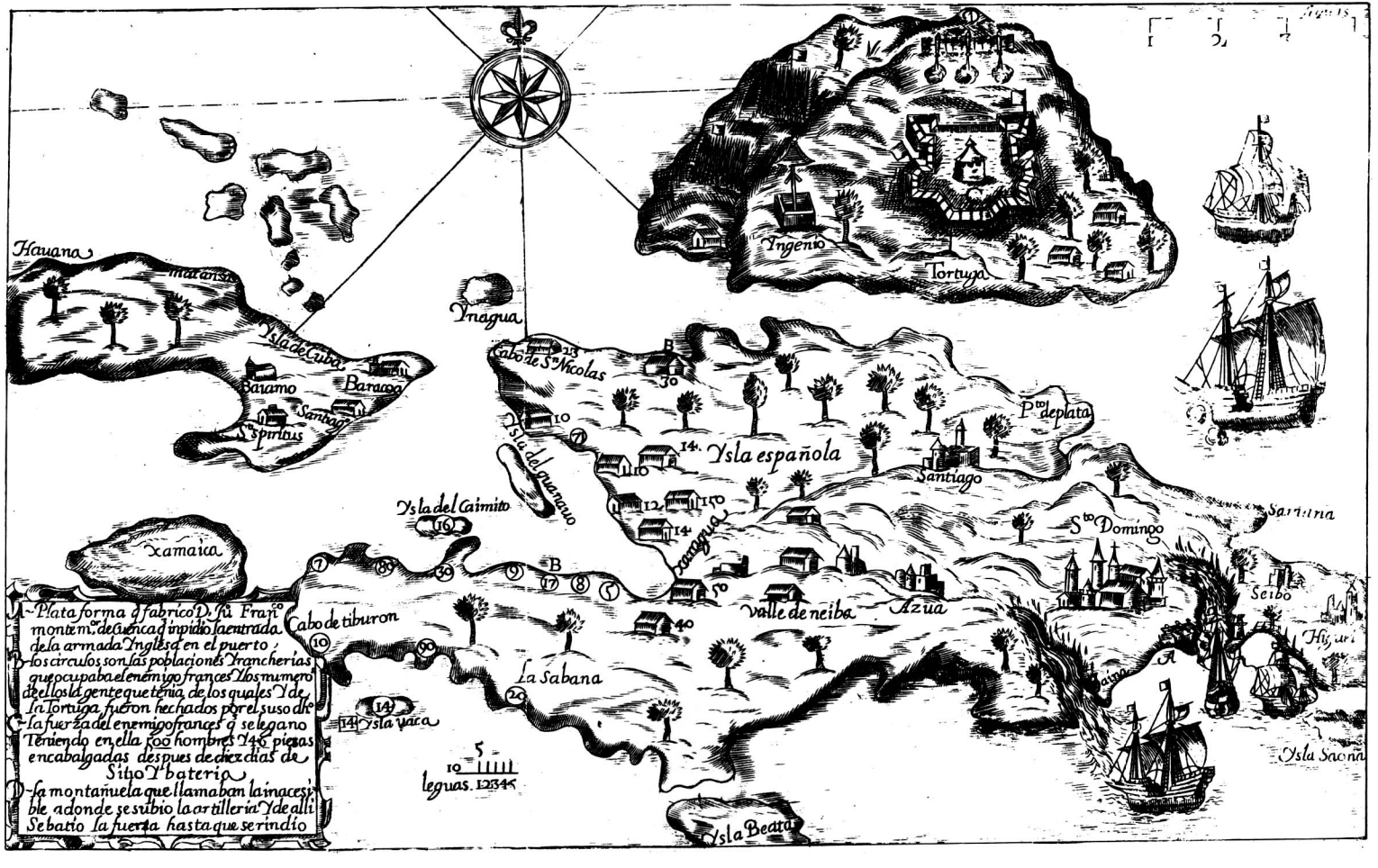
Varias veces al año llegan palomas en tales cantidades que los isleños pueden alimentarse con ellas sin necesidad de otra carne. Durante esta temporada dejan a todas las otras aves silvestres y domésticas en paz para conservar los recursos de la población para momentos de necesidad. Pero esta temporada es muy corta, ya que al poco tiempo las palomas enflaquecen y su carne se pone tan amarga que los isleños no la pueden comer. Este fenómeno se le atribuye a una semilla que comen las palomas en la isla que es tan amarga como la hiel.

En la costa hay muchos cangrejos, tanto de mar como de tierra, y son grandes y sabrosos. Son buenos para alimentar a los esclavos y a los criados, pero es una pena que sean tan dañinos para los ojos. Causan dolor de cabeza y mareo cuando se ingieren en grandes cantidades, y la persona queda ciega durante un cuarto de hora después de haberlos comido.

Habiendo fortificado la isla de San Cristóbal y establecido una fuerte y floreciente colonia allí, los franceses equiparon unos cuantos botes de cabotaje y se embarcaron para explorar las islas hacia el Poniente. Desembarcaron en la Española, una isla muy fértil donde encontraron muchos animales silvestres: vacas, bueyes, puercos cimarrones y caballos. Pero necesitaban una colonia más permanente para poder aprovechar esta riqueza, y como la isla Española ya estaba bien poblada por los españoles, decidieron trasladarse a la vecina isla de la Tortuga. Esto les fue fácil, pues aquella isla estaba ocupada por no más de diez a doce españoles, a los que desalojaron fácilmente. Durante los primeros seis meses, los franceses poblaron y sembraron la isla y hasta cruzaban a la Española en sus canoas a cazar sin ser molestados por los españoles. Mientras tanto los france-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Mapa de la Isla de la Tortuga y la Española, la primera fuera de toda proporción natural. Proviene del libro *Discurso histórico-político sobre el derecho y la repartición de presas,* de J. F. Montemayor de Cuenca, México, 1684.

ses enviaron a San Cristóbal a buscar refuerzos para poblar la isla.

Los españoles de la Tierra Grande * vieron la colonia francesa crecer diariamente y no les agradó la expansión acelerada de los aventureros. Reunieron unos cuantos barcos para ir a desalojar a los franceses de la islita. Pero su victoria fue efímera, a pesar de que los nuevos colonizadores se vieron obligados a refugiarse momentáneamente en los montes del interior, y de allí a pasar de noche en canoa a la Española. Los franceses tenían la ventaja de no tener el estorbo de mujeres y niños, de manera que penetraron los bosques para procurarse suficiente comida y le dieron la alerta a los otros compañeros, no permitiendo que los españoles ocuparan la pequeña isla de nuevo.

Los españoles regresaron a la islita con la intención de forzarles a salir o hacerles morir de hambre, tal como habían hecho con los indios; pero no tuvieron éxito, pues los franceses estaban bien provistos de pólvora, armas y municiones. Aprovechando el momento en que muchos de los españoles habían navegado a la Española para hostigar a los franceses, algunos aventureros regresaron a la Tortuga. Echaron a todos los españoles que quedaban en la islita, y evitando que regresaran de nuevo, se hicieron amos completos de la Tortuga.

Una vez logrado esto, mandaron a pedir ayuda al gobernador o general de San Cristóbal para que impusiese mejor disciplina entre la gente y para que estableciera una colonia permanente allí. El general aceptó la idea con entusiasmo y despachó un buque que estaba listo en la rada para que llevara a Monsieur Levasseur a la Tortuga como su teniente gobernador, junto con muchos colonizadores y provisiones.

Al llegar a la isla, el nuevo gobernador dispuso la construcción de un fuerte en un peñón para controlar la entrada al único

* Tierra Grande es como los franceses de la Tortuga solían llamar a la vecina isla Española, por razones obvias *(N. del T.)*

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

puerto, de esta manera fortificando las defensas de la isla. Este fuerte es casi inexpugnable, pues solamente existe un camino de acceso, tan estrecho que les es casi imposible a dos hombres escalarlo al mismo tiempo. En el medio de este peñasco hay un gran hueco que se usa como depósito de armas. Además, en la cumbre hay un buen sitio para una batería de artillería. El gobernador ordenó construir una casa y plantó dos piezas de artillería dentro de la fortaleza, dejando la subida sólo practicable por una escalera portatil. En este fuerte hay un manantial con agua muy saludable que puede dar de beber a mil personas diariamente, y que no puede ser cortado porque es una fuente subterránea. Alrededor del fuerte hay muy fértiles plantaciones de tabaco y otros frutos.

Sintiéndose más seguros en la nueva colonia, los franceses pronto comenzaron a poblar la isla y a echar raíces. Cada persona escogió un modo de vida a su gusto. Algunos cruzaron a la isla mayor a cazar. Otros, a quienes no les gustaba este árduo trabajo, se dedicaron a la piratería en las costas españolas, como lo siguen haciendo hasta hoy en día. Los demás se establecieron en la isla con sus mujeres y familias, labrando sus plantaciones y cosechando tabaco. De esta manera todos encontraron cómo ganarse la vida a su gusto.

La prosperidad de los franceses les era insufrible a los españoles quienes temían finalmente ser desalojados de la isla mayor. Cuando la mayor parte de los franceses estaban de cacería o en la mar, los españoles aprovecharon la oportunidad y, cruzando por segunda vez en canoas con 800 hombres y algunos prisioneros franceses, desembarcaron en la Tortuga sin ser notados. Al no poder evitar el desembarco de los españoles, los franceses se refugiaron en la fortaleza. El gobernador ordenó inmediatamente tumbar muchos árboles alrededor del fuerte para poder descubrir mejor al enemigo. Los españoles dedujeron que sin artillería no podrían hacer nada y por lo tanto concibieron su estrategia ofensiva de acuerdo a esta observación.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Consultando entre sí sobre la mejor posición para poner la batería, escogieron la cima de una loma como el único sitio adecuado, pues los franceses habían cortado los árboles más altos alrededor del fuerte y tenían buena visibilidad sobre casi toda la isla. Los invasores decidieron abrir un camino para llevar algunas piezas de artillería a la loma, que es muy elevada y tiene un llano bastante amplio en la cumbre. Desde este lugar se vigila la isla entera. La loma sólo era accesible por el trillo que hicieron los españoles, pues está cercada de quebradas muy peligrosas.

Los españoles tenían muchos indios y esclavos de los que ellos llaman *matates* o mestizos trabajando consigo. Estos abrieron un camino a través de las rocas con una rapidez asombrosa, y con mucho esfuerzo lograron llevar dos piezas de artillería para hacer fuego al fuerte al día siguiente.

Tan pronto como los franceses se enteraron de estos planes, prepararon debidamente sus defensas y dieron la alerta a sus compañeros ausentes. Los cazadores regresaron de la Española y unieron sus fuerzas a las de los piratas, que afortunadamente no habían salido muy lejos de la costa. Desembarcaron de noche para no ser vistos por los españoles y procedieron a escalar la posición española por el lado norte. Gracias a su familiaridad con el terreno, pudieron hacerlo sin mucha dificultad.

Mientras los españoles se preparaban (sin saber lo que les esperaba) para abrir fuego sobre el fuerte con las dos piezas de artillería que habían logrado llevar a la cumbre, los franceses atacaron inesperadamente y echaron al enemigo de su loma. Algunos españoles se lanzaron aterrorizados por el precipicio rompiéndose las piernas y la cabeza y los que cayeron en manos del enemigo fueron fusilados inmediatamente. Unos pocos españoles todavía se defendían valientemente al pie de la colina, cuando fueron espantados por el horroroso griterío de los capturados. Huyendo a la costa, abandonaron tanto la isla como su plan de recobrar su antigua posesión.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Desde ese día los gobernadores franceses fueron amos absolutos de la isla hasta el año 1664 cuando la Compañía tomó posesión. Esta envió entonces al señor d'Ogeron como gobernador y otros administradores, con la intención de comerciar con los españoles como lo hacen los holandeses de Curazao. Pero este plan no se pudo llevar a cabo, pues les fue imposible hacer negocios en su propia isla y mucho menos con naciones extranjeras.

La Compañía Francesa negoció un acuerdo con los piratas, cazadores y agricultores, para que estos se abastecieran de los artículos neçesarios por medio de la Compañía. Al comienzo todo pareció marchar bien, pero pronto se dieron cuenta de que sería imposible hacerles pagar a los habitantes los artículos que compraban a crédito. Entonces la Compañía se vio forzada a retirar sus empleados con órdenes de vender todo lo que poseían en la colonia, tanto mercaderías como alistados. Algunos criados al servicio de la Compañía fueron vendidos por veinte reales de a ocho y otros por treinta.

En esta ocasión también yo fui vendido como alistado de la Compañía en cuyo servicio salí de Francia. Este fue un momento muy penoso para mí, pues caí en manos del peor amo en toda la isla.

Este era Vice-gobernador o Teniente General de la isla. Me trató de la manera más vil que se puede imaginar, haciéndome pasar tanta hambre que yo creía que me dejaría morir. Al recuperarme un poco me esforcé por comprar mi libertad, pero mi amo no quiso otorgármela en menos de trecientos reales de a ocho. Entonces me enfermé de verdad a causa del mal trato que recibí. Mas esta mala suerte resultó ser mi dicha, porque cuando el cruel amo vio mi estado fatal, temió perder su dinero junto a mi vida y me vendió a un cirujano por setenta reales de a ocho. Con el buen trato del nuevo amo, que por cierto era mucho más amistoso y caritativo que el primero, me recuperé

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

casi por completo. Me daba buena comida, medicamentos y prendas de vestir.

Después de haberle servido un año me ofreció la libertad a condición de pagarle 150 piezas de ocho cuando pudiera. Esta oferta la acepté gustosamente.

Al fin estaba libre de nuevo, pero me encontraba en el mismo estado en el que Adán fue creado, desnudo y sin ninguna de las cosas necesarias para la vida humana. Por eso decidí ingresar en la sociedad de los piratas o bucaneros, y allí fui acogido amablemente. Estuve con ellos hasta 1670 y tomé parte en muchas expediciones importantes. En lo que sigue me propongo contarles algo de lo que ocurrió durante ese tiempo.

Pero antes de comenzar esta historia, me parece apropiado dar una descripción de la isla Española para satisfacer la curiosidad del lector en todo lo que es de interés en el Poniente Americano.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

CAPITULO III

Descripción de la grande y célebre isla Española.

La isla Española está situada entre los 17 y 1/2° a 20° latitud septentrional y se extiende de oriente a occidente unas 120 leguas; tiene unas 300 leguas de circunferencia, siendo en algunos lugares más y en otros menos ancha. No molestaré al lector con la historia del descubrimiento de la famosa isla, pues ya es suficientemente conocido cómo Cristóbal Colón la descubrió en 1492, en nombre de don Fernando, Rey de España, y que desde entonces ha permanecido una posesión española.

Los españoles han construido allí varios pueblos y también muchas aldeas agradables. La capital se llama Santo Domingo, porque está dedicada a éste, su santo patrón. Está situada en la costa sur de la isla en los 18°13' latitud septentrional y queda a cuarenta leguas de la extremidad oriental llamada Punta Espada. Es una ciudad amurallada con una buena torre que protege el puerto. Este es muy cómodo y espacioso, pudiendo abrigar muchos navíos y protegerlos de todos los vientos menos los que soplan del sur. Alrededor de la ciudad prosperan bellas plantaciones donde crecen muchas variedades de frutos, según la naturaleza de la región.

El gobernador de la isla, a quien ellos llaman el Presidente, tiene su asiento en esta ciudad, que es la abastecedora de todas las ciudades, pueblos y poblaciones, porque los españoles tienen

comercio exclusivamente con este puerto de la isla. La mayoría de sus habitantes son prósperos mercaderes y comerciantes.

La ciudad de Santiago de los Caballeros está dedicada al patrón Santiago. Es una ciudad abierta, sin muros ni fortificaciones, situada en los 19° latitud septentrional. Los vecinos son principalmente cazadores y agricultores, pues la región brinda muchas oportunidades para estas ocupaciones; la ciudad está rodeada de deliciosos prados, abundantes en ganado silvestre y doméstico. Por esto se obtiene cuero de óptima calidad en este poblado.

Al sur de la ciudad de Santiago está situada una agradable aldea llamada El Cotui o Nuestra Señora de la Altagracia.

La región aledaña a esta aldea produce mucho cacao o chocolate, jenjibre y tabaco; además, el ganado rinde abundante sebo.

Los habitantes de la isla Española se trasladan frecuentemente en canoas a la pequeña isla Saona, que está situada a poca distancia de la costa sur, y allí pescan las tortugas que van a las playas a enterrar sus huevos. No hay ninguna otra cosa de interés en esta islita; pues es muy arenosa y lo único que crece allí es campeche. Los españoles llevaron ganado para fomentar su crianza en la Saona, pero los bucaneros destruyeron todo cuando estuvieron allí.

Al oeste de la ciudad de Santo Domingo está situado el hermoso pueblo de Azua. Los habitantes de esta aldea tienen mucho comercio con otro pueblo al interior de la isla en un gran valle llamado San Juan de Goave.* Este sitio es bellísimo a causa de las magníficas praderas que lo rodean; estas sabanas tienen más de veinte leguas de perímetro y están llenas de ganado. Todos los habitantes de la región son cazadores y desolladores de bestias, en su mayor parte *mulatos,* o sea, hijos de padres europeos y negros. Los demás son *mestizos,* hijos de in-

* San Juan de la Maguana *(N. del T.)*

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

dios y blancos. También hay unos pocos que son cruces de sangre negra e india; a estos últimos les dicen *alcatraces*. Las mezclas de razas son comunes aquí, porque a los españoles les gustan más las mujeres negras que las de su propia raza. La región produce gran cantidad de cueros y sebo, pero estos son los únicos productos a causa de la aridez de la tierra.

Los españoles ocupan la isla desde Cabo de Lobos hacia el interior hasta Cabo de Samaná en el norte y en el este de Punta de Espada a Cabo de Lobos. El resto de la isla lo poseen los franceses, quienes también se dedican a la cacería y a la agricultura.

La isla tiene excelentes puertos. De Cabo de Lobos hacia el Poniente a Cabo Tiburón, hay cuatro o cinco puertos mejores que los de Inglaterra. Alrededor de estos puertos se extienden hermosas praderas y valles donde fluyen ríos del agua más pura del mundo; en la costa hay bellas playas adonde vienen muchas tortugas a enterrar sus huevos. Además, de Cabo Tiburón a Cabo de Doña María hay dos buenos puertos y entre este último y el Cabo San Nicolás por lo menos doce más. De este lugar a Punta de Espada hay otros veinte puertos. En todos desembocan dos y hasta tres ríos juntos que contienen gran cantidad de peces.

Anteriormente la costa norte de la isla estaba muy poblada, pero cuando sus pueblos fueron destruidos por los holandeses, los españoles abandonaron esa región.*

* El autor parece haber confundido los hechos de las devastaciones por el gobierno de Osorio, atribuyéndole la destrucción directamente a los holandeses *(N. del T.)*

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

CAPITULO IV

De los frutos, árboles y animales que se hallan en la Española.

La isla Española es extremadamente rica en la variedad de frutos que produce. Hay grandes llanos de cinco a seis leguas en extensión, totalmente cubiertos de naranjos dulces y agrios. También hay gran cantidad de limones, aunque estos no se comparan con los de España, pues son del tamaño de un huevito de gallina y mucho más agrios.

También hay sabanas enteras cubiertas de palmas muy altas y agradables a la vista. La palma alcanza una altura de 150 a 200 pies. Tiene el tronco liso hasta la cima donde las ramas y las semillas brotan de una materia blanca parecida al repollo. Esta materia blanca (palmito) es muy sabrosa cocinada con carne pues tiene sabor a repollo fino. Una vez al año la palma echa semillas que sirven de alimento a los puercos cimarrones.

Cada palma tiene un máximo de doce ramas, y todos los meses una cae y la mata repone otra. Las ramas tienen unos siete u ocho pies de largo y de tres a cuatro de ancho. Las hojas son muy útiles, pues son fuertes y los habitantes las usan para techar sus viviendas; además, las utilizan para empacar carne ahumada, como explicaré más adelante. El tallo de estas hojas es verde por fuera y blanco por dentro, y los habitantes usan la membrana del interior para escribir sobre ella como si fuese perga-

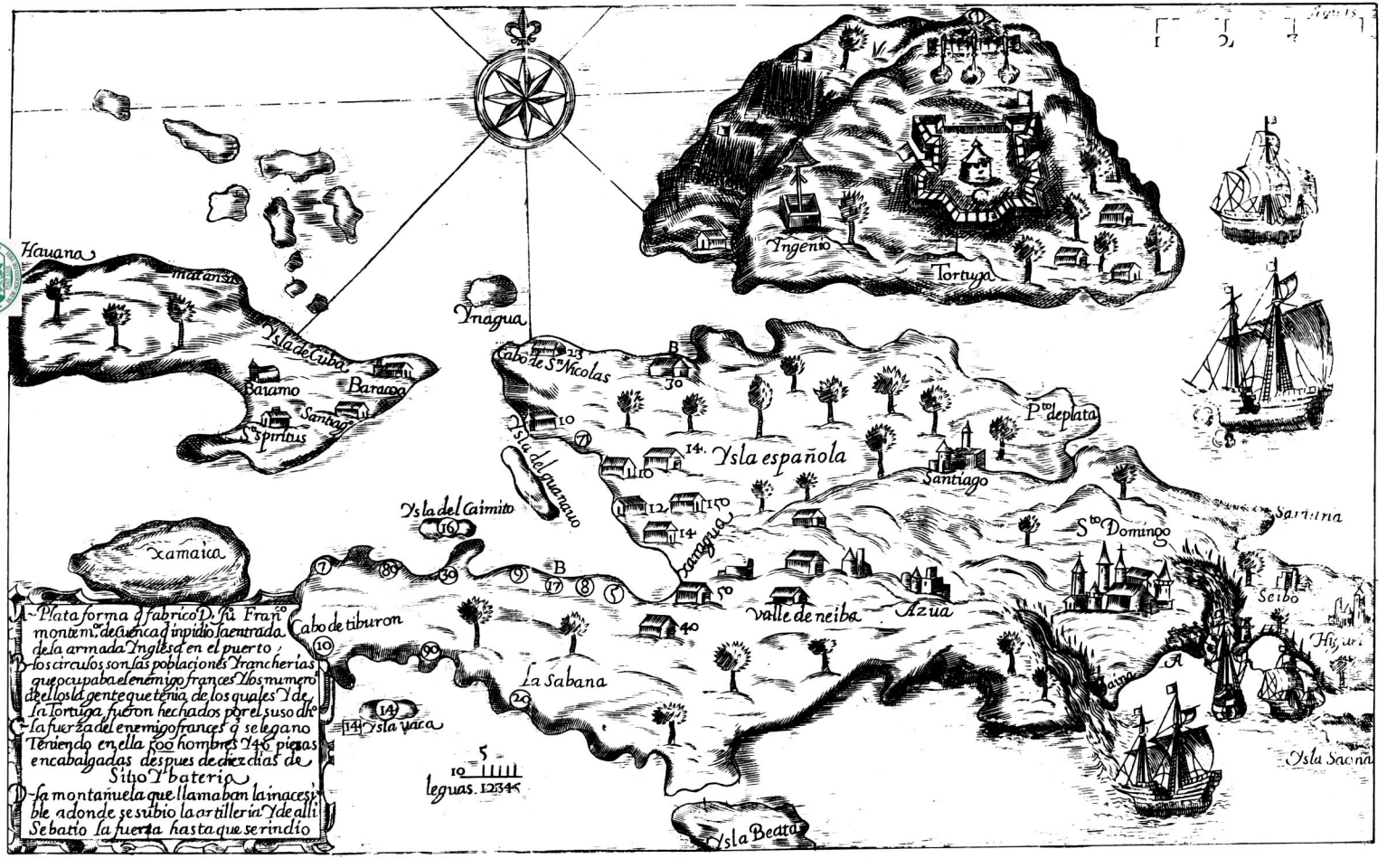
mino. Las ramas de la palma también sirven para protegerse de la lluvia cuando uno se encuentra sorprendido por una tormenta en el campo. De las hojas se fabrica una especie de cubo para cargar agua, pero estos no duran más que siete u ocho días.

El tronco de la palma es muy fuerte, pero la madera no tiene más que tres o cuatro pulgadas de espesor; en el interior contiene una materia blanda que se puede cortar fácilmente con un cuchillo. Tienen unos doce pies de grueso, y un tamaño uniforme hasta la cima. Crecen en terrenos llanos y salinosos. Los habitantes hacen vino de esta palma de la siguiente manera: cortan la palma unos tres o cuatro pies por encima de la raíz, hacen un agujero rectangular y dejan gotear un líquido que se fermenta rápidamente y que emborracha poderosamente. Los franceses le llaman a este árbol «la palma franca».

Además de la palma ya descrita, hay en la Española otras cuatro variedades: *latanier,* palma espinosa, *palmiste à chapelet* y palma de vino. La palma *latanier* no es tan alta como la llamada de vino, pero tiene casi la misma forma, excepto que sus hojas tienen el aspecto de abanicos de unos siete u ocho pies de largo y cubiertas de espinas de unas seis pulgadas. Esta palma echa su simiente tal como lo hemos descrito en el caso de la palma franca, pero la suya es más grande y gruesa; también es un alimento excelente para los animales silvestres. Las hojas solamente sirven para techar las casas. Esta palma raramente crece en tierra fértil, pero prospera en terrenos arenosos y pedregosos.

La palma espinosa se conoce por este nombre a causa de que espinas de tres a cuatro pulgadas de largo la cubren desde las raíces hasta las ramas. Ciertas tribus de indios suramericanos usan estas espinas para torturar a sus enemigos. Primero amarran su víctima a un árbol y preparan espinas envueltas en pedazos de algodón mojados en aceite. Entonces se las clavan en la carne hasta cubrir su cuerpo completamente como si fuese la misma palma; luego le dan fuego a los pedazos de algodón.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



Plata forma q fabrico D. Fu Franco montem.or de cuenca q impidio la entrada de la armada Inglesa en el puerto; los circulos son las poblaciones y rancherias que ocupaba el enemigo frances y los numero de ellos la gente que tenia, de los quales y de la Tortuga fueron hechados por el suso dho la fuerza del enemigo frances q se alego no teniendo en ella 500 hombres y 46 piezas en cabalgadas despues de diez dias de Sitio y bateria la montañuela que llamaban la inaccesible adonde se subio la artilleria y de alli se batio la fuerta hasta que se rindio

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Mapa de la Isla de la Tortuga y la Española, la primera fuera de toda proporción natural. Proviene del libro *Discurso histórico-político sobre el derecho y la repartición de presas,* de J. F. Montemayor de Cuenca, México, 1684.

como si nunca se hubiese escrito sobre la hoja. La madera de este árbol es muy codiciada para la construcción, porque es sólida y muy hermosa. También sería adecuada para la fabricación de navíos, pues dura mucho tiempo en el agua.

Hay muchos árboles frutales que han sido descritos por otros autores, y muchos cedros muy codiciados para la fabricación de barcos y *canoas*. Estas canoas las hacen de un solo tronco ahuecado, y ni siquiera tienen asientos, pero no obstante son tan rápidas como las mejores lanchas europeas. Los indios las hacen sin ningún instrumento de metal. Primero tumban el árbol quemándolo cerca de la raíz y controlando el fuego para que no queme todo el tronco. Después de haber tumbado el árbol, hacen un fuego encima del tronco. Algunos vigilan este fuego con cubos de agua listos para apagar las llamas donde fuere necesario, y otros raspan la madera carbonizada con hachas de piedra dándole forma al tronco de la manera apropiada. En estas canoas navegan veinte, ochenta y hasta cien leguas mar afuera.

Hay grandes cantidades de *lignum sanctum* o guayacán en la isla, y muchos otros árboles y plantas medicinales, tales como áloes, *cassia lignea* (cañafístula), raíz de china, y el árbol del cual se obtiene el *gum elemi*. Hay árboles de cuya madera se producen tintes, por ejemplo los tres tipos de sándalo; también tienen árboles cuya madera se usa en la construcción de casas y barcos.

El *Mapou* alcanza un tamaño enorme y lo usan para fabricar canoas, aunque no es tan bueno como el cedro. Es muy poroso y se hunde fácilmente. El *acoma* es muy pesado y del color del boj que crece en Europa. Su madera es muy buena para la construcción y particularmente para la fabricación de hélices de molinos de azúcar, pues es muy dura. El roble es otra madera empleada en la construcción de viviendas. Es ideal para la fabricación de buques, pues dura mucho tiempo en el

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

agua, y lo que es más importante aún, no es atacada por los gusanos marinos, como tantas otras maderas.

Brasilete o Palo de Brasil es muy conocida en Europa bajo el nombre de *madera de pescado* y es muy popular en la fabricación de tintes. Crece en grandes cantidades en el sur de la isla y sobre todo en Jacmel y Jáquima, que son dos puertos capaces de recibir buques grandes.

El *manzanillo* crece en la costa con sus ramas colgando sobre el agua. La fruta es tan dulce como nuestra camuesa, pero altamente venenosa. Tan pronto como alguien come de esta fruta, le dan calenturas y mucha sed; luego cambia de color, torna rabioso y muere. Lo que es peor aún, también los peces que comen de esa fruta son venenosos. La fruta tiene un líquido lechoso como el del higo; éste causa ronchas en la piel que parecen quemaduras y causan un dolor intenso. En una ocasión arranqué una rama de este árbol para espantar los mosquitos de mi cara. Al próximo día amanecí hinchado y cubierto de ronchas, y pasé tres días sin poder ver.

Otro árbol que crece cerca de la costa pare una fruta como la ciruela endrina, con una semilla grande en el medio; hay dos tipos: blanco y negro. Los puercos cimarrones vienen a la playa a comer estas frutas cuando están maduras y engordan mucho con ellas. Estos árboles, que los españoles llaman *hicacos,* crecen en las playas y extienden sus ramas sobre la arena. Son aproximadamente del tamaño de los arbustos que crecen en nuestras dunas.

Después de haber hecho una breve descripción de algunos árboles y frutas de la isla Española, diremos algo de los insectos y reptiles que allí se encuentran. A pesar de que en toda la isla no existen bichos ponzoñosos, hay tres especies de insectos que atormentan a los habitantes de tal manera, que les es casi insoportable, y sobre todo para los que acaban de llegar a esta tierra.

Las primeras son tan grandes como las moscas que tenemos

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

en días de verano en Europa; lanzándose sobre su víctima le chupan la sangre hasta estar tan hartas que casi no pueden volar. En lugares donde son muy abundantes, la única solución es romper una rama de algún árbol y abanicarse como hacen las vacas con sus rabos para espantar estos bichos. Molestan a la gente particularmente por las mañanas y las tardes, y lo más desconcertante es el sonido que hacen en los oídos, que es verdaderamente insoportable. A estos bichos los españoles les llaman mosquitos y los franceses *maranguines*.

El segundo tipo es del tamaño de una pepita de arena. Son más astutos que los mosquitos, pues no hacen ruido y se cuelan por la tela de la ropa y las sábanas. Los cazadores se untan la cara con manteca de cerdo para protegerse cuando salen a los bosques, y de noche queman tabaco en sus tiendas de campaña para poder dormir tranquilos. Estos insectos están activos por la mañana y de noche; durante el día dejan que la gente descanse si sopla una brisa, pues el viento fresco los espanta.

El tercer tipo es un mosquito rojo del tamaño de una semilla de mostaza. Estos no pican, pero muerden, dejando pequeñas llagas en la piel. La cara se le hincha de tal manera que la persona queda totalmente desfigurada. Estos mosquitos están activos durante todo el día. pero de noche no molestan al hombre. Los españoles les llaman *rojados* y los franceses *calarodes*.

Existe otro bicho del color y forma de la cochinilla, pero más grande y largo, con dos puntos en la cabeza que brillan de noche. Cuando se congregan en grupos de tres o cuatro en un árbol, cualquiera los tomaría por un fuego. Yo he pasado la noche con cientos de estos bichos en una choza y he podido leer facilmente con la luz que daban. Yo quise traer algunos conmigo de regreso a Europa, pero se murieron del frío en el camino. La luz se apaga inmediatamente cuando mueren o si son aplastados. Los españoles les llaman *moscas de fuego*. También hay muchos insectos parecidos a los grillos; cuando alguien camina cerca de ellos empiezan a gritar y revientan.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Hay muchas especies de reptiles, incluyendo culebras, pero ninguna de estas es ponzoñosa. Se alimentan con pollos, palomas y otras aves pero también ayudan al agricultor comiéndose las ratas y los ratones. Son tan listas que imitan el sonido de los ratones para atraer a su víctima. No mastican la carne: primero chupan la sangre y luego tragan el cuerpo entero, dejándolo en el estómago hasta pudrirse.

Hay otro tipo de reptil que llaman *Cazador de moscas,* que se come los insectos dañinos, pero no molesta a los demás animales. También tienen tortugas de tierra que viven en charcas y pantanos y cuya carne es muy sabrosa. Al tiempo de la cosecha de tabaco aparecen muchos gusanos. Una vez que atacan una siembra de tabaco, no hay quien los extermine. A veces la gente se ve forzada a cortar todo el tabaco y destruirlo. Estos gusanos son del grueso de un dedo.

Hay algunas arañas horribles que tienen el cuerpo del tamaño de un huevo; sus piernas son tan gruesas como las de un cangrejo pequeño y muy peludas. Tienen cuatro dientes negros del tamaño de los de una liebre pequeña y muerden malamente aunque no son ponzoñosas. Viven en los techos de las casas. En las orillas de las charcas y aguas estancadas se encuentran ciempíes (en latín *scolopendria*) y alacranes en cantidades, pero no de la especie venenosa. Si una persona es mordida por uno de estos bichos, no es necesario aplicarle ningún medicamento. La herida se hincha al comienzo, pero luego se cura por sí sola. En toda la isla no se halla un bicho verdaderamente peligroso a causa de su veneno.

No debemos dejar de mencionar al caimán, que es una especie de cocodrilo que abunda en la isla y crece a un tamaño sorprendente. Se han visto algunos de setenta pies de largo y unos doce pies de ancho. Estos reptiles demuestran una astucia curiosa en procurarse su alimento. Se ponen a flotar en los ríos, fingiendo ser troncos de árboles podridos. Se quedan cerca de las riberas y cuando un jabalí o una vaca silvestre baja al río

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

a beber agua, el caimán ataca a su víctima llevándola al fondo para ahogarla. Para obtener más fuerza, el caimán se traga uno o dos quintales de piedra; pues son tan livianos que de otra manera tuvieran dificultad en quedarse en el fondo. Cuando han atrapado a su víctima, la dejan descomponer tres o cuatro días, pues no pueden comérsela hasta que no esté media podrida su carroña.

Cuando los cazadores dejan sus cueros secándose a orillas de los ríos, estos animales los arrastran hasta el agua y los llevan al fondo, donde sujetándolos con el peso de algunas piedras, los dejan hasta que los pelos se les caen; esto lo he visto con mis propios ojos. Relataré algunas cosas más sobre el caimán, pues dudo que ningún otro autor que haya escrito sobre estos reptiles tuviera tanta experiencia con estos bichos como yo.

Una persona fidedigna me contó que una vez fue al río a lavar su tienda de campaña y que un caimán vino hacia él, mordió la tienda y empezó a halarla hacia el agua. Por curiosidad el hombre dejó que el caimán llevara la tienda hasta el agua, preparándose para ir a buscarla si fuese necesario. Entonces, poniéndose un cuchillo afilado en la boca, cogió la tienda y empezó a hacer fuerza, pero el caimán lo llevó hasta el fondo del río. Soltando la tienda, el caimán entonces atacó al hombre, moviendo el rabo como un látigo. El río estaba tan limpio que el hombre veía claramente todos los movimientos del caimán, y cuando ya no aguantaba más estar sumergido bajo el agua, le pegó una puñalada al animal en la barriga. Al instante el caimán desistió del ataque y se murió de la herida. El hombre arrastró el caimán a la orilla y abriéndole la barriga con su cuchillo, encontró más de un quintal de piedra: toda suerte de piedras del tamaño de un puño. Estos bichos no se pueden esconder: aún cuando no están a la vista, se pueden oler porque despiden un fuerte olor a almizcle. Tienen glándulas entre la carne y la piel donde se forma una sustancia parecida al almizcle. Tienen

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

dos en la garganta, dos debajo de las piernas delanteras y dos más debajo de las traseras. Los cazadores guardan estas glándulas para enviarlas al mercado europeo.

Los caimanes se reproducen por huevos. Una vez al año, alrededor del mes de mayo, ponen sus huevos en la playa cubriéndolos con arena, y los dejan allí hasta que nacen los críos. Estos huevos son del tamaño de los de ganso, con una cáscara dura y áspera. Inmediatamente nacen, las criaturas salen caminando como patitos y se dirigen al agua, donde permanecen flotando durante los primeros nueve días. Para protegerlos de las aves de rapiña, la madre puede tragárselos. Entonces durante el día la madre se acuesta en la arena y los críos salen a jugar al aire libre; pero tan pronto como alguien se acerca, se esconden de nuevo dentro del cuerpo de la madre. Esto lo he visto con mis propios ojos. Un caimán se soleaba del otro lado del río, y cuando tiré una piedra al agua, todos los críos regresaron a su barriga. A estos caimanes generalmente se les llama cocodrilos.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

CAPITULO V

Los animales y las aves de la Española. — Descripción de los cazadores y agricultores franceses en la isla.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

La isla Española no solamente está dotada de gran abundancia de frutos silvestres y un suelo fértil, propicio para todos los cultivos, sino que además abundan en ella los animales, tales como los caballos, las reses y los puercos cimarrones. Estos animales son una rica fuente de alimento y contribuyen a dar aliento al comercio de la isla.

También hay gran cantidad de perros salvajes que presentan una seria amenaza para los otros animales; tan pronto como nace un becerro, se lo comen, si no hay alguien cerca que le ofrezca protección al animalito. Andan por las sabanas en bandas de cincuenta o sesenta, atreviéndose atacar a un grupo de jabalíes, sin retirarse hasta no matar a dos o tres de sus víctimas.

Un cazador me enseñó en una ocasión algo que jamás hubiese creído si me lo hubieran contado. Estábamos de cacería juntos cuando oímos el ruido de unos perros salvajes atacando a un jabalí, y dejando nuestros perros con el criado que nos acompañaba, nos acercamos al escenario cada uno con un fusil. Entonces nos subimos en un árbol de donde podíamos observar todo cómodamente. El puerco estaba acorralado contra un árbol

y duró aproximadamente una hora defendiéndose con sus colmillos, sin que los perros se atrevieran atacarle directamente. El jabalí se paraba en las patas traseras contra el árbol, y si un perro agredía y el puerco lograba herirlo con sus colmillos, ese perro jamás volvía al ataque.

Después de permanecer acorralado durante una hora, el jabalí intentó huir, pero uno de los perros le saltó encima y lo castró con un solo mordisco. Inmediatamente todos los otros perros atacaron y lo mataron a dentelladas. Tan pronto como los movimientos del animal cesaron, todos los otros perros se apartaron mientras que el que había tomado la iniciativa en la acción comía los mejores trozos. Solamente después de satisfecho el primer perro, los otros comieron también, devorando el jabalí entero en menos de media hora. Casi se pudiera decir que estos perros tienen cierta inteligencia, dando un ejemplo a la gente de cómo se debe premiar la iniciativa, pues el perro que había encontrado el jabalí recibió el honor de ser el primero en comer de la presa.

El hombre que me acompañaba ha presenciado eventos similares en otras ocasiones. En cada grupo de perros hay uno que siempre sale a buscar presa. Tan pronto como encuentra un jabalí, lo único que tiene que hacer es ladrar y al instante el resto de la tropa le sigue. Yo he visto algo similar entre los perros de caza. Los cazadores siempre tienen un perro consigo para descubrir la presa, y una vez éste la ha encontrado, aguarda tranquilamente hasta que los cazadores la matan. Entonces el cazador recompensa a su podenco con un buen trozo de carne, y de nuevo éste sale en busca de otras presas. Todos los otros perros se quedan con los cazadores hasta que oyen los ladridos del sabueso.

El gobernador de la isla Tortuga, M. Bertrand d'Ogeron, notando la gran cantidad de puercos cimarrones que los perros mataban y lo difícil que se hacía conseguir carne para las plantaciones, intentó exterminar los perros para siempre. En 1668

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

mandó buscar veneno a Francia y lo echó sobre los cadáveres de varios caballos viejos que hizo sacrificar con este propósito. Durante seis meses intensificó el esfuerzo por exterminar los perros, pero su número en la isla no bajó considerablemente.

Estos perros pueden ser domesticados y con frecuencia los cazadores lo hacen. Cuando encuentran un cachorro recién nacido lo llevan a su casa, lo crían y lo entrenan para la cacería.

El lector estará curioso por saber cómo llegaron los perros a la isla, y trataré de explicarlo en cuanto me sea posible. Cuando los españoles ocuparon la Española, la isla estaba habitada por unos indios. Viéndose dominados por los españoles bajo el pretexto de la religión, los indios se rebelaron contra los conquistadores, haciéndoles tanto daño que los españoles decidieron destruirlos. Pero los indios se refugiaron en los espesos bosques de las montañas, y los españoles se vieron forzados a traer perros para sacarlos de su escondite. Cuando encontraban a los indios, los españoles los destrozaban en pedazos, los que entonces daban de comer a los mismos perros.

Desde aquel entonces, los indios les temen tanto a los españoles, que no se atreven a salir, y la mayor parte han muerto de hambre, habiéndose escondido en las montañas por temor a ser asesinados. Yo mismo he visto una cueva en las montañas que está llena de restos humanos que estimaría pertenecen a no menos de cien víctimas; y he visto muchas otras de esas cuevas mientras recorría el país de cacería. Cuando habían muerto tantos indios que ya no molestaban, los españoles soltaron algunos perros y parece ser que éstos son los que se han propagado, pues los perros salvajes no son oriundos de la isla.

Los caballos de la Española son pequeños de estatura, con el cuerpo corto, la cabeza gruesa, el pescuezo largo y las piernas fuertes; en otras palabras, de raza muy degenerada. Andan juntos en grupos de dos o trescientos y si alguien se les acerca, el líder sale corriendo hasta estar a quinientos o seiscientos

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

pasos del intruso, y de repente gira con toda la tropa siguiendo sus pasos de cerca.

Estos caballos son muy fáciles de domesticar. Los cazadores acostumbran atraparlos para transportar carne y cueros a la costa. Amarran una soga de un lado al otro de algún camino estrecho por donde suelen pasar los caballos con frecuencia. Cuando un caballo corre por allí, la soga le detiene por las piernas y queda cogido a la mata al enderezarse ésta. Una vez atrapados, los caballos reciben muchos latigazos y se ven forzados a arrastrar algo de mucho peso hasta que quedan muy mansos. Por este medio los animales quedan domesticados en ocho días, y tan dispuestos a cargar un fardo como cualquier caballo de carga. Después de este riguroso entrenamiento los cazadores los sueltan hasta necesitarlos de nuevo, pues quedan verdaderamente domesticados.

También había grandes cantidades de ganado silvestre, pero hoy en día empieza a escasear a causa de la cantidad de desperdicio innecesario que ha habido en la cacería. Los españoles matan todo lo que pueden tan solo con el fin de perjudicar a los franceses; los perros salvajes devoran muchos becerros jóvenes; y los bucaneros los cazan en grandes cantidades para aprovechar los cueros. Los toros son animales grandes y fuertes. Si son provocados, pueden ser feroces y muy peligrosos; pero en general no son nada agresivos. Sus cueros miden de once a trece o catorce pies de largo.

Es un verdadero milagro que todavía haya reses y puercos salvajes en la isla Española, pues hace 81 años que entre los españoles y los franceses sacrifican más de 1500 puercos cimarrones diariamente. Es más, yo diría en base a mi propia experiencia, que los franceses solos cazan más de ese número todos los días, y que todavía queden tantos animales es realmente asombroso. Son de tamaño mediano y por lo general de color negro, casi sin excepción. Andan en tropas de cincuenta a sesenta animales, los machos siempre a la delantera, con las

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

hembras y los marranitos a la retaguardia. Cuando son atacados por los perros salvajes, se dispersan tan rápidamente como les es posible. Siempre hay algunos jabalíes que son más solitarios y estos siempre son los mejores animales.

Yo lo sé por experiencia propia que los puercos cimarrones pueden ser domesticados. Nosotros hemos atrapado marranitos en el monte y los hemos criado dándoles carne de comer. Una vez grandes, nos seguían como si fuesen perros. Corrían delante de nosotros al bosque, y cuando se encontraban con puercos cimarrones empezaban a hacer ruidos y los perros iban detrás de ellos. Al matar el jabalí, los puercos mansos comían de la carne cruda tal como si fuesen perros, y luego volvían a seguirnos.

En la isla Española hay gran diversidad de aves, que en su mayoría son comestibles. Existen guineas, cotorras y palomas, garzas, cangrejeros, cuervos y pavos silvestres. También hay flamencos, patos, gansos, colibrís, ruiseñores y muchos otros cuyos nombres no conozco.

Los españoles llaman *pintadas* a las gallinas de guinea a causa de su plumaje, pintado de blanco y negro como la piel del tigre. No tienen crestas rojas en la cabeza como las demás gallinas, sino que tienen algo como una corona espinosa. Son aproximadamente del tamaño de las gallinas grandes en Europa y su carne tiene un sabor similar. Andan por los bosques en bandadas de cincuenta a sesenta aves, y tan pronto como perciben algo que se acerca, vuelan a los árboles haciendo un gran escándalo con su cacareo. Ponen sus huevos en el suelo, por lo que es muy fácil encontrarlos. Los pollitos pueden ser criados por una gallina doméstica, pero tan pronto como oyen los sonidos de los otros en los montes, se van corriendo al bosque y se vuelven silvestres dentro de poco tiempo.

Hay muchas cotorras en el campo. Estos pájaros casi siempre hacen sus nidos en los huecos hechos por otras aves en las palmeras, pues tienen el pico muy aguileño y no pueden hacer

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

las aberturas por sí mismas. Parece ser que la naturaleza les socorrió con la industria de otras aves llamadas *carpinteros,* cuyos picos pueden agujerear árboles tan duros que dañarían la mejor hacha de hierro. Estos pájaros son aproximadamente del tamaño de nuestros gorriones y tienen un pico de pulgada y media de largo, con tanta fuerza que en una sola semana pueden hacer un hoyo suficientemente grande para sus nidos.

Hay bandadas gigantescas de palomas por todas partes, pero solamente son comestibles durante cierta temporada, como hemos explicado en el capítulo sobre la isla Tortuga. Las palomas son más grandes que las de la Tortuga y cuando los árboles tienen frutas, engordan tanto que al matarlas el buche les explota.

Hay otra clase de ave que llaman *cangrejeros* que son del tamaño de las garzas y se alimentan con los cangrejos que encuentran cerca del agua. Son buenos de comer y tienen siete hieles distintas en siete lugares del cuerpo. Las garzas son las mismas que tenemos en Europa.

También hay cantidades de cuervos que se alimentan con la carroña de los animales muertos dejados por los perros salvajes o desperdiciados por los bucaneros. Cuando se anda de cacería, estas aves se aglomeran en bandadas muy grandes y hacen tanto escándalo que los cazadores casi no pueden oirse hablar los unos a los otros. Son muy parecidos a los cuervos de Europa y sirven de alimento en tiempo de extrema necesidad.

Los pavos americanos son aves corpulentas, del tamaño de nuestro pavo, pero con la cabeza, las patas y el plumaje muy diferentes. Tienen el pico y los pies como la cigüeña, y son completamente blancos con dos manchas negras en las alas.

Los *flamencos* habitan las regiones de la costa sur de la isla. Tienen el cuerpo como la cigüeña, con el pescuezo de casi seis pies de largo y patas en proporción. El pico lo tienen como los gansos, pero más grueso y curvo, con la lengua de una pul-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

gada de grueso. Su carne es muy sabrosa. Estas aves siempre vuelan juntas en bandadas de cincuenta a sesenta. Cuando están cerca del agua buscando alimento, un flamenco siempre queda de guardia, y si ve algo peligroso acercarse despega gritando a los otros en advertencia, y entonces todos los demás pájaros le siguen.

Los *pescadores* viven a las orillas de los ríos y sólo comen peces. Son blancos, del tamaño de un pato, y tienen el pico rojo aguileño de unas nueve pulgadas de largo. Las patas también son rojizas.

Las *fragatas* vuelan a velocidades altas y con tanta delicadeza que es casi imposible notar sus movimientos. Vuelan muy lejos mar afuera y se alimentan solamente de peces. Son del tamaño del pavo; su carne tiene sabor de ternera y es muy nutritiva. Nadie jamás ha visto estos pájaros en tierra, pues hacen sus nidos en los árboles que crecen con raíces en el agua.

Cuando estos pájaros no pescan suficiente para dar de comer a sus críos, vuelan alrededor de las grietas donde viven otras aves y dan golpes con sus alas hasta que éstas tienen que huir; entonces estas últimas, para hacerse más livianas, en su vuelo vomitan todo lo que tienen en sus buches. Pero las fragatas rápidamente vuelan debajo, recogiendo la comida antes de que caiga al agua. Las víctimas frecuentemente se tienen que acostar sin ninguna comida en sus buches. A estas aves les llaman *pájaros bobos,* porque se dejan engañar por aves menos poderosas, pues sus picos son mucho más fuertes que los de las fragatas. Estos pájaros bobos son del tamaño de un pato, con el pico como las garzas con serruchos de ambos lados. También se alimentan con peces y descansan frecuentemente en los árboles que crecen en el agua.

Estos pájaros se dejan atrapar por el hombre sin ninguna resistencia, solamente chillan. Frecuentemente se posan en las cubiertas de los barcos que navegan cerca de las Antillas y los

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

marineros los atrapan; pero no son buenos de comer, pues tienen un olor y un sabor muy grasoso. A un pájaro que tiene un sabor parecido le llaman *garganta grande,* pues puede tragar un pez del tamaño de la cabeza de un hombre, aunque el pájaro mismo es del tamaño de un ganso corriente. El pico tiene ocho pulgadas de largo y cuatro de ancho. Estos pájaros siempre frecuentan las orillas de los ríos, la costa del mar y los cayos rocosos.

La gallina de agua o agachadita es similar a la nuestra, pero algo más grande y gruesa. Hay grandes cantidades de patos durante la temporada, pero son tan gordos que es preciso quemarles un poco de la grasa antes de comerlos, y lo mismo se aplica a la cerceta.

Los gansos visitan la isla una vez al año y permanecen allí de tres a cuatro meses. Comen tantas semillas de cierta clase, que se hacen demasiado pesados para volar, y entonces son muy fáciles de atrapar, pues caminan como patos en la arena; algo que yo mismo he hecho muchas veces. Solíamos encontrarnos con una bandada de gansos en las sabanas y los seguíamos hasta que no pudieran caminar ni volar más, y entonces los matábamos con un palo cualquiera. Después de hartarse de esta manera los gansos pasan a veces hasta un mes sin comer nada, quemando su propia grasa hasta perder suficiente peso para poder volar de nuevo.

El colibrí es el más minúsculo de todos los pájaros en el mundo. Tiene un plumaje de un colorido extraordinario y se alimenta del néctar de las flores. Solamente los indios pueden cazar estos pajaritos con sus flechas; luego los hacen disecar y los venden a los cristianos. Antes de disparar contra estos pajaritos, ponen con mucha destreza una gota de cera en las puntas de sus flechas, para así evitar hacer daño al cuerpo tan frágil del colibrí.

Nos falta aún por tratar de los franceses que habitan una parte importante de la isla. Ya hemos dicho como se estable-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

cieron en la isla con sus criados contratados por un término de tres años; y ahora pasaremos a dar una descripción de sus costumbres, manera de vivir y ocupaciones.

Los franceses en la isla Española tienen tres tipos de ocupaciones distintas: la cacería, la agricultura y la piratería. Tan pronto como un hombre agota su contrato de servidumbre, busca un compañero con quien asociarse; ponen todo lo que poseen en beneficio recíproco, haciendo un contrato escrito de las condiciones que acuerdan. Algunos designan a su socio único heredero; otros ordenan al compañero entregar parte de la herencia a su mujer (en caso de estar casado) o a un amigo. Una vez firmado este contrato algunos salen a piratear, otros van de cacería y los demás cultivan tabaco, según el gusto de cada quien.

Hay dos tipos de cazadores: los que cazan reses para aprovechar los cueros, y aquellos que cazan los puercos cimarrones para vender la carne a los plantadores. Los cazadores de reses cimarrones son llamados *bucaneros*. Hace unos años había unos quinientos o seiscientos en la isla, pero ya no quedan sino trescientos; esto se debe a que los animales están tan escasos que el cazador tiene que ser muy hábil para matar siquiera uno al día.

Cuando estos hombres van de cacería, permanecen un año y a veces dos sin salir del monte; luego regresan a la Tortuga a comprar provisiones: pólvora, balas, armas de fuego, tejidos y otras cosas. Durante esta corta visita, que a lo sumo dura un mes, los cazadores gastan todo el dinero que les ha tomado un año o dieciocho meses ganar. Beben aguardiente como si fuese agua, y a veces compran una barrica de vino, la destapan y beben de ella hasta que no queda una sola gota. Día y noche celebran por todo el pueblo el rito de Baco mientras pueden obtener bebida con su dinero. Pero el culto de Venus no es olvidado tampoco. Es más, las prostitutas y dueños de tabernas se preparan para la llegada de los cazadores de la misma ma-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

nera en que los taberneros de Amsterdam esperan a los marineros de la flota de las Indias Orientales. Gastado todo el dinero ganado en la cacería y agotado todo el crédito que les es permitido por los taberneros, regresan a los montes de nuevo a pasar un año o 18 meses de cacería.

Aquí daremos una descripción de la vida que llevan estos hombres en la Española. Habiéndose reunido en el lugar de encuentro, se separan en grupos de cinco o seis cazadores con sus criados, si los tienen. Cada tropa escoge un lugar bien situado en las sabanas y allí establecen sus tiendas de campaña y construyen una choza para almacenar los cueros una vez secos y curados.

Por la mañana, tan pronto como empieza a amanecer, los cazadores entran al monte con sus podencos por el camino donde esperan encontrar mayor número de reses cimarrones. Inmediatamente después de matar el animal, toman lo que ellos llaman su *brandy,* o sea, chupan el tuétano de los huesos antes de que se enfríe. Luego, desollan el animal con destreza y uno de ellos regresa con el cuero al campamento. Este proceso lo repiten hasta que cada hombre tiene un cuero, lo que les coge aproximadamente hasta el mediodía. Cuando están todos de regreso en el campamento, si poseen criados, éstos tienen que tender los cueros al sol a secar y luego preparar la comida. Esta siempre consiste de carne, pues no comen ningún otro alimento.

Después de haber comido, cada uno coge su fusil y sale a cazar caballos por el mero deporte, o a matar aves con un solo disparo. A veces tiran al blanco en concurso por algún premio —casi siempre a ver quién tumba mayor cantidad de naranjas sin averiarlas, o sea, solo rozando el tallo con una bala— lo cual he visto hecho con frecuencia.

Los domingos llevan los cueros secos a la costa y los cargan en pequeños botes. Una vez un criado necesitaba un descanso y le dijo a su amo que Dios había ordenado que se descansara

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Bucanero con fusil. Grabado de la edición francesa de Exquemelin, titulada *Les aventuriers qui ce sont signalez dans les Indes,* París, 1686.

el séptimo día. Pero su amo no interpretó el texto bíblico de la misma manera. Le dio una paliza al pobre joven gritándole: «sigue trabajando, desgraciado; mis órdenes son las siguientes —seis días has de cazar reses y el séptimo has de transportar los cueros a la costa».

Estos hombres son crueles y despiadados con sus criados: es preferible pasar tres años en las galeras que estar un año al servicio de un bucanero. Hubo un cazador que golpeó a su criado con tanta violencia que pensó haberle matado, pero al marcharse su amo, el joven se recuperó e intentó alcanzarle. No pudo encontrar ni a su amo ni el campamento, y por tanto se vio obligado a quedarse en el monte sin ningún arma para cazar y defenderse. No tenía ni siquiera un cuchillo, y su única compañía fue un podenco que fielmente permaneció a su lado.

Después de pasar dos o tres días sin comer, se encontró con una tropa de jabalíes, y el podenco logró atrapar uno de los más pequeños. Pero el criado no tenía medios para hacer fuego, y lo que es más serio, no poseía un cuchillo para desollar el animal. Finalmente logró destrozarlo con una piedra y se comió la carne cruda. Le dio un trozo al podenco y trató de conservar el resto mientras pudo, por temor a no encontrar nada más que comer estando perdido y solo en el monte.

Estando de cacería un día con su podenco vio una perra salvaje con un trozo de carne que llevaba en la boca para dar de comer a sus cachorros, y la siguió hasta su cueva. Allí empezó a lanzarle piedras hasta dejar muerta la perra. Entonces cogió la carne que llevaba la perra en la boca y la devoró. Se llevó dos cachorros de regreso, pues su podenco había parido recientemente y todavía tenía suficiente leche para dar a mamar a los dos cachorros.

Al fin encontró un sitio en el bosque donde podía atrapar suficientes puercos para alimentarse a sí mismo y a sus perros. Se acostumbró de tal manera a esta vida que pasó mucho tiempo tranquilamente esperando que algún día pasaran por allí unos

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

cazadores y le rescataran. Pero además no se atrevía alejarse mucho del sitio por temor a perderse de nuevo y pasar hambre. Pues sus podencos ya estaban lo suficientemente grandes para cazar y nunca le faltaba carne allí. Se acostumbró a comer carne cruda, y no deseaba nada más. El inconveniente más grande que tenía era la falta de cuchillo con que cortar su carne, pues cuando sus perros mataban una presa, tenía que esperar hasta que ellos comieran para que dejaran el animal abierto. Entonces destrozaba pedazos de carne con sus manos y comía este alimento como el manjar más delicioso de su vida.

Había llevado este estilo de vida por un período de unos catorce meses, cuando de casualidad se encontró con un grupo de cazadores. Al verle, le cogieron mucho miedo, pues tenía un aspecto verdaderamente salvaje. Durante todo este tiempo jamás se había afeitado, solamente tenía un pedacito de corteza de árbol como taparrabo, y de la cintura le colgaba un trozo de carne cruda.

Él les contó cómo se había separado de su amo. Los cazadores quisieron llevarle de regreso al campamento, pero él insistió en que primero tenían que liberarle de su servidumbre, pues prefería seguir el estilo de vida salvaje que había llevado durante catorce meses a regresar al servicio de su cruel amo. Ellos le prometieron la libertad y le avanzaron suficiente dinero para comprarla.

De casualidad yo me encontraba en el lugar cuando le trajeron de regreso, y le miraba con asombro, pues estaba gordo y saludable, mucho más contento que cuando dependía de su amo. Estaba tan habituado a su dieta de carne cruda que al comienzo le fue difícil comerla cocida, pues incluso le causó indigestión. Tan pronto como la comió, sintió un dolor de estómago tan fuerte que empezó a gemir hasta vomitarla tan entera como la había tragado. Pero al comer carne cruda no tenía el más mínimo problema. Nosotros tratamos de evitar que co-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

miera carne cruda, pero él siempre lograba hacerlo cuando no lo vigilábamos.

Yo he visto el mismo fenómeno entre los perros salvajes; después que cumplen uno o dos meses de vida no les gusta la carne cocida. He relatado esta historia para exponer la crueldad de estos cazadores para con sus criados, y también para demostrar hasta qué punto el ser humano se adapta a comer cualquier clase de comida. Tanto así, que yo creo que un hombre pudiera sobrevivir comiendo hierba tal como lo hacen muchos cuadrúpedos; ya volveré a insistir sobre este tema más adelante.

Los españoles vigilan las acciones de los cazadores extranjeros constantemente y a veces atacan cuando los sorprenden desarmados. Cinco compañías de españoles han salido de Santo Domingo en busca del enemigo, pero siempre rogando no encontrarle. No tienen el coraje para enfrentárseles como hombres; prefieren descubrir su campamento y asesinarlos de noche mientras duermen.

En lo que sigue haré un breve relato de algunos de los incidentes de esta naturaleza. Una mañana salió un cazador con su criado por un camino donde les esperaban en emboscada doce españoles a caballo. El cazador cogió otro camino al descubrir las huellas de caballos españoles, pero no pudo escaparse. Ellos oyeron el ladrido de los perros de cacería, y le dieron alcance al llegar a la sabana. Viéndose atrapado sin salida, el cazador se colocó de espalda a espalda con su criado y, poniendo la pólvora y las municiones a sus pies en un sombrero, los dos se prepararon para la batalla.

Los doce españoles a caballo cercaron a los dos franceses y con lanzas en ristre, les ordenaron entregarse si deseaban conservar sus vidas. Pero el cazador no se fió de esta promesa, pues había engañado a los españoles suficientes veces para saber que los quemarían vivos si lograban atraparles. Les contestó que no pedía gracia, pero que el primero que se atreviera a atacarles la pagaría muy caro. Diciendo esto, echó una rodilla a tierra y,

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

apuntando su fusil, se preparó para disparar. Viendo su determinación, los españoles pensaron mejor dejarle quieto y se retiraron.

En otra ocasión, un cazador estaba solo en el bosque cuando fue sorprendido por una tropa de españoles. Empezó a correr hacia ellos, gritando y haciendo gestos como si tuviera otros compañeros detrás y apuntando su fusil. Muertos de miedo, los españoles huyeron dejándole completamente libre.

Los otros cazadores no cazan más que jabalíes, para salar la carne y venderla a los colonos. Su modo de vida es exactamente el mismo que el de los cazadores de reses. Pero la manera que emplean para cazar jabalíes es muy diferente de cómo se hace en Europa.

Estos cazadores tienen campamentos donde permanecen tres o cuatro meses, y a veces hasta un año, a los que ellos llaman *bucán*. Trabajan en grupos de cinco o seis cazadores. Uno de ellos acuerda con un hacendado proveer su casa con suficiente carne para un año a cambio de veinte o treinta quintales de tabaco. Al mismo tiempo el hacendado le da un criado como ayudante y se compromete a proveerle de pólvora, municiones y podencos. Las demás necesidades corren por cuenta del cazador.

Los cazadores también reciben algunos percances de su oficio. Al terminar su trabajo de la mañana, salen a cazar caballos por la tarde, y derriten el sebo de estos animales para hacer aceite de lámpara. Venden este producto a los hacendados a razón de un quintal de tabaco el recipiente. Ganan aún más dinero si se dedican como pasatiempo a la crianza de podencos para la venta, pues un buen animal vale seis reales de a ocho, que es el precio universalmente convenido.

Otros cazadores salen de cacería en grupos de siete u ocho sin estar comprometidos con ningún colono, un hombre cargando las escopetas y otro encargado de los podencos. Un tercer hombre del grupo siempre permanece solo de guardia en el

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

sitio del bucán para ahumar la carne, moler la sal y cocinar para el resto de los compañeros. Cazan una cantidad muy grande de animales, a veces matan cien puercos cimarrones en una mañana, para aprovechar sólo unos siete, pues en general prefieren ahumar tan sólo las marranas. Estas son siempre más gordas que los machos corrientes. Los puercos cimarrones pueden causar mucho daño a perros y hombres, si no se tiene mucho cuidado. El cazador siempre debe llevar consigo un palo largo o bastón para defenderse del animal herido. Una vez que el jabalí ha pasado cerca de uno, el peligro cesa, pues estos animales nunca retroceden, sino que siempren arremeten hacia adelante.

Tan pronto como los cazadores regresan al campamento, cada hombre desolla los animales que ha matado y deshuesa la carne. Cortan la carne en lonjas de unos seis pies de largo, más o menos. La carne cortada la ponen en sal por tres o cuatro horas y luego la cuelgan del techo de la choza que construyen con este propósito. Hacen un fuego para ahumar la carne hasta que se seca y se endurece, entonces la empacan y almacenan. Cuando se acumulan veinte o treinta quintales de esta carne ahumada, la llevan al mercado donde la venden a los plantadores, al precio de dos libras de tabaco por cada libra de carne.

Ya hemos descrito la vida de los cazadores; ahora tornemos a considerar la de los plantadores. Se establecieron en la isla Tortuga hacia 1598, y lo primero que cosecharon fue tabaco. Con esta cosecha les fue muy bien, pero la isla era demasiado pequeña y tenía poca tierra cultivable. También deseaban sembrar caña, pero en esto hubo poco progreso, pues nadie tenía capital suficiente para establecer un molino de caña.

Por lo tanto, como ya he dicho, muchos se fueron de cacería y otros se dedicaron a la piratería. Pero con el tiempo, al escasear los animales, muchos decidieron retornar a la agricultura. Escogiendo las mejores tierras que pudieron encontrar en la isla Española, muchos se dedicaron a cosechar tabaco. Los primeros se establecieron en la región nordoccidental de la isla,

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

llamada Cul de Sac y con el tiempo esta población ha crecido hasta alcanzar los dos mil colonos. Allí están fuera del peligro de los ataques españoles y pueden trabajar en paz.

Al comienzo padecieron mucha hambre, pues mientras preparaban la tierra no tenían tiempo para procurarse comida. Donde ahora tienen sus plantaciones, antes no había más que un monte lleno de jabalíes, y éstos fueron su única fuente de alimento. Cuando empezaron a trabajar la tierra, dividieron la región en diferentes secciones y empezaron cultivando en pequeña escala. Dos o tres se juntaban para comprar las herramientas necesarias, tales como hachas, picos, cuchillos, semillas y provisiones de boca suficientes para iniciar los trabajos. Entonces tumbaban el monte y construían bohíos de yaguas hasta poder contruir sus viviendas permanentes.

La primera tarea era la de limpiar el terreno de toda la maleza que crecía bajo los árboles. Esta la amontonaban en pequeñas pilas para que se secara. Luego proseguían cortando los árboles. Las ramas y hojas las quemaban con la maleza y guardaban los troncos para usarlos más tarde en la construcción. Primero sembraron fríjoles, porque éstos se cosechan ya secos a las seis semanas. Luego sembraron yuca, batata y maíz, que se ha convertido en su alimento principal. Las batatas maduran en cuatro o cinco meses pero la yuca tarda ocho o nueve y a veces hasta un año entero antes de que se pueda comer. Después de llena se puede dejar en la tierra otro año si es necesario, pero luego se pudre.

Estos tres frutos son sus principales alimentos. Los fríjoles los cocinan con carne y también hacen un potaje con huevos. Las batatas las comen por la mañana de desayuno; las cocinan en una olla cubierta con poca agua, y en media hora están listas para comer y tan secas como las castañas. Las sirven con mantequilla y una salsa hecha de jugo de limón, manteca y ajíes picantes. También usan estas batatas para hacer una bebida. Las cortan en tajadas y las echan en agua caliente. Entonces cuelan

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

el líquido y lo dejan posar dos o tres días hasta que se fermente. Es una bebida sabrosa y nutritiva, con un sabor amargo que no es nada desagradable. Ellos le llaman *mabí,* que es el nombre que le daban los indígenas.

La yuca o casabe les sirve de pan, y lo preparan de la siguiente manera. Rayan la yuca con guayos de cobre o estaño exactamente como preparan el nabo en Holanda. Una vez guayada la cantidad que necesitan, exprimen la raspadura con un paño de tela ordinaria hasta sacarle toda la humedad y dejarla perfectamente seca; luego pasan esta harina por un cedazo grueso. Después de cernida, la harina parece ser aserrín de madera. Entonces la cocinan en una sartén de hierro, dándole la forma de una galleta grande, que ponen en los techos a secar al sol. Talvez es esta costumbre la que ha dado origen a la leyenda del país donde las casas estan hechas de galletas.

Para no desperdiciar nada, usan la harina más ordinaria que no pasa por el cedazo para hacer tortas de cinco a seis pulgadas de grueso, y poniéndolas una encima de otra las dejan fermentar. Se produce un líquido parecido a la cerveza que es muy sabroso y nutritivo.

Tienen varios otros frutos, por ejemplo el plátano que cocinan con carne y del cual hacen una bebida usando el mismo proceso que con las batatas. Esta bebida hecha del plátano es tan fuerte como el vino de mesa, y si una persona bebe mucho, se emborracha y le da una resaca con un dolor de cabeza fuerte al próximo día.

Una vez que las plantaciones producían abundantes alimentos, los plantadores empezaron a tumbar el monte y a preparar la tierra en otras secciones, esta vez para sembrar tabaco. Las semillas de tabaco se siembran en un semillero cuadrado de unos doce pies por doce, cercado todo alrededor y techado cuidadosamente con hojas de palma para darles sombra. Si no llueve, mojan las plantas al atardecer. Cuando el tabaco está del tamaño de una lechuga, lo trasplantan al campo en filas

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

distanciadas a tres pies. La mejor temporada para la siembra es de enero hasta fin de marzo, porque ésta es la estación de lluvia. La tierra se debe mantener bien desyerbada. Cuando la planta mide unas 18 pulgadas, le cortan la espiga para impedirle el crecimiento; de esta manera unas pocas hojas reciben el alimento de toda la planta y crecen grandes y saludables.

Mientras crece el tabaco, los plantadores construyen almacenes de 50 a 60 pies de largo y 30 a 40 pies de ancho, con vigas atravesadas. De estos palos cuelgan el tabaco a secarse. Cuando está bien seco, le arrancan las hojas y las enrollan. Las personas que enrollan las hojas ganan una décima parte del tabaco que preparan. La planta echa más hojas después que ha sido cortada, hasta un total de cuatro veces al año. El tabaco es exportado a Francia y otros países, y lo usan principalmente para picadura y en la elaboración de tintes.

Los colonos franceses en la Española siempre han estado bajo la dirección del gobernador de la isla Tortuga, pero no sin resistencia por parte de los colonizadores. En el año 1664, la compañía se estableció en la isla Tortuga y los colonizadores de la isla Española estaban bajo su jurisdicción; pero esto no les agradó a ellos, pues alegaban que la tierra que habían colonizado no le pertenecía ni a la Compañía ni al Rey. Estos hombres, que no son los que respetan autoridad alguna, decidieron no colaborar con la Compañía, lo que significó el fracaso seguro de ella.

El gobernador de la Tortuga era muy respetado por los colonizadores. El notó que le sería más fácil gobernar personalmente que a la Compañía, y trazó un plan para someter a los colonizadores bajo su gobierno. Les anunció a los habitantes que él les transportaría regularmente sus productos a Francia cuatro veces al año y les vendería los artículos manufacturados necesitados por ellos a mejor precio que cualquier comerciante extranjero.

El gobernador logró ganarse la simpatía de los principales

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

colonos y excluyó a los demás de todos los beneficios. No podían comprar ni siquiera una yarda de tela sin tener que rogar y suplicar, y les era imposible exportar sus productos. Todos los barcos que llegaban estaban bajo las órdenes del gobernador y él mismo era dueño de algunos buques. Sus propios productos recibían preferencia y luego los de sus amigos, y, si sobraba algún espacio a bordo, entonces, solamente aquellos que tenían el permiso oficial del gobernador podían embarcar sus mercancías.

La situación siguió igual hasta que en 1669 los colonos recibieron noticias de dos barcos holandeses que estaban cerca de la costa de la Española. Decidieron desobedecer al gobernador y comerciar con estos barcos. Al poco tiempo llegó el gobernador, pero no le dejaron desembarcar, disparando contra él y amenazándole con la muerte si trataba de bajar a tierra. Se vio obligado a volver a la Tortuga y despachar sus barcos medio vacíos a Francia.

Mientras tanto los barcos holandeses entraron al puerto. Los amigos y oficiales del gobernador deseaban refrenar este comercio, pero desistieron del esfuerzo por temor a ser asesinados. El comercio con los holandeses se llevó a cabo satisfactoriamente y ambos barcos salieron cargados de cueros y tabaco, prometiendo regresar pronto. Sin duda habrían cumplido su palabra, de no haber estallado la guerra.

Los colonos le tenían mucho odio al gobernador y decidieron vengarse de él. Cruzaron en canoas con la intención de matar al gobernador y ocupar la isla Tortuga. Pensaron que les sería fácil, pues esperaban recibir la ayuda de los holandeses para llevar a cabo su comercio, y seguramente la hubieran recibido si no hubiese sido por la guerra que empezó en esos tiempos.

Mientras tanto esto ocurría, el gobernador envió un mensajero a Francia a pedir ayuda al Rey, diciéndole que estos hombres serían capaces de apoderarse de todas sus islas en América. El resultado de este mensaje provocador fue el envío de dos

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

buques de guerra para someter a los colonos de la isla Tortuga.

Los dos buques de guerra fueron enviados a la Española a pacificar los rebeldes; pero en vez de obedecer, los colonos huyeron al bosque. Las fuerzas del Rey quemaron las casas abandonadas y luego el gobernador les mandó mensajes en un tono de clemencia. Los colonos entonces prometieron obediencia bajo ciertas condiciones, pues se dieron cuenta de que no recibirían ninguna ayuda externa. No obstante, el gobernador hizo ahorcar a varios instigadores de la rebelión, perdonando al resto y dándoles permiso para comerciar con quienes quisieran.

Las plantaciones fueron restablecidas rápidamente y pronto producían grandes cosechas de muy buen tabaco. En total producen de veinticinco a treinta mil pacas de tabaco al año en la actualidad.

Los colonos tienen pocos esclavos en este sitio y por tanto se ven obligados a hacer todo el trabajo ellos mismos con sus criados, que están contratados por un período de tres años. Los franceses comercian con estos hombres tal como los turcos, vendiendo alistados entre sí exactamente como la gente en Europa vende caballos. Algunos se dedican a ir a Francia a buscar jóvenes labradores en los pueblos, y haciéndoles grandes promesas los traen a la isla a trabajar como animales, aún más de lo que tienen que trabajar los esclavos negros. Los colonos mismos admiten que tienen que cuidar mejor a los esclavos negros que a los criados blancos, pues al esclavo le tienen a su servicio durante toda la vida, mientras que el alistado solamente les pertenece por unos cuantos años. Tratan a sus criados con tanta crueldad como lo hacen los cazadores, sin la menor piedad. Enfermos o saludables tienen que trabajar bajo un sol que es casi insufrible. Con frecuencia las espaldas de estos pobres desdichados están llenas de llagas y quemadas por el sol, como los caballos que llevan cargas pesadas.

Los criados padecen de una enfermedad curiosa que se debe al cambio de aire y a la mala alimentación. Les da mucho sueño,

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

les falta la respiración y están constantemente al desmayarse. A esta enfermedad le llaman *Mal d'estomac* * y es causada por el mal trato que les dan los amos. Muchos de estos jóvenes vienen de buenas familias y son engañados por los amos que los traen a trabajar en este ambiente infernal, y por esto se enferman tanto. No obstante, no reciben ningún tratamiento médico ni la menor consideración. A lo contrario, se ven obligados a trabajar por los golpes del amo hasta que caen muertos. Entonces los amos se quejan, diciendo: «¡El bribón prefiere morirse a seguir trabajando!» Yo he visto muchos de estos casos; y siempre me han causado mucha pena. Daré aquí algunos de los ejemplos más notables.

Un joven de buena familia vino a la isla tratando de escapar del mal trato que le daba su tío, quien era su guardián. Cayó en manos de uno de estos colonos que le asignó tareas que le eran imposible terminar, sin darle nada de comer. Le trataba con tanta crueldad que el muchacho se fugó al monte, donde murió de hambre al poco tiempo. Yo mismo encontré su cadáver medio devorado por los perros salvajes.

El siguiente caso no es menos instructivo. Un colono trataba a su criado tan mal que este último se fugó al monte, pero al poco tiempo fue capturado. El amo lo amarró a un árbol, lo golpeó hasta que la sangre le chorreaba por todo el cuerpo y entonces le untó una preparación hecha con jugo de limón, sal y ají picante. Dejándole allí un día entero, regresó a azotarle de nuevo hasta que cayó muerto.

Las últimas palabras que dijo este criado fueron: «Le ruego a Dios que el diablo te torture tanto antes de tu muerte como tú me has atormentado a mí.» Tres o cuatro días después de la muerte del joven, este tirano (pues no sé que otro nombre darle) fue torturado por el demonio hasta que murió. Se vio tan desfigurado por las heridas y llagas que no parecía un ser humano.

* Mal o enfermedad del estómago *(N. del T.)*

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Yo creo que esto ocurrió por agencia de Dios, quien castigó a este criminal por todos los pecados que cometió durante su vida.

Yo conocía tres jóvenes que en desesperación mataron a su amo, porque les obligaba a trabajar de día y de noche sin nada de comer, hasta el extremo de que tenían que suplicar a sus vecinos por un pedazo de pan. Estos jóvenes fueron ahorcados y antes de morir confesaron que su amo también había matado a golpes a uno de sus compañeros.

Atrocidades de esta clase son aún más frecuentes en las Antillas Menores, donde los amos tratan a sus criados con mayor crueldad que los colonos de la isla Española. Hay un colono en San Cristóbal llamado Belteste quien ha matado a golpes a más de cien alistados. Para aparentar ser bueno con sus criados, les ponía carne y huevos frescos, vino y otras cosas junto a los cadáveres. Este hombre decía que no le importaba irse al infierno si podía dejarles suficiente patrimonio a sus hijos para que pudieran tener coche y caballos.

Los mercaderes holandeses que solían comerciar allí conocían bien a este colono.

Pudiera relatar muchos casos similares, pero me parece que el lector puede juzgar por sí mismo de la clase de gente que se trata por estos ejemplos.

Los ingleses son igualmente crueles con sus criados, pero un poco más astutos. Sus alistados casi siempre están contratados por siete años, y cuando ya llevan seis años de buen servicio, empiezan a ser tratados con tanta crueldad, que le ruegan al amo los venda a otra persona. Los amos nunca rechazan esta solicitud, pues los venden por otros siete años, o por lo menos por tres, y así reciben un buen precio después de haber recibido muchos años de servicio. Yo he conocido personas que por este medio se han visto forzados a servir quince, veinte y hasta veintiocho años. Con frecuencia estos alistados llegan a tal grado

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

de desesperación que se venden por un año para conseguir una buena comida.

Los ingleses celebran las Navidades con buen ánimo y mucha comida y bebida. Para esta ocasión les permiten a los esclavos coger lo que desean, pero a crédito. Luego tienen que pagar todo muy caro. Los ingleses tienen una ley muy estricta que cuando una persona tiene una deuda de 25 chelines y no la puede pagar, puede ser vendido por cierto período de tiempo, de seis meses a un año.

Ahora continuaremos con la historia de las aventuras de los bucaneros, para no aburrir más al lector con estas cosas.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

CAPITULO VI

Los primeros bucaneros.

En capítulos anteriores he narrado como llegué a estar en compañía de los piratas. Les llamo piratas por el simple hecho de que no tenían el apoyo de ningún príncipe. A pesar de que no había guerra declarada en Europa, esta gente cometía todo tipo de atropello contra los españoles, atacando y saqueando sus ciudades y aldeas. El Rey de España en varias ocasiones mandó quejas a los monarcas inglés y francés por las actividades de piratería que constantemente ocurrían en el nuevo continente, pero éstos contestaron que los piratas no eran vasallos de sus respectivas coronas, y que los españoles tenían derecho a castigarles como quisieran. El Rey de Francia además alegó que no tenía ninguna fortificación o representante en la isla Española y que tampoco percibía tributo o impuestos de parte de los habitantes. El Rey de Inglaterra contestó que jamás había dado órdenes ni autorización a los habitantes de Jamaica para cometer hostilidades en contra de Su Majestad el Rey Católico, y para demostrar su buena fe, mandó sustituir al Gobernador de Jamaica. Mientras tanto, las actividades de los piratas continuaban en su apogeo.

El primer pirata en la Tortuga fue un tal Pierre Le Grand,*

* Pedro el Grande *(N. del T.)*

nacido en Dieppe, Normandía. La primera hazaña que le dio renombre a este bucanero fue la captura del buque del vicealmirante de la flota española cerca de Cabo Tiburón en la costa occidental de la Española. Esto sucedió en 1602 cuando navegaba una pequeña embarcación con 28 marineros cerca de los cayos. Los españoles todavía no conocían la ruta por el canal de las Bahamas y salían al océano por el camino de Caicos. La manera en que asaltaron y robaron este buque la relataré según el diario de un testigo fidedigno.

Los piratas tenían mucho tiempo en alta mar sin capturar ninguna presa y estaban muy faltos de alimentos, casi al punto de morir de hambre. Además, su bote estaba en mal estado. Cuando ya casi se daban por perdidos, vieron un barco de la flota española separarse del resto. Le Grand decidió capturar el barco o morir intentándolo. Se acercaron para saber qué armas tenía el barco y, aunque notaron que estaba mejor armado que su pequeña embarcación, escogieron el costado débil para atacar. Cuando estaban tan cerca que no se podía escapar, los bucaneros juraron lealtad al capitán Pierre Le Grand hasta la última gota de sangre. Al anochecer atacaron, después de ordenarle al cirujano que le hiciera un orificio en el fondo a su propia embarcación para hundirla. Cuando vieron hundir el bote se apresuraron en abordar y atacar al buque español; arremetieron sin otras armas que una pistola y una espada cada uno.

No hallando resistencia en la cubierta, fueron inmediatamente a la cabina, donde el capitán estaba jugando cartas con algunos amigos. Amenazándole con una pistola al pecho, le ordenaron que entregara el mando del barco. Los españoles comenzaron a rezar: «¡Jesús, Sálvanos! ¿Son diablos o qué son?» Mientras tanto unos piratas ocuparon el arsenal y otros los cañones, matando a todos los que se opusieron. Al poco rato los españoles se rindieron. Esa misma mañana le habían avisado al capitán que el bote que tenían a la vista era de piratas. El capitán entonces contestó: «Así es; y yo, ¿he de tenerle miedo

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

a ese triste bote? ¡Ni aunque fuera un barco tan grande y fuerte como el mío!»

No obstante, por descuido su barco fue capturado de la manera más avergonzante. Le Grand se quedó con los marineros españoles que necesitaba para navegar el barco y dejó a los demás en la costa. Todavía en alta mar mandó a procurar una comisión oficial para poder entrar a puerto legalmente. Entonces se dirigió hacia Francia con su presa, donde se quedó para el resto de su vida sin jamás regresar al Nuevo Mundo.

Al conocer el éxito de la empresa de Pedro el Grande, muchos hombres dejaron la agricultura y la cacería y se dedicaron a buscar embarcaciones para salir a piratear contra los españoles. Al comienzo navegaban en sus canoas hacia el Cabo Alvarez en la costa septentrional de la Española, para interceptar las barcas de cabotaje que los españoles usan en el comercio entre un pueblo y otro de la costa, y para transportar sus cueros y tabaco a La Habana, debido a que las flotas españolas no viajan más allá de Cuba.

Los bucaneros capturaron varias de estas embarcaciones cargadas de cueros y tabaco, y llevándolas a la Tortuga, vendieron el botín a los buques mercantes que estaban en el puerto. Con este dinero compraron pólvora, municiones y otras armas para continuar sus piraterías. Prepararon una ambiciosa expedición al Golfo de Campeche y al de Nueva España, donde frecuentaban mucho los barcos mercantes españoles. No tardaron mucho en conseguir un rico botín. Al cabo de un mes, estuvieron de regreso en la Tortuga con dos barcos que habían capturado cerca de la costa de Caracas, hacia donde se dirigían con un cargamento de plata.

De nuevo se embarcaron, esta vez en los dos navíos que robaron y a los dos años había en la Tortuga unos veinte buques dedicados a la piratería. Entonces los españoles tuvieron que equipar varias fragatas para proteger su navegación y acabar con los bucaneros.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

CAPITULO VII

De la manera en que los piratas arman sus barcos y el modo de preparar sus viajes.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

A los piratas les es fácil procurarse nuevas embarcaciones y equiparse para una expedición en la manera que ya he descrito. Cuando un bucanero se va a embarcar, les da aviso a todos los compañeros que desean participar en la expedición. Tan pronto como todos están listos suben a bordo, cada uno llevando consigo las armas y municiones que necesita para el viaje.

Una vez a bordo, empiezan a discutir adónde irán a abastecerse de alimentos, lo que necesariamente quiere decir carne, pues no comen otra cosa en sus aventuras a menos que no capturen algunas provisiones de los españoles. La carne siempre es de cerdo o de tortuga, la que también conservan salada. A veces van a robar los *corrales* de los españoles, donde estos tienen frecuentemente hasta mil puercos domésticos. Los piratas van de noche a la casa del hombre encargado de cuidar los animales y lo sacan de la cama. A menos que no les dé cuantos puercos se les antojen, le ahorcan sin mostrarle ninguna consideración.

Cuando los piratas tienen que obtener sus provisiones por medio de la cacería, emplean un cazador de su propia nacionalidad y dueño de una tropa de podencos, permitiéndole quedarse con alguna parte de la caza. Algunos acompañan al cazador para

ayudarle a salar y ahumar la carne, mientras que otros permanecen a bordo preparando el barco: carenando, remendando y haciendo todo lo necesario para el viaje. Tan pronto como la partida de caza cree tener suficiente alimento, lo depositan todo en la bodega sobre el lastre.

Los piratas cocinan dos comidas al día con esta carne y el racionamiento es desconocido entre ellos. Al salcochar la carne tienen cuidado de guardar la grasa en pequeñas higüeras para usarla como salsa. La comida consiste de un plato único, pero frecuentemente es más sabrosa que los manjares servidos en la mesa de un hidalgo. El capitán come de la misma comida que los demás. Si un marinero cree que el capitán tiene mejor comida, puede cambiar su plato por el de su jefe.

Tan pronto como todas las provisiones están a bordo y el barco listo para partir, los bucaneros deciden por votación popular adónde van a merodear. También hacen un contrato, que llaman *chasse partie,** en el cual especifican la porción del botín que le tocará al capitán por su propio servicio y el uso de su barco. Casi siempre acuerdan lo siguiente: dado el caso de que se capture una presa, varias sumas serán reducidas del capital antes de repartir el botín. Al cazador se le pagarán doscientos reales de a ocho. El carpintero recibirá de 100 a 150 reales de a ocho por la reparación y acondicionamiento del barco. Al cirujano se le pagarán de 200 a 250 por sus medicinas, de acuerdo al tamaño del barco.

Entonces siguen las recompensas estipuladas para los heridos que pierden un órgano o sufren otras heridas. Estos recibirán la siguiente compensación: por la pérdida del brazo derecho, 600 reales de a ocho o seis esclavos; por el brazo izquierdo, 500 reales de a ocho o cinco esclavos en compensación; la pierna izquierda, 400 reales de a ocho o cuatro esclavos; por un ojo al igual que por un dedo se recibirán cien reales de a ocho

* Caza partida *(N. del T.)*

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

o un esclavo. Si un hombre pierde el uso de un brazo, recibirá tanto como si se lo amputaran, y cualquier herida lo suficientemente severa para necesitar la instalación de un tubo en el cuerpo también ganará 500 reales de a ocho o cinco esclavos en compensación.

Habiendo apartado todas estas sumas del capital, el resto del botín será dividido en tantas porciones como piratas haya en la expedición. El capitán recibirá dos porciones por su propio servicio y unas cuatro o cinco, tal vez más, por el uso de su barco. Los demás piratas recibirán cada uno una porción, salvo los novatos que recibirán la mitad de una porción de los veteranos.

Cuando capturan un barco, los piratas son los que deciden si el capitán merece quedarse con la embarcación capturada. Por lo general, si la presa es mejor que su propia embarcación, entonces se quedan con ella e incendian la inferior. El reglamento estipula que cuando roban un buque nadie debe quedarse personalmente con una parte del botín. Todo lo que cogen, dinero, joyas, piedras preciosas y mercancías, debe ser repartido entre todos, sin ninguna persona beneficiarse más que los demás. Para impedir el fraude antes de repartir el botín todos tienen que jurar por la Biblia no haber cogido o tener en su posesión tan solo el valor de seis peniques en sedas, lienzos, oro, plata, joyas, ropa o municiones del barco capturado. Y si descubren que un hombre ha perjurado, es excluido para siempre de la compañía de los piratas.

Los bucaneros son fieles en el extremo y están siempre listos a prestar ayuda a los compañeros. Si un hombre carece de algo, le permiten coger lo que necesita a crédito hasta que consiga los medios para pagar. También garantizan la administración de la justicia entre su compañía. Si alguien pelea y mata su enemigo cobardemente, lo amarran a un árbol y lo mata el bucanero que el ajusticiado escoge. Pero si ha matado a su oponente valientemente y con honor —o sea, permitiéndole

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

cargar su fusil y no disparando a su espalda— sus compañeros le garantizan la libertad. El duelo es el único medio aceptado para arreglar sus disputas.

Cuando han capturado un barco, los bucaneros ponen los prisioneros en tierra tan pronto como les es posible, excepto dos o tres que retienen para que les cocinen y hagan otras tareas domésticas que les disgustan; a estos les dan su libertad a los dos o tres años de servicio.

Los piratas con frecuencia hacen aguada en alguna isla, a veces en uno de los cayos que quedan a poca distancia de la costa sur de Cuba. Allí arrastran sus barcos a la playa para carenarlos. Cada hombre desembarca y establece su propia tienda de campaña, y luego se turnan en las pequeñas expediciones de merodeo que hacen en sus canoas. Apresan a los pescadores de tortugas de Bayamo, gente pobre que pesca y vende las tortugas para ganarse la vida y dar de comer a sus esposas e hijos. Una vez capturados, estos hombres tienen que pescar tortugas para abastecer a los piratas durante toda su estadía en la isla. Si los piratas tienen la intención de navegar en aguas donde abundan las tortugas, se llevan a estos pescadores en la expedición. Los pobres hombres se ven forzados a dejar sus familias por cuatro o cinco años, sin noticias ni comunicaciones con ellas.

Ya que hemos mencionado las tortugas, daré una breve descripción de ellas, pues puede que sean desconocidas por el lector. En el continente americano hay cuatro clases de tortugas marinas. Una de ellas es sumamente grande, alcanzando un peso de trescientas y hasta cuatrocientas libras. Estos animales no tienen caparazón duro y por lo tanto su carne puede ser cortada fácilmente con un cuchillo, pero son demasiado grasosas y no sirven para comer. La segunda clase es la llamada tortuga verde, que es de buen tamaño —crece con frecuencia hasta los tres o cuatro pies de ancho.

Su caparazón es más grueso, cubierto de pequeñas escamas

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

del grueso del cuerno usado en lámparas. Estas tortugas son muy sabrosas —la carne es muy dulce y la grasa verde y deliciosa. Esta grasa es tan penetrante que después de uno comer exclusivamente carne de tortuga durante tres o cuatro semanas, la camisa se le pone tan grasosa con el sudor que se puede exprimir. Además, el cuerpo se siente pesado. La tercera variedad de tortuga es de igual tamaño pero tiene la cabeza más grande y no es comestible, pues hiede a aceite. La cuarta especie es llamada *carey;* es más pequeña y alargada, y tiene el caparazón como las tortugas que conocemos en Europa.

Esta última clase de tortuga vive entre las rocas bajo el agua, alimentándose del musgo y las manzanas de mar que abundan allí. Las otras clases de tortugas viven a base de la hierba que crece bajo el mar, hay algunos lugares tan verdes y vistosos como las praderas en Holanda. Allí van las tortugas a comer de noche. No pueden permanecer mucho tiempo bajo el agua sin subir a respirar, pero inmediatamente que respiran regresan al fondo.

Ponen huevos como los cocodrilos, pero sin la cáscara; solamente están cubiertos por una membrana fina como la película dentro del huevo de gallina. Producen tal cantidad de huevos, que si no fuera porque muchos son destruidos por las aves, sería difícil navegar un bote por estas aguas sin chocar con unas cuantas tortugas. Ponen de 150 a 190 huevos cada una, y esto lo hacen durante tres meses del año, en mayo, junio y julio. Vienen a la playa, escarban su hoyo en la arena, ponen sus huevos y los cubren de nuevo. El calor del sol los incuba en tres semanas, y las crías se dirigen directamente al mar. Tan pronto están en el agua vienen los alcatraces y las agarran, pues las tortuguitas no se pueden sumergir hasta los nueve días de su nacimiento. Con mucha suerte sobreviven dos o tres de cada cien que nacen. Las tortugas tienen sus lugares favoritos a donde van año tras año a poner sus huevos, el principal de los cuales es en las islas Caimanes. Estas son tres islas, una grande

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

y dos pequeñas, en los 20°15' latitud septentrional, a unas 45 leguas al sur de Cuba. Las tortugas acuden a estas islas en tales cantidades, que cada año unos veinte buques tanto ingleses como franceses, pescan allí un cargamento de carne de tortuga para salarlo. Los machos vienen a estas islas con las hembras, y cuando una pareja se junta, permanecen uno o dos días uno sobre la otra.

Es incomprensible como estos animales logran encontrar las islas, pues vienen desde muy lejos: desde el Golfo de Honduras a unas 150 leguas distante. Algunas veces, los barcos que yerran su curso por corrientes adversas y no pueden descubrir su posición se orientan por el sonido de las tortugas soplando, y de esta manera llegan a las islas.

No se necesita ningún instrumento especial para pescar las tortugas verdes (las únicas comestibles). Cuando vienen a las playas de noche a poner sus huevos, son muy fáciles de voltear por dos hombres con un palo. Una vez que caen en sus espaldas les es imposible moverse. Si hay muchos barcos haciendo la pesca de tortugas al mismo tiempo, los piratas dividen la playa para que a cada barco le toque una sección a explotar. En un trecho de unos 500 pasos se pueden pescar no menos de cien tortugas.

Al terminar la temporada en las islas Caimanes, las tortugas se dirigen a Cuba, donde el mar es más tranquilo. Allí comen de nuevo, pues durante toda su estadía en las islas Caimanes no comen absolutamente nada. Cuando una tortuga cae en su espalda, puede durar un mes en esa posición sin comer nada, pero al cabo de ese tiempo su grasa se torna babosa y su carne pierde todo el sabor.

Al mes de haber llegado las tortugas a las aguas cubanas, ya están gordas de nuevo; entonces vienen los pescadores españoles, como los que los piratas apresan y obligan a prestarles servicios, a atraparlas para abastecer a sus pueblos y aldeas de comida. Ellos hacen una especie de arpón, amarrándole un

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

clavo de cuatro puntas de dos pulgadas a un palo, y entonces sujetan esta arma con soga.

Cuando la tortuga sube a respirar, lanzan este instrumento de modo que se clave en el cuerpo del animal. Entonces dejan ir unos quince o dieciséis brazas de línea, y cuando la tortuga sube de nuevo a respirar, le lanzan otro arpón, y de esta manera logran levantar el animal a la canoa. A veces las matan en la superficie durante la noche; mientras más oscuro está, más fácil es, pues en la oscuridad el caparazón refleja la poca luz y el animal se ve todo blanco en la distancia. Estos animales tienen la vista muy aguda, pero parece que no pueden oír.

Los ejercicios principales de los bucaneros son el tiro al blanco y el mantenimiento de sus armas. Siempre usan buenas armas, tanto fusiles como pistolas. Sus mosquetes miden unos cuatro pies y medio de largo y disparan una bala de media a una onza de plomo. Usan cartuchos y llevan una correa con treinta siempre consigo para estar listos para la batalla.

Cuando se cansan de un lugar, entonces discuten adónde han de dirigirse próximamente a probar su suerte. Si uno de ellos conoce algún lugar en particular adonde los buques mercantes van a comerciar, éste ofrece sus servicios. Los buques mercantes viajan a diferentes sitios de acuerdo a la época del año, pues las diferentes regiones tienen sus temporadas según cuándo las corrientes y los vientos permiten la navegación en sus aguas.

La gente de la Nueva España y Campeche hacen su comercio durante el invierno en barcos que navegan a las costas de Caracas, Trinidad y Margarita, pues los alisios norestanos no permiten este viaje durante el verano. Tan pronto como llega el estío, hacen el viaje de regreso. Los filibusteros conocen la ruta que tienen que tomar y los acechan para robarles.

Si los piratas pasan mucho tiempo navegando sin conseguir botín, se atreven a correr gran riesgo y muchas veces tienen éxito en sus arriesgadas empresas. Por ejemplo, en una ocasión

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

un bucanero llamado Pierre François * de Dunquerque pasó mucho tiempo en el mar con una tripulación de veintiséis hombres en una pequeña embarcación. Había estado acechando barcos procedentes de Maracaibo de regreso a Campeche, pero al escapársele la codiciada presa, él y sus hombres decidieron ir a Rancherías. Este es un lugar en la boca del río de la Hacha en los 12 y 1/2° latitud septentrional, donde hay yacimientos de ostras. Todos los años viene de Cartagena una flota de diez a doce barcos, bajo escolta de un buque armado con 24 piezas de artillería, a pescar perlas aquí. Cada bote tiene dos buzos negros que bajan a una profundidad de cuatro a seis brazas. François decidió atacar a estos pescadores de perlas, y lo hizo de la siguiente manera.

Los botes estaban anclados en el banco de perlas y el buque de guerra a media legua hacia la costa. El tiempo estaba tranquilo, de modo que los bucaneros pudieron acercarse sin izar velas, como si fuese un costero español viniendo de Maracaibo. Pero al acercarse al banco de ostras, remaron hacia el buque insignia de la flota, que estaba montado con ocho piezas de artillería y tenía una tripulación de sesenta hombres a bordo. Llegando al barco, François ordenó a los españoles que se rindieran, pero estos contestaron abriendo fuego inmediatamente. Los bucaneros también empezaron a disparar con tanta exactitud que varios españoles cayeron y, antes de que la tripulación del buque insignia pudiera recargar, los piratas subieron a bordo y forzaron a los españoles a pedir cuartel.

Los españoles esperaban que el buque de guerra viniera a su ayuda, pero François, para engañar al enemigo, hizo hundir su propia embarcación y dejó la bandera española en el bote capturado hasta que estuviera listo a partir. Encerraron a los españoles debajo y se hicieron a la vela. El buque de guerra disparó un saludo de victoria pensando que los piratas habían

* Pedro el Francés *(N. del T.)*

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

sido derrotados, pero viendo que el bote se dirigió mar afuera, inmediatamente cortó su cable y le persiguió. Al anochecer el buque de guerra empezó a alcanzar a los piratas. El viento comenzó a soplar y los piratas desplegaron velas para tratar de escaparse. Pero los fugitivos tuvieron mala suerte, pues el mástil mayor se quebró y cayó sobre la cubierta a causa del viento tan fuerte que soplaba.

No obstante, los bucaneros no se desalentaron. Recargaron sus fusiles, amarraron los prisioneros españoles en parejas, y se prepararon para luchar contra el buque de guerra, aunque sólo tenían 22 hombres, pues los demás estaban heridos y por eso incapacitados para el combate. Echaron el mástil mayor al mar y arreglaron las velas que perdieron en los mástiles de popa y de proa.

Pero finalmente el buque de guerra los alcanzó y arremetió con tanta energía, que François tuvo que entregarse, con la condición de que los bucaneros no serían forzados a trabajar cargando caliche o piedra y que serían enviados a España a la primera oportunidad. (Cuando los españoles hacen prisioneros a los bucaneros, suelen forzarlos a tres o cuatro años de este trabajo como esclavos; luego los mandan a España cuando ya no tienen ningún otro uso para ellos). Estas condiciones les fueron concedidas y François, muy apenado por su pérdida, entregó el botín de más de 100.000 reales de a ocho de valor en perlas, pues todas las perlas que había pescado la flota estaban a bordo del buque insignia.

Este hubiese sido un botín inmenso de haberlo podido conservar, que sin duda hubiera sido el caso si el mástil mayor no se hubiese quebrado.

El siguiente es otro caso que empezó con una acción valiente y terminó infortunadamente. Un hombre llamado Bartolomé el Portugués se hizo a la vela en una embarcación montada con cuatro piezas de artillería y unos treinta hombres. Al pasar por el Cabo de Corrientes en la isla de Cuba, vio un

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

barco acercándose, procedente de Maracaibo y Cartagena y de camino a La Habana y la Española. Este barco llevaba 28 piezas de artillería y otras armas, y tenía unas setenta personas a bordo, entre pasajeros y marineros. Los bucaneros resolvieron atacar y lo hicieron con gran valentía, pero los españoles se defendieron bravamente. Al segundo intento tomaron el barco, al tiempo perdiendo diez hombres y otros cuatro que fueron heridos; los españoles todavía tenían cuarenta hombres, contando aquellos en buena salud y los heridos.

Los bucaneros no podían regresar a Jamaica con el viento en su contra, y por tanto se dirigieron al Cabo San Antonio (en el extremo occidental de Cuba) para hacer aguada allí. Cerca del cabo encontraron tres barcos procedentes de Nueva España, los que iban de camino a La Habana. Estos barcos forzaron a los piratas a devolver el botín y los hicieron presos a todos.

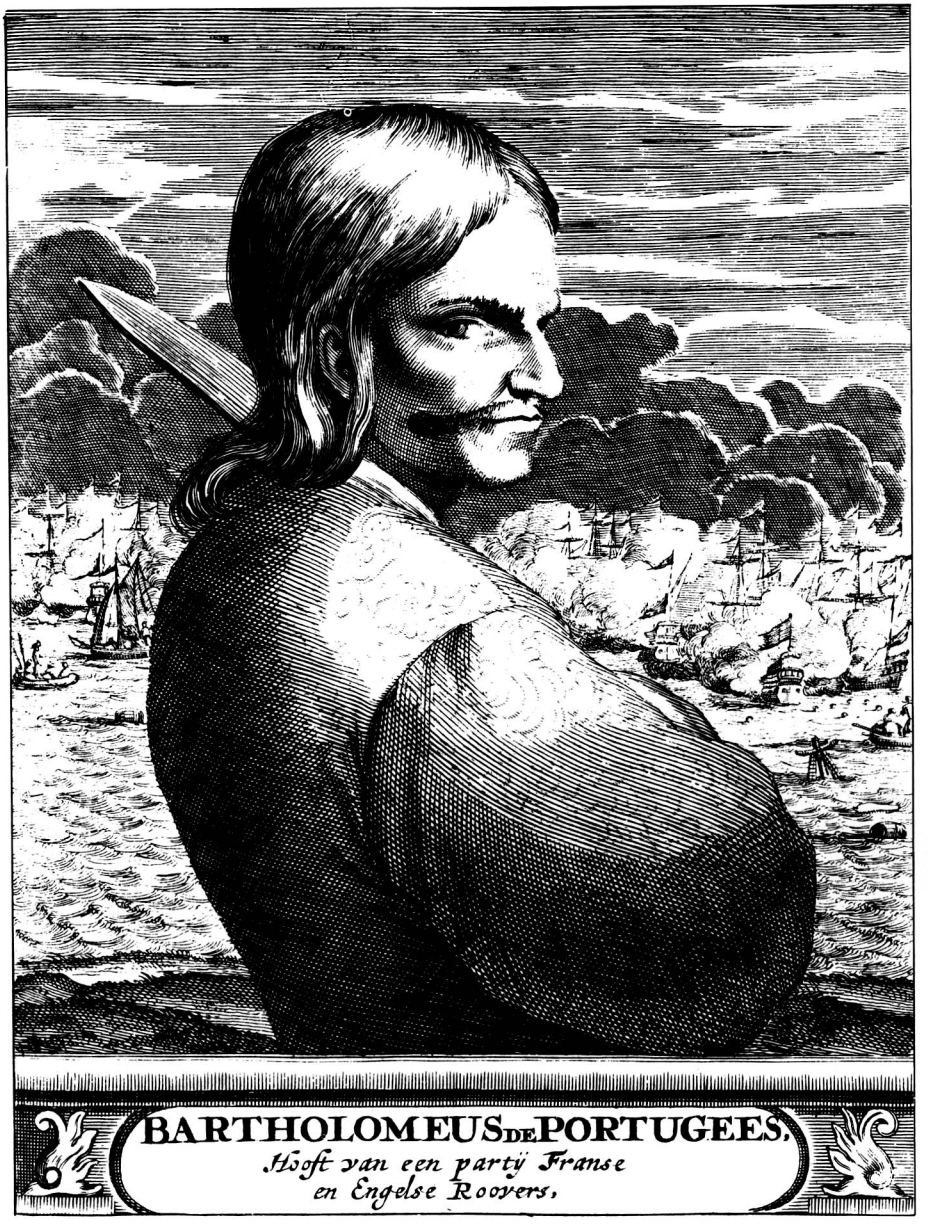
Les causó gran pena tener que entregar tan rico botín, pues el barco tenía una carga de 120,000 libras de cacao y 70.000 reales de a ocho a bordo.

A los dos días después de su captura, los barcos se separaron en una tormenta, y el buque mercante en el cual viajaban los piratas presos tocó puerto en Campeche. Varios comerciantes subieron a bordo a dar la bienvenida al Capitán. Estos hombres fácilmente reconocieron a Bartolomé, el capitán de los piratas, pues éste les había infligido mucho daño a los habitantes de esa costa, matando a mucha gente y quemando sus casas.

Al día siguiente, los oficiales de justicia del pueblo subieron a bordo para pedirle al capitán que entregara los bucaneros; el capitán no se atrevió a rechazar esta petición. Pero los aldeanos temían tanto al capitán de los piratas (pues ya le conocían bien) que le dejaron a bordo del barco hasta poder construir una horca para ajusticiarle por la mañana. Bartolomé hablaba español muy bien y escuchó a los marineros discutir su muerte cercana. Inmediatamente se preocupó por salvar su vida. Cogió

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Bartolomé el Portugués. Grabado de la primera edición holandesa de Exquemelin, Amsterdam, 1678.

dos botellones de vino vacíos y los tapó con corchos. Esa noche mientras todos menos el guardián que le vigilaba dormían, Bartolomé hizo todo lo posible por persuadir a este hombre que regresara a su hamaca, pero como no demostraba la menor intención de complacerle, Bartolomé decidió degollarle y lo hizo sin permitirle gritar. Inmediatamente Bartolomé se dejó caer al agua silenciosamente con sus dos botellones y con la ayuda de éstos nadó a la costa. Entró al bosque, donde se escondió durante tres días antes de decidir qué hacer para escaparse.

Temprano a la mañana siguiente unos soldados fueron despachados a patrullar la costa, donde pensaban que podría estar escondido el pirata. Pero Bartolomé era demasiado astuto para ellos. Él vigilaba sus movimientos desde su escondite en el bosque, y después que estos habían regresado a la ciudad, caminó a lo largo de la costa hacia el Golfo de Triste (a unas treinta leguas de Campeche). Finalmente llegó a este sitio tras un viaje de dos semanas de mucho sufrimiento, a causa del hambre y la sed y todas las incomodidades del viaje. No se atrevió a ir por el camino principal, por miedo a caer de nuevo en manos de los españoles. Pasó cuatro días penosamente abriéndose paso por el monte de la costa, donde los arbustos tienen tantas raíces bajo el agua como ramas por encima de la superficie, sin siquiera pisar un poco de tierra. Durante estos cuatro días no tomó más que el contenido de un higüerito de agua y no comió más que los caracolitos que pudo encontrar en las rocas.

Lo que es peor aún, tuvo que vadear varios ríos sin saber nadar; un hombre tratando de salvar su vida corre riesgos que en otro momento no se atrevería a tomar. Encontró en la playa una tabla de madera vieja que todavía tenía clavos oxidados. Les sacó estos clavos con una piedra y los afiló para poder cortar con ellos. Entonces cortó bejucos para amarrar unos pedazos de madera que había encontrado arrojados en la playa, y de este modo pudo hacer una balsa para cruzar los ríos.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Por fin llegó a Triste, donde encontró un barco de bucaneros de Jamaica. Contándoles sus aventuras, les exhortó a que le dieran una canoa y veinte hombres, para esa noche atacar por sorpresa el barco en el que había sido prisionero, que todavía estaba anclado en Campeche. Los bucaneros le concedieron este favor. A los ocho días, Bartolomé y sus veinte hombres arribaron al puerto de Campeche en plena oscuridad y, sin decir una sola palabra, subieron al barco inmediatamente. Los del barco pensaron que no era más que una de las canoas de la ciudad haciendo contrabando, pero pronto descubrieron su gran error cuando los bucaneros atacaron y cogieron el barco por la fuerza. Los piratas inmediatamente cortaron el cable y se hicieron a la vela. Todavía había gran cantidad de mercancías a bordo, pero ya habían descargado todo el oro.

Bartolomé el Portugués olvidó todas las penas que acababa de sufrir, pues de nuevo tenía un buen barco y grandes esperanzas de ganar una buena fortuna. Pero precisamente cuando creía haber sobrevivido todas sus dificultades, la mala suerte, que constantemente le perseguía, le alcanzó de nuevo. Él había dirigido su rumbo hacia Jamaica y navegaba en la región de la isla de los Pinos, al sur de Cuba, cuando su barco se encalló en los escollos de Los Jardines, empujado por un viento del Sur. Muy apenados, él y sus hombres tuvieron que abandonar el barco y navegar en una canoa hasta Jamaica. No permanecieron mucho tiempo en aquel sitio, sino que se prepararon para navegar en busca de presa tan pronto como les fue posible; pero la fortuna siempre se mostró adversa al Portugués. Hizo muchos ataques violentos contra los españoles sin ganar mucho beneficio de su piratería, pues yo mismo le vi morir en la mayor miseria.

Hay un bucanero que aún vive en Jamaica, cuyas hazañas fueron igualmente valientes. Nació en Groningen (Holanda) y vivió muchos años en el Brasil, pero cuando los portugueses tomaron posesión de nuevo de manos de los holandeses, muchos

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

colonizadores tuvieron que abandonar el país. Algunos regresaron a Holanda, otros fueron a las Antillas francesas e inglesas y algunos a las Islas Vírgenes. Este hombre se fue a Jamaica, y no encontrando otra ocupación, ingresó al grupo de los bucaneros, quienes le dieron el apodo de Rock el Brasileño. Al comienzo no era más que un marinero corriente, pero rápidamente ganó la popularidad entre la tripulación. Un grupo de descontentos le escogió como jefe, se separó de su antiguo capitán y se hizo a la mar en una pequeña embarcación.

Al poco tiempo capturaron un barco procedente de Nueva España que tenía mucho dinero a bordo, y lo llevaron a puerto en Jamaica. Rock ganó mucho renombre con esta hazaña, y con el tiempo se hizo tan audaz que todo Jamaica temblaba con su sola presencia. No tenía la más mínima auto-disciplina y actuaba como si estuviese poseído por una furia malévola. Cuando se emborrachaba, solía andar por todo el pueblo como un loco y le cortaba un brazo o una pierna a la primera persona que encontraba en el camino, sin que nadie se atreviese a intervenir, pues era un maníaco. Cometió las mayores atrocidades contra los españoles. Amarró algunos de ellos a un palo y los cocinó vivos entre dos hogueras, como si fuesen lechones, y ésto solamente porque se negaban a enseñarle el camino a los corrales de puercos que quería robar.

Una vez cuando navegaba en busca de presa a lo largo de la costa de Campeche, su buque se encalló durante una tormenta. Él y su tripulación tuvieron que abandonar el barco y nadar a la costa, sin poder rescatar nada más que sus fusiles, pólvora y municiones. Esto ocurrió entre Campeche y Triste. Inmediatamente se hicieron hacia el Golfo de Triste, donde los piratas siempre hacen escala para reparar sus embarcaciones. A los tres o cuatro días estaban fatigados por el hambre, la sed y el mal camino, tanto así que casi no podían avanzar un solo paso más. Lo que es peor aún, un grupo de cien caballeros españoles, que por casualidad andaba por ese camino, los acechaba.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

El capitán Rock exhortó a sus compañeros a seguir la marcha, diciendo que no tenía ninguna intención de entregarse y que prefería morir a caer en manos de los españoles. Los piratas eran unos treinta hombres bien armados, y como su capitán les inyectaba coraje, resolvieron morir junto a él antes que rendirse. Mientras tanto, los españoles los perseguían muy de cerca. Los piratas dejaron que se acercaran hasta que no podían fallar su blanco, y cada disparo fue eficaz. La batalla continuó por una hora hasta que los sobrevivientes españoles huyeron. Los bucaneros procedieron a matar a todos los heridos españoles y tomaron posesión de los caballos y la comida que llevaba el enemigo. El viaje se les hizo más cómodo, y esto sin haber sufrido más que cuatro bajas: dos muertos y dos heridos.

Ellos siguieron viaje a caballo por el camino de la costa, y antes de llegar al Golfo, vieron una embarcación española de las que viene a cortar madera a poca distancia de la costa. Los piratas retrocedieron un poco y enviaron seis hombres a espiar los movimientos del enemigo. En la mañana, cuando los españoles desembarcaron a tierra, estos piratas cogieron la canoa y remando hasta el barco, lo capturaron. Como había pocas provisiones de boca a bordo, sacrificaron algunos de sus caballos y curaron la carne con sal que encontraron a bordo, para alimentarse con esto hasta encontrar mejor comida.

Al poco tiempo, los bucaneros capturaron un barco procedente de Nueva España que traía harina y mucho dinero destinado a la compra de cacao en Maracaibo. El Capitán Rock regresó a Jamaica con su presa y reinó allí con sus compañeros hasta que gastaron todo el botín. Pues esta es la costumbre de los bucaneros: cuando tienen dinero lo gastan todo inmediatamente. Se dedican a los juegos de azar, a las malas mujeres y a la borrachera mientras tienen dinero que gastar. Algunos fácilmente derrochan dos o tres mil reales de a ocho en un solo día, y al día siguiente quedan descamisados. Yo he visto a un

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Rock el Brasileño. Grabado de la primera edición holandesa de Exquemelin, Amsterdam, 1678.

hombre en Jamaica darle 500 reales de a ocho a una prostituta para verla desnuda. Esto y también muchas otras impiedades.

Mi propio amo solía comprar un tonel de vino y colocarlo abierto en medio de la calle para cerrarle el paso al tráfico de la ciudad. Toda persona que pasaba por allí tenía que beber con él; y al que se negaba, le mataba con una pistola que tenía a mano para ese propósito. Una vez compró un barril de mantequilla para tirarle a todo el mundo que pasaba, ensuciando su ropa y su cabeza.

Los bucaneros son generosos con sus compañeros: cuando un hombre pierde todo, los demás le ayudan en lo que pueden. Los taberneros les permiten comprar a crédito, pero en Jamaica es mejor no tener mucha confianza en esta gente, pues con frecuencia venden a su deudor para recuperar el préstamo rápidamente, cosa que he visto ocurrir muchas veces. El mismo hombre de quien he estado hablando, el que le dio a la prostituta dinero para verla desnuda y que además en ese entonces tenía unos tres mil reales de a ocho en su posesión, a los tres meses fue vendido por un hombre en cuyo establecimiento había gastado la mayor parte de su fortuna.

Pero tornemos de nuevo a nuestra narración. El Capitán Rock pronto malgastó todo su dinero y tuvo que hacerse a la vela de nuevo con sus compañeros. Regresó a la costa de Campeche, la región preferida de sus actividades. A los catorce días de haber llegado allí, salió en una canoa para explorar la situación en la rada de Campeche y ver si podía robar algún barco allí. Pero su mala suerte le condenó a ser él mismo capturado por los españoles: él, su canoa y diez de sus compañeros además.

Inmediatamente fue llevado ante el gobernador. Este le hizo encerrar en un calabozo oscuro con muy poco de comer. El gobernador gustosamente hubiese ahorcado al capitán de los piratas, pero no se atrevió, porque el bucanero había ideado una celada astuta. Le escribió una carta al gobernador como si procediera de sus compañeros libres, amenazando no darle

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

cuartel a los prisioneros españoles que capturaran en el futuro, si el gobernador usaba cualquier violencia para con el Capitán Rock.

Al recibir esta carta el gobernador temió sufrir él mismo ese destino, pues anteriormente Campeche había estado al punto de ser saqueada por Mansveldt, un conocido bucanero de Jamaica. Por lo tanto, el gobernador decidió enviar al Capitán Rock a España con la flota de galeones. Le hizo jurar al bucanero que jamás se dedicaría a la piratería, amenazándole con la horca si caía de nuevo en sus manos.

Acabando de llegar a España, el Capitán Rock ya tenía los ojos abiertos para descubrir como regresar a Jamaica. Durante el viaje desde las Antillas había ganado unos 500 reales de a ocho en la pesca, con los que compró ropa y otros útiles necesarios para su regreso a la isla. Una vez en Jamaica, se dedicó a la piratería con más energía y astucia que nunca, y especialmente a toda hazaña que perjudicara a los españoles.

Los españoles al ver que no podían destruir los bucaneros, se vieron obligados a reducir el número de sus viajes, pero esto tampoco les ayudó mucho. Cuando los bucaneros no encontraban embarcaciones enemigas en alta mar, se juntaban en grupos más numerosos para desembarcar a tierra y saquear las poblaciones españolas. El pirata que inició estos ataques terrestres fue Lewis Scot. Tomó el pueblo de Campeche, saqueó el lugar y forzó a los ciudadanos a pagar dinero de rescate antes de abandonarlo. Luego vino Mansveldt, el primer capitán que se atrevió a desembarcar en Nueva Granada y seguir hasta el Mar del Sur, aunque tuvo que desistir a causa de la falta de provisiones. Primero capturó la isla de Sta. Catalina, donde apresó algunos españoles quienes le señalaron el camino a Cartagena.

Otro bucanero de Jamaica, llamado John Davis, encabezó un ataque atrevido en este mismo territorio. Durante mucho tiempo había estado esperando en el golfo de Boca del Toro,

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

acechando barcos de Cartagena de camino a Nicaragua, pero se le habían escapado todos. Él y sus hombres decidieron dejar su barco en la boca del río Nicaragua y subir río arriba en canoas, para llegar a la ciudad de noche y saquear las iglesias y las casas de los principales mercaderes. Formaban una banda de más de noventa hombres y tenían tres canoas grandes entre ellos. Dejaron diez hombres en el barco, que estaba escondido entre los árboles en la boca del río, para ocultarlo de los indios que acostumbraban venir a pescar, y los otros se embarcaron en las canoas. Viajaron río arriba de noche, escondiéndose durante el día bajo los árboles de las orillas.

A medianoche de la tercera jornada de viaje llegaron al pueblo. El centinela de turno pensó que eran pescadores venidos de la laguna, pues varios piratas hablaban bien el español. Además, les acompañaba un indio que había vivido allí hasta que se fugó porque los españoles le trataban como un esclavo. El indio saltó a tierra, se acercó al soldado y le mató. Entonces todos desembarcaron y visitaron las mansiones de tres o cuatro de los ciudadanos principales. Cogieron todo el dinero que pudieron encontrar e incluso saquearon varias iglesias; pero ya para este tiempo varios fugitivos habían despertado a todo el pueblo.

Los ciudadanos y soldados empezaron a entrar en acción, y los piratas tuvieron que huir, llevándose todo el botín que pudieron cargar. También lograron llevar consigo algunos rehenes, por si algunos de los suyos fueran capturados por los españoles.

Tan pronto como llegaron a la boca del río, los piratas prepararon su barco y se hicieron a la vela. Habían forzado a los prisioneros, en pago de su rescate, a proveerles de toda la carne necesaria para el viaje de regreso a Jamaica. Mientras todavía estaban en la boca del río, unos 500 españoles armados llegaron a caballo, pero los piratas abrieron fuego con su artillería y los dispersaron. Los españoles entonces tuvieron que

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

mirar avergonzados mientras los piratas salían con sus tesoros, sin poder hacer nada para detenerlos. Noventa piratas se habían atrevido a desembarcar, llegar a un pueblo a más de cuarenta leguas de la costa y con un destacamento de más de 880 soldados, y en poco tiempo se habían llevado un botín magnífico. Los bucaneros robaron más de 40.000 reales de a ocho en efectivo, además de objetos de plata y joyas.

Al poco tiempo regresaron con su botín a Jamaica, donde rápidamente lo malgastaron todo, y de nuevo tuvieron que salir en busca de presa. John Davis fue escogido por un grupo de piratas como el jefe de una flota de siete u ocho barcos, pues era muy buen capitán. Acordaron navegar a lo largo de la costa norte de Cuba en espera de la flota de Nueva España. Pero este plan fracasó, y en vez de regresar sin botín, se dirigieron a la costa de la Florida. Allí desembarcaron y tomaron posesión de un pequeño pueblo llamado San Agustín. Este pueblo tenía una fortaleza con dos destacamentos de soldados, pero a pesar de esto los piratas saquearon el lugar y escaparon sin que los españoles les pudieran infligir ningún daño.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

SEGUNDA PARTE

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

CAPITULO I

Origen de Francisco el Olonés y principio de sus actividades

François el Olonés nació en un lugar llamado Les Sables d'Olonne * en la costa de Francia. Fue llevado a las Antillas Menores como alistado en la manera acostumbrada por los franceses. Cuando había cumplido el tiempo de su servicio, se quedó con los cazadores de la Española por una temporada. Luego se dedicó a la piratería contra los españoles, ganando mucho tesoro y cometiendo atrocidades inimaginables. Daré una relación de las principales hazañas de su carrera hasta la hora de su muerte.

Después de hacer dos o tres viajes con los bucaneros, en los cuales demostró gran coraje, el gobernador de la Tortuga, M. de la Place, le puso al mando de un buque para que buscara su fortuna en el corso, pues en esa época Francia y España estaban en guerra. Con su navío, el Olonés ganó enormes tesoros, pero sus crueldades le hicieron infame entre los españoles de toda la región, quienes clamaban constantemente por su venganza. Siempre que le encontraban en el mar, luchaban hasta lo último, pues sabían que él jamás daba cuartel a un español. Pero la fortuna, que durante tanto tiempo le había favorecido,

* Las Arenas de Olonne *(N. del T.)*

empezó finalmente a darle la espalda. Tuvo la mala suerte de perder su buque en una tormenta cerca de la costa de Campeche. Él y su tripulación se vieron forzados a nadar a tierra para salvar sus vidas. Los españoles atacaron y mataron la mayor parte de su gente. El Olonés sabía que no tendrían la menor piedad y no veía ninguna posibilidad de escaparse, pues estaba bastante mal herido. Entonces se untó todo el cuerpo con sangre y se escondió entre los cadáveres que estaban en la playa. Cuando los españoles habían abandonado el campo de batalla, él se retiró al bosque a pensar cómo mejor podría salvar su vida.

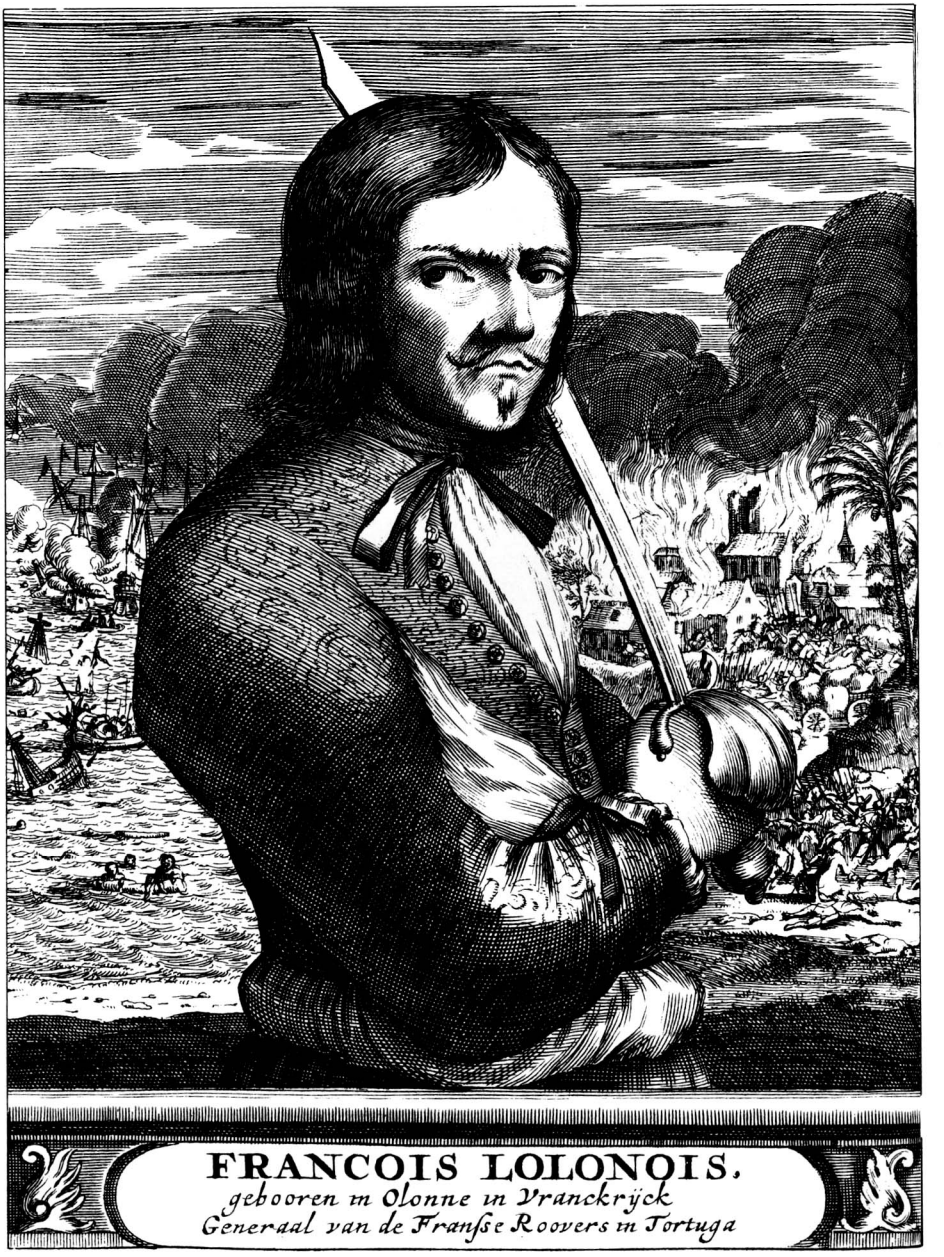
Habiendo recuperado sus fuerzas y sanado sus heridas, el Olonés se vistió a lo español y se dirigió a las afueras de la ciudad de Campeche. Allí les prometió la libertad a unos esclavos, si ellos seguían sus instrucciones. Los esclavos aceptaron su promesa, robaron una de las canoas de su amo y se embarcaron con el bucanero rumbo a la Tortuga. Mientras tanto, los españoles habían encerrado en la cárcel a algunos compañeros del Olonés y los interrogaban acerca del destino de su capitán. Los compañeros contestaron que había muerto, pues así creían. Los españoles se alegraron mucho e hicieron fogatas para celebrar su triunfo, dándole gracias al Señor por haberles librado de un enemigo tan cruel.

Mientras tanto, el Olonés llegó a la Tortuga con los esclavos en la canoa que éstos robaron. En vez de dedicarse a otra ocupación más honrada para evitar peligros como el que acababa de eludir, inmediatamente salió en busca de otro barco. De nuevo se hizo a la mar, esta vez en una pequeña embarcación que había obtenido con trampas y, con veinte hombres bien armados, se dirigió al pequeño poblado de Los Cayos, en la costa norte de Cuba. Este pueblo se dedica al comercio de tabaco y azúcar con La Habana, y los habitantes usan pequeños botes de cabotaje para la navegación cerca de la costa donde hay poca profundidad en el mar.

El Olonés tenía la intención de pillar algunas de estas em-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

François el Olonés. Grabado de la primera edición holandesa de Exquemelin, Amsterdam, 1678.

barcaciones, pero fue descubierto por unos pescadores que tuvieron la suerte de poder escapársele. Estos pescadores viajaron por tierra a La Habana, avisándole al gobernador de la llegada del corsario francés, el Olonés, con dos canoas, y diciéndole que no se atrevían a continuar su comercio por temor a él.

El Gobernador no lo pudo creer, pues recién había recibido cartas de Campeche anunciando la muerte del Olonés. No obstante, a petición de los españoles que trajeron la noticia, ordenó preparar un pequeño buque montado con diez piezas de artillería y una tripulación de noventa hombres bien armados. Este buque fue ordenado a no regresar hasta haber abatido a los filibusteros. Para llevar a cabo su intención, envió a un esclavo negro para que sirviera de verdugo y ahorcase a todos los bucaneros, con la excepción de su jefe, a quien debían traer vivo a La Habana.

El barco arribó frente al pueblo de Los Cayos, pero en vez de sorprender a los piratas, los bucaneros sorprendieron a los españoles. Habían capturado a unos pescadores quienes les informaron de las intenciones y proximidad del barco, esperando por ese medio espantar a los filibusteros lejos de su costa. Todo lo contrario, esta noticia solo aumentó el deseo del Olonés de conseguir un barco para poder causarles mayor daño y robar más dinero a los españoles, e inmediatamente él y su tripulación decidieron atacar el buque de guerra.

El buque español esperaba en un estuario. Los bucaneros obligaron a uno de los pescadores a guiarles al barco bajo la protección de la oscuridad. A las dos de la noche los bucaneros alcanzaron a los españoles, y éstos le preguntaron si habían visto a los corsarios. Los bucaneros contestaron: «No. Al enterarse de vuestras intenciones han huido». Los españoles del buque de guerra se asombraron a la mañana siguiente cuando oyeron los gritos de guerra de los bucaneros sin saber de dónde venían.

Los españoles inmediatamente se aprestaron para la batalla y dispararon sus cañones por ambos lados, pues había una canoa

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

pirata cerca de cada una de las orillas del río. Cuando el enemigo había disparado dos o tres cañonazos, los bucaneros juzgaron el momento oportuno y subieron todos a bordo del buque de guerra empuñando sus sables, y forzaron a los españoles a retirarse a las bodegas. Entonces el Olonés les permitió subir uno a uno, cortándole la cabeza a cada uno que se asomaba por la escotilla. Había matado un buen número de ellos, cuando le tocó el turno al negro que habría de ser el verdugo de los piratas. «Señor Capitán» —gritó el negro—, «¡no me matéis, os diré la verdad!»

El Olonés escuchó su confesión y luego siguió su actividad sangrienta matando a todos los españoles que quedaban menos uno. Le encomendó a éste una carta para el gobernador de La Habana y un mensaje oral advirtiéndole que mataría a todos los españoles que cayeran en sus manos. Al mismo tiempo el Olonés juró cometer suicidio con sus propias manos antes que rendirse a la voluntad de los españoles. La carta contenía declaraciones parecidas, y también decía que confiaba en poder tratar al gobernador de La Habana como éste tenía pensado tratarlo a él.

Al recibir noticias de su fracaso, el gobernador se enojó muchísimo y juró dar muerte a todo bucanero que cayera en sus manos. Pero los habitantes de Cuba le rogaron que no cometiera tal error. Ellos tenían que salir mar afuera todos los días para ganarse la vida, y los piratas podrían apresar a cien de ellos por cada bucanero que los españoles pudieran capturar, y por tanto rogaron al gobernador que no encendiera el terrible fuego de la venganza.

El Olonés ya había logrado apoderarse del barco que necesitaba, pero halló muy poco botín a bordo; decidió recoger algunos hombres más en el camino y salir en busca de nueva presa. Esto lo hizo con mucho éxito, pues capturó un barco en la bahía de Maracaibo que se dirigía a esa ciudad a comprar cacao, y que por tanto tenía mucho dinero y valiosas mercancías a bordo.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Entonces regresó a la Tortuga, donde fue recibido con mucho regocijo. Al poco tiempo decidió reunir una flota para ir a saquear la costa española. Tenía unos prisioneros españoles que prometieron guiarle en su expedición, si él reunía un ejército de 500 hombres. La intención de los piratas era tomar Maracaibo y saquear los pueblos a lo largo de toda la Costa. Los prisioneros conocían esta costa muy bien, y en particular, un francés que tenía una esposa en la región.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

CAPITULO II

El Olonés arma una flota para atacar las costas españolas de América.

El Olonés avisó a todos los bucaneros de su intención. En dos meses reunió 400 hombres y se preparó para la expedición. Había otro filibustero en la isla que sé llamaba Miguel el Vasco. Este había ganado tanto dinero en la piratería que ya no navegaba. Pero en esta ocasión la oportunidad de ganar un botín muy rico y mucha gloria le tentaron.

Se hizo amigo del Olonés y le ofreció sus servicios, diciéndole que estaba capacitado para dirigir las fuerzas de tierra en cualquier eventualidad. En vista de su experiencia con el ejército en Europa, el Olonés le nombró comandante de las tropas. La expedición se embarcó en ocho buques, siendo el pequeño barco del Olonés, que estaba armado con diez piezas de artillería, el mayor de todos.

A fines de abril, cuando todo estuvo listo, se hicieron a la vela desde la Tortuga; unos 600 hombres formaban la expedición. Se dirigieron a un lugar llamado Bayahá, en la costa norte de la Española, donde recogieron a un grupo de cazadores, además de todas las provisiones necesarias para el viaje.

A fines de julio navegaban hacia la Punta de Espada en el extremo oriental de la isla, cuando alcanzaron ver un barco procedente de Puerto Rico rumbo a la Nueva España con un

cargamento de cacao. Ordenando al resto de su flota a esperarle en la isla Saona, al Sur de la Española, el Olonés persiguió al barco español.

A las dos horas, el barco español de repente giró a un lado y se emplazó para disparar. No obstante, a las dos o tres horas de batalla intensa, el barco fue capturado. La embarcación estaba armada con dieciseis piezas de artillería y tenía cincuenta hombres a bordo. Los piratas encontraron 120.000 libras de cacao, 40.000 reales de a ocho en efectivo y joyas por un valor de no menos de 10.000 reales de a ocho. El Olonés envió el barco a descargar en la Tortuga, con órdenes de regresar a la Saona tan pronto como cumpliera esa misión.

Al llegar el Olonés y el resto de su flota a la Saona, encontraron un barco procedente de Cumaná con municiones de guerra y el dinero para pagar al destacamento de soldados en Santo Domingo. Se apoderaron de este buque sin tener que disparar un solo tiro. Estaba armado con ocho piezas de artillería, llevaba 7.000 libras de pólvora, una cantidad de escopetas y explosivos y 12.000 reales de a ocho. Este era un comienzo magnífico, que llenó de confianza a los bucaneros, pues pudieron reforzar su flota considerablemente desde muy temprano.

Cuando el barco cargado de cacao llegó a la Tortuga, el gobernador lo hizo descargar inmediatamente y al mismo tiempo lo abasteció de todas las provisiones necesarias; entonces se lo envió al Olonés lo más rápido posible. En quince días el barco estaba de regreso en la Saona.

El Olonés cogió este barco para su propio uso, y le entregó el que había sido suyo a su compañero Antonio Du Puis. Reclutó unos hombres para reemplazar a los muertos y heridos en la captura del barco, y puso su flota en las mejores condiciones posibles. Todos sus hombres estaban ansiosos por luchar por un buen botín.

Tan pronto como todo estuvo listo, se hicieron a la vela con rumbo a la bahía de Maracaibo. Esta bahía está en la costa

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

de Venezuela, en los 12° latitud septentrional, aproximadamente; tiene unas veinte leguas de largo por doce de ancho. Frente a la bahía están las islas de Onega y Monges; la parte oriental de la bahía se llama Cabo San Román, y al poniente está el Cabo Coquibacoa. Esta bahía es generalmente conocida por el nombre de Golfo de Venezuela, pero los bucaneros le dicen la bahía de Maracaibo.

En el estrecho que da acceso a la parte interior de la bahía hay dos isletas. La más oriental es llamada la isla de la Vigía, porque en una loma en el medio hay un faro con un centinela de día y de noche. La otra se llama la isla de las Palomas. Más allá de estas isletas, hacia el interior, hay un lago de agua fresca que mide sesenta leguas por treinta. Este lago fluye por el estrecho al Golfo de Venezuela y su corriente llega hasta mar afuera. La entrada para los buques entre las dos isletas no es mayor que el alcance que tiene un cañón de ocho libras. En la isla de las Palomas hay un pequeño fuerte que controla el paso, pues cualquier buque que desea entrar al lago tiene que pasar cerca de la isla. En su boca hay un banco de arena en unos catorce pies de agua, y aproximadamente a una legua al interior hay otro banco de arena llamado El Tablazo, donde la profundidad del agua alcanza los diez pies. Más allá hasta llegar a Río de las Espinas (a unas cuarenta leguas), el agua tiene seis, siete y a veces ocho brazas de profundidad.

A unas seis leguas de la costa, en el lado occidental, está Maracaibo, una hermosa ciudad con muchas casas elegantes frente al agua. La población es considerable. Contando los esclavos, se estima que viven allí de tres a cuatro mil personas, y entre ellos hay unos 800 hombres que pueden llevar armas, todos españoles. Hay cuatro monasterios, un hospital y una gran iglesia parroquial. La ciudad es gobernada por un teniente gobernador bajo la jurisdicción del gobernador general de Caracas; el comercio principal es en cueros y cebada. Los habitantes son ricos en ganado y también tienen plantaciones del otro lado del

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

lago a unas treinta leguas al sur de Maracaibo, cerca de una aldea grande llamada Gibraltar. Allí se cultiva cacao en grandes cantidades, al igual que toda clase de comida para abastecer a Maracaibo, pues la tierra en la vecindad de esta última es muy seca y poco fértil. Todos los días las embarcaciones van de Gibraltar cargadas de limones, naranjas, melones y vegetales de todas clases. Estos luego regresan de Maracaibo con carne, pues el terreno alrededor de Gibraltar no se presta para la ganadería.

La ciudad tiene un puerto excelente con facilidades para la construcción de muchos buques, aunque tienen que traer la madera desde los montes del interior. Frente a la ciudad, en una pequeña isleta llamada la isla Borrica, hay gran cantidad de chivos. Los españoles solamente aprovechan los cueros y el sebo, pues raramente comen la carne, excepto que algunas veces gustan comer los cabritos. En los alrededores de Maracaibo también hay buenos rebaños de ovejos, y en el interior también algunas plantaciones, pero la tierra es árida y seca. Los animales son pequeños, pues en realidad hay poco pasto disponible.

Hay algunas tribus de indios viviendo a lo largo de la costa occidental que nunca han sido conquistados, por lo que los españoles les llaman *indios bravos*. Estos salvajes no quieren tener ningún contacto con los españoles. Construyen sus casas sobre los árboles que crecen en el agua, para ser menos molestados por los mosquitos. Del lado oriental del lago hay aldeas de pescadores españoles, construidas sobre pilotes en el agua. El terreno en esta región es tan bajo y pantanoso, que los muchos mosquitos hacen la vida casi intolerable y siempre existe el peligro de las inundaciones. En el lago desembocan unos setenta y cinco ríos y arroyos, y cuando llueve mucho, las inundaciones se tragan dos o tres leguas de tierra. La aldea de Gibraltar frecuentemente se encuentra sumergida bajo el agua y los habitantes tienen que abandonar sus casas y retirarse a las plantaciones en el interior.

Gibraltar está situada en la costa, a unas cuarenta leguas

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

de Maracaibo. Tiene una población aproximada de 1.500 personas, de las que unos 400 son hombres en condiciones para portar armas, la mayoría siendo artesanos y pequeños comerciantes. Alrededor de la aldea hay muchas plantaciones de cacao y caña de azúcar. La tierra es muy fértil y está cubierta de buenos árboles que dan madera para la construcción de casas y barcos. Hay cedros inmensos, con troncos de unos cuarenta pies de circunferencia. Los habitantes usan estos árboles para hacer unas embarcaciones ahuecadas llamadas *piraguas* que navegan con una pequeña vela.

Ríos hermosos fluyen por toda la campiña de los alrededores. Hay muchas plantaciones de cacao a orillas de estos ríos. En tiempo de sequía hacen correr agua por canales que tienen compuertas para controlar el suministro eficientemente. También cosechan cantidades considerables de una variedad de tabaco muy estimado en Europa; éste es el tabaco de Virginia genuino, conocido como el tabaco del Papa.

Esta llanura fértil tiene una extensión de unas veinte leguas, y está delimitada del lado del lago por pantanos y del otro por montañas altas que siempre están cubiertas de nieve. Del otro lado de las montañas hay un pueblo grande llamado Mérida que tiene jurisdicción sobre Gibraltar. Transportan los productos de Gibraltar al otro lado de las montañas en recuas de mulos solo una vez al año, pues el viaje es tan frío e incómodo que es casi insoportable. Al regreso de Mérida cargan harina traída de Lima por el camino de Santa Fé.

Un español me contó que en esas montañas vive una gente que son de la misma estatura que los indios, pero tienen el pelo rizado y garras en los pies como si fuesen simios. Su piel es tan dura que no la penetran flechas ni otros instrumentos; son trepadores muy ágiles y tienen mucha fuerza. Los españoles han tratado de matar algunos de esta tribu con sus lanzas, pero el hierro no penetra su piel. Una vez estos salvajes cogieron algunos españoles y los tiraron al suelo desde la altura de los árboles.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Nadie ha oído hablar a esta gente. A veces bajan de las montañas a las plantaciones y raptan a las esclavas negras.

Yo he leído varias descripciones de América, pero en ninguna de ellas he visto mención de esta gente. Creo que debe ser algún tipo de simio berberisco que vive en esa región, pues he visto muchos monos en el bosque. No obstante, varios españoles me han asegurado que son seres humanos y que los han observado con frecuencia. Yo doy esta información por lo que puede valer. ¡Es verdad que la voluntad del Señor es grande, y bien pueden ser estas cosas reales!

He descrito los alrededores del lago Maracaibo para que el lector pueda comprender mejor los eventos a continuación. Arribados al golfo de Venezuela, el Olonés y su flota fondearon fuera de vista de los centinelas en la isla de la Vigía. Temprano de la mañana siguiente se mudaron a la boca del lago Maracaibo, fondeando frente al banco de arena. Como no podían entrar al lago sin pasar cerca del Fuerte de la Barra, el Olonés desembarcó a su gente para atacar el fuerte por tierra. Este no era más que una batería de dieciseis piezas sobre un terraplén rústico para proteger a los defensores.

Los bucaneros desembarcaron a una legua del fuerte y empezaron su marcha. El comandante del fuerte había enviado una tropa de soldados a emboscar a los bucaneros por detrás para desconcertarles mientras él arremetía por el frente. Pero los bucaneros habían enviado una patrulla de cincuenta hombres a tantear el terreno. Estos descubrieron la emboscada y atacaron a los soldados, impidiéndoles el retiro al fuerte. Mientras tanto el cuerpo principal se acercó a la fortaleza y atacó. En menos de tres horas tomaron el fuerte, sin otras armas que sus fusiles.

Los españoles de la fracasada emboscada huyeron a Maracaibo, donde los habitantes, asombrados por la noticia de la llegada de los piratas, reunieron una fuerza de dos mil hombres. Maracaibo había sido saqueada por los piratas hacía diez o doce años y esa tragedia todavía se conservaba fresca en la memoria

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

de sus habitantes. Todos empezaron a empacar para estar listos a huir. Aquellos que tenían embarcaciones propias cargaron sus posesiones a bordo y se dirigieron a Gibraltar, donde dieron la noticia de la llegada de los piratas y su captura del Fuerte de la Barra.

Los que no tenían botes enviaron sus posesiones al interior en caballos y mulos de carga.

Tan pronto como los bucaneros se apoderaron del fuerte, izaron su bandera para avisar a sus compañeros que los barcos podían entrar. El resto del día lo dedicaron a destruir el fuerte: quemaron los soportes de la artillería, clavaron los cañones; llevaron los heridos a bordo de los barcos y enterraron a los muertos. A la mañana siguiente se hicieron a la vela hacia Maracaibo, que está situado a unas seis leguas. El tiempo estuvo tranquilo todo el día y solo pudieron navegar con la marea; por lo tanto el viaje fue muy lento.

Llegaron a la ciudad temprano la próxima mañana e inmediatamente emplazaron sus barcos para poder cubrir el desembarco con la protección de su artillería. Creían que había españoles escondidos entre los arbustos de la playa. La artillería disparaba mientras las canoas se acercaban a la costa. La mitad de los bucaneros saltó a tierra mientras que los demás dispararon sus armas de mano hacia los árboles, pero no recibieron ninguna reacción.

Cuando los bucaneros entraron a la ciudad, la encontraron totalmente desierta, pues todos los españoles habían huido con sus mujeres y niños. No obstante, hallaron toda clase de comida en las casas y también vino y brandy, muchas gallinas, puercos, pan y harina. Entonces los bucaneros empezaron a celebrar su triunfo con gran entusiasmo, pues llevaban una vida sobria desde hacía mucho, y no habían visto tantas y tan buenas provisiones por mucho tiempo. Las mejores casas del pueblo las convirtieron en alojamiento para las tropas. Establecieron turnos de guardia y la gran iglesia les sirvió de cuartel.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

A la mañana siguiente un grupo de 150 hombres fue enviado a capturar prisioneros para poder averiguar por medio de la interrogación, adónde los ciudadanos habían escondido sus tesoros. La expedición regresó en la tarde trayendo consigo unos 20.000 reales de a ocho, varios mulos cargados con mercancías y unos veinte prisioneros entre mujeres, hombres y niños. Al día siguiente torturaron a algunos de los prisioneros para averiguar el escondite de los otros ciudadanos, pero nadie quiso confesar.

El Olonés, quien no sentía el menor remordimiento por la muerte de una docena o más de españoles, desenvainó su sable y cortó en pedazos a un hombre en presencia de los otros prisioneros, jurando que todos encontrarían la misma suerte si no confesaban lo que él quería.

Uno de ellos se asustó tanto con estas amenazas, que prometió conducir los bucaneros al escondite de los demás habitantes. Pero los fugitivos sabían que los prisioneros los delatarían, por lo que habían enterrado sus posesiones y todos los días cambiaban el lugar de su escondite. Los piratas no tenían manera de hallarles. Los españoles llegaron a desconfiar tanto unos de los otros que un padre no se atrevía a confiar en su propio hijo.

A los quince días de estar en Maracaibo, los bucaneros decidieron seguir viaje a Gibraltar. Los españoles de Maracaibo, cuyos espías habían informado del poderío de las fuerzas enemigas, habían enviado un bote a Gibraltar para avisar a los habitantes que los bucaneros pensaban desembarcar allí y luego seguir a Mérida. Inmediatamente un mensajero especial fue despachado a dar esta información a su gobernador.

El gobernador de Mérida había servido como coronel en Flandes y tenía confianza en que vencería a los piratas con poca dificultad. Entró a Gibraltar con 400 hombres bien armados y ordenó a los habitantes preparar sus armas. Encontró unos 400 hombres en el pueblo dispuestos a luchar, o sea que

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

tenía unas 800 personas en total. Entonces hizo montar una batería de veintidós cañones y protegida por gaviones, además de un reducto de ocho piezas. Cerró el camino principal a lo largo de la costa y el único otro camino que había era por los pantanos, donde el lodo les subía hasta las rodillas.

Sin saber nada de estas preparaciones de los españoles, los bucaneros se embarcaron con todos los prisioneros y el botín cogido en Maracaibo. Cuando alcanzaron ver el pueblo, descubrieron la bandera ondeando sobre Gibraltar y mucha gente en la playa.

El Olonés convocó un consejo, primero con sus tenientes y luego con toda su gente. Esta vez, él les advirtió, tendrían que enfrentarse a una situación mucho más peligrosa. Los españoles hacía tiempo conocían sus intenciones y se habían preparado para la batalla. Entonces dio su propia opinión: «¡Si ellos son fuertes, la victoria nos dará tanto más botín!» Todos los bucaneros estuvieron de acuerdo, diciendo que preferían morir con la esperanza de buenas ganancias, a haber viajado tan lejos sin obtener nada. El Olonés les contestó: «Yo os conduciré, y mataré al primero que demuestre falta de coraje en la batalla».

Estando todos de acuerdo, los bucaneros fondearon cerca de la costa a un cuarto de legua del pueblo. La mañana siguiente, al amanecer, el Olonés desembarcó con todas sus tropas (eran unos 380 hombres, cada uno con un buen fusil y un cinturón de treinta cartuchos a su lado, además de una o dos pistolas y un buen sable). Después de darse todos las manos en despedida y jurar eterna lealtad unos a los otros, el Olonés empezó su marcha ofensiva, gritando: «Allons, mes frères, suivez moi et ne faites point les lâches!» *

Con estas palabras, empezaron su marcha, todos listos para el ataque. Pero cuando llegaron a la carretera que el guía les había indicado, la encontraron bloqueada. Tuvieron que coger

* «¡Vamos, hermanos, no sean cobardes y síganme!»

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

el camino por los pantanos, donde los españoles los podían matar a su gusto. No obstante, los bucaneros no se desalentaron. Usaron sus sables para cortar ramas a los árboles y rellenar el camino, buscando de esta manera no hundirse en el lodo. A todo esto los españoles mantuvieron el fuego contínuo de sus armas. Los piratas casi no podían verse ni oírse unos a los otros de tanto humo y ruido que causaban sus disparos. Pero, a pesar de todos estos inconvenientes, los bucaneros lucharon valientemente y nunca se desanimaron.

Los españoles no se atrevieron a salir a la ofensiva y los piratas no pudieron escalar las defensas. Conscientes de esta situación, el Olonés recordó una estrategia que posiblemente engañaría a los españoles. Él y su gente fingieron huir. Tan pronto como los españoles vieron esta acción, unos 200 de ellos los siguieron de cerca. Una vez que habían logrado hacer que los españoles dejaran sus defensas, los bucaneros dieron la vuelta. Dispararon sus fusiles y entonces arremetieron contra los españoles con sus sables en mano. De esta manera mataron a la mayor parte de ellos. En su furia pisotearon cadáveres enemigos y saltaron por encima de los gaviones. Los españoles huyeron al bosque y los bucaneros los persiguieron matando a todos los que pudieron alcanzar. Los españoles defendiendo el reducto se rindieron a condición de que les dieran cuartel.

Los bucaneros arrancaron las banderas españolas. Hicieron presa a toda la gente que encontraron en la aldea, encerrándolos a todos en la gran iglesia. Se apoderaron de la artillería y la prepararon por si los españoles trataban de regresar a echarlos del pueblo.

Pero al día siguiente, los bucaneros se dieron cuenta de que no tenían que temer a los españoles. Cuando fueron a enterrar los cadáveres por razones de higiene, encontraron más de quinientos cadáveres españoles, sin contar a los heridos que huyeron al bosque y luego murieron allí de sus heridas. Además de estas bajas, habían apresado más de 150 hombres y 500 mu-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

jeres, niños y esclavos. Ahora todo estaba tranquilo y los bucaneros pudieron contar sus propias pérdidas, que fueron de unos cuarenta muertos y treinta hombres heridos. La mayor parte de estos hombres murieron a causa del aire contaminado que les daba fiebre y les fomentaba gangrena en las heridas. Los piratas echaron todos los cadáveres españoles en dos botes viejos que había en la playa, y los hicieron hundir en el lago a un cuarto de legua de la costa.

Los bucaneros juntaron todo el dinero y mercancías que pudieron encontrar en el pueblo y entonces descansaron unos cuatro o cinco días, sin hacer ninguna expedición. Mientras tanto los españoles en las cercanías se dedicaron a esconder sus tesoros tan bien como les fue posible. Los piratas pronto empezaron su búsqueda de nuevo, regresando con cantidades de objetos valiosos así como con los esclavos que encontraron en las plantaciones. Como a la semana los prisioneros empezaron a morirse del hambre y de las incomodidades pues los bucaneros no encontraron suficiente carne para todos. Había harina en abundancia, pero los bucaneros eran demasiado haraganes para hacer pan para sí mismos, y mucho menos para los españoles. Todos los ovejos, puercos, vacas y aves que encontraron los sacrificaron inmediatamente para su propio consumo, dejándoles tan solo los mulos y los burros a los españoles. El que no quería comer de esa carne tenía que morirse de hambre, pues no les daban ninguna otra comida a los prisioneros. Las únicas personas que recibían mejor alimento, eran algunas de las mujeres que usaban para su placer. Algunas las violaban y otras se entregaban por su propia voluntad —olvidando su vergüenza— de tanta hambre que sentían. Torturaban a los prisioneros que ellos sospechaban tenían dinero escondido, y si no confesaban, los mataban.

Por fin, después de haber estado allí más de un mes, enviaron cuatro prisioneros a decir a los habitantes fugitivos que tendrían que pagar 10.000 reales de a ocho dentro de un pla-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

zo de dos días para el rescate de su pueblo, y que de otro modo quemarían todas las casas. Al término del plazo los españoles todavía no habían pagado el dinero de rescate; entonces, los bucaneros empezaron a quemar los edificios. Los españoles se convencieron de lo serio de la amenaza y rogaron a los piratas que apagaran los fuegos, prometiendo entregar el dinero tan pronto como fuera posible. Los piratas apagaron las llamas pero no sin haber causado mucho daño a varias casas y a la iglesia del monasterio que quedó totalmente destruida.

Tan pronto como recibieron el dinero de rescate, los bucaneros se embarcaron con su botín y gran número de esclavos, pues todos los prisioneros tenían que ser rescatados y los esclavos comprados de nuevo.

Se dirigieron hacia Maracaibo, donde encontraron a los españoles muy consternados. Enviaron a tres o cuatro prisioneros que habían tomado en su anterior captura de la ciudad a informar al gobernador y los habitantes que tendrían que pagar 30.000 reales de a ocho por el rescate de Maracaibo, y que de lo contrario, quemarían toda la ciudad.

Mientras tanto, grupos de piratas fueron a saquear la costa, robando estatuas, campanas e imágenes de las iglesias, además de grandes cantidades de provisiones de cubierta que encontraron en varios almacenes.

Los españoles que fueron enviados a cobrar el dinero de rescate regresaron con órdenes de negociar con los piratas. Finalmente acordaron pagar 20.000 reales de a ocho y 500 cabezas de ganado, y los piratas prometieron no hacer más depredaciones en la región una vez que esto fuera pagado, sino partir tan pronto como los animales fueran sacrificados. Así cumplieron su promesa para gran alegría de los habitantes quienes por cierto los despidieron con más entusiasmo que cuando los recibieron.

A los tres días de su partida de Maracaibo, los piratas regresaron de nuevo, para gran sorpresa de los españoles, quienes

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

se alarmaron considerablemente. El motivo de su regreso fue que no pudieron navegar el más grande de sus barcos por el banco de arena en la boca del lago y por tanto, se vieron obligados a regresar en busca de un piloto con experiencia. Los españoles gustosamente les concedieron este favor, pues tenían grandes deseos de verlos lejos después de la estadía de casi dos meses que pasaron en su ciudad.

Los españoles entonces pudieron salir del Golfo y se hicieron a la vela hacia la Española, llegando a los ocho días a la isla Vaca. Esta es una pequeña isla frente a la costa sur habitada por unos pocos cazadores franceses que venden carne a los filibusteros que tocan puerto allí. En este lugar los bucaneros contaron y repartieron el monto de su botín, según es su costumbre. Habían robado 260.000 reales de a ocho en efectivo, plata labrada y joyas. La plata fue pesada y valorada en diez reales de a ocho la libra; también estimaron el valor de las joyas, pues no tenían conocimiento de estas cosas. Además, había por lo menos el valor de 100 reales de a ocho por persona en lienzos y sedas y otras mercancías varias. Los heridos recibieron su compensación primero, de acuerdo al sistema que he explicado anteriormente. Luego, después que todos juraron no haber escondido nada para sí mismos, cada hombre recibió su porción del botín.

La porción que correspondía a los muertos en combate fue entregada a sus socios o amigos.

Habiendo repartido las ganancias, los bucaneros se dirigieron a la Tortuga, adonde llegaron muy contentos al mes siguiente. Para algunos la alegría duró poco, pues no pudieron retener su dinero tres días sin perderlo todo en el juego. No obstante, los que perdieron todo recibieron ayuda de los otros compañeros. Hacía poco que habían llegado tres barcos cargados de vino y brandy de Francia y por lo tanto el aguardiente estaba barato. Sin embargo, esta situación tampoco duró mucho tiempo pues los precios rápidamente subieron y al poco rato

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

los bucaneros tenían que pagar cuatro reales de a ocho por una botella de brandy. La Tortuga en ese tiempo estaba llena de comerciantes y taberneros. El gobernador consiguió cargar su barco de cacao por una vigésima parte de su costo verdadero. Los taberneros ganaron parte del dinero y las prostitutas el resto. De nuevo los bucaneros, y entre ellos su jefe el Olonés, se vieron obligados a pensar adónde atacar para obtener más botín.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

CAPITULO III

De cómo armó de nuevo el Olonés para ir a tomar la ciudad de Santiago de León, así como también Nicaragua, donde murió miserablemente.

El Olonés ganó gran renombre en la Tortuga por estas últimas hazañas que le dieron tantas ganancias a sus compañeros. No obstante, como dice el refrán, todo lo que trae la marea alta se lo lleva la marea baja, y el Olonés pronto se vio obligado a salir en otra expedición. No tuvo la menor dificultad en reunir suficiente gente que le acompañara; todos estaban tan contentos con los resultados del último viaje que no tuvieron inconveniente en repetirlo. Es más, la mayor parte de ellos tenían tanta confianza en él que le hubieran seguido hasta el fin del mundo. Luego de discutirlo con sus tenientes, el Olonés decidió que deberían entrar al lago Nicaragua a saquear todos los pueblos aledaños.

Habiendo decidido firmemente escoger este plan, el Olonés reunió un ejército de unos 700 hombres. Instaló 300 bucaneros a bordo del barco grande que robó en Maracaibo; el resto los acotejó en cinco barcos más pequeños, o sea que la flota estaba compuesta de seis barcos. Su sitio de encuentro fue designado en la Española, en un lugar llamado Bayahá, donde cargaron carne salada como provisiones para el viaje.

Una vez que establecieron su acuerdo e hicieron aguada, se

dirigieron hacia Matamaná, en la costa sur de Cuba. Su plan era robar todas las canoas que pudieran encontrar, pues muchos pescadores de tortuga viven en ese sitio pescando y salando las tortugas para venderlas en La Habana. Los bucaneros necesitaban canoas para nagevar desde la costa río arriba hasta Nicaragua, donde había demasiado poca profundidad para navegar sus barcos.

Robaron los medios de producción de esta pobre gente y raptaron algunos de los hombres también. Entonces se hicieron a la vela rumbo al Cabo Gracias a Dios que está situado en Tierra Firme en los 15° latitud septentrional a unas cien leguas de la isla de los Pinos. Pero se metieron en una pesada calma y la corriente los llevó al Golfo de Honduras. Hicieron todo lo posible por volver a su ruta, pero el viento y las corrientes estaban en su contra y el buque insignia del Olonés no pudo alcanzar a los otros. Peor aún, empezó a escasearles la comida y se vieron obligados a procurarse nuevas provisiones. Por fin, el hambre los forzó a desembarcar en la boca del primer río que vieron. Enviaron unas canoas río arriba del Jagua, cuyas orillas están muy pobladas por indios. Saquearon todas las viviendas indias que encontraron, regresando a sus barcos con gran cantidad de trigo indio, que ellos llaman maíz, además de puercos, pollos, pavos y cualquier otra cosa que pudieron robar.

Pero esto todavía no era suficiente para satisfacer las necesidades de los bucaneros durante todo el viaje que tenían en mente. De nuevo se reunieron en consejo y decidieron esperar hasta que pasara el mal tiempo, mientras tanto dedicándose a saquear todos los pueblos y aldeas alrededor del Golfo. Navegaban por la costa en busca de provisiones de boca. Robaban tanto en cada sitio que tocaban, que los habitantes mismos tenían que pasar hambre, pues los bucaneros devoraban todo lo que encontraban. Hasta cazaban los monos de la selva para comérselos.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Por fin llegaron a Puerto Cabello, donde había varios almacenes utilizados por los españoles para depositar los productos del interior en espera de la flota. Allí encontraron y capturaron un buque mercante español armado con veinticuatro cañones y dieciséis piezas de artillería portátiles más livianas. Los bucaneros bajaron a tierra, saqueando todo lo que encontraron y quemando los almacenes con los cueros que había dentro. También apresaron mucha gente a las que trataron con gran crueldad, torturándolos por todos los medios imaginables. Cuando el Olonés torturaba a una víctima, si el desafortunado no contestaba su pregunta inmediatamente, le hacía pedazos con su espada, y luego limpiaba la cuchilla con su lengua, deseando que el que mataba fuera el último español que habitara la tierra. Y cuando uno de los españoles prometía conducir a los bucaneros al escondite de sus compañeros fugitivos y luego no encontraba el camino por cualquier motivo, el Olonés le torturaba de mil maneras y luego al final le mataba.

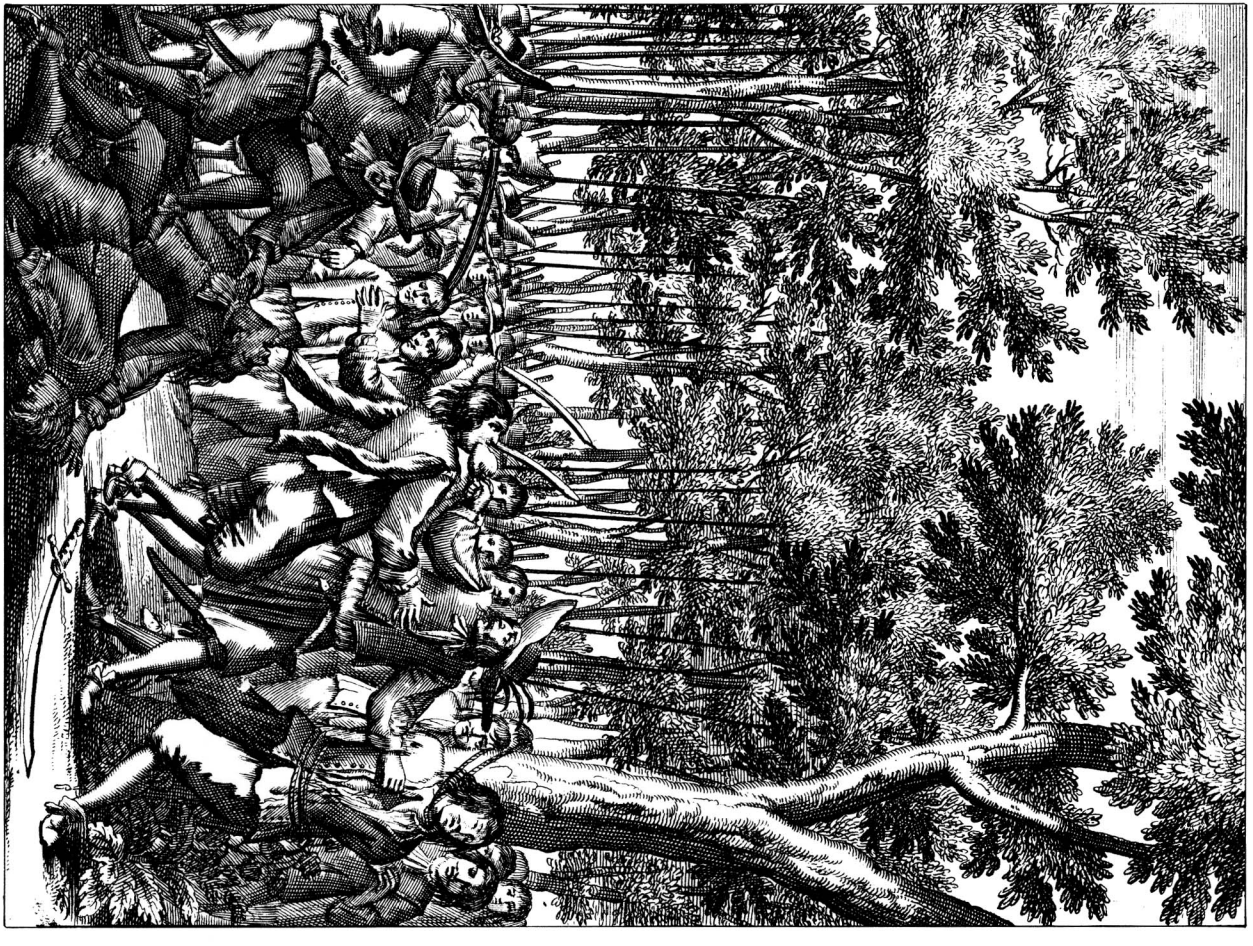
Después de matar la mayor parte de los prisioneros de la manera más cruel, los bucaneros por fin encontraron dos que prometieron conducirles al pueblo español llamado San Pedro, a unas diez o doce leguas de Puerto Cabello. El Olonés mismo se preparó para ir con 300 hombres, y dejando el resto de las tropas bajo el mando de Moises Van Wyn, salió con los dos guías.

Apenas habían marchado tres leguas, cuando encontraron unas tropas españolas que les esperaban en emboscada y que acometieron ferozmente. No obstante, los bucaneros rápidamente ganaron la batalla, obligando a los españoles a huir. El Olonés interrogó a los heridos acerca del poderío de las tropas españolas y mató al instante a los que no hablaron. También había tomado algunos prisioneros sin heridas, y a estos los interrogó acerca de cómo estaba el camino más adelante y si habían colocado otras emboscadas. Dijeron que sí las había.

El Olonés entonces los cogió uno a uno y les preguntó si

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

El Olonés arranca el corazón a un español. Grabado de la primera edición holandesa de Exquemelin, Amsterdam, 1678.

había otra ruta que podrían coger para evitar las emboscadas pero los prisioneros contestaron que no.

Los reunió de nuevo junto con los demás prisioneros, y les preguntó lo mismo. Contestaron que no conocían ningún otro camino. El Olonés entonces enfureció satánicamente, rajó el pecho de un prisionero con su sable y le arrancó el corazón, lo masticó, y entonces se lo tiró a la cara a los demás, gritándoles: «¡Guíenme por otro camino, o haré lo mismo con todos vosotros!»

Los pobres desgraciados estaban tan asustados que prometieron llevarle por otra ruta, pero le advirtieron que era muy difícil. No obstante, para satisfacerle le llevaron por otro camino, pero resultó ser tan intransitable que el Olonés decidió regresar a la primera carretera. «Mordieu» —gritó enfurecido—, «les bougres d'Espagnoles me le payeront!» *

Al día siguiente encontraron la segunda emboscada, y los bucaneros arremetieron con tanta furia que los españoles no pudieron aguantar ni siquiera una hora de combate. El Olonés ordenó a su gente no perdonar a nadie, pues mientras más españoles mataran de camino, menos resistencia encontrarían en la ciudad. Pensando fatigar a los bucaneros con ataques repetidos, los españoles se retiraron de una emboscada en otra.

Al fin el Olonés llegó a la tercera emboscada, pero ésta no resultó ser mayor impedimento para los piratas que las primeras dos. Aunque estaba muy bien situada, los bucaneros lanzaron algunas granadas que forzaron a los españoles a huir. Los bucaneros los persiguieron y mataron a la mayoría antes de que pudieran llegar a la ciudad. Allí los habitantes estaban preparados para la llegada de los bucaneros; la carretera de acceso estaba obstaculizada por unas barricadas muy fuertes. No había ningún otro camino para llegar al pueblo, pues éste está cercado por un matorral espinoso que es muy difícil de escalar. Este

* «Carajo, los españoles me la pagarán.» *(N. del T.)*

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

cercado es un obstáculo tan formidable como los abrojos que usan en Europa para impedir el paso en una carretera por donde tiene que pasar un ejército invasor.

Tan pronto como los españoles detrás de las barricadas alcanzaron ver a los bucaneros, empezaron a disparar su artillería pesada a todo fuego. Pero los atacantes se tiraron al suelo boca abajo y, tan pronto como terminó la descarga española, atacaron con fusiles y granadas, causándoles mucho daño al enemigo. Pero este ataque no fue suficiente para abrirse camino, y tuvieron que retirarse momentáneamente. Acometieron de nuevo con pocos hombres y no dispararon hasta estar seguros de su blanco, de manera que cada bala causó una muerte o una herida a los españoles.

Al fin, hacia la tarde, los españoles tuvieron que rendirse. Izaron su bandera blanca para poder negociar. Entregaron el pueblo pidiendo gracia y dos horas de tregua para poder sacar algunas de sus posesiones. El Olonés se lo concedió todo. Entonces los bucaneros hicieron su entrada al pueblo y por dos horas no molestaron a los habitantes, como habían prometido. Pero los españoles se beneficiaron muy poco con este acuerdo, pues tan pronto como pasaron las dos horas, los bucaneros los persiguieron cruelmente. Cogieron todas sus posesiones y apresaron los fugitivos. Pero la mayor parte de las mercancías habían sido escondidas anteriormente y los bucaneros encontraron muy pocas cosas de valor, sólo unas bolsas de cuero llenas de añil.

Al cabo de unos días durante los que cometieron sus atrocidades habituales, los piratas quemaron el pueblo y partieron con el poco botín que pudieron hallar. Al llegar a la costa, supieron que sus compañeros en los barcos habían navegado por la costa, capturando a los pescadores indios que encontraron. Estos indios les dijeron que estaba anunciada la próxima llegada de un barco español al río Guatemala. Dejando dos canoas en la boca del río para acechar la llegada de este barco, los buca-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

neros fueron a unas islas que están del otro lado del Golfo para carenar sus barcos y hacer aguada. Allí hay muchas tortugas que son buenas de comer.

Al llegar, se dividieron en grupos y cada uno se fue a su acostumbrado sitio de pesca. Todo el mundo estaba ocupado haciendo las redes para pescar tortugas. Hacen estas nasas de la corteza fibrosa del macao, que también usan para hacer soga para sus barcos. Los bucaneros nunca carecen de equipo. Saben como utilizar todos los materiales para hacer impermeables sus barcos. Si necesitan brea, mezclan alquitrán con aceite de tiburón. El alquitrán lo trae las corrientes del mar en tales cantidades que islas enteras se forman de este material. No es el mismo alquitrán que usamos en Europa, pues es un producto de mar que los naturalistas llaman *betún.*

Yo creo que se forma de la cera que los barcos echan al mar en tiempo de tormenta y que luego aparece en la playa, pues siempre está mezclado con arena y tiene un olor parecido al ambargris que viene de Oriente. Hay muchas abejas en estas partes que hacen su miel en los bosques, y ocurre con frecuencia que una tormenta tumba los panales que cuelgan de los árboles y los ríos los llevan hacia el mar. Algunos naturalistas creen que el agua hace una separación de la cera y la miel, y el resultado es la formación del ambargris. Esto es muy probable, pues recién descubierto el ambargris todavía es blando y huele a cera.

Los bucaneros carenaron sus barcos a toda velocidad, y se prepararon para la llegada del buque español. Mientras tanto, navegaron sus canoas a lo largo de la costa de Yucatán, donde vivían muchos indios, en busca del ambargris que abunda por las islitas de la costa. Ya que los bucaneros nos han traído a este sitio, dejaré constancia de algunas observaciones que he hecho sobre estos indios, pues tanto sus costumbres como su religión son de mucho interés.

Estos indios han vivido bajo el dominio español durante

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

más de un siglo. Cuando los españoles necesitan su mano de obra, los obligan a trabajar y los tratan con mucha crueldad. Cada seis meses los españoles envían un sacerdote para catequizar a los indios (por lo menos eso pretenden hacer ellos); pero estas visitas son una infamia, pues solo vienen a robar a esta pobre gente de lo poco que tienen, y no rinden ningún tributo o culto a Dios.

Cuando llega el sacerdote, el jefe, a quien ellos llaman cacique, tiene que entregarle su hija u otra mujer de su familia al visitante por la duración de su estadía. Además, los indios tienen que darle cada día tantas gallinas, huevos, pavos —o sea, de todo lo que tienen— como a él se le antoja. Si practican su propia religión, son castigados por el sacerdote y sus colegas. Pero tan pronto como el sacerdote ha consumido todas las provisiones de los indios, éste pone fin a su visita. Inmediatamente los indios retornan al culto de su propia religión.

Cada uno de ellos tiene su propio dios al que reza y rinde culto según su voluntad. Cuando nace un niño, los indios inmediatamente le llevan a su templo y hacen sacrificar diariamente a sus dioses. En este lugar echan cenizas en el suelo en forma de círculo. Estas cenizas las ciernen para que no tengan ninguna impureza mezclada con ellas. A la criatura la ponen desnuda en el centro del círculo de cenizas y la dejan allí toda la noche. El templo lo dejan totalmente abierto para que los animales puedan entrar y salir a su gusto. A la mañana siguiente, los parientes del niño vienen a ver si animales han entrado durante la noche, y si no, dejan al infante allí hasta que tienen pruebas de que algún animal ha estado cerca del niño. Esto lo saben por las huellas. El animal que visite al niño (sea este gato o perro, caballo, león o cualquier otra bestia) lo designan el patrón que debe ayudar y proteger al niño en caso de cualquier peligro. En honor a este guardián queman una goma con un olor muy dulce que llaman *copal*.

Tan pronto como el niño es lo suficientemente grande, sus

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

padres le dicen a quien debe rendir culto, y entonces éste va al templo y hace sus ofrendas al animal que le han indicado. Si recibe algún insulto o le es robada cualquier cosa, va directamente a hacer ofrenda a su patrón, quejándose de la persona que le hizo el daño y reclamando venganza. Con frecuencia ocurre que a los tres días, el malhechor es encontrado muerto o herido por un animal de la misma clase del patrón de su enemigo. Así podemos ver como esta gente ignorante es engañada y atormentada por el demonio.

Un español me contó esta historia pertinente a la materia. Un hombre vino a la región a trabar comercio con los indios. Estaba obligado a quedarse un tiempo considerable y, como los españoles por naturaleza no pueden vivir sin mujeres, cogió a una india por mujer para que le atendiera y para usarla para su placer (si a esto se le puede dar tal nombre). Esta india había ido un día a las plantaciones a buscar frutas y, cuando no regresó a tiempo, el español salió a investigar por qué tardaba tanto. Ya se acercaba a la plantación cuando vio a la india con un animal parecido a un león que hacía su voluntad con ella. Al ver esto, el español se espantó de tal manera que regresó corriendo a su casa. Tan pronto como la mujer regresó, él le preguntó qué había estado haciendo ella con el león. Al principio estaba avergonzada y quería negar la verdad, pero al fin le confesó todo diciendo que el león era su «patrón». El español la echó de su casa y desde ese día en adelante no tuvo ninguna relación con ella.

Estos indios habitan las islas que están en el Golfo de Honduras y la costa firme de Yucatán, construyendo sus viviendas en varios lugares remotos pero muy hermosos. No tienen ninguna confianza los unos en los otros, lo que dio origen a que tengan muchas de sus plantaciones totalmente aisladas en el corazón de la selva, lejos de sus compañeros. También tienen unas ceremonias matrimoniales muy extrañas. Por ejemplo, si un indio desea esposar a la hija de otro, primero tiene que

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

pedirle permiso a los padres. El padre de la muchacha le pregunta al novio si éste tiene otra esposa, si tiene una plantación suficientemente grande, si es buen pescador y muchas otras preguntas por el estilo. Si todas las respuestas son satisfactorias, el padre le regala un arco y flechas. Entonces el novio va inmediatamente a llevarle una corona de hojas y flores que la joven tiene que ponerse en la cabeza, desechando la corona que usaba anteriormente (pues es costumbre de las señoritas usar coronas de flores y hojas en sus cabezas). Luego van a hacer ofrendas a sus patrones, rogándoles que hagan posible su matrimonio.

En la casa de la novia preparan licor de maíz y todas las amistades se reunen allí. El padre le da la joven al novio y una vez concluida la ceremonia, el joven se la lleva a su choza. Al día siguiente la joven regresa a su casa paterna, y cogiendo la corona matrimonial la destroza delante de su madre, dando fuertes gritos como es costumbre cuando una doncella pierde su virginidad. Entonces, el marido llega con todas sus armas y demuestra gran cariño y amistad por el padre de su mujer. Pero ahora debemos continuar nuestra narración y retornar a la piratería.

Los bucaneros habían capturado varias canoas de los indios en la isla de Sambale, a unas cinco leguas de la costa de Yucatán.. Hay mucho ambargris en esta isla, especialmente cuando el viento sopla del levante. Las corrientes arrojan toda clase de cosas en sus playas —trozos de canoas de las Antillas Menores han sido descubiertas allí a una distancia de más de 500 leguas de su origen. Hay poca profundidad del agua entre esta isla y Tierra Firme, y por tanto, los buques grandes no pueden navegar por allí. Tanto aquí como en Tierra Firme hay mucho palo de Campeche y otras maderas empleadas por los indios para hacer tintes y que serían muy estimadas en Europa si supieramos como usarlas.

A los tres meses de haber estado allí, los bucaneros recibie-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Pescado tortugas y manatíes. Grabado de la edición francesa, París, 1686.

ron noticias de la llegada del buque español que esperaban. Inmediatamente se hicieron a la vela hacia el lugar donde el buque estaba anclado descargando. Los bucaneros se prepararon para el ataque, pero también enviaron unos botes más pequeños al estuario a acechar otra barca que esperaban de regreso del interior con un cargamento de añil, plata y cochinilla.

El buque grande estaba bien armado, pues los españoles se habían enterado de la presencia de los piratas. Habían montado 42 piezas de artillería y otras armas livianas, y tenían 130 hombres a bordo. El Olonés atacó en un barco armado con veintiocho piezas, pero la resistencia que encontró fue tan feroz que se tuvo que retirar junto con otro barco que le servía de soporte. Mientras tanto, bajo cubierta del humo de la batalla, cuatro canoas se acercaron llenas de bucaneros. Estos abordaron el buque español y lo tomaron por la fuerza, obligándole a rendirse.

Sin embargo, el botín no fue tan grande como habían anticipado, pues los españoles habían descargado el barco con suma rapidez. Advertidos de la presencia de los bucaneros, los españoles habían tenido la intención de descargar toda la mercancía lo más rápidamente posible, para entonces anclar el buque en la vía en espera de los piratas. Los bucaneros encontraron unas cincuenta barras de hierro a bordo, además de un poco de papel, muchas tinajas llenas de vino y cantidades de otras mercancías, pero todo de poco valor.

Al capturar este buque el Olonés convocó un consejo de toda la flota y propuso ir a Guatemala. Algunos votaron a favor, pero otros no estuvieron de acuerdo. Para muchos de ellos, éste fue su primer viaje con los bucaneros y estos novatos habían creído antes de partir, que el botín crecía en árboles. Otros estaban acostumbrados a este modo de vida y dijeron que preferían morir de hambre a regresar sin dinero.

La mayoría consideró el viaje a Nicaragua un fracaso seguro, pues habían perdido el ánimo; estos decidieron separarse

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

del Olonés. Moises Van Wijn, el capitán que había capturado el barco en Puerto Cabello fue uno de los que se separó, dirigiéndose hacia la Tortuga, donde tenía intenciones de seguir sus actividades. Otro bucanero, llamado Pierre le Picard, al ver a sus compañeros separarse, decidió hacer lo mismo. Este navegó a lo largo de la costa de Tierra Firme hasta Costa Rica, donde desembarcó en el río Veragua. Marchó con sus hombres al pequeño pueblo del mismo nombre y lo saqueó a pesar de la resistencia que encontró, pues los españoles le esperaban y habían preparado cuidadosamente sus defensas.

Le Picard y su gente se llevaron varios rehenes al barco, pero el botín fue muy escaso, pues Veragua está habitado por la gente pobre que trabaja en las minas. Hay varias minas de oro en la región, pero estas no son explotadas sino por esclavos que lavan un poco de arena en el río para obtener pepitas de oro.

Encuentran pepitas de oro del tamaño aproximadamente de un fríjol. Lo único que hallaron los piratas fue seis o siete libras de oro.

Habían tenido la intención de continuar viaje y saquear el pueblo de Nata en la costa del Pacífico, pues allí viven los amos de los esclavos de Veragua. Pero Le Picard no pudo llevar a cabo su propósito, porque un gran número de españoles los esperaba en emboscada.

El Olonés quedó solo en el Golfo de Honduras, al mando del barco grande que había robado a los españoles. Tenía unos trescientos hombres consigo. Gustosamente hubiera seguido a los demás, pero su barco era demasiado pesado para navegar contra viento y marea como lo habían emprendido las embarcaciones más pequeñas. Además, las provisiones les empezaban a escasear y tuvieron que desembarcar para abastecerse de comestibles. En tierra cazaron monos y cualquiera otra clase de animales que pudiesen comer.

Al fin, después de malpasar mucho, el Olonés llegó a un

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

archipiélago de isletas llamadas las Islas de las Perlas, cerca de Cabo Gracias a Dios. Hay dos islas grandes y cerca de éstas el Olonés se encalló en un arrecife, habiendo calculado mal la profundidad. Todos lograron llegar a Tierra Firme en sus canoas, cargando con la artillería y todo el hierro que tenían a bordo para hacer la nave más liviana y disminuir su calado, pero no les resultó, pues el barco no se movió. Decidieron hacer de tripas corazón y destruir el barco para construir una barca de madera y hierro.

Mientras nuestros piratas están ocupados en esta tarea, yo daré una breve descripción de estas dos islas, que están habitadas por gente salvaje. Los cristianos nunca han hablado con ellos y ni siquiera han visto sus viviendas. Hay muchas personas que han pasado seis o siete meses en estas isla y nunca han podido descubrir dónde vive esta gente. Estos indios tienen cuerpos fuertes y son muy buenos corredores y buceadores. Una vez sacaron el ancla de un barco del fondo del mar, y este ancla pesaba unos seis quintales. Sus armas son de madera, sin nada de hierro, pero a veces con un colmillo de tiburón por punta. No tienen arcos y flechas, como los otros indios, pero usan un tipo de lanza especial de unos nueve pies de largo.

Tienen plantaciones en distintos lugares del bosque, donde cosechan batatas, guineos, plátanos, piñas y otros frutos locales, pero no tienen casas cerca de estas plantaciones. Dicen que estos indios comen carne humana. Durante la estadía del Olonés allí, uno de sus hombres, armado solamente con un fusil, fue al bosque con un compañero español. Estando a una legua en el interior del bosque, fueron sorprendidos por una tropa de indios. El francés disparó y empezó a huir, pero el español se quedó atrás, pues no era tan buen corredor. El primero llegó a la playa poco después, pero su compañero se perdió y jamás salió del bosque.

Al poco tiempo, un grupo de doce hombres bien armados fue al bosque. El francés estaba entre ellos y por pura curiosi-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

dad los llevó adonde había visto los indios. Llegaron a un lugar donde los salvajes habían encendido una fogata y allí encontraron los restos del español, junto a una mano cocida y a medio comer. Sabían que era la mano del español, pues solamente tenía tres dedos.

Mientras estuvieron en el bosque, lograron capturar cuatro indias y cinco indios que llevaron de regreso a la playa. Los bucaneros tenían entre ellos otros indios que habían vivido en esas regiones y les pidieron que hablaran con los prisioneros, pero no se pudieron comunicar. Los bucaneros les regalaron corales, cuchillos y hachas de hierro y los indios aceptaron estas cosas con gusto; además los trataron con cortesía ofreciéndoles comida y bebida, pero estas cosas no las quisieron probar. Durante todo el tiempo que esta gente estuvo presa, nadie los vio hablar unos a los otros.

Al ver el gran temor que tenían los indios, los bucaneros los soltaron, regalándoles unas chucherías para complacerles, y ellos dejaron saber que regresarían más luego. Pero no regresaron, ni jamás se dejaron ver de nuevo en esa isla. Tampoco se descubrieron ningunas embarcaciones en las que hubiesen podido irse, y por tanto los bucaneros sospecharon que tendrían que haber nadado de noche hasta las pequeñas islas que quedan cerca.

Mientras tanto el Olonés y su gente trabajaban aceleradamente en la destrucción del barco grande. Dándose cuenta de que pasaría mucho tiempo antes de poder partir de nuevo, se dedicaron a cultivar la tierra y cosechar algunos frutos. Primero sembraron frijoles, y en seis semanas también tenían maíz en abundancia. Estas cosechas, junto con los guineos y los plátanos, les permitió no morirse de hambre.

En cinco o seis meses lograron construir una barca con la madera del buque naufragado. Decidieron hacer una expedición a lo largo del río Nicaragua para tratar de capturar canoas en las cuales pudieran viajar los bucaneros que no cabían a bordo

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

de la barca que habían construido. Para evitar el desacuerdo entre sí mismos, hicieron un sorteo para determinar quiénes irían en la expedición. Entonces la mitad de los bucaneros se fue en la expedición y la otra mitad se quedó en la isla.

A los pocos días de salir, el Olonés llegó a la boca del río Nicaragua. Allí la mala suerte que le perseguía desde hacía tiempo finalmente le dio alcance. Fue atacado simultáneamente por los indios y los españoles. Muchos bucaneros murieron en este encuentro y el Olonés tuvo que huir. Entonces, decidió no regresar al encuentro de sus compañeros sin un barco. Consultó con los que todavía estaban en su compañía y resolvieron ir juntos en la barca a la costa de Cartagena en busca de un barco que robar.

Sin embargo, parece que en ese momento Dios no quiso permitirle a este hombre nuevos pecados, y decidió castigarle con una muerte cruel en retribución por las tantas crueldades que había cometido contra tanta gente inocente. Al llegar al Golfo de Darién, él y sus compañeros cayeron en manos de esos salvajes que los españoles llaman *indios bravos*. Según uno de los bucaneros que solamente se salvó porque pudo huir a tiempo, el Olonés fue destrozado y asado pedazo por pedazo. Este fue el fin de un hombre que había cometido muchas atrocidades repugnantes y derramado mucha sangre inocente.

Los piratas que se habían quedado esperando en la isla, al no recibir noticias del Olonés, lograron embarcarse en un buque pirata procedente de Jamaica que tenía la intención de anclar en Cabo Gracias a Dios para entonces subir río arriba en canoas a tomar la ciudad de Cartagena por fuerza. Los dos grupos de bucaneros se alegraron mucho de haberse encontrado, unos porque se sintieron aliviados al ser liberados de la vida miserable que llevaban en la isla hacía más de diez meses, y los otros porque ganaron buenos refuerzos para llevar a cabo sus planes de ataque contra los españoles.

Al llegar al Cabo Gracias a Dios, los bucaneros dejaron

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

sus barcos en la boca de la ría, y siguieron el viaje río arriba en canoas con cinco o seis personas a bordo de cada una. Eran casi 500 piratas y no habían traído provisiones para la expedición, pensando que las podrían obtener en el camino. Este fue su gran error, pues los indios que tenían conucos a orillas del río habían huido, llevándose todo a sus escondites en el bosque.

Los bucaneros no habían navegado lejos de la costa cuando empezaron a pasar mucha hambre, aunque se alimentaban con la esperanza de un buen botín, y se mantenían con las pocas frutas que encontraban cerca de las orillas del río. Pero a los quince días de haber viajado, empezaron a sentirse débiles a causa de la falta de alimentación adecuada, y decidieron abandonar el río para ir por el bosque en busca de una población donde pudieran conseguir algo de comer.

Pero a los pocos días de andar por el bosque en vano, se vieron obligados a regresar a sus canoas. Al llegar al río, decidieron regresar a la costa, pues muchos ya se morían de hambre. Tanto así, que comían cualquier cosa que encontraban, hasta el cuero de los zapatos y de las vainas de sus cuchillos. Estaban tan desesperados que habían decidido comerse los indios si capturaban algunos. Pero cuando llegaron a la costa poblada por indios, encontraron suficiente comida corriente para satisfacer su hambre.

Así terminaron las hazañas y crueldades de François el Olonés y sus seguidores. A continuación relataremos las más famosas hazañas de Henry Morgan, el pirata inglés. Este hombre fue tan despiadado con los españoles como lo había sido el Olonés, pero tuvo mucho más éxito en sus empresas.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

CAPITULO IV

Las primeras hazañas de Henry Morgan.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Henry Morgan nació en la parte de Gales llamada la Inglaterra galesa. Su padre era un agricultor acomodado, pero Morgan no tenía ningún interés por la agricultura y decidió irse al mar. Llegó a un puerto que tiene comercio con Barbados y allí ingresó en una expedición. A su llegada a la isla, Morgan fue vendido como alistado, según la costumbre inglesa. Al término de su servicio se trasladó a Jamaica, donde encontró varios barcos piratas listos para partir en una expedición, e ingresando a su compañía, aprendió su modo de vida. En tres o cuatro viajes que hizo con los piratas, él y sus compañeros ganaron suficiente dinero para comprar un barco propio. Entonces Morgan fue electo capitán, y salieron a merodear a lo largo de la costa de Campeche, donde capturaron varios barcos más.

Para ésta época había un viejo bucanero en Jamaica llamado Mansveldt quien tenía pensado organizar una flota para atacar los pueblos de Tierra Firme. Al ver que Morgan era un hombre joven y con mucho brío, el viejo bucanero le invitó a sumarse a la expedición y ser vice-almirante de su flota. Cuando estuvo lista, la flota tenía quince velas y 500 hombres, incluyendo valones y franceses.

Su primera escala fue la isla de Sta. Catalina o isla de la Providencia situada en los 12-1/2° latitud septentrional, cerca

de Tierra Firme, en Costa Rica, a unas 35 leguas del río Chagre. Los bucaneros forzaron al destacamento de la isla a entregar todas las fortificaciones. Algunas fueron destruidas por orden de Mansveldt, y otras fueron reforzadas. Dejó un destacamento de cien hombres allí, además de todos los esclavos que habían pertenecido a los españoles. El resto de la artillería la transportaron a una isleta, situada tan cerca de Sta. Catalina que se pudiera construir un puente para unirla a la isla mayor. Una vez preparadas estas defensas, Mansveldt quemó todas las casas en la isla y partió con los prisioneros españoles.

Dejó los prisioneros en Tierra Firme, cerca de un lugar llamado Puerto Bello, y continuó navegando a lo largo de la costa. Llegaron al río Colla con la intención de saquear todas las poblaciones y seguir al pueblo de Nata (al otro lado del istmo en la bahía de Panamá). Pero el Presidente * de Panamá había sido advertido de antemano de la llegada de los bucaneros y vino a su encuentro con suficientes tropas para forzarlos a retirarse.

Como toda la costa había sido alertada, Mansveldt se dio cuenta que obtendría poco beneficio atacando en el presente y por eso decidió regresar a Sta. Catalina a ver como les había ido a su gente allí. Había dejado a un francés llamado San Simón de gobernador, y éste había puesto todo en tan buen orden mientras Mansveldt estuvo ausente, que en efecto había hecho las fortificaciones inexpugnables. Habían sembrado muchos cultivos en la pequeña isla, de manera que tenían suficiente comida para todas sus necesidades hasta que les llegaran provisiones de Jamaica.

Mansveldt tenía mucho interés en permanecer en posesión de Sta. Catalina, pues la isla servía de excelente base para los bucaneros. Tenía un buen puerto y estaba situada convenientemente cerca de Tierra Firme. Él decidió regresar a Jamaica a

* Se refiere al Presidente de la Real Audiencia *(N. del T.)*

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

reclutar refuerzos para la guarnición de la isla. De esta manera esperaba poder defender la isla en caso de ataque por tropas españolas. Al llegar a Jamaica, le explicó al gobernador su intención de usar a Sta. Catalina como base para sus operaciones. Pero el gobernador se negó a prestarle ayuda a Mansveldt, pues temía disgustar al Rey si llegaban quejas a la corte inglesa y, al mismo tiempo, no quería debilitar las defensas de la propia Jamaica.

Como no pudo obtener asistencia en Jamaica, Mansveldt decidió viajar a la Tortuga para pedir la cooperación del gobernador de esa isla. Pero no pudo llevar a cabo su deseo, pues la muerte le sorprendió al poco tiempo.

San Simón, que había quedado como gobernador de Sta. Catalina, empezó a estar ansioso al no recibir noticias de Mansveldt. Mientras tanto, don Juan Pérez de Guzmán, el gobernador general de Costa Rica, valiente y responsable soldado, se dio cuenta de que el momento había llegado de recapturar a Sta. Catalina antes de que los bucaneros recibieran refuerzos. Equipó una fuerza considerable y la despachó a reconquistar la isla y restablecer un destacamento allí. También envió una carta al gobernador de los bucaneros en la cual le prometía cierta compensación si entregaba la isla pacíficamente. San Simón no le veía ninguna utilidad a la isla sin nuevos refuerzos, y aceptó las condiciones de los españoles para la entrega de Sta. Catalina.

A los pocos días de haberse entregado Sta. Catalina a los españoles, un barco inglés enviado secretamente por el gobernador de Jamaica llegó a la isla con catorce hombres y algunas mujeres. Los españoles izaron la bandera inglesa y obligaron a San Simón a ir a la playa a recibir el barco en el puerto. El pequeño barco fue capturado y todos a bordo quedaron presos.

Los españoles encendieron fuegos para celebrar esta gran victoria sobre los bucaneros ingleses. Un ingeniero español escribió un relato de estos eventos que llegó a mis manos. Está

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

escrito de su propia mano en español, pero yo lo he traducido aquí para el uso del lector curioso. El manuscrito dice lo siguiente:

> *Un relato pertinente a la afortunada victoria contra los corsarios ingleses por las fuerzas de su Majestad Católica bajo el mando de don Juan Pérez de Guzmán, Caballero de la Orden de Santiago, gobernador y Capitán General del reino de Tierra Firme y provincia de Veragua.*

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

El reino de Tierra Firme, estando bien fortificado y dispuesto a resistir los ataques de los corsarios de Jamaica, recibió noticias de que catorce barcos piratas navegaban a lo largo de la costa con la intención de robar y saquear las poblaciones de Su Majestad Católica. El 14 de junio de 1665 se recibieron noticias en Panamá de que los piratas ingleses habían llegado a Puerto de Naos, habían derrotado el destacamento de Sta. Catalina, bajo el mando de don Esteban del Campo, y habían tomado posesión de la isla. Eran unos 200 hombres de todas las nacionalidades. Al recibir estas noticias, el gobernador y capitán general, Mariscal de Campo don Juan Pérez de Guzmán, ordenó que los antiguos prisioneros fuesen traídos a la ciudad de Puerto Bello a rendir cuenta detallada a Su Excelencia. Expresaron que el 27 de mayo, a medianoche, los corsarios desembarcaron sin ser vistos, y que a las seis de la mañana siguiente se apoderaron de todas las fortificaciones sin ninguna resistencia y cogieron a todos presos.

El 27 de junio Su Excelencia reunió un consejo de guerra para llamar la atención a las grandes ofensivas llevadas a cabo diariamente por los piratas, diciendo que en breve se harían amos de las Indias Occidentales para la gran desgracia y perjuicio de la nación española. Usando la isla de Sta. Catalina como base, aumentarían el número y la frecuencia de sus ataques, como ya lo habían probado con las hazañas que llevaban

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Henry Morgan. Grabado de la primera edición holandesa de Exquemelin, Amsterdam, 1678.

a cabo con frecuencia en la costa de Tierra Firme. Por lo tanto, era indispensable que, mientras los piratas todavía no se habían establecido con todas sus fuerzas, tropas fuesen enviadas a reconquistar esta isla.

No obstante, hubo algunas disensiones entre los miembros del Consejo, quienes alegaban que no merecía la pena el esfuerzo, porque los piratas no encontrarían suficientes recursos para poder subsistir en la isla y la tendrían que abandonar finalmente por su propia voluntad. Los otros estaban de acuerdo con las propuestas del gobernador, pensándolas indispensables para el bienestar y la reputación de la Corona Española.

Su Excelencia, siendo un líder valiente y sabio, ordenó inmediatamente que se enviaran provisiones a las tropas en Puerto Bello. Como no confiaba lo suficiente en nadie, Su Excelencia supervisó toda la expedición personalmente, a pesar de las dificultades del viaje. Tuvo que cruzar varios ríos nadando, no sin correr peligros a su vida, pero hizo todo esto como un súbdito leal a su Rey.

Llegó el siete de julio a Puerto Bello, donde encontró en el puerto el buque *San Vicente*. Este era un navío de la Compañía de Negros, muy bien armado por cierto, y lo contrató para hacer la expedición. Hizo comandante en jefe al comandante de Puerto Bello y valiente soldado, el Capitán José Sánchez Jiménez, y le dio 227 hombres. También le acompañaron 47 de los que habían sido tomados prisioneros en Sta. Catalina; estos regresaban como leones a recobrar su honor y demostrar que eran soldados valientes. Habían 34 españoles del destacamento, 29 mulatos, doce indios ágiles con el arco y flecha, siete franco tiradores, dos oficiales, dos pilotos, un cirujano y un monje de la orden seráfica, como confesor.

Don Juan entonces dio órdenes al comandante, diciéndole que si el gobernador de Cartagena no le ofrecía ayuda espontánea con un aporte de barcos y hombres, que le presentara una requisición en nombre de Su Majestad. El comandante, con su

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

fuerza adecuada de tropas valientes para la empresa, debía empezar la reconquista de Sta. Catalina. Don Juan le dio cartas de crédito sobre los comerciantes más prósperos de Cartagena y ordenó que se equipara el barco con muchas municiones de guerra. Entonces don Juan reunió sus tropas y se embarcaron.

El catorce del mismo mes, Su Excelencia subió a bordo para acompañar el buque en su salida del puerto, y con buen viento, hizo que se reunieran todos los hombres en la cubierta. Pronunció un discurso muy alentador, recordándoles que era su deber defender la santa fe católica y castigar a los herejes por su audacia en saquear sus iglesias. Parecía que esos hombres no temían las armas de Su Majestad, pues se atrevían a ocupar sus territorios, una cosa que Don Juan mientras fuere gobernador no podría tolerar. Dijo que compensaría a todos aquellos que cumplieran con su sagrado deber tan pronto como regresaran. Con estos consejos rebozantes de un entusiasmo que penetró todos los corazones, bajó del barco, que al instante se hizo a la vela.

El barco llegó a Cartagena el 22 de julio. Allí el comandante, obedeciendo órdenes, entregó sus instrucciones al gobernador. Este, al conocer los atrevidos planes, decidió prestarle ayuda a la expedición contribuyendo una fragata, un galeote y tres barcas. Además, 126 hombres: 66 españoles y 60 mulatos. Don José Ramírez de Leyba era su capitán, estando la flota entera bajo el mando del comandante de Puerto Bello. Bien provista de todo lo necesario la flota zarpó de Cartagena el día 2 de agosto.

El 10 de agosto alcanzaron ver a Sta. Catalina y, a pesar de un viento contrario, fondearon en el puerto. Solamente perdieron una barca en el viaje, en el arrecife de Quita Señor durante una tormenta.

El enemigo disparó su artillería tres veces y recibió tres disparos en respuesta. El comandante envió sus oficiales a los piratas para que entregaran la isla que habían tomado en

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

violación de los tratados de paz entre las coronas de Inglaterra y España, y amenazando, si no cedían, con pasarlos todos a cuchillo. A lo cual contestaron que la isla había pertenecido anteriormente a la Corona Inglesa, y que preferían morir a entregar la isla ahora de nuevo.

El viernes 13 de agosto, tres negros desertaron del enemigo y subieron a bordo del buque del almirante, diciendo que los defensores no eran más que 72, y que estaban atemorizados al ver una fuerza invasora tan grande. Al conocer esta noticia, con la confianza reforzada y bien preparados, nos acercamos al fuerte, que continuó el fuego constante de su artillería hasta el anochecer.

El domingo 15 de agosto, día de la fiesta de la Asunción de Nuestra Señora, estando muy tranquilo el tiempo, nuestras tropas se aprestaron a desembarcar y la batalla victoriosa se libró como diremos más adelante.

El buque del almirante, el *San Vicente,* mantuvo un fuego constante sobre la batería conocida como la Concepción. El barco del Vice-almirante, el *San Pedrito,* junto al galeote, disparaba al mismo tiempo sobre la batería de Santiago.

Las lanchas dejaron las tropas en la playa cerca de esta batería. De allí marcharon hacia la posición llamada Cortadura. Francisco Cáceres, el edecán, fue al frente de sus quince soldados a reconocer las fuerzas del enemigo, pero tuvo que retirarse al llegar al fuerte de Cortadura, pues el enemigo disparaba simultáneamente sesenta fusiles amarrados como tubos de órgano. El capitán Don José Ramírez de Leyba avanzaba con sesenta hombres para atacar el fuerte de Cortadura, el que por fin conquistaron tras una batalla muy feroz.

El capitán Juan Galeno, con un contingente de noventa soldados, incluyendo mulatos, indios y tres negros que habían desertado del enemigo, atravesó las montañas para atacar el fuerte de Santa Teresa. El comandante don José Sánchez Jiménez, habiendo atacado la batería de Santiago, navegó al otro

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

lado del puerto con el resto de las tropas en cuatro chalupas y desembarcó a pesar del fuego intenso que mantenía el enemigo con artillería y fusiles. El capitán Juan Galeno empezó a acometer al fuerte de Sta. Teresa al mismo tiempo, o sea que nuestras tropas arremetían al enemigo por tres costados simultáneamente y con tanto coraje que mataron a cuatro ingleses.

El enemigo, consciente de que no podía resistir más tiempo, huyó al fuerte de Cortadura, de donde clamaba por gracia. Una vez que ésta le fue concedida, entregaron todas las fortificaciones. Poco después don José Ramírez cruzó el puente marchando y toda la isla se entregó; la bandera de Su Majestad se izó y se dio gracias a Dios por habernos agraciado con una feliz victoria en la fiesta de la Asunción de la Virgen Madre.

Se contaron seis ingleses muertos y varios heridos, además de los setenta prisioneros que se hicieron; nuestras propias bajas fueron calculadas en cuatro heridos y un muerto. En la isla fueron encontradas 2.800 libras de pólvora, 250 libras de balas, 800 libras de explosivos y varias otras municiones de guerra. Al día siguiente el comandante, cumpliendo con su deber, hizo ajusticiar dos españoles por haber traicionado a su Rey al dar ayuda a los piratas ingleses.

El diez de septiembre alcanzaron ver un buque inglés que se acercaba. El gobernador ordenó a San Simón, francés de nacimiento, avisar que la isla aún estaba en posesión de los ingleses, lo que el francés cumplió a cabalidad. Cuando el pequeño barco entró al puerto, encontraron que había catorce hombres, una mujer y su hija a bordo. Estas dieciséis personas quedaron detenidas con los demás prisioneros.

Los ingleses capturados fueron llevados de regreso a Tierra Firme, de donde Su Excelencia hizo trasportar a doce de ellos a Panamá, dejando el resto en Puerto Bello para trabajar en el fuerte de San Jerónimo. Esta es una fortaleza cuadrada tan sólida como es posible construir una de caliche y piedra,

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

convenientemente situada en medio del puerto. Sus muros tienen 84 pies de altura y catorce de grueso. Sus compuertas se extienden a un diámetro de 75 pies, formando una extensión total de 300 pies junto con los almacenes y todas las edificaciones que tiene en el interior. Este castillo ha sido construido sin costo alguno para Su Majestad, pues Su Excelencia misma aportó una gran parte de los gastos, etc.

* * *

He dado una traducción literal de este documento, para que el lector pueda ver la importancia que los españoles atribuyen a un evento trivial, y la gran expedición que tienen que organizar para echar de una islita a setenta ingleses dispuestos a irse por su propia cuenta. A pesar del poderío de los españoles, los bucaneros, de haber querido, hubiesen fácilmente podido mantener su dominio de la isla.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

CAPITULO V

Morgan intenta conservar la isla de Sta. Catalina para refugio y almacén de piratas, pero fracasa en su intento. — Descripción de Cuba. — Recuento de la invasión y captura de Puerto Príncipe.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Al morir su viejo almirante, Mansveldt, Morgan con gusto hubiese retenido a Sta. Catalina como el nido de los bucaneros. Conocía la isla bien, pues en varias ocasiones la había usado como sitio de reunión para sus expediciones. Siempre buscaba la ocasión y los medios para llevar a cabo este plan, y había escrito a varios mercaderes de Nueva Inglaterra pidiéndoles le enviaran provisiones a la isla. Con el tiempo pensaba poder fortificar a Sta. Catalina tan bien que les hubiese sido imposible a los españoles echarles de allí; ni siquiera todo el poderío del Rey de Inglaterra hubiese podido hacerlo. Pero sus planes se desvanecieron cuando los bucaneros perdieron la isla ante los españoles.

Morgan no se dejó intimidar, sino que al conrtario, empezó a trazar nuevos planes. Equipó un barco, resolviendo formar una flota de cuantos bucaneros pudiera atraer, para lanzar un ataque a una ciudad importante del imperio español. Designó los Cayos, al Sur de Cuba, el lugar de encuentro para decidir adónde atacar. Para que los lectores puedan entender el relato mejor, primero daré una breve descripción de la isla.

Cuba está situada entre los 20 y 30° grados latitud septentrional. Mide 160 leguas de este a oeste y tiene unas cuarenta leguas de ancho. Es tan fértil como la Española y exporta una cantidad inmensa de cueros, conocidos en Europa como cueros de La Habana. Cuba está rodeada de pequeñas isletas llamadas cayos que los bucaneros con frecuencia usan como base para preparar sus expediciones contra los españoles.

La isla tiene varios ríos excelentes y algunos buenos puertos. En el sur están Santiago, Sta. María, Espíritu Santo, Trinidad, Jagua, Cabo de Corrientes y muchos otros; en la costa norte están La Habana, Puerto Mariano, Santa Cruz, Maricos, Puerto del Príncipe y Baracao. Santiago es la capital de mitad de la isla y tiene su gobernador y obispo residentes. La mayor parte de su comercio es con las islas Canarias, adonde exporta azúcar, tabaco y cueros de toda la región aledaña. Aunque está bien fortificada, esta ciudad ha sido saqueada varias veces por los bucaneros de Jamaica y la Tortuga.

La Habana es la capital de la parte occidental de la isla y una de las ciudades más fuertes y famosas de las Indias. Su excelente tabaco es el principal artículo de comercio; se exporta a la Nueva España, Costa Rica y hasta a las lejanas islas del Pacífico. La Habana está protegida por tres grandes fortalezas: dos en el puerto y una en la altura que domina al pueblo. Tiene más de 10.000 habitantes, entre ellos muchos comerciantes que tratan con Nueva España, Campeche, Honduras y la Florida. Todos los barcos de Nueva España, Caracas, Cartagena y Honduras hacen escala allí de camino a España, pues les queda de paso. La flota de plata siempre toca puerto allí para completar su carga con cueros y maderas.

A los dos meses de estar en los Cayos del Sur, Morgan había reclutado unos 700 hombres para sus doce barcos, tanto ingleses como franceses. Entonces reunió su consejo para precisar los planes de ataque. Algunos propusieron un asalto de sorpresa sobre La Habana, de noche, diciendo que sería fácil

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

saquear la ciudad y coger a los sacerdotes prisioneros antes de que las guarniciones de los fuertes se pudieran defender. Cada uno dio su opinión sobre esta propuesta, pero por fin, fue rechazada. Algunos de los bucaneros habían sido presos en La Habana, y estos alegaban que no tenían suficientes tropas para saquear esta ciudad. Decían que si pudiesen reunir 1.500 hombres, entonces sí que tendrían buenas posibilidades de tomar La Habana. En tal caso, los barcos podrían anclar en la isla de los Pinos y las tropas seguir luego río arriba hasta Matamaná a catorce leguas de La Habana. Pero como por el momento no había manera de organizar una expedición tan poderosa, resolvieron atacar otro lugar.

Un bucanero sugirió a Puerto del Príncipe. Él había estado allí anteriormente y aseguraba que había mucho dinero en ese pueblo, pues era donde los comerciantes de La Habana compraban sus cueros. Situada la ciudad a cierta distancia del mar, la población jamás había sido saqueada, por lo que los habitantes no eran tan cautelosos.

Esta propuesta fue considerada y aprobada. Morgan inmediatamente ordenó a sus capitanes que se hicieran a la vela hacia el puerto de Sta. María, el lugar más cercano a Puerto del Príncipe. Antes de llegar a su destino, un español que por mucho tiempo había sido prisionero de los ingleses y conocía un poco de su idioma, los oyó hablando sobre el ataque a Puerto del Príncipe. Este hombre saltó al mar una noche y nadó hacia la isla más cercana. Los ingleses intentaron darle alcance en sus canoas, pero el español logró llegar a la isla y esconderse entre los árboles, donde los ingleses no le pudieron descubrir.

Al día siguiente este español nadó de una isleta a la próxima hasta llegar a la costa de Cuba. Conocía bien la región y al poco rato llegó a Puerto del Príncipe, donde informó a los habitantes de la próxima llegada de los piratas y del tamaño de sus fuerzas. Los españoles inmediatamente empezaron a esconder sus posesiones, mientras que el gobernador reunió para las

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

defensas a todos los hombres que pudo, incluyendo a los esclavos. Hizo tumbar una cantidad de árboles para cerrar el paso de la carretera y colocar emboscadas armadas con artillería. Pudo reunir unos 800 hombres, tanto del pueblo como del campo aledaño. Puso tantas tropas en emboscadas como juzgó necesarias, retuvo a los demás en una sabana cerca de la ciudad, de donde podía observar los movimientos del enemigo a la distancia.

Los españoles todavía estaban ocupados equipando sus emboscadas cuando los bucaneros llegaron inadvertidos. Al encontrar la carretera cerrada, se abrieron paso por el bosque, de esta manera evitando varias celadas que los españoles habían colocado para ellos a lo largo de la carretera. Por fin llegaron a la pradera o *sabana,* como la llaman los españoles. El gobernador, pensando que los piratas se asustarían al ver las poderosas fuerzas que había reunido para defender el poblado, inmediatamente despachó una compañía de caballería para sorprenderles por detrás cuando estos se dieran a la fuga. Pero las cosas no ocurrieron como fueron previstas por los españoles.

Los bucaneros llegaron marchando con tambores y banderas, pero de repente se extendieron en una media luna, y al mismo tiempo empezaron a disparar contra el enemigo. Estos resistieron valientemente, pero la batalla no duró mucho tiempo. Los piratas nunca fallaron su blanco y mantuvieron un fuego contínuo sin descanso. El ánimo de los defensores empezó a decaer, especialmente cuando vieron a su gobernador herido. Empezaron a retirarse hacia el bosque, donde estarían en mejor posición para huir, pero la mayoría cayó antes de llegar a la seguridad, aunque algunos se pudieron salvar.

Entonces los bucaneros siguieron su camino hacia el pueblo, victoriosos y de buen ánimo, pues la batalla en la sabana solamente duró cuatro horas y sufrieron pocas bajas. Pronto entraron al pueblo, donde encontraron nueva resistencia de parte de un grupo que se había quedado con las mujeres, acompa-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

ñados por algunos de los que habían luchado en la sabana y todavía tenían esperanzas de impedir el saqueo del pueblo. Algunos se encerraron en sus casas y disparaban por las ventanas, pero tan pronto como los bucaneros se dieron cuenta de lo que ocurría, amenazaron incendiar todo el pueblo, destruyendo a mujeres y niños y todo lo demás. Los españoles entonces se rindieron, temerosos de que los piratas cumplieran estas amenazas, y creyendo que no podrían mantenerse en posesión del pueblo por mucho tiempo.

Los bucaneros encerraron a los españoles, incluyendo a las mujeres, niños y esclavos en la iglesia, y cogieron todo el tesoro que pudieron encontrar en el pueblo. Terminado ésto, empezaron a salir en expediciones de merodeo, todos los días regresando con nuevo botín y prisioneros; o sea que el tiempo no les pesaba a los piratas. Es más, llevaban una vida muy a gusto, comiendo y bebiendo mientras descubrían cosas que robar. Pero el tiempo les pesaba mucho a los pobres prisioneros que vivían en la iglesia bajo un temor continuo. Recibían poca comida y todos los días eran cruelmente torturados, más allá de toda imaginación, para forzarles a descubrir el escondite de su dinero y posesiones. Muchos de los que fueron torturados no tenían ni de lo uno ni de lo otro, sino que vivían de día a día con lo que su sudor producía para dar de comer a sus mujeres e hijos. Pero esto no les concernía a aquellos tiranos, quienes siempre contestaban: «Si no confiesa, ahórquenle». Había pobres mujeres que no tenían alimento que ofrecerle a sus hijos recién nacidos pues ellas mismas se morían de hambre y de las incomodidades que padecían; pero su sufrimiento tampoco les produjo compasión a los bucaneros. Cuando tenían hambre, sacrificaban una vaca o un toro y comían la mejor carne; luego les daban los desperdicios a los prisioneros para que hicieran lo que quisieran con ellos.

Pero cuando se acabó la comida, la bebida, y el tesoro, los bucaneros decidieron partir. Les avisaron a los prisioneros que

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

tenían que pagar el rescate por sus vidas, o serían transportados a Jamaica. Además del rescate personal, debían pagar una suma por el rescate del pueblo o los piratas lo destruirían al partir. Despachados cuatro de los españoles a recoger este tributo, para apresurar su pago, les infligieron nuevos tormentos a los prisioneros.

Los cuatro españoles regresaron diciendo que habían hecho todo el esfuerzo posible, pero no habían podido descubrir a la gente escondida; y lamentándose, le pidieron a Morgan que esperara unos quince días, pues estaban seguros de que el dinero que él les pedía lo tendrían para esa fecha. Mientras estaban ocupados negociando con Morgan sobre la suma a pagar por su rescate, seis o siete bucaneros regresaron con un prisionero negro. Este hombre llevaba cartas dirigidas a unos presos. Estas fueron abiertas y resultaron ser del gobernador de Santiago, diciendo que pronto iría a reconquistar el pueblo, y pidiéndoles que no tuvieran ninguna prisa en pagar el rescate. Al contrario, les recomendaba hacer todo lo posible por demorar las cosas por una quincena.

Al descubrir accidentalmente que los españoles les querían engañar, Morgan hizo transportar todo el botín a la costa donde estaban sus barcos, y anunció que de no pagarse el rescate al día siguiente, incendiaría el pueblo. No dejó saber nada acerca de las cartas que había interceptado. Los españoles de nuevo contestaron que no era factible, porque su gente estaba dispersa por todas partes y les sería imposible recoger el dinero en tan poco tiempo. Morgan estaba muy consciente de la verdad de la declaración y por lo tanto les pidió que le enviaran a la costa 500 cabezas de ganado y suficiente sal para curar la carne. Acordaron hacer esto y Morgan marchó a la costa con los bucaneros, llevándose seis de los ciudadanos principales como rehenes, además de todos los esclavos capturados.

A la mañana siguiente los españoles llevaron los 500 animales que habían prometido adonde esperaba la flota, pidiendo

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

les devolvieran los seis rehenes. Pero como Morgan no confiaba en ellos y no tenía el menor deseo de luchar cuando no había botín que ganar, se negó a entregarlos hasta que toda la carne salada no estuviera a bordo de sus barcos. Los españoles, deseosos de ver libres a sus compañeros cuanto antes, ayudaron a los piratas en la preparación de la carne. Los bucaneros gustosamente les dejaron hacer este trabajo y casi solo tuvieron que cargar la carne a bordo.

Mientras tanto, hubo un desacuerdo entre los franceses y los ingleses, porque un inglés mató a un francés por el tuétano de un hueso. Ya he contado como los bucaneros al matar un animal chupan el tuétano de los huesos, y estos hombres tenían la misma costumbre. Esto empezó la querella y acordaron resolver sus diferencias con fusiles. Al llegar al lugar del duelo, el inglés estuvo listo antes que el francés, y le disparó por la espalda. Entonces los franceses cargaron sus fusiles y querían vengarse de los ingleses, pero Morgan intervino y les prometió a los franceses que haría ahorcar al inglés tan pronto como llegasen a Jamaica.

El hombre hubiera sido considerado inocente, si no hubiese matado a su oponente por la espalda, pues los duelos ocurren a diario entre los bucaneros, pero tienen que ser justos, y sin traición. Si un hombre mata a su enemigo en una lucha limpia, nadie le acusa. Morgan hizo amarrar las manos y los pies del inglés para llevarle a Jamaica.

Mientras tanto, la carne había sido salada y cargada a bordo. Morgan entregó los rehenes, y luego su flota se hizo a la vela. Había designado una de las islas como el sitio de encuentro para repartir las ganancias. Estas ascendieron a unos 50.000 reales de a ocho en efectivo, artículos de plata labrada y otras cosas valiosas. Habían esperado conseguir más botín, pues esta suma no era ni siquiera suficiente para pagar sus deudas en Jamaica y les era de poco alivio.

Morgan propuso ir a saquear otra ciudad antes de regresar

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

a Jamaica, pero los franceses no pudieron ponerse de acuerdo con los ingleses y siguieron su propio camino, dejando a Morgan solo con su gente. Él les hizo ver que hubiese estado muy contento de tenerles en su compañía, y les prometió protección, pero ellos no quisieron quedarse. No obstante, se separaron siendo buenos amigos, y Morgan prometió hacer justicia al compañero francés que había sido asesinado. Esto lo cumplió fielmente, pues tan pronto como arribó a Jamaica, hizo ahorcar al duelista traicionero.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

CAPITULO VI

Morgan toma la decisión de atacar Puerto Bello, arma una flota, y conquista la ciudad con poco esfuerzo.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Una vez que los franceses se separaron de Morgan, parecía que los ingleses no estaban muy dispuestos a luchar de nuevo, pues sus fuerzas estaban muy reducidas. Pero Morgan les inyectó ánimo, diciéndoles que conocía medios para hacerlos ricos a todos si decidían seguirle. El entusiasmo de Morgan les animó de nuevo. Un buque pirata que había estado en Campeche se unió a ellos, de manera que ahora era almirante de una flota de nueve velas y unos 460 hombres. Cuando tuvo todo listo para la expedición, Morgan dio órdenes de hacerse a la vela, pero no reveló sus planes, sino que solamente les prometió mucho botín. Se dirigió a la costa de Tierra Firme, y la flota alcanzó ver a Costa Rica a los pocos días.

Entonces Morgan les comunicó sus intenciones a los capitanes y éstos luego a sus respectivas tripulaciones. Pensaba asaltar Puerto Bello, pues nadie estaba enterado de su presencia en la costa. Algunos contestaron que eran muy pocos para una empresa tan grande; a lo que Morgan sólo contestó que si eran pocos, tanto más grande sería la porción del botín de cada uno. Aprobaron el plan de ataque y se aprestaron para llevarlo a cabo.

Para que el lector pueda entender mejor esta osada hazaña,

debo hacer una breve descripción de Puerto Bello. Esta ciudad de Costa Rica * está situada en los 10° latitud septentrional, a unas cuarenta leguas del Golfo de Darién y ocho leguas de Nombre de Dios. A excepción de La Habana y Cartagena, es la ciudad mejor fortificada que el Rey de España tiene en todas las Indias Occidentales. Hay dos fuertes poderosos a la entrada de la bahía protegiendo tanto el pueblo como el puerto. Estas fortalezas siempre tienen una guarnición de 300 soldados, y ni un solo barco puede entrar al puerto sin su consentimiento. Cuatrocientas familias tienen su residencia permanente en la ciudad, pero los comerciantes viven allí solamente mientras los galeones están en el puerto, pues el sitio es muy malsano a causa del aire. Los mercaderes residen en Panamá y dejan sus almacenes en Puerto Bello atendidos por sus esclavos. Llevan la plata en recuas de mulos cuando están listos para la llegada de los galeones o los barcos negreros.

Morgan, quien conocía esta costa muy bien, arribó con su flota al anochecer cerca de Puerto de Naos, a unas diez leguas al oeste de Puerto Bello, y navegó cautelosamente en la oscuridad a lo largo de la costa hasta Puerto Pontín, a cuatro leguas de la ciudad. Allí fondeó, y los bucaneros siguieron viaje en canoas y botes de remo, dejando suficiente gente a bordo para poder llevar los barcos a puerto al día siguiente.

A medianoche desembarcaron en un lugar llamado Estera Longa Lemo, y marcharon por tierra hasta llegar a la primera avanzada de la ciudad. Un inglés que había estado preso allí anteriormente les sirvió de guía pues conocía la región muy bien. Este inglés y tres o cuatro compañeros fueron delante y apresaron al centinela del baluarte sin disparar un tiro, ni hacer ruido de ninguna clase. Le amarraron bien y le llevaron a Morgan, quien inmediatamente le interrogó en cuanto al estado de las fortificaciones del pueblo y el tamaño del destacamento;

* Al presente en Panamá *(N. del T.)*

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

el prisionero les contó todo lo que sabía. Con las manos amarradas le hicieron caminar al frente de las tropas, amenazándole con la muerte si no había dicho la verdad.

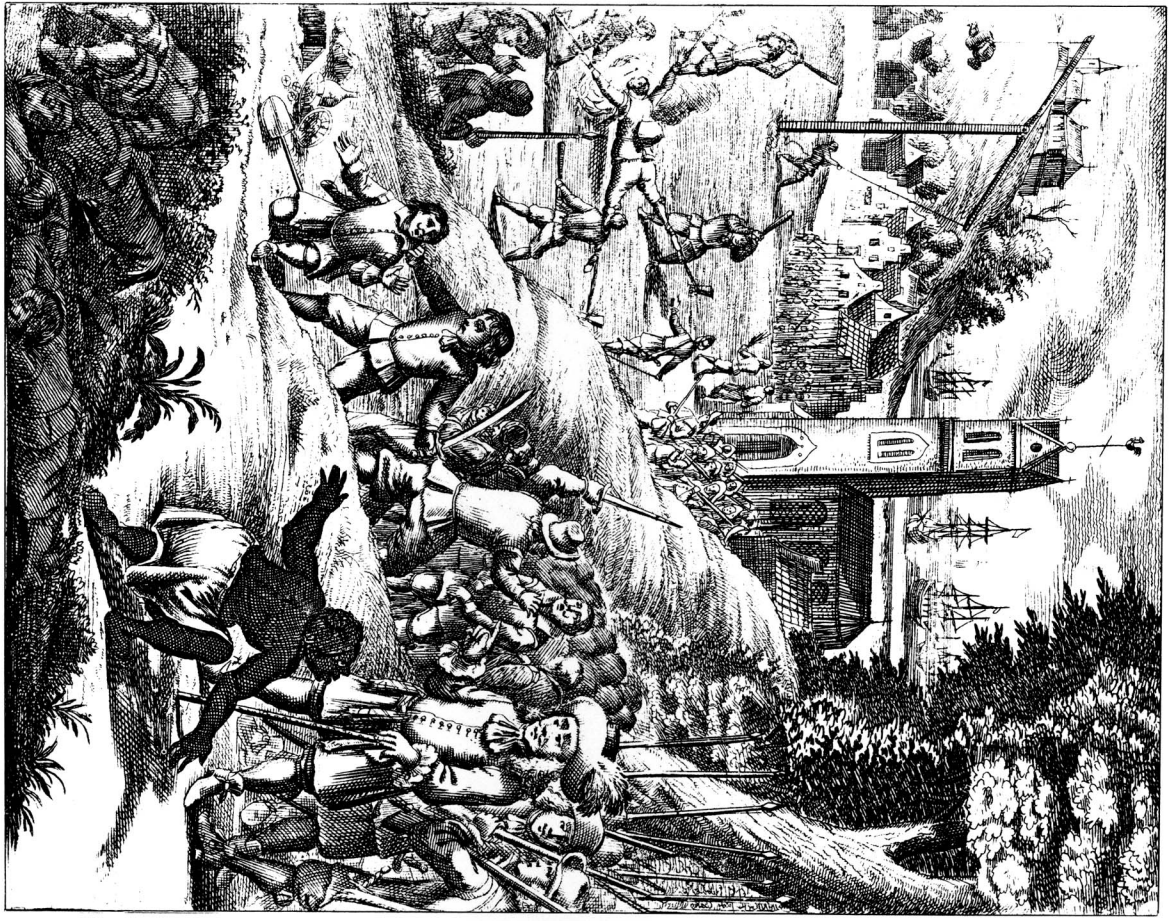
Al cuarto de hora de haber empezado la marcha, llegaron a un reducto y lo rodearon. Morgan pidió a los defensores que se rindieran, pues de otra manera no recibirían cuartel. A pesar de esta amenaza, los valientes defensores empezaron a disparar contra su enemigo, para por lo menos dar aviso a los habitantes de la ciudad de la llegada de los bucaneros. Así ocurrió, pues inmediatamente sonaron las alarmas. Pero el reducto no pudo resistir mucho tiempo, y tan pronto como los bucaneros entraron, hicieron explotar la fortificación interior con todos los españoles dentro.

Entonces los bucaneros siguieron marcha hacia la ciudad, donde la mayor parte de la gente aún estaba en cama, pues nadie sospechaba que los piratas serían tan atrevidos como para atacar un pueblo tan fuerte como Puerto Bello. Al llegar los piratas, los habitantes cogieron lo que tenían y lo tiraron en cisternas y aljibes, esperando despistar a los piratas. Un grupo de bucaneros se lanzó al ataque del fuerte y el otro se dirigió al convento donde hicieron presos a todos los sacerdotes y monjas.

El gobernador se retiró a uno de los fuertes, de donde dirigió el fuego contra los bucaneros, quienes por cierto no tardaron en contestarle. Los bucaneros mantuvieron su puntería sobre los artilleros y mataron a siete u ocho de los españoles antes de que estos pudieran recargar y disparar. La batalla duró toda la mañana hasta el mediodía y todavía los invasores no pudieron conquistar el fuerte. Sus barcos esperaban a la entrada del puerto, pero ninguno pudo entrar por la intensidad del fuego que se cruzaba entre los dos lados. Por fin los piratas estaban perdiendo tantos hombres sin ganar ventaja que empezaron a lanzar granadas desesperadamente para quemar el portón del fuerte. Pero al acercarse para esta ofensiva, los españoles lanzaron por lo menos cincuenta tinajas llenas de pólvora, además de piedras

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Los bucaneros torturando a sus prisioneros para obljgarles a descubrir sus tesoros escondidos. Grabado de la primera edición holandesa, Amsterdam, 1678.

inmensas que causaron mucho daño a los piratas y les obligaron a retirarse.

Morgan y su gente empezaron a desesperarse, cuando de repente vieron la bandera inglesa ondeando sobre el fuerte más pequeño y una tropa de sus compañeros gritando «¡Victoria!». Esta sorpresa animó a Morgan, a pesar de la paliza que había recibido. Entró al pueblo para ver como ideaba alguna estrategia para tomar el fuerte, que era de suma importancia, pues los ciudadanos principales estaban escondidos adentro con todo su tesoro y el de las iglesias del pueblo.

Morgan ordenó construir una docena de escaleras inmensas, suficientemente anchas como para que cuatro hombres las pudieran escalar simultáneamente.

Hizo traer a los frailes y monjas y le informó al gobernador que esta gente sería obligada a colocar las escaleras contra los muros del fuerte si no se entregaba. La única respuesta que Morgan recibió fue que jamás el gobernador entregaría el fuerte mientras tuviese vida.

Las escaleras fueron cargadas por los monjes, sacerdotes y mujeres, empujados por los bucaneros, quienes jamás pensaron que el gobernador dispararía contra su propia gente; pero éste les trató como si fuesen enemigos. Los monjes rogaron al gobernador que por todos los santos del cielo entregara el fuerte y les salvara la vida, pero sus gritos fueron ignorados. Tuvieron que llevar las escaleras al fuerte contra su voluntad. Tan pronto como estas estuvieron apoyadas contra los muros, los bucaneros subieron rápidamente atacando con furia a los españoles y lanzando granadas y otros explosivos, pero tuvieron que retirarse a causa de la dura resistencia que ofrecieron los defensores.

No obstante, los bucaneros se negaron a darse por vencidos. Una tropa logró incendiar el portón del fuerte, mientras que los demás escalaban las escaleras con tanta violencia como anteriormente. Al ver los españoles este doble ataque tan feroz, todos abandonaron las defensas, salvo el gobernador, quien como un

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

loco desesperado mataba a su propia gente que huía así como a los bucaneros. Los piratas preguntaron si aceptaría cuartel, y él contestó que no. Dijo estas palabras exactas: «Más vale morir como soldado honrado que ser ahorcado como un cobarde». Ellos intentaron capturarle vivo, pero se vieron forzados a matarle. Su propia mujer e hija, quienes estaban en el fuerte con él, le rogaron que salvara su vida, pero fue todo en vano.

Al atardecer, después de rendirse el fuerte, todos los prisioneros fueron traídos al pueblo donde encerraron a los hombres y mujeres en diferentes casas y pusieron centinelas para vigilarlos. Los piratas acomodaron a sus heridos en una casa cercana. Habiendo organizado todo, los bucaneros empezaron a divertirse, abusando del vino y las mujeres. Cincuenta hombres valientes hubiesen podido diezmar totalmente a los bucaneros esa noche.

Al día siguiente, los piratas comenzaron la búsqueda de botín por todas las casas. Hicieron que los mismos prisioneros delataran a los ciudadanos más ricos entre ellos y entonces a esos los interrogaban acerca de dónde tenían su tesoro. Si se negaban a descubrir el escondite, los torturaban cruelmente hasta que confesaran o se murieran. Muchas almas inocentes, que en realidad no tenían nada que esconder, murieron como mártires bajo las torturas de los piratas. Nadie fue perdonado, salvo los que confesaron el escondite de su dinero.

Mientras tanto, el Presidente de la Audiencia de Panamá había recibido noticias de la caída de Puerto Bello y preparaba un ejército para echar a los bucaneros de la ciudad. Los piratas se enteraron de esa actividad por medio de unos prisioneros que habían tomado, pero no le pusieron mucha atención a esas noticias. Sus barcos estaban en el puerto y si no podían retener la ciudad le prenderían fuego y se harían a la vela.

Pero a la semana de estar allí, enfermedades y epidemias empezaron a causarles muchas muertes. Esto se debió tanto al aire contaminado por los cadáveres descomponiéndose, como

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

por las desenfrenadas orgías que tenían con alcohol y mujeres. Casi todos los heridos murieron. Muy pocos españoles sobrevivieron, no a causa de los excesos, sino por falta de comida y las incomodidades que sufrieron. En vez de saborear su chocolate habitual por la mañana, estaban contentos cuando comían un trozo de pan o de carne de mulo.

Mientras tanto, Morgan se preparaba para su salida. Cargaron el botín a bordo, junto con las provisiones de boca que pudieron obtener. Morgan les informó a los prisioneros que tendrían que pagar rescate por el pueblo, pues de otro modo quemaría la ciudad y destruiría las fortificaciones. Les permitió despachar dos representantes a recoger la suma acordada que era de 100.000 reales de a ocho. Los dos hombres escogidos fueron adonde el Presidente de la Audiencia de Panamá a informarle de lo que ocurría.

El Presidente ya había juntado un ejército considerable y ahora se dispuso a marchar sobre Puerto Bello. Los bucaneros que estaban a la espera, colocaron una emboscada de 100 hombres bien armados en un paso muy estrecho. Tuvieron éxito en destruir una gran parte de las tropas del Presidente y luego se retiraron al fuerte. El Presidente entonces avisó a Morgan que si los bucaneros no abandonaban el fuerte inmediatamente, él iría al ataque con un ejército inmenso y no le daría cuartel a nadie. Pero Morgan no se asustó, sabiendo que podría partir cuando se le antojara. Contestó que no se iría hasta que no le pagaran el dinero de rescate. Además, dijo, que en el caso extremo en que se tuviera que ir, estaría seguro de destruir las fortificaciones y matar a todos los prisioneros antes de partir.

Al no ver ningún medio para derrotar a los bucaneros, el Presidente dejó que los ciudadanos de Puerto Bello se las arreglaran como mejor pudieran y se retiró con sus tropas. Al fin los habitantes lograron reunir 100.000 reales de a ocho para pagar el rescate y recuperar su libertad.

El Presidente de Panamá se alarmó de que 400 hombres

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

pudieran conquistar fortalezas tan poderosas y bien defendidas con tan solo armas de mano. Envió un mensajero a Morgan pidiéndole permitirle ver las armas que les habían dado tanto poderío a los piratas. Morgan recibió al enviado del Presidente con mucha ceremonia y le entregó un fusil francés con un cañón de cuatro pies y medio de largo que disparaba una bala de una onza; también le envió un cinturón hecho expresamente en Francia para llevar cartuchos llenos de pólvora. Le pidió al mensajero que le dijera a su amo que Morgan le prestaba el mosquete, pero que regresaría dentro de un año a Panamá a buscarlo de nuevo.

El Presidente le obsequió un regalo a Morgan —un anillo de oro con una roseta de esmeralda— y le expresó las gracias cordialmente por el mosquete. Le rogó a Morgan que no le hiciera la visita como se la había hecho a Puerto Bello, pues en ese caso no sería tan bien recibido.

Morgan hizo cargar sus barcos con toda clase de provisiones y suministros de cubierta, de los cuales había gran abundancia en Puerto Bello, y por fin partió.

No pudo resistir la tentación de llevarse algunas piezas de artillería consigo como recuerdo de la expedición, pero el resto de los cañones los hizo clavar.

Poco después de abandonar Puerto Bello, la flota arribó a los cayos del sur de Cuba, donde se repartió el botín según es su costumbre. Tenían 215.000 reales de a ocho en efectivo, joyas y plata, además de lienzos, sedas y otras mercaderías. Una vez repartido el botín, Morgan regresó a Jamaica con mucho honor y magnificiencia, pues traía mucha riqueza consigo.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

CAPITULO VII

Captura de la ciudad de Maracaibo, en la costa de Venezuela, merodeo en el lago Maracaibo y la destrucción de tres barcos españoles que tratan de impedir la fuga de los bucaneros.

Después que Morgan había pasado algún tiempo en Jamaica y que sus compañeros habían malgastado todo su dinero, decidió renovar su ataque contra los españoles. Designó como lugar de encuentro a la isla Vaca, situada a poca distancia de la costa sur de la Española. Este es muy buen lugar para carenar barcos y hacer aguada, pues hay muchos jabalíes en la Tierra Grande. Muchos bucaneros ingleses y franceses sumaron sus fuerzas a las de Morgan, pues él había ganado mucha fama con el inmenso éxito de sus expediciones anteriores.

Para este tiempo, arribó a Jamaica un buque de guerra de la Marina inglesa, armado con 36 piezas de artillería procedente de Nueva Inglaterra. El gobernador envió este buque a reforzar la flota de Morgan para animarle a atacar una población de mucha importancia, donde el botín sería considerable. Morgan se alegró mucho con la llegada de este buque, pues su flota carecía de un barco que pudiera acometer una fortaleza eficazmente si se le presentaba la necesidad. También había en el puerto un barco francés armado con 24 cañones y otras doce piezas de artillería más livianas. Morgan hubiera dado la bien-

venida con mucho gusto a este barco, pero la tripulación no se atrevía a juntarse con tantos ingleses, temiendo actos de venganza en su contra. En una ocasión cuando habían pasado mucha hambre en alta mar estos franceses cogieron a la fuerza provisiones a un barco inglés sin ofrecer otro pago que un vale pagadero en Jamaica y la Tortuga.

Consciente de que los franceses no le acompañarían por su propia voluntad, Morgan invitó al capitán y su tripulación a bordo de su gran buque, sin suscitar la más mínima sospecha, y los hizo presos a todos, reclamando el barco francés a cuenta de las provisiones que ellos habían cogido hacía algún tiempo.

Morgan entonces consultó en secreto con todos los capitanes de la flota pirata para determinar cual población de Tierra Firme atacar. Decidieron navegar primero a la isla Saona, al extremo oriental de la Española, para allí decidir todos juntos qué rumbo tomar.

Brindaron a la salud del Rey de Inglaterra y por el éxito de su expedición, y dispararon unas salvas de cañón. Los caballeros celebraron en la popa y la tripulación hizo lo mismo en la proa, pero cuando estaban de lo más alegres, hubo un cambio repentino en la situación y las cosas terminaron trágicamente. Pues con la festiva descarga de artillería, unas chispas cayeron sobre la pólvora almacenada, y el barco explotó con 300 ingleses a bordo, además de los prisioneros franceses. Solamente sobrevivieron unas treinta personas que estaban en la gran cabina y sufrieron pocas heridas. Morgan fue herido superficialmente en una pierna. Los sobrevivientes habían estado todos en popa, pues los barcos ingleses generalmente tienen el polvorín en la proa. Más personas hubiesen podido salvarse, de no haber estado casi todos borrachos.

Los ingleses no tenían excusa alguna por el desastre que habían causado, pero justificaron las cosas apoderándose del barco francés. Alegaron que los franceses habían sido culpables de la destrucción del buque real, y que habían estado navegando

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

con patentes de corso españolas para acometer a los ingleses donde pudiesen. Como prueba señalaron un permiso del gobernador de Baracao en la isla de Cuba, el que habían descubierto en el barco francés, permitiendo a los franceses hacer el corso contra los piratas ingleses de Jamaica. Estos últimos cometían hostilidades contra los españoles a diario, a pesar de que no existía ningún estado de guerra entre España e Inglaterra.

En realidad, los franceses habían obtenido esta comisión para comerciar con los españoles, y no para atacar a los bucaneros ingleses. El capitán de los franceses fue uno de los pocos que sobrevivió la explosión y trató de explicar la situación a los ingleses. Pero fue todo en vano. Llevaron el barco a puerto en Jamaica, donde de nuevo el capitán francés trató de defender su causa, pero en vez de escuchar su punto de vista, los ingleses le encerraron en la cárcel y amenazaron matarle.

Mientras tanto, Morgan no se dio por vencido, sino que tomó la decisión de llevar sus planes a cabo con los hombres que le quedaban. A la mañana siguiente de haber explotado el barco, sacaron todos los cadáverres del mar. Esto no lo hicieron para enterrarlos cristianamente, sino para quitarles la ropa y prendas que tenían puestas. Tan pronto como los sacaban del agua, les quitaban la ropa y les cortaban los dedos que tenían anillos; luego echaban los cadáveres al agua de nuevo para que sirvieran de alimento a los tiburones. Sus huesos todavía se encuentran ocasionalmente en las playas vecinas, arrastrados allí por las mareas.

Morgan llevó a cabo sus planes originales de juntarse en la isla Saona para decidir allí adónde atacar. Zarpó con su flota de quince barcos hacia el sitio de encuentro. Morgan viajaba en el más grande, que solamente tenía catorce piezas de artillería. En total la expedición tenía unos 960 hombres. A los pocos días llegaron a Cabo de Lobos, situado a mitad de camino entre Cabo Tiburón y Punta Espada en la costa sur de la Española. Allí Morgan estuvo paralizado durante tres semanas por una fuerte

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

brisa oriental. Todos los días intentaban dar la vuelta al cabo, pero nunca podían. Por fin lograron hacerlo, y a las siete u ocho leguas vieron un barco procedente de Inglaterra. Unos barcos de la flota fueron al encuentro de este buque para ver lo que traía, pero Morgan continuó su viaje, diciendo que los esperaría en la bahía de Ocoa.

A los dos días, Morgan llegó a esta bahía, donde hizo aguada mientras esperaba al resto de su flota. Todos los días iban a tierra cinco o seis hombres de cada barco en busca de comida para conservar sus propias provisiones. Cazaban todo lo que encontraban: caballos, burros, reses y ovejos. A los españoles, como es natural, no les alegró mucho esta visita. Al darse cuenta de que cada día desembarcaban pocos hombres a cazar, les plantaron una emboscada. Pidieron 300 o 400 soldados del cercano destacamento de Sto. Domingo como refuerzos y se ocuparon de llevar todo el ganado hacia el interior.

Unos cincuenta bucaneros habían penetrado unas tres leguas en el bosque cuando los españoles les dejaron ver una buena tropa de ganado acompañada tan solo por unos muchachos. Los bucaneros inmediatamente se apoderaron del ganado y los españoles no los molestaron; pero cuando empezaron a transportar el ganado que habían sacrificado, los soldados atacaron con toda su furia gritando: «¡Mata!, ¡Mata!».

Los bucaneros abandonaron los animales sacrificados y se emplazaron para la defensa. Resistieron a los españoles valientemente: mientras una mitad disparaba, la otra mitad cargaba sus fusiles. Mantuvieron una descarga contínua, y poco a poco se fueron retirando ordenadamente hasta llegar a la seguridad del bosque. Los españoles hubiesen querido perseguirlos, pero no se atrevieron. Los piratas casi nunca fallaban su blanco y ya habían matado y herido a muchos españoles.

Los bucaneros todavía estaban en el bosque, curando las heridas de sus compañeros como mejor pudieron y observando a los españoles llevándose los heridos y los muertos. Entre los

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

cadáveres había uno de un bucanero y un grupo de españoles le movían de aquí para allá, metiéndole sus cuchillos y gritando, «¡El cornudo ladrón!».

Al darse cuenta los bucaneros en el bosque de que la mayor parte de las tropas españolas se había retirado, arremetieron contra los que quedaban, matando a muchos. Cogieron el cadáver de un compañero que había recibido más de cien cuchilladas, todas después de su muerte, y le enterraron en el bosque. Luego mataron unos cuantos caballos para no regresar sin carne, y transportaron los heridos a bordo.

Al día siguiente Morgan mismo desembarcó con 200 hombres, pero ya los españoles habían partido, llevándose todo su ganado. Por tanto. los bucaneros sólo incendiaron algunas casas y regresaron a sus barcos.

Al no llegar el resto de la flota, Morgan siguió con los barcos que le acompañaban hasta el lugar de encuentro en la isla Saona. Allí tampoco encontró huellas de los otros barcos, pero Morgan decidió esperarles algunos días. Mientras tanto, despachó una tropa con 150 hombres a saquear las poblaciones en la vecindad de Santo Domingo para obtener provisiones, pues el alimento les empezaba a escasear. Pero la expedición de merodeo no tuvo éxito, porque los españoles habían recibido noticias de la llegada de los piratas y estaban listos para su defensa. Los bucaneros no quisieron atacar, pues ellos solamente están dispuestos a correr gran riesgo en busca de botín, no de provisiones.

Como sus compañeros no acababan de llegar, Morgan juntó a toda la gente que estaba con él en la Saona. Tenía unos 500 hombres y ocho barcos, siendo el suyo el más grande. Su idea original había sido la de saquear todas las poblaciones a lo largo de la costa de Caracas, pero no tenía suficientes fuerzas para esta empresa, por lo que tuvo que cambiar de planes. Entre su gente había un capitán francés que había participado junto al Olonés en la captura de Maracaibo. Conocía la geografía de

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

la región muy bien, y estaba seguro de que podría pilotear la flota de Morgan. Después de decidir con Morgan la mejor manera de apoderarse del sitio, informaron a los bucaneros de los nuevos planes y todos aprobaron la empresa.

Una vez hecha la decisión, Morgan y su flota se dirigieron a Curazao, y al llegar a la vista de esta isla, anclaron en una isla vecina llamada Aruba, que está situada a unas doce leguas de la extremidad occidental de Curazao. La isla pertenece a la Compañía Holandesa de las Indias Occidentales, que tiene por gobernador allí a un sargento, con quince soldados bajo su mando. El resto de los habitantes de la isla son indios que hablan español y practican la religión católica. Cada año un sacerdote viene de una aldea llamada Coco, al otro extremo de la isla, a predicarles y administrarles los sacramentos según las costumbres católicas.

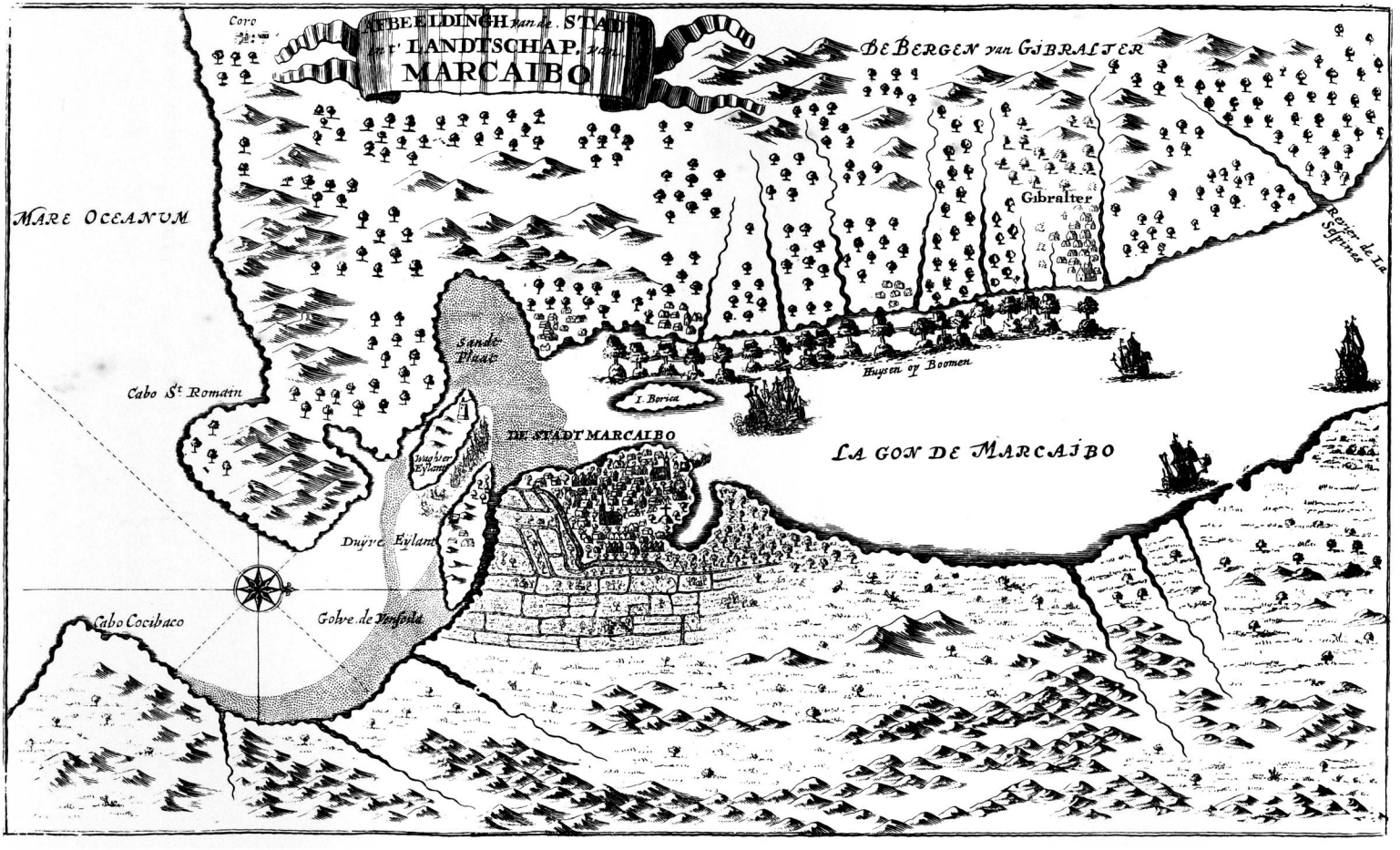
Estos indios tienen comercio con los bucaneros que hacen escala allí, dándoles cabras y chivos por telas, hilos y cualquier otra cosa que necesitan. La isla no es nada fértil; es más bien árida y toda la vegetación consiste solamente de pequeños arbustos. Tienen cabras y chivos en abundancia y también siembran un poco de maíz. Hay muchos caballos y los habitantes hacen todo montados a caballo, aunque solamente sea ir 500 pasos a buscar agua. Hay muchas culebras ponzoñosas y algunas arañas muy peligrosas. Cuando una persona recibe una picada de uno de estos bichos es inmediatamente amarrado en una hamaca y abandonado allí durante veinticuatro horas sin comida ni bebida. Los indios creen que la persona herida no debe beber líquido o de lo contrario se muere instantáneamente.

Morgan fondeó en este lugar y obtuvo de los indios suficientes cabras y chivos para la flota entera. A los dos días zarpó en la oscuridad, para que no pudieran ver la dirección en la que había salido; no obstante, se dieron cuenta.

Al día siguiente la flota entró en la bahía de Maracaibo. Fondearon en una profundidad de ocho varas de agua en el

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Mapa de la Bahía de Maracaibo. Grabado de la primera edición holandesa de Exquemelin, Amsterdam, 1678.

medio de la bahía, y, fuera de vista de la isla de la Vigía, se hicieron a la vela de noche para que no los observaran. Al amanecer estaban en la barra a la entrada del lago. Los españoles habían construido una nueva fortaleza allí, que dio la bienvenida a Morgan con su artillería pesada.

Los bucaneros emplearon todas las embarcaciones pequeñas que tenían para desembarcar con la mayor brevedad posible. Los españoles también estaban ocupados con sus preparativos en el fuerte. Incendiaron varias casas vecinas para tener mejor visibilidad y mantuvieron su fuego de artillería todo el día.

Al oscurecer, Morgan y los bucaneros llegaron al fuerte. No encontraron a nadie dentro, pues cuando vieron a los bucaneros cerca de los muros, los españoles hicieron explotar una cantidad de pólvora y huyeron al bosque bajo la protección del humo. Morgan se sorprendió al no encontrar defensores, pues el fuerte estaba muy bien equipado para resistir cualquier ataque. Encontraron un sótano lleno de pólvora dispersa por todas partes y una mecha encendida como a una pulgada de la pólvora; o sea que los bucaneros no murieron por muy poco en la explosión que los españoles habían montado para ellos.

Apagaron la llama inmediatamente y Morgan hizo sacar la pólvora fuera. Tumbaron muchos muros y quitaron los cañones de sus puestos. Había dieciséis piezas de artillería y balas de ocho, doce y veinticuatro libras, además de fusiles y otras armas. Echaron los cañones del muro del fuerte al precipicio y quemaron todo lo demás.

Temprano al día siguiente, la flota pirata entró al lago y se repartieron la pólvora capturada entre los barcos armados. Habían clavado las piezas de artillería que dejaron caer del fuerte y luego las enterraron en la arena. Al poco rato se hicieron a la vela de nuevo, rumbo a Maracaibo y a toda velocidad, pero el agua tenía tan poca profundidad sobre la barra en la boca de la laguna, que los barcos casi no pudieron pasar por encima y algunos se encallaron. Para no perder tiempo en llegar a la

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

ciudad, trasbordaron las tripulaciones de esos a los otros barcos.

Al mediodía siguiente, estaban frente a Maracaibo y los barcos se acercaron a la costa, de manera que las tropas pudieran desembarcar bajo la protección de la artillería liviana. Todo se llevó a cabo tan fácilmente como en el Fuerte de la Barra, pues todos los españoles habían huido al bosque, dejando la ciudad desierta a excepción de unos cuantos pobres tullidos que no podían huir ni tenían nada que perder.

Los bucaneros entraron a la ciudad y buscaron por todas partes para asegurarse de que no hubieran soldados escondidos en las casas o en el bosque alrededor del pueblo. Al no descubrir ningún peligro, los bucaneros se acomodaron en las casas próximas a la Plaza Central. La iglesia mayor fue convertida en cárcel, donde mantuvieron guardia contínua. Tan pronto como ocuparon la ciudad, despacharon una banda de cien hombres a saquear y hacer prisioneros. Regresaron a la tarde siguiente con unos cincuenta mulos cargados de varias mercancías y treinta presos, tanto hombres y mujeres, como niños y esclavos. Torturaron a los presos en su acostumbrada manera para obligarles a descubrir el escondite de sus compañeros. Uno fue amarrado y colgado, a otro le crucificaron con mechas encendidas entre los dedos de las manos y los pies; el tercero tenía una soga amarrada tan apretada en la frente que los ojos se le salían como huevos. Si no confesaban los torturaban hasta más no poder y luego los mataban.

Esto siguió durante tres semanas y todos los días los bucaneros salían a merodear, regresando frecuentemente con cuantioso botín y nunca con las manos vacías. También hicieron presos a unos cien de los principales ciudadanos de Maracaibo y entonces Morgan decidió continuar su viaje a Gibraltar.

Los bucaneros prepararon sus barcos lo más pronto posible, guardando el botín y acomodando los prisioneros a bordo, para entonces zarpar hacia Gibraltar. Se aprestaron para la batalla, cada hombre llevando a cabo su tarea asignada. Algunos prisio-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

neros fueron enviados a tierra para ordenarles a los habitantes de Gibraltar, en nombre de Morgan, que se rindieran. De negarse uno, él les negaría cuartel a todos; recibirían el mismo trato de parte de estos bucaneros que el que habían recibido de los franceses no hacía más de dos años.

A los pocos días Morgan arribó con su flota a la costa de Gibraltar. Allí los españoles los recibieron con un fuego intenso. En vez de cambiar sus planes, los piratas se animaron, diciendo que si encontraban mucha resistencia, el botín sería mejor aún; y con ese razonamiento se entusiasmaron.

Las tropas desembarcaron al amanecer del día siguiente. En vez de ir por el camino principal, los franceses que habían estado allí anteriormente y conocían el terreno aconsejaron seguir el camino por el bosque, que los llevaría al pueblo por detrás. Dejaron que unos cuantos hombres marcharan por la carretera principal, para despistar a los españoles, haciéndoles pensar que tomarían esa ruta.

Pero en realidad los bucaneros no tenían necesidad de tomar tantas precauciones, pues los españoles todavía recordaban los eventos de hacía dos años, cuando los franceses saquearon el pueblo, y preferían entregar el lugar a sacrificar tantas vidas como habían perdido la vez pasada.

Habían colocado algunas emboscadas en las afueras del pueblo a lo largo del camino principal para en caso de ser atacados, poder defender su retiro. Además clavaron los cañones del fuerte y llevaron mucha pólvora consigo.

Los bucaneros no encontraron a nadie en el pueblo, salvo un pobre idiota ignorante. Le preguntaron adónde habían huido los habitantes, pero él no les supo contestar, pues en realidad no se había enterado. Entonces le preguntaron si conocía alguna plantación cerca; él les contestó que sin duda había visitado unas veinte en su vida. Entonces le preguntaron si sabía dónde estaba el oro y la platería de las iglesias. Sí, les contestó él, y los llevó a la sacristía de una iglesia, diciendo que había

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

visto oro y plata allí, pero que no sabía cómo se había desaparecido. Cuando no pudieron obtener más respuestas de él, le amarraron y le dieron una paliza. Entonces el idiota empezó a gritar «¡Déjenme tranquilo! ¡Les enseñaré mi casa y mis posesiones y mi dinero!».

Esto les hizo pensar a los piratas que tenían que ver con un hombre muy rico, quien solamente había fingido ser idiota. Le desataron y él les condujo a una choza donde tenía enterrado unos platos de barro, vajillas y otra basura, junto con tres reales de a ocho. Ellos le preguntaron cómo se llamaba. «Yo soy don Sebastián Sánchez», —respondió— «hermano del gobernador de Maracaibo». Entonces, empezaron a torturarle de nuevo, amarrándole y azotándole hasta que la sangre le chorreaba por todo el cuerpo. El les gritó que si lo soltaban los llevaría a su trapiche de caña, donde encontrarían toda su riqueza y esclavos; pero cuando por fin le soltaron, ya no podía caminar un solo paso. Le montaron en un caballo, pero tan pronto como llegaron al bosque, él les confesó que no tenía trapiche ni ninguna otra propiedad en el mundo, y que vivía de la caridad pública. Esta era la pura verdad, como descubrieron luego en el pueblo.

Lo amarraron de nuevo, colgándole piedras al cuello y a los pies. Quemaron las hojas de palma debajo de su cara, poniéndosela tan carbonizada que no parecía un ser humano, y además siguieron azotándole ferozmente. Murió a la media hora de sufrir estos nuevos tormentos. Cortaron la soga y arrastraron su cuerpo al bosque, donde le dejaron sin enterrar. Así terminó la vida de este pobre miserable, como un mártir.

El mismo día una banda de bucaneros regresó con un pobre campesino y sus dos hijas. A la mañana siguiente salieron temprano con este hombre, pues había prometido conducirlos al escondite de los cuidadanos. El los llevó a varias plantaciones donde los fugitivos ciertamente habían estado, pero como los españoles sabían de la proximidad de los piratas, se escondieron en el bosque durante el día, construyendo pequeñas chozas para

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

protegerse de la lluvia. Al no encontrar a nadie en las plantaciones, los bucaneros pensaron que el pobre hombre los engañaba a propósito. En su furia le mataron, ahorcándole de una mata, aunque el pobre hombre rogó y rezó de todo corazón por su vida. Entonces los bucaneros se dispersaron para acechar a los aldeanos cuando regresaran a las plantaciones en busca de comida y otras provisiones.

Por fin capturaron un esclavo. A éste le prometieron llevarle de regreso a Jamaica y darle mucho dinero y vestimentas españolas. Esta tentación fue lo suficientemente fuerte, y los llevó al escondite de sus antiguos amos. Permitieron que el esclavo matara algunos de los españoles que capturaron para que no pudiera huir, y éste causó mucho daño a los españoles. Los piratas tardaron ocho días en esta expedición, obligando a los prisioneros a marchar con ellos y transportando el botín capturado en mulos. Cuando habían hecho tantos presos que les era incómodo andar con todos ellos, decidieron regresar a Gibraltar, llevando consigo unos 250 rehenes.

A su llegada, cada uno fue interrogado individualmente acerca de los tesoros que había escondido, o que otros habían enterrado. Los que no confesaron fueron sometidos a las torturas más crueles imaginables. Entre los que más sufrieron estaba un portugués de unos sesenta años, porque un negro le había delatado como un mercader rico. Cogieron a este hombre y le preguntaron dónde había escondido su tesoro. Juró por los santos que todo el dinero que poseía en el mundo eran unos cien reales de a ocho, y que un joven vecino se había fugado con su tesoro.

Los piratas no le creyeron y le colgaron por los brazos hasta que se le quebraron los huesos. Aún así no confesó, y entonces le amarraron cuerdas largas a los dedos de las manos y de los pies para crucificarle boca abajo en el suelo estirándole de cuatro estacas. Cuatro hombres pegaron con palos a las cuerdas, haciendo que su cuerpo bailara y se moviera estirando sus ten-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

dones. Todavía no estaban satisfechos. Le pusieron una piedra que pesaba unos dos quintales en las caderas y encendieron un fuego con hojas de palma debajo de él, quemando su cara e incendiando su pelo; pero a pesar de todas estas torturas, él no confesó.

Entonces le amarraron a una de las columnas de la iglesia que usaban como cárcel y le dieron un poquito de carne todos los días, solamente lo suficiente para mantenerle vivo. A los cuatro o cinco días de esta cruel tortura, él les rogó que le permitieran a unos amigos, quienes también estaban detenidos, visitarle para poder conseguir dinero de rescate. Después de consultar con sus amigos, les ofreció 500 reales de a ocho. Los piratas no le pusieron atención a su oferta, sino que le dieron otra paliza y le dijeron que tenía que producir miles, y no cientos, o su vida estaría en peligro. Al fin, habiendo probado que en realidad era un hombre pobre que se ganaba la vida como tabernero, acordaron aceptar mil reales de a ocho.

Pero este hombre no sufrió todos los tormentos que los bucaneros infligieron a los españoles para hacerles divulgar sus tesoros escondidos. Algunos fueron colgados por los testículos hasta que el peso de su cuerpo los castró. Entonces les dieron tres o cuatro cuchilladas con un sable, y los dejaron agonizando en este estado hasta que Dios los rescatara de su tormento miserable con la muerte. Los más desafortunados agonizaron durante cuatro o cinco días antes de morir. Otros fueron crucificados con mechas encendidas entre los dedos de los pies y de las manos. A otros los amarraron, untaron los pies con grasa y los incendiaron en sangre fría.

Cuando terminaron con los hombres blancos, los bucaneros continuaron torturando a los esclavos. Por fin hallaron un esclavo que les prometió conducirlos a un río que fluye a un lago, donde había un buque y cuatro barcos cargados con ricas mercancías que pertenecían a Maracaibo. Otro esclavo fue denunciado porque sabía dónde se escondían el gobernador de

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Gibraltar y la mayoría de las mujeres. Este hombre fue apresado inmediatamente, pero lo negó todo. Pero cuando los piratas amenazaron ahorcarle, entonces admitió conocer el camino y les prometió conducirles al lugar.

Los bucaneros decidieron que deberían ir unos cien hombres en dos botes al encuentro de los barcos en el río, y que el resto de ellos iría a capturar al gobernador. Al día siguiente partieron, dejando los rehenes a bordo de los barcos. Morgan marchó con 350 hombres en busca del gobernador, quien se había refugiado en una isla, en medio de un río, la que había sido fortificada.

Llegaron allí a los dos días de marcha sostenida. Los espías del gobernador le avisaron que Morgan se acercaba, y él se retiró con su gente a una montaña que únicamente era accesible por un camino tan estrecho que no cabía más de una persona. También habían preparado unos explosivos en caso de que los necesitaran para impedir el ataque de los piratas.

Pero la lluvia y la dificultad que encontraron para vadear el río impidió que los bucaneros acometieran eficazmente. Perdieron varios mulos cargados de dinero y mercaderías y algunas mujeres y niños se ahogaron. Buena parte de sus armas se mojó junto a la pólvora, y por un tiempo no pudieron usarlas. Es más, cincuenta hombres bien armados hubiesen podido destruir todas las fuerzas piratas, pero los españoles estaban tan asustados que creían que los árboles que se movían en el bosque eran los ladrones, que es como ellos llaman a los piratas.

Por fin, después de tantas dificultades, los bucaneros lograron abrirse camino a pesar de la lluvia. Pudieron salvar sus propias vidas, pero las pobres mujeres y los niños pequeños sufrieron tanto que daba mucha pena verlos. Tuvieron que caminar media legua por el bosque en agua que les llegaba hasta la cintura. La tierra allí es muy baja, y los ríos crecidos con el agua que corría de las montañas, se habían desbordado por encima de sus orillas.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

A los doce días de haber salido, los bucaneros regresaron a Gibraltar con muchos prisioneros, pero su propósito principal había fracasado. A los dos días, los barcos regresaron del río con el buque y las cuatro barcas españolas, trayendo el botín y algunos rehenes. No pudieron capturar el barco con toda su carga, pues los habitantes habían ido en canoas a dar aviso de su próximo ataque. Habían descargado rápidamente la gran parte de las mercancías con la intención de incendiar las embarcaciones una vez estuvieran vacías. Pero antes de lograr esto, los bucaneros atacaron y cogieron los barcos mientras todavía había alguna carga a bordo, especialmente linos y sedas.

Los bucaneros habían estado en la ciudad cinco semanas y habían despachado varias expediciones menores a los alrededores, cuando decidieron irse de Gibraltar. Enviaron a los ciudadanos principales a recolectar el rescate por su pueblo, como siempre amenazando incendiar el sitio si no pagaban pronto. Los españoles regresaron alegando no haber descubierto a nadie, y diciendo que su gobernador había prohibido terminantemente el pago del rescate. Agregando que si Morgan tenía paciencia, ellos le prometían reunir 5.000 reales de a ocho entre ellos, y le dijeron que podía llevarse rehenes consigo a Maracaibo hasta que la suma entera fuese pagada.

Morgan estaba ansioso por irse, pues había estado fuera de Maracaibo tanto tiempo que ya no conocía el estado de las cosas allí. Circulaban rumores de que habían juntado una fuerza suficientemente grande para impedir que los bucaneros salieran del lago. Por eso él aceptó la propuesta y se llevó cuatro rehenes. Soltó los prisioneros que pagaron su rescate, pero retuvo a los esclavos. Querían pagar rescate por el negro que había servido de guía a los piratas, pero Morgan no accedió a traicionarle vilmente, pues los españoles seguramente le hubieran quemado vivo.

Los bucaneros se hicieron a la vela y llegaron en cuatro días a Maracaibo, donde encontraron las cosas exactamente co-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

mo las habían dejado. Pero allí recibieron noticias alarmantes. Un pobre hombre en el hospital le dijo a Morgan que tres buques de guerra españoles le acechaban a la salida del lago, y que habían armado el fuerte de nuevo con artillería y tropas.

Inmediatamente Morgan envió un bote a comprobar estas noticias. El bote regresó al próximo día y confirmó todo lo que había dicho el viejo. Ellos habían visto los buques de guerra y habían sentido el fuego de su artillería. Los buques de guerra estaban llenos de tropas y el más grande estaba armado con no menos de cuarenta piezas de artillería, el segundo con treinta y el más pequeño con veinticuatro. La fortaleza también había sido fortificada de nuevo.

Estas fuerzas eran mucho más poderosas que las de Morgan, pues su mejor barco no tenía más que catorce piezas de artillería. Nadie se atrevía a expresar el temor y la ansiedad que sentían, y mucho menos Morgan. ¿Qué debían hacer? La única salida era por la boca del lago donde estaban los buques de guerra españoles, pues no había manera de escapar por tierra. Morgan hubiese preferido que los buques de guerra vinieran a atacar la ciudad, era preferible a tener que enfrentarlos en los estrechos donde su artillería les podría causar muchísimo más daño. Pero parece que Dios (para castigar a los españoles) les brindó el medio para que los bucaneros pudieran escapar de las garras de sus enemigos.

Morgan, para demostrar que no tenía miedo, envió un prisionero español a pedir el rescate por la ciudad de Maracaibo. A los dos días, el hombre regresó con una carta del almirante español, que decía lo siguiente:

Carta del general español, Don Alfonso del Campo y Espinosa a Morgan, Almirante de los bucaneros.

Habiendo recibido noticias por medio de nuestros amigos y vecinos, de que usted se ha atrevido a cometer

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

hostilidades en los territorios y poblaciones de Su Majestad Católica, mi amo el Rey de España, yo he venido a este lugar, cumpliendo mi sagrado deber, y he reconstruído el fuerte que usted capturó de unos cobardes y del cual usted echó abajo la artillería, para poder impedir su salida de este lago y causarles todo el daño que mi deber requiere.

No obstante, si usted se rinde con humildad y entrega todo lo que se ha robado, incluyendo los esclavos y otros prisioneros, yo seré tan misericordioso que le dejaré salir pacíficamente para que pueda usted regresar a su propio país. De rechazar usted estas condiciones honorables que yo le propongo, haré venir barcos de Caracas en los cuales despacharé mis tropas a Maracaibo con órdenes de destruirlos y matarlos a todos. Esta es mi decisión final; acéptela y no sea desdeñoso de mi misericordia. Tengo conmigo tropas muy valientes que arden por vengar las injustas acciones que ustedes han cometido contra la nación española en América.

Firmado a bordo del buque de Su Majestad «La Magdalena», anclado a la entrada del lago de Maracaibo el 24 de abril 1669.

Don Alfonso del Campo y Espinosa

Morgan hizo reunir a todos los bucaneros en la plaza mayor y leyó en voz alta esta carta, primero en inglés y luego en francés. Entonces les pidió su opinión a los bucaneros: ¿preferían entregar el botín y obtener el derecho a salir pacíficamente, o preferían pelear? Los bucaneros contestaron con una sola voz que preferían morir luchando a tener que entregar sus ganancias. Habían arriesgado sus vidas una vez para obtenerlas y estaban dispuestos a arriesgarlas de nuevo para conservar lo que habían ganado valientemente.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Uno de ellos se acercó a Morgan y le dijo que estaría dispuesto a emprender la destrucción del gran buque con tan solo doce hombres de la siguiente manera. Harían un brulote del barco que capturaron en el lago, equipándolo como un buque de guerra con bandera y todo. En la cubierta colocarían pequeños troncos con gorras para aparentar como la tripulación y troncos huecos más grandes (los que llaman tambores de negros) harían de cañones a los lados del barco.

Esta sugerencia fue aceptada, pues no tenían otra alternativa; pero primero Morgan quiso intentar obtener alguna otra concesión del general español y le envió un mensajero con las siguientes propuestas: que los bucaneros abandonarían a Maracaibo sin causar ninguna destrucción y sin cobrar rescate; que entregarían la mitad de los esclavos y pondrían en libertad a todos los prisioneros sin exigir rescate; y que cobrarían la suma prometida por Gibraltar y soltarían a los rehenes que todavía retenían.

El general español contestó que se negaba a considerar las proposiciones y que si no se rendían con las condiciones ofrecidas por él en un plazo de dos días, los destruiría a fuego y espada. Al recibir esta respuesta, Morgan y sus compañeros al instante decidieron hacer todo lo posible por escaparse del lago sin entregar el botín.

Todos los prisioneros fueron encarcelados y vigilados de cerca. También encerraron los esclavos que hasta la fecha habían estado cargando agua y haciendo otros trabajos, y los bucaneros tomaron sus puestos. Recogieron todo el alquitrán, brea, azufre y otros combustibles que hallaron en la ciudad, para preparar el brulote. Llenaron la bodega de hojas de palma mojadas en alquitrán, brea y azufre, untaron los cañones falsos con la misma preparación, colocaron seis vasijas de pólvora bajo cada uno, y serrucharon mitad de las vigas de madera en el barco para que quemara mejor y pudiera explotar con mayor fuerza. También abrieron nuevas escotillas donde colocaron los troncos lla-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

mados «tambores de negros», en vez de artillería. En la cubierta pusieron los muñecos de madera, cada uno con su gorra para que parecieran marineros, y por último izaron la bandera del almirante.

Cuando el brulote estuvo listo, navegaron hacia la boca del lago. Pusieron todos los prisioneros a bordo de una barca grande y en otra todo el botín junto con los más importantes rehenes. Cada barca estaba defendida por doce bucaneros bien armados. Tenían órdenes de mantenerse a la retaguardia de la flota y que al recibir cierta señal se metieran en medio de la flota para escaparse de la trampa.

El brulote tenía instrucciones de navegar a la cabecera, frente al buque insignia del almirante, para enfrentarse al buque de guerra español. Si el brulote no chocaba con el buque español a causa de la corriente, el almirante mismo acometería al buque de guerra. Para despistar aún más al enemigo, prepararon otro buque de manera que lucía como un verdadero brulote, con soga encendida humeando en la cubierta, y fingieron esconderlo detrás del buque insignia.

Luego que Morgan dio todas las órdenes, los bucaneros juraron pelear juntos, defendiéndose unos a los otros hasta el último suspiro. Bajo ninguna circunstancia pedirían gracia ni aceptarían cuartel, sino que lucharían hasta la muerte. Los que se comportaran valientemente, hicieran cualquier hazaña de coraje extraordinario o capturaran un barco, recibirían recompensa especial del botín colectivo.

Tomada esta decisión, Morgan se hizo a la vela, y el 30 de abril de 1669, alcanzó ver los buques de guerra españoles anclados de manera que impedían el paso. Era demasiado tarde en la noche para atacar, y Morgan fondeó fuera de alcance del enemigo, relevando la tripulación a bordo del brulote durante la noche como es costumbre de guerra. Los dos bandos pusieron centinela durante toda la noche, y los bucaneros se aprestaron para la empresa del próximo día. Tan pronto amaneció, los bu-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

caneros zarparon con la marea baja. Los españoles pensaron que los piratas habían decidido tratar de escaparse con la marea, y cortando sus cables se hicieron a la vela.

El brulote alcanzó el buque de guerra español y estaba a su lado, cuando de repente dándose cuenta del peligro inminente, el general español ordenó a su gente abordar el brulote para cortar los mástiles y empujarlo lejos, de manera que se lo llevara la corriente. Pero tan pronto como los hombres saltaron a bordo, la cubierta del barco explotó. Todos los escombros inflamables volaron a las velas, incendiándolas en llamas gigantescas que causaron un humazo espectacular. El general se vio obligado a abandonar su buque.

El segundo barco, al ver el buque insignia en llamas, se dirigió a toda velocidad a la seguridad del fuerte, pero antes de llegar se encalló. El tercer barco también intentó escaparse, pero fue perseguido al instante por un barco pirata y pronto capturado. La tripulación del barco que se encalló al pie del fuerte, sabiendo que los bucaneros pronto atacarían, rescató lo que pudo del barco, luego incendiándolo ellos mismos antes de que los bucaneros pudieran aprovechar el naufragio.

El gran buque flotaba en llamas a lo largo de la costa. Muy pocas personas de su tripulación se pudieron salvar. Los bucaneros navegaron entre este barco y la costa con miras a salvar la tripulación, pero los españoles preferían ahogarse a caer en manos de los piratas, por razones que daré luego.

Los bucaneros estaban muy animados, pues habían ganado una victoria importante en dos o tres horas y querían repetir este éxito. Desembarcaron todos a tomar el fuerte por fuerza. Pero fueron recibidos con una descarga de artillería intensa y pesada. Los bucaneros no tenían más armas que sus fusiles y unas cuantas granadas; la artillería de sus barcos era demasiado liviana para penetrar muros tan fuertes. Durante el resto del día atacaron el fuerte con sus fusiles y cuando veían a uno de los defensores, casi nunca fallaban su blanco. Pero tan pronto

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

como se acercaron al fuerte con la intención de lanzar sus granadas, fueron ellos mismos los que más sufrieron. Los españoles empezaron a lanzar bolas de fuego y de pólvora con mechas encendidas, y tuvieron tanto éxito, que forzaron a los bucaneros a retirarse, con unas bajas de más de treinta muertos y el mismo número de heridos.

Al anochecer, los bucaneros regresaron a sus barcos sin haber alcanzado su propósito. Temiendo que los bucaneros trajeran su artillería a tierra, los españoles allanaron unas lomas que pudieran haber dado alguna ventaja al enemigo, y todavía mantuvieron su confianza en que podrían impedir la retirada de los piratas.

El gran buque se quebró al anochecer y unos españoles trataron de nadar hacia el naufragio, pero fueron impedidos por los piratas. Hicieron algunos prisioneros y Morgan interrogó a un timonero acerca de las fuerzas españolas, si esperaban nuevos refuerzos y de dónde vendrían.

«Señor», —contestó el hombre en español—, «yo soy extranjero. Por favor no me maltraten, que yo les contaré toda la verdad de lo que ha ocurrido. Fuimos enviados a las Indias Occidentales desde España en seis barcos para destruir los corsarios, pues la Corte ha recibido fuertes protestas después de la captura de Puerto Bello. La Corte Española se quejó a la de Inglaterra, y el Rey contestó que jamás había dado patentes de corso para que se cometieran hostilidades contra los súbditos de Su Majestad Católica. Por lo tanto, estos seis barcos fueron equipados y despachados desde España bajo el mando de don Agustín de Bustos.

»El buque insignia era el *Nuestra Señora de la Soledad* armado con 48 cañones y dieciocho piezas de artillería portátiles. El vice-almirante era don Alonso del Campo y Espinoza, capitán de *La Concepción,* armado con 48 piezas de artillería y dieciocho cañones giratorios. Además de estos había otros cuatro barcos: *La Magdalena,* con 36 piezas de artillería, doce ca-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

ñones giratorios y doscientos cincuenta hombres; el *San Luis,* con 36 cañones, doce piezas livianas y doscientos hombres; *La Marquesa* con dieciséis piezas de artillería, ocho cañones giratorios y una tripulación de 150 hombres; el *Nuestra Señora del Carmen* armado de la misma manera, y con tripulación similar.

»Primero arribamos a Cartagena, de donde los dos barcos grandes fueron enviados de regreso a España, pues eran demasiado difíciles de navegar en estas aguas. Los demás barcos fueron a Campeche bajo el mando de don Alonso a luchar contra los corsarios. Allí perdimos el *Carmen* en una tormenta que vino del norte, y los otros tres tocaron puerto en Santo Domingo en la isla Española. Recibimos informes de que una flota de Jamaica había pasado por allí, desembarcando unos hombres en un sitio llamado Alta Gracia. Uno de estos fue apresado y confesó que los piratas se dirigían a Caracas. Don Alonso inmediatamente dio órdenes y zarpamos hacia Tierra Firme. Una barca que encontramos en el camino nos informó que la flota de Jamaica ya había llegado al lago Maracaibo y que estaba compuesta por siete barcos pequeños y un bote de cabotaje.

»Al recibir esta información vinimos aquí, y fondeando cerca de la barra disparamos un cañonazo para llamar un piloto. Los de tierra se percataron de que éramos españoles y subieron a bordo. Nos dijeron que los ingleses habían tomado Maracaibo por la fuerza, y que ahora estaban en Gibraltar. Don Alonso nos animó para la batalla y nos prometió todo el botín que pudiéramos robar a los ingleses. Hizo cargar al fuerte la artillería que rescatamos del buque naufragado, junto con dos cañones de dieciocho libras de su propio buque.

»El piloto nos guió del otro lado de la barra y don Alonso desembarcó para organizar a la gente en tierra. Reforzó el destacamento del fuerte con más de cien hombres. Poco después recibimos informes de que las fuerzas piratas estaban en Maracaibo y don Alonso les escribió una carta. Al ver que usted no tenía la intención de entregar los prisioneros, él empezó a en

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

tusiasmarnos y exhortarnos, prometiéndonos mucho botín. Todos los hombres entonces fueron a misa según la costumbre de la iglesia católica romana y juraron no dar cuartel ni pedir gracia a los ingleses. Por esta razón se ahogaron tantos, pues no se atrevían a pedir cuartel.

»Dos días antes de su ataque, un negro informó a don Alonso que usted había preparado un brulote, pero el comandante no quiso creerle, diciendo que esa gente no sabía como preparar un brulote y no tenían los materiales necesarios para tal empresa».

Morgan trató muy bien a este timonero, ofreciéndole una porción del botín igual a la de los demás piratas si se quedaba con ellos. El hombre aceptó, pues no tenía mejor alternativa que quedarse con los piratas, y les dijo además que habían tenido unos 30.000 reales de a ocho a bordo del barco grande y que ésta era la razón por la cual los españoles habían intentado rescatar el naufragio. Morgan se retiró con su flota a Maracaibo, dejando uno de sus barcos tratando de pescar la plata del agua. Allí repararon el buque español que capturaron y Morgan lo cogió para su propio uso. Le envió un mensajero al general, de nuevo pidiendo el dinero de rescate por Maracaibo y amenazando incendiar el pueblo si no era pagado rápidamente.

En vista de la derrota que habían sufrido, los españoles decidieron pagar el rescate, pues no podían pensar en ningún otro plan para librarse de los piratas (aunque don Alonso jamás estaría de acuerdo con tal medida). Preguntaron cuánto quería Morgan y éste les pidió 30.000 reales de a ocho y 500 cabezas de ganado para abastecer su flota, prometiendo a cambio no causar ninguna destrucción a la ciudad y poner en libertad a todos los españoles. Por fin acordaron la suma de 20.000 reales de a ocho y 500 cabezas de ganado.

Al día siguiente, los españoles trajeron todo el ganado y parte del dinero. Los bucaneros sacrificaron los animales y

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

salaron la carne, y tan pronto como habían terminado este trabajo los españoles trajeron el resto del rescate acordado. Ellos esperaban ver los prisioneros libres en ese momento, pero Morgan tenía otros planes. Les dijo que les entregaría los rehenes tan pronto estuviera fuera del alcance de la artillería del fuerte, pues pensaba ganarse una salida pacífica a trueque de los cautivos.

Los bucaneros entonces se hicieron a la vela hacia la boca del lago. El barco que habían dejado allí les esperaba, y su tripulación había logrado rescatar unos 15.000 reales de a ocho del naufragio, además de algunas piezas de plata labrada y cuchillos y accesorios de espadas, también todos de plata. Algunas monedas se habían derretido en el calor intenso del fuego y se habían formado grandes pelotas de plata que pesaban hasta treinta libras.

Morgan dio a entender a todos los prisioneros que debían persuadir al general que permitiera a los bucaneros pasar por el fuerte sin molestarles, pues si no lograban convencerle, todos serían ahorcados. Los prisioneros consultaron entre sí sobre lo que debían hacer, y enviaron un mensajero al fuerte, rogándole a don Alonso que dejara salir a los bucaneros pacíficamente, pues de lo contrario les costaría la vida. Trataron de convencerle por medio de todos los argumentos imaginables, indicándole que había muchas mujeres y niños entre ellos, y rogándole que les salvara la vida.

Pero el gobernador, en vez de concederles esta petición, les contestó bruscamente, acusándoles de cobardía. Si hubieran defendido el fuerte contra la entrada de los piratas con tanta energía como él pensaba disputar su salida, los piratas no habrían entrado tan fácilmente. De ninguna manera iba él a entregar el fuerte o permitirles a los piratas una fácil salida. Al contrario, haría hundir la mayoría de sus barcos. El fuerte era suyo; él mismo se lo había ganado al enemigo y por eso podía

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

hacer con el fuerte lo que pensara más ventajoso para el Rey y la defensa de su propio honor.

Los mensajeros españoles regresaron a bordo muy asustados y le contaron a Morgan todo lo dicho por don Alonso. Morgan les contestó que él encontraría la manera de salir a pesar de todo. Mientras tanto, consideró conveniente repartir el botín a bordo, pues no había lugar de encuentro cerca. El lugar más próximo era la Española y fácilmente podrían ser separados por una tormenta de camino a la isla, y en tal caso el barco con el botín no tendría ningún incentivo para buscar a los demás.

El dinero, las joyas y la plata labrada tenían un valor total de unos 250.000 reales de a ocho, además de las mercaderías y los esclavos que habían robado. El tesoro fue dividido entre los barcos de acuerdo al tamaño de la tripulación que tenían; así se repartió luego entre los miembros de cada tripulación. Para que todo fuera lo más justo posible, cada hombre juró no haber cogido para sí mismo ni siquiera el valor de seis peniques, fuera en oro, plata, joyas, perlas o piedras preciosas, tales como diamantes, esmeraldas y otras piedras. Morgan mismo fue el primero en tomar el juramento sobre la Biblia, y luego todos los hombres siguieron su ejemplo.

Una vez repartido todo el botín, los bucaneros tuvieron que pensar en una estrategia para salir del lago, y decidieron llevar a cabo la siguiente maniobra. Muchos de los hombres se embarcaron en canoas, para fingir un desembarco nocturno, y llegaron a la costa bajo la protección de los árboles. Pero la mayoría en realidad se acostó boca abajo en las canoas y regresó a los barcos; de esta manera las canoas parecían regresar a los barcos con tan solo unos pocos piratas. Hicieron varios viajes para hacer pensar a los españoles que tratarían de atacar el fuerte por tierra, de noche y con escaleras. Los españoles hicieron grandes preparativos para defender el fuerte por tierra, disponiendo toda su artillería de un lado de las fortificaciones.

La luna estaba muy llena esa noche. Los bucaneros todos

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

estaban listos. Dejando flotar sus barcos con la marea hasta llegar al fuerte, rápidamente se hicieron a la vela y con el viento terrestre detrás, aceleraron más allá de la barra a toda velocidad. Apresuradamente los españoles movieron parte de su artillería del lado del mar, pero ya los piratas estaban casi fuera de su alcance y por lo tanto sufrieron muy poca destrucción. Además, los españoles no se atrevieron a mover toda su artillería pesada, temiendo que mientras concentraban su fuego en dirección del mar, otro gupo de piratas les acometiera por tierra.

Al día siguiente Morgan envió una canoa al fuerte, para devolver algunos de los prisioneros que los españoles ya pensaban habían sido muertos. Además, les dio una canoa al resto de los cautivos. Estos zarparon en ella, todos menos los rehenes de Gibraltar que no fueron rescatados. Morgan decidió no darles su libertad a estos prisioneros para que esta experiencia sirviera de lección a los españoles. También hizo disparar una salva de siete cañonazos en despedida al fuerte, pero este saludo no fue contestado.

Al día siguiente los bucaneros fueron sorprendidos por una tormenta que soplaba de noroeste. La flota fondeó en cinco varas de agua, pero el mar estaba tan revoltoso que las anclas no aguantaron el movimiento, y por lo tanto tuvieron que continuar viaje. Algunos barcos tenían agujeros y estaban en gran peligro de hundirse. No se atrevían a desembarcar en Tierra Firme, pues no podían esperar buena acogida ni por parte de los españoles ni por parte de los indios si caían en sus manos. Por fin el viento empezó a tranquilizarse, luego de haber pasado muchos días en peligro extremo.

Mientras Morgan ganaba mucho botín con una victoria rotunda sobre los españoles, los compañeros que le habían abandonado cerca de Cabo de Lobos para ir a robar un barco inglés sufrieron una derrota terrible en Comango, cerca de la costa de Caracas. Habían ido al lugar de encuentro en la isla Saona, pero no hallaron el mensaje escrito que Morgan les había dejado den-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

tro de una botella. Eran unos 500 hombres, y tenían cinco barcos, y un bote. Escogieron al capitán Ansel como su comandante, pues se había destacado por su coraje en la captura de Puerto Bello. Decidieron ir al Pueblo de Comango, situado en la costa de Tierra Firme en la provincia de Caracas, a unas sesenta leguas de Trinidad.

Al llegar, los piratas desembarcaron y mataron unos indios que les esperaban en la playa. Pero cuando llegaron al pueblo, fueron rodeados totalmente por españoles e indios. No les quedó ningún deseo de ganar botín, sólo querían salvar sus vidas y regresar a la playa. No obstante, los piratas lucharon con mucha energía y regresaron a los barcos de nuevo, pero en la batalla perdieron más de cien hombres y otros cincuenta fueron heridos.

Cuando regresaron a Jamaica de nuevo, los bucaneros que habían estado en la expedición con Morgan se rieron y burlaron de ellos, pregúntandoles sarcásticamente qué clase de moneda acuñaban en Comango.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

TERCERA PARTE

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

CAPITULO I

Morgan viene a la isla Española para equipar una nueva flota con el propósito de piratear de nuevo las costas españolas

Es una verdad indiscutible que el éxito es el mejor incentivo para tentar al soldado a aumentar su gloria, para el mercader a aumentar su fortuna y para el artista a profundizar sus conocimientos. Este fue el caso de Morgan. Cuando vio todas sus empresas coronadas por el éxito, empezó a soñar con hazañas aún mayores, en las que la fortuna y la prosperidad siempre le acompañarían. Ahora haremos un relato de sus últimas expediciones para que el lector curioso vea como Dios permitió que las injusticias de los bucaneros prosperaran para el castigo de los españoles.

Al ver que sus compañeros habían malgastado todo el botín ganado en Maracaibo y que de nuevo estaban sin dinero, Morgan organizó una nueva expedición, sabiendo que no tendría ninguna dificultad en convencerles a emprender otro ataque contra una ciudad de Tierra Firme. Designó la costa sur de la Tortuga el lugar de encuentro y escribió cartas al gobernador de la isla, y a todos los plantadores y cazadores de la Española. Les informó que su intención era organizar una expedición capaz de atacar una ciudad de mucha importancia, donde todos harían fortuna una vez ganada la batalla.

Al recibir esta carta, los bucaneros de la Tortuga y la Española se animaron a participar en la expedición de Morgan. El éxito de sus viajes anteriores y la amistad que siempre había profesado para con los franceses hacían a Morgan muy querido incluso por aquellos que jamás le habían visto en persona. Todos los barcos piratas de la Tortuga fueron equipados inmediatamente y cogieron tantas personas como pudieron acomodar. Los que no encontraron lugar en estos barcos se embarcaron en sus canoas para juntarse con la flota de Morgan y trasladarse a los barcos ingleses. Otros marcharon por tierra a la costa sur de la isla a sumarse a la expedición.

El 24 de octubre de 1670, Morgan llegó al puerto que los franceses llaman Puerto Couillon, en el sur de la Española frente a la isla Vaca, que era el lugar designado de encuentro. Encontrando la mayor parte de sus fuerzas ya presentes, discutieron la manera más conveniente para obtener provisiones. Morgan sugirió despachar cuatro barcos y una barca con 400 hombres a robar maíz a las plantaciones de la costa de Tierra Firme. Los capitanes aprobaron la propuesta, y las tripulaciones también cuando fue sometida a su consideración. Decidieron ir al Río de la Hacha a saquear el pueblecito llamado Rancherías, donde los españoles almacenan mucho maíz y donde posiblemente podrían encontrarse con las barcas que vienen de Cartagena a pescar perlas cerca de este lugar.

Los bucaneros de los barcos que no iban en esta expedición entraron al bosque a cazar ganado y salar carne, mientras que otros compañeros carenaban los barcos y hacían las reparaciones necesarias.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

CAPITULO II

La expedición a Río de la Hacha.

A los seis días de haber zarpado los cuatro barcos bucaneros de la Española, cuando estaban a la vista del Río de la Hacha, les sobrevino una calma. Los españoles los podían ver a poca distancia de la costa e inmediatamente empezaron a armarse. No estaban seguros de que los bucaneros tuvieran la intención de desembarcar, pero acostumbrados a las depredaciones frecuentes de los piratas, tuvieron la precaución de esconder sus posesiones. Ésta siempre es su primera consideración, para poder huir a tiempo en caso de ser atacados sin dejar nada valioso detrás.

Había en puerto un barco, procedente de Cartagena, que había venido a cargar maíz. Este barco tenía planeado aprovechar el viento de tierra para escapárseles a los piratas esa noche, pero no tuvo tal suerte, pues la flota de los bucaneros le atrapó. Esta captura les vino como anillo al dedo, pues estaba cargado del maíz que ellos buscaban.

Al amanecer, la flota se acercó cuanto posible a la costa para desembarcar las tropas. El desembarco lo llevaron a cabo bajo un fuego intenso, pues los españoles habían preparado fortificaciones en la playa para defender su costa. Se vieron obligados a abandonar estas defensas y retirarse a la aldea, pero todavía con la esperanza de poder resistir a los invasores. Al

llegar a la aldea, la lucha empezó de nuevo y continuó hasta la noche, cuando los españoles huyeron. Habían tenido muchas bajas a pesar de haber causado muy poco daño a los invasores.

Al entrar en la aldea, los bucaneros descubrieron las casas vacías, pues los españoles cargaron con todo en su huida. Los piratas inmediatamente los persiguieron y alcanzaron un grupo de fugitivos al que fácilmente apresaron. Al día siguiente, como es su costumbre, torturaron a los prisioneros para obligarlos a decir adónde habían escondido su dinero y posesiones; algunos confesaron, pero otros mantuvieron su silencio.

Los bucaneros empezaron a salir en expediciones de merodeo y lograron recolectar bastante botín y muchos esclavos. Los españoles no se atrevieron a salir de la seguridad del bosque. Colocaron varias emboscadas en un intento de destruir a los invasores, pero no les dio resultado. Mientras más daño causaron a los piratas, más fueron torturados cuando finalmente cayeron en manos de los bucaneros.

A la semana de haber estado en esta aldea robando todo lo que encontraban, los bucaneros decidieron regresar a reunirse con sus compañeros en la Española. Por esta razón les informaron a los españoles de Río de la Hacha que debían pagar rescate por su aldea. Los españoles dijeron que preferían permitir que incendiaran la aldea, pues no tenían dinero para pagar el rescate. Los piratas, que en esta ocasión preferían el maíz al dinero, les dijeron que aceptarían una cantidad de maíz en pago del rescate. Los españoles no estaban muy dispuestos a conceder esto tampoco, pero al ver que los piratas hablaban en serio, acordaron la suma de 4,000 fanegas de maíz (unas 200 toneladas), que entregaron con toda prisa para librarse de los piratas lo más pronto posible. A los tres días, los bucaneros estaban en alta mar, con todo su botín y los esclavos presos a bordo, de camino a la Española, donde les esperaba la mayor parte de la flota.

Habían transcurrido cinco semanas desde que la flota se

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

hizo a la vela y Morgan empezaba a dudar si jamás regresaría. No sabía qué pensar, tal vez habían hecho una rica presa y huido con ella, o tal vez habían sido derrotados, pues Río de la Hacha estaba al fácil alcance de ayuda procedente de Santa María o Cartagena, y siempre había algunos buques en esa región que acechaban a los piratas. Morgan estaba al punto de cambiar sus planes cuando vio acercarse barcos en mayor número de los que habían salido. Morgan se alegró muchísimo y sus compañeros también; su alegría fue aún mayor cuando supo que los barcos venían cargados de maíz.

La flota de Morgan estaba lista para partir y solamente esperaba el regreso de estos barcos. Fueron descargados inmediatamente y los cazadores regresaron del bosque y subieron a bordo. Mientras se preparaban los barcos recién llegados, cargaron la carne salada a bordo tan pronto como les fue posible, y se repartieron el maíz entre todos los barcos en proporción al tamaño de la tripulación de cada uno. Morgan designó el Cabo Tiburón en la punta occidental de la Española como el lugar de encuentro de la flota; allí decidirían qué lugar atacar primero.

Todos arribaron a este lugar poco después y se encontraron además con algunos barcos procedentes de Jamaica que buscaban la flota de Morgan. Ésta ya tenía treintaisiete buques y varios barcos más pequeños; además había unos 2,000 hombres bien armados con fusiles, pistolas y sables y provistos de la pólvora, las balas y demás municiones necesarias. Los barcos también estaban bien equipados con artillería de acuerdo a su tamaño. El barco del almirante era el más pesado; montaba veintidós cañones y seis piezas de artillería portátiles. El número de piezas de artillería en los otros barcos variaba: veinte, dieciocho, dieciséis, catorce y así bajando hasta cuatro en los barcos más pequeños. Todos estaban bien equipados con pólvora, granadas y otros explosivos.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

El almirante Morgan hizo una cuidadosa inspección. Observando que ya no les hacía falta nada, dividió la flota en escuadrones bajo dos banderas diferentes, la inglesa y la blanca; también designó oficiales, vice-almirantes y otros comandantes, para comandar estas fuerzas. Dio patente de corso a los barcos que no las tenían, autorizándoles a todos los actos de violencia contra los territorios y habitantes españoles y la captura de sus barcos, en alta mar y en puerto, de acuerdo al derecho de guerra, como enemigos declarados de la Corona Inglesa, pues los españoles se apoderaban de todos los barcos ingleses que tocaban sus puertos, aunque fuera sólo para hacer aguada.

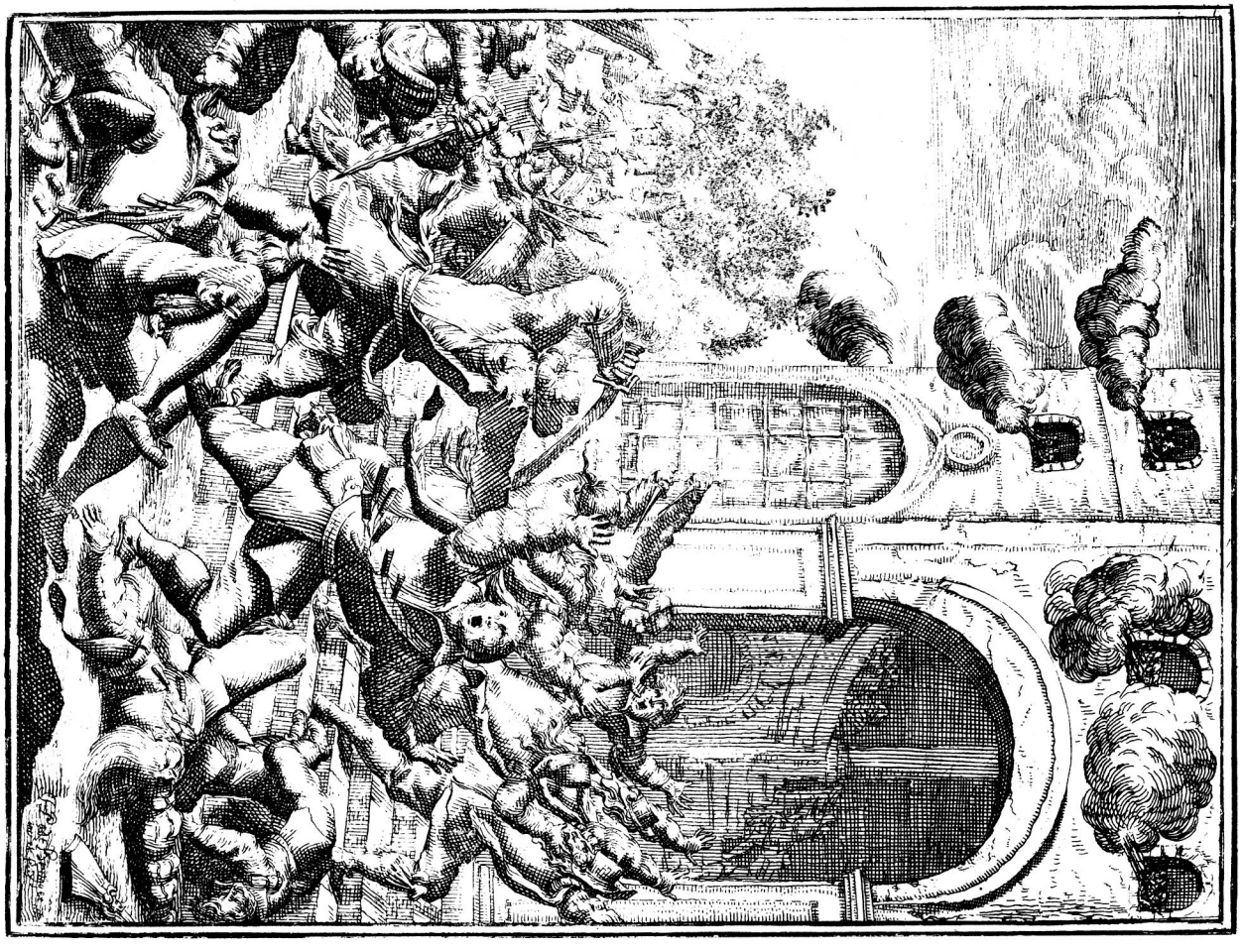
Dejando todo en buen orden, Morgan invitó a los capitanes y oficiales principales de su flota a conferenciar y acordar la suma de dinero que él debía recibir por sus servicios. Todos los oficiales se reunieron y votaron que Morgan recibiera el uno por ciento del botín. Esta propuesta fue dada a conocer a los tripulantes, quienes también dieron su aprobación. Hicieron el contrato que estipula los pagos que cada capitán recibe por sus barcos. Los otros oficiales, tenientes y contramaestres, se reunieron y aprobaron que los capitanes debían recibir el valor de ocho porciones corrientes por el uso de sus barcos y sus propios servicios. Los cirujanos recibirían 200 reales de a ocho por sus boticas, además de la porción que les tocaba por sus servicios como participantes en la expedición. Los carpinteros recibirían 100 reales de a ocho, además de su porción habitual.

Entonces enumeraron las recompensas por la conducta extraordinaria en batalla; por ejemplo, el primero en quitar la bandera enemiga o izar los colores ingleses ganaría cincuenta piezas de ocho extras; cualquier persona que capturara un prisionero que diera información útil, recibiría 200 reales de a ocho extras. Los granaderos recibirían cinco reales de a ocho por cada granada que tiraran al fuerte y que diera en su blanco.

También establecieron las compensaciones para los muti-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Ataque y captura de una ciudad española por los bucaneros. Grabado de la primera edición holandesa, Amsterdam, 1678.

lados de guerra. Por la pérdida de ambas piernas un hombre recibiría 1,500 reales de a ocho además de su porción ordinaria, o podría optar por quince esclavos en vez del dinero en efectivo. Por la pérdida de una pierna, fuere esta derecha o izquierda, un hombre recibiría 600 reales de a ocho o seis esclavos. La misma compensación era estipulada por la pérdida de una mano. Si un hombre perdía un ojo o un dedo, recibiría 100 reales de a ocho o un esclavo. En recompensa por una herida que necesitara una intervención quirúrgica, la suma estipulada era de 500 reales de a ocho o cinco esclavos. Por un órgano del cuerpo mutilado, fuera una pierna, un brazo o un dedo, la persona recibiría la misma suma que por haberlo perdido totalmente.

Todos estos premios y recompensas serían reducidas del botín colectivo, antes de que fuera repartido. Este contrato fue aprobado unánimemente y firmado, primero por Morgan y luego por todos los capitanes y oficiales de la flota.

Una vez concluido este asunto, Morgan consultó con los capitanes de barcos para decidir adónde atacar primero. Se sugirió atacar uno de los tres lugares siguientes: Cartagena, Panamá o Veracruz. No hubo ninguna discusión sobre si las fuerzas piratas serían suficientes o si el lugar estaba bien fortificado; ninguno fue juzgado tan rico como Panamá, y por eso se resolvió hacer esa ciudad el blanco de su ataque y saqueo. Con este fin, se decidió acometer a Sta. Catalina como primer paso, para obtener un guía que nos (sic) enseñara el camino a Panamá, pues allí hay muchos criminales de todas partes de la costa que son condenados a vivir en esa isla.

También redactaron un artículo especial en el contrato. Éste estipulaba que los barcos tomados en alta mar o en puerto formarían parte del botín colectivo, pero que los bucaneros que primero abordaran el barco enemigo recibirían mil reales de a ocho, y si el buque capturado tuviere un valor por encima de

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

los 10.000 reales de a ocho, entonces el premio sería una décima parte del valor de la presa.

Abordar cualquier barco que no fuera del enemigo fue prohibido bajo pena de muerte, para que la noticia de su proximidad no se extendiera hasta los españoles.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

CAPITULO III

Morgan sale con su flota de la isla Española y toma a Sta. Catalina.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

La flota de Morgan zarpó el día 16 de diciembre de 1670 bien equipada y provista de todas las cosas necesarias para la expedición. A los cuatro días alcanzaron ver a Sta. Catalina, una isla (como ya he dicho) ocupada por un destacamento español, y habitada por los condenados a prisión de toda la costa de Tierra Firme. Es una isla montañosa de más de siete leguas en circunferencia, tres de largo y una de ancho, situada en los 13°12' latitud septentrional, a unas cien leguas de Cartagena y 62 de Puerto Bello, y en la misma longitud del río Chagre. No hay animales de caza en la isla, pero durante una temporada las palomas acuden en grandes cantidades. Hay cuatro ríos, pero dos de ellos se secan totalmente en el verano. No tienen comercio de ningún tipo; los habitantes solamente siembran lo que necesitan para vivir, aunque la tierra es muy buena para cultivar tabaco.

Al acercarse a la isla, Morgan despachó un barco muy rápido montado con catorce piezas de artillería a vigilar la entrada del puerto e impedir que cualquier barco se escapara a dar alarma a la costa de la llegada de los bucaneros.

Temprano la próxima mañana la flota entera fondeó cerca de la isla en un lugar llamado Aguada Grande, donde los espa-

ñoles antes tenían una batería de cuatro cañones. Morgan desembarcó con un ejército de unos mil hombres y, cuando todos estaban bien organizados, empezaron su marcha a través del bosque. Los únicos guías que tenían eran unos bucaneros que habían estado allí cuando Mansveldt la capturó. A la tardecita llegaron a un lugar que antiguamente había sido residencia del gobernador, y donde había una batería llamada la Plataforma Santiago, pero nadie la defendía. Los españoles se habían retirado a la pequeña isla aledaña para conservar sus fuerzas. Esta isleta está tan cerca que un corto puente la comunica con la isla mayor. Habían cercado de tal manera esta isleta con fortificaciones, que parecía inexpugnable.

Tan pronto como los bucaneros se acercaron, fueron recibidos con fuego de artillería intenso por los españoles en la isleta, pero muy pocas balas dieron en su blanco. Al poco tiempo oscureció, y los bucaneros no pudieron avanzar más. Durmieron a la intemperie, como es su costumbre, y se acostaron esa noche con estómagos vacíos, pues no habían comido durante todo el día. A la una de la noche empezó a llover torrencialmente y diluvió durante bastante tiempo. Los piratas destruyeron unas cuantas chozas para hacer una fogata, pues la lluvia era tan fría que casi no la podían soportar. No estaban bien abrigados, pues no vestían más que pantalones y camisas, sin medias ni zapatos, y esto no les ayudaba en nada.

Empezó a escampar hacia la madrugada, y entonces los piratas limpiaron y secaron sus armas, pues la mayor parte se había mojado mucho con la lluvia. Es más, cien hombres bien armados hubiesen podido destruir las fuerzas piratas esa noche. Una vez secas las armas, los bucaneros empezaron su marcha, pero la lluvia se intensificó de nuevo. Los españoles reiniciaron su bombardeo, para demostrarles que su pólvora no estaba mojada.

Los piratas no se atrevieron a atacar las fortificaciones en la lluvia. Prefirieron buscar casas donde refugiarse para prote-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

ger sus armas durante la fuerte tormenta. Todos estaban ocupados construyendo bohíos de hojas y ramas. Además, empezaron a sentir tanta hambre, que buscaban desesperadamente cualquier cosa que comer. Había un caballo viejo que los españoles habían soltado porque ya no estaba en condiciones para trabajar, pues su lomo estaba lleno de heridas. Mataron este animal y cada persona agarró lo que pudo; lo cocinaron sobre una fogata y se lo comieron como si fuera el manjar más delicioso que se pudiera desear. Solamente los más vivos lograron comer un trozo de esta carne.

La lluvia seguía cayendo. Morgan notó que sus hombres estaban inquietos y desanimados, deseando regresar a los barcos. Despachó una canoa bajo bandera blanca para pedirles a los españoles que entregaran la isla. Amenazó no dar cuartel a nadie que no se rindiera inmediatamente por su propia voluntad.

Casi al mediodía, la canoa regresó con la respuesta del gobernador, en la que pedía dos horas de gracia mientras consultaba con sus oficiales. Al transcurrir este tiempo, vinieron dos españoles en una canoa con la bandera blanca en alto para negociar la paz. Antes de desembarcar pidieron dos rehenes a Morgan a cambio de los enviados españoles, y él les despachó dos capitanes suyos como garantía. Los comisionados le comunicaron a Morgan que estaban dispuestos a entregar la isla porque sus fuerzas eran inferiores a las de los piratas. No obstante, le pidieron a Morgan que les ayudara a llevar a cabo la siguiente maniobra, para salvar sus reputaciones como oficiales.

Los bucaneros debían cruzar de noche el puente que juntaba las dos islas y arremeter contra el fuerte de San Jerónimo. Los barcos debían dar la vuelta por la fortaleza de Sta. Teresa, fingiendo atacar a la misma. Mientras tanto, otras fuerzas debían desembarcar en canoas cerca de la batería de San Mateo. Además debían capturar al gobernador de camino entre el fuerte de San Jerónimo y Sta. Teresa, y obligarle a entregar

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

las fortificaciones. Al intentar su entrada los ingleses, habría un fuerte tiroteo de ambos lados, pero en el aire o con cartuchos en blanco, para que nadie sufriera heridas. Una vez estas dos fortificaciones estuvieran en sus manos, no tendrían nada que temer de las otras. Los españoles pidieron además que les llevaran a algún lugar de Tierra Firme, donde Morgan gustara, con tal de poder juntarse con su propia gente.

Morgan accedió a todas sus demandas, a condición de que nadie perdiera la vida o sufriera heridas en esta farsa. De lo contrario los bucaneros no darían cuartel a ninguna persona. Los españoles le aseguraron que nadie sufriría, y regresaron con el mensaje adonde su gobernador.

Morgan inmediatamente dio órdenes a sus barcos de entrar a puerto, como había sugerido el gobernador. Allí les ordenó a sus tropas que se prepararan para acometer el fuerte de San Jerónimo. A la tarde todas las fortificaciones de la isleta fueron conquistadas en la manera propuesta por los españoles. A pesar de su acuerdo de usar cartuchos vacíos, Morgan dio órdenes de que usaran balas verdaderas, pero que de ninguna manera dispararan contra los españoles, a menos que estos empezaran primero.

La batalla fingida se libró. Hubo un fuego intenso de ambos lados por parte de la artillería pesada y de las armas livianas, pero sin causar destrucción a nadie. Finalmente, los bucaneros pasaron a la pequeña isla en la oscuridad de la noche, tomaron posesión de todas las defensas y encerraron a los españoles en la iglesia. El gobernador recibió instrucciones de mantener a toda su gente en ese sitio sin dejar salir a nadie, pues cualquier persona encontrada en las calles sería fusilada al instante.

Una vez que todo estuvo tranquilo de nuevo y el acuerdo con los españoles había sido cumplido, entonces empezó la guerra contra las gallinas, los puercos y las cabras; los bucaneros pasaron la noche asando y cocinando. Cuando les faltó leña, destruyeron varias casas para usar la madera como com-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

bustible. Procurarse comida era el único afán de todos los piratas. Algunos, una vez satisfechos, llevaron la comida que les sobró a las mujeres españolas en la iglesia; los hombres solamente pudieron comer con los ojos.

A la mañana siguiente, se ocuparon de contar el número de habitantes en la isla. Había unas 450 personas, incluyendo la guarnición de unos 190 soldados. Eran cuarenta parejas casadas, con cuarenta y tres niños entre ellos; treintiún esclavos de Su Majestad Católica, con ocho hijos; ocho condenados y treinta y nueve esclavos de dueños particulares quienes tenían entre ellos veintidós niños; veintisiete otros negros con doce niños. Desarmaron a todos los españoles y dejaron que los hombres fueran a buscar comida a las plantaciones, pero mantuvieron a las mujeres encerradas en la iglesia.

Entonces pasaron inspección a las fortificaciones de la isla. El fuerte de San Jerónimo, que dominaba el puente, tenía ocho piezas de artillería de doce, ocho y seis libras; también tenía seis órganos de fusiles (de diez piezas cada uno) y otros sesenta fusiles sueltos, además de pólvora, balas y explosivos varios. La segunda batería, llamada la plataforma de San Mateo, tenía tres cañones de ocho libras. La tercera y más importante de las fortificaciones era la fortaleza de Sta. Teresa, que estaba equipada con veinte piezas de artillería de doce, ocho y seis libras, diez órganos de fusiles (cada uno de diez piezas) y noventa fusiles sueltos. Además contenía granadas, pólvora, plomo y explosivos. Esta fortaleza estaba construida de piedra y mortero; los muros eran muy gruesos y estaban cercados por una fosa de unos veinte pies de profundidad, que solamente se podía cruzar por un puente elevadizo. En el medio de la fortaleza había otra fortificación montada con cuatro piezas de artillería, que por su altura dominaba el puerto y toda la isla. Las olas batían poderosamente contra la barranca del lado del mar, haciendo el ataque por este costado imposible. Por tierra la forta-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

leza solamente era accesible por un trillo muy estrecho con quebradas peligrosas de ambos lados.

La cuarta batería, llamada la Plataforma de San Agustín, tenía tres cañones de ocho y seis libras; la quinta, llamada de la Concepción, tenía dos piezas de ocho libras, al igual que la de San Salvador. La Plataforma de Nuestra Señora de Guadalupe tenía dos cañones de doce libras y la de los Artilleros tenía dos piezas de seis libras. Tres cañones de ocho y seis libras estaban montados en la Plataforma de Santa Cruz. La última defensa era el fuerte de San José, donde tenían seis cañones de doce y ocho libras; dos órganos de diez fusiles cada uno y veinte fusiles sueltos, además de mucha pólvora, balas y explosivos.

Los bucaneros también encontraron un polvorín que contenía más de 30.000 libras de pólvora y otras municiones. Todos estos materiales bélicos los cargaron a bordo. Las baterías y el fuerte de San José fueron todos abandonados; clavaron los cañones y quemaron todas las plataformas. Solamente ocuparon y pusieron centinela en la fortaleza de Sta. Teresa y el fuerte de San Jerónimo.

Una vez que Morgan puso todo en orden, hizo interrogar a los prisioneros para saber si había algún condenado de Panamá o Puerto Bello entre ellos. Tres confesaron conocer muy bien la región. Morgan les persuadió a que le sirvieran de guías para ir con sus fuerzas a Panamá, prometiéndoles la libertad y transportación a Jamaica, además de su porción del botín. Esto fue muy del agrado de los condenados, quienes prometieron servirles fielmente. Uno de ellos, que era mestizo, mostró un entusiasmo desmedido, pues pensaba usar la ocasión para vengarse de la injusticia que creía había sido cometida por los españoles contra él. Es verdad que había habido injusticia en su caso, pues no le debían haber exilado, sino torturado y luego fusilado en castigo por todos los asesinatos, violaciones y robos que había cometido en su vida. Este criminal obligó a los otros dos, indios nacidos en territorio español que conocían bien la

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

región, a servir a los bucaneros bajo amenaza de muerte. Le dijo a Morgan que estos hombres eran la clave del éxito de su expedición, y que debían ser azotados si fuese necesario para hacerles obedecer.

Al haber encontrado precisamente lo que buscaban, Morgan y sus oficiales principales decidieron equipar cuatro barcos y un bote para atacar la fortaleza en la boca del río Chagre. No querían despertar las sospechas de los españoles con la presencia de su flota entera, para que Panamá no recibiera aviso de sus planes. Despacharon cuatrocientos hombres en la expedición para capturar el fuerte de Chagre.

Mientras tanto nosotros también dejaremos a Morgan y el resto de sus fuerzas en Sta. Catalina y acompañaremos a estos cuatro barcos para observar cómo se apoderaron de la fortaleza.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

CAPITULO IV

Toma del Fuerte San Lorenzo de Chagre.

El comandante de la expedición era Brodely, un hombre de mucha experiencia en la piratería por estas regiones. A los tres días de partir de Sta. Catalina, los cuatro barcos alcanzaron ver el Fuerte Chagre, dominando la boca del río desde una alta montaña. La cima está dividida por una fosa de unos treinta pies de profundidad, que solamente se puede cruzar en un lugar por donde hay un puente levadizo. La fortaleza está cercada por empalizadas reforzadas con tierra. Cuatro baluartes dominan el lado terrestre, y dos el costado marino. Al sur la montaña es tan inclinada que es imposible escalarla, y al norte queda el río. Una torre montada con ocho cañones defiende la entrada del río, y un poco más abajo hay dos baterías, cada una con seis cañones, que también defienden las orillas del río.

No muy lejos están los almacenes de municiones y provisiones en general. Al lado de estos almacenes, hay una escalera incrustrada en el costado de la loma, que conduce a la fortaleza. Hacia el poniente del fuerte existe un puerto para los barcos más pequeños que tiene tres, cuatro y hasta siete varas de profundidad en algunas partes. Frente a la fortaleza hay un buen ancladero de siete u ocho varas de profundidad, y en la boca del río un arrecife donde rompen las olas.

Al ver los barcos de los bucaneros, los españoles empeza-

ron a disparar su artillería pesada. Los piratas anclaron en una pequeña rada como a una legua de distancia, y desembarcaron a la mañana siguiente. Sus planes eran de marchar por el bosque, capturar la fortaleza y luego entrar sus barcos al puerto. Marcharon desde la madrugada hasta las dos de la tarde para llegar al fuerte, pues el camino por el bosque era muy dificultoso, lleno de lodo y cubierto de inmensas piedras. Tuvieron que abrir el camino, cortando los bejucos espesos que impedían el paso. Los esclavos que habían traído de Sta. Catalina fueron muy útiles para ayudarles a abrirse el paso.

Cuando por fin llegaron a la fortaleza, fueron bienvenidos inmediatamente por el intenso fuego de artillería de los españoles que los esperaban. Los piratas sufrieron mucho daño, pues al salir del bosque para acometer el fuerte quedaron totalmente expuestos al fuego enemigo. Los defensores podían verse claramente de pies a cabeza, mientras que los piratas no veían ni las cabezas de los españoles detrás de sus fortificaciones. Estaban muy preocupados y excitados, pues no sabían como enfocar el ataque. Sabían que sería una empresa muy difícil de llevar a cabo con éxito, pero no se atrevían a retirarse y perder su honra delante de sus compañeros. Decidieron acometer el fuerte, pasara lo que pasara.

Arremetieron valientemente con fusiles y granadas de mano, pero los españoles tenían tan buena ventaja con sus fortificaciones que los piratas les podían causar poco daño. Los españoles contestaron disparando furiosamente su artillería y sus fusiles, y gritándoles a los atacadores: «Vengan los demás, perros ingleses, enemigos de Dios y del Rey; vos no habéis de ir a Panamá». Por fin los bucaneros se vieron forzados a retirarse, por lo menos momentáneamente.

A la tarde atacaron de nuevo con la intención de lanzar sus granadas de mano y luego escalar las empalizadas, pero no tuvieron éxito en su intento. Uno de los bucaneros fue herido en el hombro por una flecha. Se la arrancó violentamente él

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

mismo, cogió un pedazo de algodón de su bolsa y poniéndolo en la punta de la flecha lo encendió. Una vez en llamas, puso la flecha en su fusil y la disparó. Cayó en el techo de cana de unas casas dentro de la fortaleza. Los otros bucaneros captaron la idea e imitaron su ejemplo. Por fin lograron incendiar los techos de dos o tres casas.

Los defensores aparentemente estaban tan ocupados que no se dieron cuenta hasta que el techado en llamas les cayó encima, incendiando un barril de pólvora y matando a varios españoles. Los defensores hicieron todo lo posible por apagar el fuego, pero no tenían suficiente agua para impedir que se extendiera, pues casi todos los edificios alrededor eran de madera seca. Además, la fuerte brisa que soplaba no les ayudaba en nada.

Mientras tanto, los bucaneros trataron de incendiar las empalizadas externas. Su intento tuvo éxito, aunque no sin la pérdida de muchos hombres, pues cuando los españoles se dieron cuenta de que sus enemigos estaban en el foso, empezaron a tirarles recipientes de pólvora con mechas encendidas. Estos explosivos causaron mucho daño a los invasores, pero a pesar de esto, los bucaneros llevaron su plan a cabo. Al anochecer todas las empalizadas estaban en llamas. Los piratas se acercaron agachados al fuego, matando a todos los españoles que vieron entre las llamas. Al amanecer, el fuego había consumido las empalizadas casi totalmente. Los terraplenes que soportaban empezaron a tambalear, la fosa a derrumbarse y la artillería que posaba sobre ellas también. Los bucaneros ahora podían concentrarse en la captura del fuerte mismo. El gobernador del fuerte mantuvo su guarnición bajo estricta disciplina, de manera que ninguno se atrevió a huir. Hizo colocar artillería en la brecha creada por el fuego para poder mantener la resistencia. Pero el ánimo de los defensores decayó rápidamente, sobre todo cuando perdieron la ventaja de las fortificaciones. Los piratas mantenían un fuego tan constante y exacto, que los

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

españoles que se movían no duraban lo que una cucaracha en un gallinero.

Durante todo este tiempo, el fuego causaba sus estragos. Una vez que la destrucción fue lo suficientemente extensa para sus fines, los piratas también ayudaron a extinguir el fuego, cargando tierra para este propósito. Mientras que un grupo estaba ocupado en esta tarea, el resto de ellos atacó a los españoles. Por fin, la mayoría de los defensores sucumbió, algunos por las llamas y otros por las balas de los piratas. Al mediodía los bucaneros entraron al fuerte a pesar del fuego que todavía humeaba y de la resistencia animada del gobernador y unos veinticinco soldados que permanecieron allí hasta el final. Los que ya no tenían fusiles ni municiones tiraban piedras o arremetían con lanzas, pero los bucaneros acometieron y se impusieron sobre ellos, al fin apoderándose del fuerte.

Los sobrevivientes españoles saltaron del muro, tirándose a la fosa sin intentar pedir gracia. Muchos murieron en el acto. El gobernador se retiró a una casa de guardia donde había dos piezas de artillería, determinado a resistir hasta el final. Él también se negó a pedir gracia, y los invasores no tuvieron otra alternativa que matarle.

Encontraron unos treinta españoles en el fuerte, de los que no había uno sano. Estas eran todas las fuerzas que quedaban de los 314 hombres que componían el destacamento del fuerte, y entre ellos no había un solo oficial. Les dijeron a los piratas que ocho o nueve de ellos habían huido a Panamá. También informaron que el Presidente * de Panamá había recibido aviso, hacía unas tres semanas, de que los ingleses equipaban una flota en la Española con el propósito de tomar a Panamá. Según ellos, la información la había ofrecido un irlandés que se escapó de Río de la Hacha cuando los bucaneros atacaron allí con el propósito de obtener provisiones para su flota. Por lo tanto, el

* O sea, Presidente de la Real Audiencia *(N. del T.)*

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Presidente de Panamá había despachado 164 soldados a reforzar la guarnición del Fuerte Chagre, con suficientes provisiones y municiones de guerra. El destacamento permanente era de 150, o sea, que en total el lugar estaba defendido por 314 hombres bien armados.

Además, los prisioneros informaron que el Presidente había colocado varias emboscadas a orillas del río, y que él nos esperaba (sic) en las sabanas de Panamá con unos 2,400 soldados blancos, 600 mestizos, 600 indios y unas 2,000 cabezas de ganado cimarrón.

Los piratas lograron tomar la fortaleza, pero no con la facilidad que habían conquistado la isla de Sta. Catalina. Contaron más de cien muertos y unos sesenta heridos entre sus bajas. Primero hicieron que los prisioneros lanzaran los cadáveres de sus compañeros por el precipicio a la playa y luego los obligaron a enterrar los cadáveres de los bucaneros. Los heridos fueron alojados con las mujeres presas en la iglesia. Una vez hecho todo esto, se dedicaron a reparar toda la destrucción causada por el fuego.

Morgan no permaneció mucho tiempo en Sta. Catalina después de la partida de los cuatro barcos. Hizo cargar todas las provisiones de boca, tales como maíz y casabe a sus barcos, para el abastecimiento de las tropas que pensaba dejar en el Fuerte Chagre. Su plan era arribar allí unos días después de la captura del fuerte y entonces seguir inmediatamente su marcha a Panamá, para darles poco tiempo a los españoles a preparar sus defensas.

Tan pronto como les fue posible, hizo echar toda la artillería y municiones del fuerte al agua, pero en un sitio donde sabía que las podría recuperar, pues todavía tenía la ilusión de regresar algún día a ocupar la isla como base para sus expediciones. Hizo incendiar todos los edificios, menos la fortaleza, a la que causaron muy poco daño.

Todos los prisioneros fueron llevados a bordo y entonces

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Morgan se dirigió con su flota al río Chagre. Llegaron ocho días después de la captura de la fortaleza. Al ver la bandera inglesa ondeando sobre el fuerte, Morgan se apresuró tanto para entrar al río, que hizo encallar su barco en un arrecife que hay en la boca del puerto. Otros tres barcos corrieron la misma suerte allí, pero sin pérdida de vidas. Además, tuvieron la buena fortuna de poder salvar gran parte de sus provisiones, y pudiesen haber rescatado los barcos también, de no haber sido por un fuerte viento alisio que los hizo trizas.

Entraron al fuerte y fueron informados del estado de las cosas. Morgan inmediatamente aceleró la reparación del fuerte e hizo construir nuevas empalizadas alrededor de los muros. En el río había varias de esas embarcaciones que los españoles llaman *chatas* y que se usan para transportar mercancías río arriba. Estas son movidas con largos palos como las barcazas holandesas, y a veces navegan hasta Puerto Bello y Nicaragua. Morgan hizo montar cada una con dos cañones y cuatro piezas de artillería portátiles de bronce. Además equiparon cuatro botes de remo y todas las canoas de la flota para hacer el viaje río arriba. Quinientos soldados fueron escogidos para permanecer en la fortaleza y 150 se quedaron en los barcos bucaneros anclados en la rada. El resto, unos 1,300 soldados, recibieron órdenes de proceder a Panamá. No llevaban provisiones de boca consigo en los botes, pues confiaban encontrar suficiente comida en los lugares donde el enemigo había colocado emboscadas.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

CAPITULO V

Morgan parte del Fuerte de Chagre, acompañado de mil doscientos hombres, con designio de tomar la ciudad de Panamá.

Morgan puso mucho cuidado en todos estos asuntos. Equipó bien la fortaleza y abasteció a su gente con todo tipo de materiales bélicos antes de partir del río Chagre y hacerse a la vela hacia Panamá el 18 de enero de 1670. Tenía cinco barcos armados con artillería, además de treinta y dos canoas bien tripuladas. Éste es el relato de lo que ocurrió de día a día, desde el momento en que salió de Chagre hasta su llegada a Ciudad Panamá.

Ese día navegaron río arriba una distancia de unas seis leguas, y a la tarde llegaron a un sitio llamado Río de Dos Brazos. Un grupo de hombres fue a tierra para vivaquear, pues los barcos estaban tan llenos que no podían dormir todos cómodamente a bordo. Los bucaneros habían pensado poder conseguir suficiente comida en las plantaciones, pero los españoles se habían llevado todo consigo, dejando sus casas totalmente vacías. Se acostaron a dormir con la esperanza de desquitarse al día siguiente de lo que sus estómagos habían sufrido ese día. Mientras tanto se tuvieron que contentar con fumarse una pipa de tabaco.

Al próximo día, siguieron viaje al amanecer, y a medio

día llegaron a un lugar llamado La Cruz de San Juan Gallego. Allí los bucaneros se vieron obligados a abandonar sus cinco barcos, porque el río se había secado al no llover en mucho tiempo y varios troncos obstruían el paso de los barcos más grandes.

Dos o tres leguas más adelante, según el informe de los guías, una parte de la expedición podría seguir por tierra y el resto navegar en canoa. En caso de que el enemigo ofreciera resistencia y les obligara a retirarse, unos bucaneros se quedaron a bordo de los barcos para que pudieran ser usados como refugio, y si se hiciera necesario pudieran cubrir el retiro con su artillería. Ciento sesenta hombres se quedaron a bordo bajo órdenes estrictas de no desembarcar. Esto lo hicieron para no dejar que el enemigo hiciera prisioneros y de esa manera descubriera el poderío verdadero de las fuerzas bucaneras.

Al día siguiente (el tercero), una escuadra de piratas fue despachada con un guía para descubrir un camino por tierra. Fueron advertidos del peligro de las emboscadas, pues el bosque era denso y casi impenetrable. Lo único que encontraron fue pantano y no pudieron avanzar. Entonces Morgan tuvo que despachar una parte de sus fuerzas en canoa a un lugar llamado Cedro Bueno. En la tarde, las canoas regresaron y llevaron el resto de los hombres a bordo. Para este tiempo los bucaneros estaban sumamente débiles de tanta hambre que padecían. En su desesperación nada deseaban más que un encuentro con el enemigo para tener la ocasión de obtener alguna comida.

Al cuarto día, la mayor parte de los bucaneros marchó al interior para atravesar el Istmo con uno de los guías. El resto navegó río arriba con otro de ellos. Dos canoas iban a una distancia delante de las demás para impedir las emboscadas españolas. El enemigo también tenía sus guías de avanzada que observaban cada paso de los piratas. Pudieron llegar antes que los invasores y advertir a los defensores con suficiente tiempo para que los bucaneros no los tomaran por sorpresa.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Al mediodía los piratas llegaron a un lugar llamado Torno Caballos. Las dos canoas de avanzada les habían avisado que allí encontrarían una emboscada española. Los bucaneros inmediatamente se prepararon para la batalla con tanto entusiasmo y alegría como si los hubiesen invitado a unas bodas. La comida y bebida estaban muy escasas en su compañía, y confiaban encontrarlas en abundancia en Torno Caballos. Estaban dispuestos a pisotearse unos a los otros, pues todos querían estar a la vanguardia del ataque. Pero los españoles habían huido, dejando el lugar de la emboscada desierto, salvo unas 150 bolsas de cuero que anteriormente habían contenido pan y carne. Sólo quedaban unas migajas que no serían de ningún alivio entre tanta gente.

En su búsqueda, destruyeron las chozas construidas por los españoles, pero al no encontrar comida alguna, los bucaneros se comieron el cuero de las bolsas con tanto gusto como si fuese carne; y para ellos, en su imaginación, era mejor que la carne más tierna. Muchos se peleaban por un trozo, y el que había empezado con una bolsa entera tenía suerte si lograba comerse un pedacito.

Estimaron que unos 500 soldados se habían retirado de esa emboscada. Después de haber descansado un poco y haber apaciguado en algo su hambre, continuaron la marcha y al atardecer llegaron a Torno Maní. Éste había sido el lugar de otra emboscada, pero también lo hallaron abandonado. Esto les desilusionó en vez de servirles de alivio, pues ansiaban tanto tener un encuentro violento con los españoles, en espera de conseguir alguna comida.

Habiendo pasado estas dos emboscadas sin hallar provisiones, se dispersaron por el bosque en busca de comida, pero todo fue en vano. Los españoles no habían dejado nada. Los que habían guardado un pedazo de cuero de la primera emboscada, lo comieron de cena, acompañado con un poco de agua. El lector curioso que jamás se ha alejado de la cocina casera

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

pensará que el cuero no es comestible, y querrá saber como lo comían los piratas. Machacaban el cuero entre dos piedras al borde del agua, mojándolo mucho y raspando el pelo tan pronto se ablandaba. Luego lo asaban sobre rescoldo ardiente y lo cortaban en trozos pequeños que tragaban sin masticar.

Al amanecer del quinto día, los bucaneros continuaron su marcha. Al mediodía llegaron a Barbacoa, pero la emboscada de este lugar también había sido abandonada. Buscaron por todas las plantaciones aledañas, pero los españoles habían dejado todo limpio.

Por fin, luego de buscar por todos sitios, hallaron un hoyo recién excavado, y en él había dos sacos de harina, dos botellones de vino y algunos plátanos.

Morgan hizo repartir esta comida entre los bucaneros que estaban más débiles a causa del hambre. Después de comer, pudieron marchar de nuevo; pusieron a los que todavía estaban demasiado débiles para avanzar mucho en las canoas, mientras que los que hasta la fecha habían viajado en canoa cogieron su turno caminando. Marcharon todo el día hasta el anochecer; vivaquearon esa noche en una plantación, donde no encontraron nada que comer porque los españoles se habían llevado todo consigo.

Al sexto día, después de pasar la noche sin poder dormir a causa del hambre, tomaron el camino de nuevo, una parte a pie y la otra en canoa. Frecuentemente tuvieron que parar a descansar, y entonces todos se dedicaron a buscar comida en el bosque aledaño. Algunos trataron de comer hojas y bayas de las plantas; otros masticaron las semillas de la hierba en su desesperación. Al mediodía dieron con una plantación donde había un granero lleno de maíz. Al instante destruyeron el granero y cada uno cogió todo el maíz que pudo agarrar en sus manos y lo devoró crudo allí mismo.

Repartieron lo que quedaba del maíz y continuaron su marcha. Como a una legua cayeron en una emboscada india y, cre-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

yendo haber encontrado provisiones junto con el enemigo, dejaron caer el poco maíz que llevaban y corrieron al sitio donde habían alcanzado ver los indios.

No encontraron ni los indios ni las provisiones, pero vieron unos cien guerreros en la otra orilla del río que huían a toda prisa. Algunos bucaneros saltaron al agua y nadaron al otro lado, resolviendo comerse a los indios si al matarlos encontraban que no llevaban provisiones consigo. Pero los indios, que ya habían logrado penetrar en el bosque, se burlaron de ellos. Lograron matar dos o tres de sus perseguidores y gritaban mientras disparaban «ha, perros, a la sabana, a la sabana».

Al atardecer, los bucaneros no pudieron seguir la marcha, pues primero tenían que cruzar el río. Empezaron a refunfuñar entre sí mismos. Algunos querían regresar a la costa, pero fueron silenciados por los más valientes. Todos hicieron de tripas corazón, pues uno de los guías afirmó que estaban cerca de una aldea que les brindaría resistencia y donde seguramente encontrarían almacenes llenos de provisiones.

A la mañana del séptimo día, los bucaneros limpiaron sus armas y dispararon sus fusiles para asegurarse de que todavía funcionaban. Entonces, saliendo de Santa Cruz, donde habían pasado la noche, cruzaron el río en canoas. Cuando todos estaban en fila del otro lado del río, siguieron su marcha. Estaban todos deseosos de pelear, pues como ya he dicho, esa era su única esperanza de hallar comida.

Al mediodía llegaron a la aldea que los españoles llaman Cruz y vieron inmensas columnas de humo que subían de la población. Inmediatamente se alegraron y empezaron a bromear diciendo que los españoles habían preparado las fogatas en espera de su llegada.

Pero al entrar al pueblo, vieron que si era verdad que ardían varios fuegos, no había ni carne ni bebida para los bucaneros. Los españoles habían incendiado todos los edificios, menos los almacenes y establos reales. Habían espantado todos

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

los animales, y las únicas criaturas que encontraron los bucaneros fueron unos pocos perros realengos. Estos los mataron y se los comieron inmediatamente.

En los almacenes reales hallaron quince o dieciséis botellones de vino peruano y un saco de pan. Empezaron a beber el vino tan pronto como lo encontraron, pero después de toda la porquería que habían comido en la marcha, hojas de árboles y otras cosas difíciles de digerir, el vino los enfermó del estómago.

Sin comprender por qué, pensaron que los españoles habían envenenado el vino.

Esa noche no podían continuar su marcha, y pasaron la noche en las ruinas carbonizadas de Cruz. Esta aldea está situada en los 9°20' latitud septentrional, a dieciséis leguas del río Chagre y ocho de Panamá. Hay grandes almacenes en Cruz, porque este es el punto navegable más alto río arriba, y allí almacenan las mercancías para luego llevarlas en recuas de mulos a Panamá.

Morgan también tuvo que dejar sus canoas allí. De ahí en adelante todos los bucaneros tenían que caminar. Morgan decidió despachar las canoas de regreso al lugar donde estaban anclados los barcos. Solamente se quedó con una que escondió por allí cerca, para poder enviar un mensaje en caso de emergencia.

Había visto varios indios y españoles en las plantaciones de las cercanías de Cruz, por lo que Morgan dio órdenes de que no salieran de la aldea en grupos de menos de 100 hombres. No obstante esta advertencia, muchos bucaneros desesperados por el hambre desobedecieron las órdenes y salieron en pequeñas bandas a las plantaciones aledañas en busca de comida. Los indios y españoles los acechaban y atacaron a uno de estos grupos, logrando capturar a uno de los piratas. Los otros pudieron escaparse y contarle lo ocurrido a Morgan. Éste mantuvo secreta las noticias para no desinflar los ánimos de

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

los demás bucaneros. Mantenían una guardia alerta toda la noche por si acaso los españoles intentaban atacar por sorpresa.

Al octavo día, Morgan y sus fuerzas siguieron la marcha hacia la ciudad de Panamá. Los 200 bucaneros que estaban mejor armados marcharon a la vanguardia, por si acaso el enemigo había colocado emboscadas. El estrecho camino era a través de terreno muy dificultoso e ideal para este tipo de guerra. No podían marchar más de doce hombres uno al lado del otro por el camino, y en muchos lugares aún menos. Después de diez horas de marcha, los bucaneros llegaron a un lugar llamado Quebrada Oscura, donde recibieron una andanada de tres o cuatro mil flechas de sorpresa. La vanguardia no había visto ni sentido al enemigo. Marchaban cuesta arriba de una montaña, donde habían tumbado y abierto un camino lo suficientemente ancho para que un mulo pudiera pasar. Los bucaneros estaban aterrorizados, pues el enemigo era casi invisible y las flechas caían como un aguacero tropical. Disparaban a lo loco hacia el bosque, y luego empezaron a apuntar contra los indios que corrían cuesta arriba para esperar la columna un poco más adelante y allí atacar de nuevo.

Un grupo de indios mantuvo su terreno y luchó hasta que su jefe fue herido. El jefe herido trató de levantarse y enterrarle su lanza a un bucanero, pero fue muerto antes de poder hacerlo, cayendo encima de tres o cuatro cadáveres indios. Los bucaneros trataron de apresar algunas personas, pero no tuvieron éxito, pues los indios eran mejores corredores. En esta batalla murieron ocho piratas y otros diez fueron heridos; pero ni uno solo hubiese sobrevivido si los españoles hubiesen actuado con más coraje. Disparaban sus flechas bajo la protección del bosque (porque no se atrevían a salir), y las ramas y hojas de los árboles impedían frecuentemente que éstas dieran en su blanco.

Poco después, los bucaneros llegaron a una sabana abierta,

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

de donde tenían una magnífica visibilidad de todos los alrededores. Vieron varios indios sobre una loma cerca del camino que debían tomar. Mientras atendían a los heridos, cincuenta de sus mejores corredores fueron despachados a perseguir a estos indios para ver si lograban capturar por lo menos uno, pero fue todo en vano.

Cuando los bucaneros habían avanzado un buen trecho, de nuevo alcanzaron ver a los indios, quienes gritaban, «¡A la sabana, a la sabana, cornudos perros ingleses!»

Estaban en una colina y los bucaneros en otra con una llanura entre los dos bandos, donde probablemente los indios habían colocado otra emboscada. Por lo tanto Morgan despachó unos 200 hombres adelante, y esperó con los otros en la loma donde estaban atrincherados. Al acercarse los bucaneros, los indios y españoles también bajaron hacia la llanura, como si fuesen a enfrentárseles, pero se desaparecieron de la vista y se deslizaron por el bosque, dejando que los bucaneros avanzaran sin molestia.

Esa noche empezó a llover y para mantener sus armas y pólvora secas, los bucaneros abandonaron la carretera y buscaron abrigo en el bosque. Con la esperanza de forzarles a retirarse por el hambre, los indios habían quemado todas las viviendas a lo largo del camino y espantado todo el ganado. Aún así los piratas lograron descubrir unas chozas en bastante buen estado, y aunque no encontraron nada que comer, el abrigo los animó un poco.

En las chozas no había sitio para todo el mundo, pero unos cuantos de cada grupo tomaron abrigo con las armas de todos los compañeros. Las colocaron todas de tal manera que en caso de emergencia cada uno pudiera agarrar la suya fácilmente. Los otros se acostumbraron a la intemperie, pero no pudieron dormir mucho, pues llovió torrencialmente toda la noche.

Al día siguiente (el noveno), Morgan empezó su marcha

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

con el fresco de la madrugada, pues sabía lo dificultoso que sería el camino al no tener ninguna protección de los deslumbrantes rayos del sol. A la hora o dos, vieron unos veinte españoles a una distancia que observaban los movimientos de los invasores. De nuevo les falló a los españoles un intento por hacer prisioneros, pues los piratas eran tan astutos y conocían el bosque tan bien, que frecuentemente estaban detrás cuando los españoles los pensaban delante, y siempre se mantuvieron fuera de alcance del enemigo.

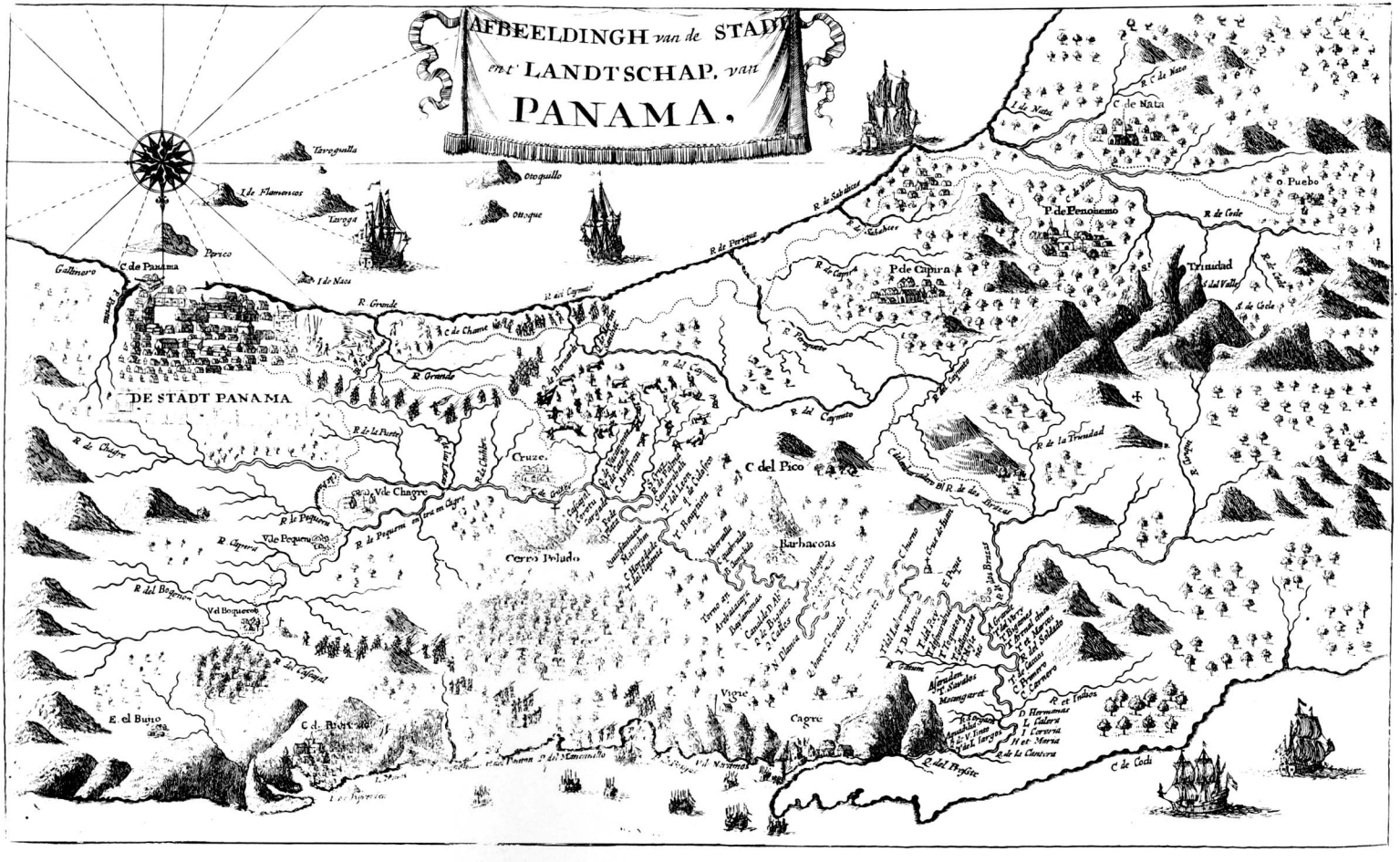
Por fin, los bucaneros llegaron a una montaña, de donde alcanzaron ver el mar del Sur; allí vieron un galeón y cinco o seis embarcaciones costeras que navegaban de Ciudad Panamá a las islas de Tobago y Tobagilla. Todos se animaron instantáneamente. Se sintieron aún mejor cuando al bajar de la montaña descubrieron una sabana llena de ganado.

Inmediatamente rompieron fila y mataron todos los animales a su alcance. Todos estaban ocupados: algunos cazaban mientras otros preparaban las fogatas para asar la carne. Un grupo de bucaneros trajo un toro, el otro una vaca y un tercer grupo trajo un caballo o un mulo. Cortaban la carne en trozos y los tiraban al fuego a cocinar, todavía chorreándole la sangre. La carne casi no había tenido tiempo para calentarse cuando ellos la tomaban y empezaban a masticarla, la sangre chorreándoles por las mejillas.

En medio de este banquete, Morgan sonó la alarma de batalla. Cada hombre corrió a su puesto sin dejar caer su trozo de carne asada. Al poco tiempo estaban todos en buen orden para marchar, y despacharon un grupo de cincuenta hombres para tratar de apresar algunos españoles, pues Morgan ya empezaba a preocuparse por su falta de inteligencia acerca del poderío de los españoles. Al atardecer, esta patrulla de avanzada alcanzó ver a unos doscientos soldados enemigos. Estos les gritaron, pero no pudieron entender sus palabras, y luego los perdieron de vista.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Mapa de Panamá, proveniente de la primera edición holandesa, Amsterdam, 1678.

Un poco más allá, los bucaneros alcanzaron ver las torres y los techos de Ciudad de Panamá. Dieron tres gritos y lanzaron sus gorras al aire de la alegría que les sobrevino, como si ya hubiesen ganado la batalla. Decidieron pasar la noche en ese lugar para bajar a Panamá de madrugada. Acamparon allí en la sabana y pasaron la noche tocando tambores y trompetas y moviendo sus banderas como si estuvieran en una fiesta.

Mientras que los bucaneros celebraban su victoria, cincuenta hombres a caballo llegaron con un trompetista propio, y pararon justo fuera de su alcance. El trompetista sonó brillantemente su instrumento, y los caballeros gritaron: «Mañana, mañana nos veremos». Entonces todos menos siete u ocho se fueron. Los que se quedaron se dieron a la tarea de vigilar los movimientos de los bucaneros; estos siguieron sus actividades sin alterarse, recogiendo suficiente heno para hacer almiares por la noche.

Los doscientos soldados a los que habían visto anteriormente ese mismo día se colocaron detrás de los bucaneros para impedir su retiro. Pero nadie se preocupó. Cenaron de la carne que les sobró al mediodía y se acostaron a descansar. Todos sabían lo que debían hacer en caso de ser atacados por los españoles. Alrededor del ejército, si este grupo merece tal nombre, pusieron centinelas en los sitios claves. Los españoles mantuvieron el fuego de su artillería pesada durante toda la noche.

Al amanecer del décimo día, los bucaneros se prepararon para el ataque. Morgan les hizo ponerse en orden de batalla, y empezaron a marchar con música y banderas. Los guías habían advertido a Morgan que debía tomar otro camino que no fuera el principal, pues los españoles seguramente habían colocado emboscadas. Antes de llegar al sitio de emboscada giraron a la derecha, abandonando el camino principal y siguiendo un trillo a través del bosque. La marcha era dificultosa, pero los piratas estaban tan habituados a las incomodidades que no les moles-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

taba. Como habían previsto los guías, los españoles aguardaban a lo largo de la carretera principal y al ver que los bucaneros se desviaban, se vieron obligados a dar la vuelta para tratar de alcanzarles.

El general español ordenó a su ejército en formación de batalla y empezó su marcha hacia los bucaneros. Las fuerzas españolas las componían dos escuadrones de caballería y cuatro batallones de mosqueteros, además de dos manadas de reses cimarrones y una turba de indios, negros y mestizos. Los bucaneros esperaban en una cuesta, de donde tenían buena visibilidad del enemigo. Las fuerzas españolas eran tanto más numerosas que las piratas que estas últimas sabían que tendrían mucha suerte si podían salvar su propio pellejo, pues el retiro no les sería fácil. Decidieron acometer al enemigo y pelear hasta lo último, pues sabían bien que los españoles no les darían cuartel bajo ninguna circunstancia.

Una vez dadas las órdenes, los bucaneros se dividieron en tres batallones y despacharon 200 hombres a hostigar al enemigo en su marcha. Estos eran bucaneros franceses armados con los mejores mosquetes, y todos con muy buena puntería. Estos fueron delante y el resto les siguió. Los bucaneros bajaron de la loma a la sabana, donde les esperaban los españoles.

Una vez que la mayor parte de los bucaneros había bajado a la sabana, los españoles dieron el grito de «¡Viva el Rey!», y despacharon su caballería al ataque. Pero los caballos encontraron mucha dificultad en cruzar el pantano. Mientras que los españoles avanzaban, los 200 mosqueteros de la primera fila se aprestaron. Cada uno se ahincó en una rodilla para coger mejor puntería y disparar sus fusiles por turnos; uno de ellos siempre estaba recargando mientras su vecino disparaba, para que el fuego nunca cesara.

Los españoles les contestaron con su propio fuego, haciendo todo lo posible por penetrar las filas de los bucaneros. Mientras tanto, la infantería española vino a dar apoyo a su caballería,

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

pero fue encontrada por los otros bucaneros, y la batalla se intensificó. Los españoles habían pensado echarles el ganado cimarrón por detrás a los bucaneros para desbaratar sus filas, pero esto no tuvo éxito porque una parte de los bucaneros dio la vuelta y disparó sus fusiles hacia los animales salvajes. Estos giraron y corrieron contra los ganaderos.

A las dos horas de lucha intensa, la caballería española estaba totalmente diezmada; la mayoría estaba muerta o herida y el resto había huido. Los infantes, al ver la poca eficacia de su caballería contra los bucaneros y sin esperanza de poder ganar por sí solos, dispararon por última vez sus fusiles, los dejaron caer, y se hicieron a la fuga.

Cansados y con mucha hambre, los bucaneros no tuvieron suficiente fuerza para perseguirlos. Unos cuantos españoles que no habían podido huir y se habían escondido entre los arbustos a orillas de un arroyo, fueron fusilados por los bucaneros al instante. Los monjes capturados se presentaron ante Morgan, pero éste les negó una audiencia y los hizo fusilar igualmente. Entonces Morgan hizo interrogar a un capitán de caballería herido en la batalla, y este oficial les dio la información que necesitaban.

El ejército enemigo lo componían 400 hombres a caballo, veinte y cuatro compañías de infantería, cada una de 100 hombres, 600 indios y un número de negros y mestizos que habían dirigido las 2.000 reses en su intento por romper la formación de los bucaneros. El capitán les dijo además que en varios lugares de la ciudad había colocado artillería detrás de sacos de arena, para hacer un último desesperado esfuerzo de resistencia. Para dificultarles el paso por la carretera que los bucaneros tenían que tomar, habían colocado un reducto con ocho cañones de bronce y cincuenta soldados. Al saber esto, Morgan dio órdenes de cambiar de ruta.

Sus tropas se reunieron al oír el sonido de los tambores, y entonces informaron sobre el número de sus bajas. Estas resultaron ser relativamente pocas: solo unos cuantos heridos. Los

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

españoles huyeron, dejando sus muertos y heridos en el campo de batalla. Por lo menos 600 cadáveres de españoles cubrían la sabana, además de todos los heridos que lograron llegar al bosque. Al saber los resultados de esta primera batalla, los bucaneros se animaron mucho. Descansaron un poco y luego se alistaron para el ataque a la ciudad, jurando combatir uno al lado del otro hasta la victoria o la muerte de todos.

Con esta resolución, empezaron su marcha a la ciudad, llevando todos los prisioneros consigo. El estado de las fortificaciones en la ciudad les asombró considerablemente. Habían colocado parapetos de sacos de arena en todas las calles principales, cada uno defendido por una batería de artillería. Los bucaneros acometieron, pero la artillería cargada con metralla les causó mucho más daño que el fuego de fusiles de los españoles en la sabana, y la batalla fue muy dura.

Mas los bucaneros mataron todo lo que encontraron en su camino y en dos horas se apoderaron de la ciudad. A pesar de que los españoles habían escondido sus posesiones fuera de la ciudad, encontraron muchos almacenes llenos de ricas mercaderías, especialmente sedas, lienzos y otras cosas por el estilo.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

CAPITULO VI

Morgan decide atacar a Puerto Bello, arma su flota y captura la ciudad con pocos hombres.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Una vez que habían tomado posesión completa de la Ciudad de Panamá, Morgan despachó veinte y cinco bucaneros en una barca que se había encallado en el puerto durante la marea baja, pues allí tienen marea alta y marea baja tal como en el Canal de la Mancha. El puerto es tan profundo durante la marea alta que un galeón fácilmente puede entrar, pero en marea baja hay una milla de terreno pantanoso entre la ciudad y el mar.

Al mediodía Morgan hizo incendiar secretamente casas en varias partes de la ciudad, al mismo tiempo propagando el rumor de que los españoles habían sido los culpables del fuego. Para el atardecer, la mayor parte de la ciudad ardía. Algunos intentaron controlar el fuego haciendo volar algunas casas; pero fue todo en vano, pues era tan intenso que una vez que las llamas llegaban a una calle, en media hora ardía toda de un extremo a otro, y al poco rato solamente quedaban las cenizas.

La mayoría de las casas, incluyendo las más lujosas, estaban fabricadas de madera, casi todas de cedro. Muchas contenían magníficas obras de arte que los españoles no pudieron esconder. Había siete monasterios y un convento, además de un hospital, la catedral y una iglesia parroquial; todos estos edificios

estaban suntuosamente decorados con ricos lienzos y esculturas, pero los monjes habían escondido toda la platería.

Había unas 2.000 casas en la ciudad que pertenecían a prósperos comerciantes y unas 3.000 viviendas ordinarias, además de establos para las recuas de mulos que transportaban la plata a la costa norte. En las afueras tenían huertos y jardines que estaban llenos de árboles frutales y legumbres. Allí los genoveses tenían un edificio enorme que usaban como depósito para la trata de esclavos negros, pero éste se quemó con los demás.

Al día siguiente, la ciudad entera quedó reducida a cenizas, e igualmente unos doscientos almacenes y los establos para los mulos, que estaban situados bastante lejos del centro. Todos los animales se quemaron y también murieron muchos esclavos que se escondieron en las casas y no tuvieron tiempo para escapar. Grandes pilas de sacos de harina dentro de los almacenes todavía humeaban al mes de este incendio.

Esa noche los bucaneros acamparon alrededor de la ciudad por si acaso los españoles regresaban, pues estaban asombrados al saber que habían tantos habitantes en la región. Al día siguiente, todos los heridos fueron acomodados en la iglesia de un monasterio que no se había quemado, y que por esa razón la hicieron su cuartel. Morgan hizo fortificar esta iglesia, trayendo toda la artillería capturada para montarla allí. De nuevo el capitán reunió todas las tropas para determinar el número de sus bajas. Unos veinte hombres habían muerto en la toma de la ciudad, y había otros tantos heridos.

Ese mismo día Morgan despachó un destacamento de 150 hombres para llevar la noticia de su victoria al Fuerte Chagre. El grueso de las fuerzas bucaneras escoltó este destacamento fuera de la ciudad. Varios grupos de españoles los observaban fuera de su alcance, pero huyeron rápidamente al ver que los bucaneros se acercaban.

Al mediodía, Morgan y sus tropas de nuevo entraron a la ciudad y se alojaron donde pudieron. Un grupo de bucaneros

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

se dedicó a buscar entre las ruinas de las casas incendiadas y encontró muchos objetos y monedas de plata que los españoles habían escondido en sus cisternas.

Al día siguiente salieron otros dos grupos, de 150 hombres cada uno, para arrasar el campo en busca de los escondites de los ciudadanos. A los dos días regresaron con unos 200 prisioneros entre hombres y mujeres incluyendo a los esclavos. Ese mismo día regresó el bote que Morgan había despachado con tres barcos capturados, pero había dejado escapar la mejor presa, un galeón cargado de toda la plata del Rey de España, junto con todas las joyas y el tesoro de los principales mercaderes de Panamá. También había monjas a bordo que llevaban los ornamentos, la plata y el oro de sus iglesias. Este barco estaba armado con sólo siete piezas de artillería y una docena de fusiles. Ni siquiera estaba completamente aparejado, las velas no estaban izadas, y además les hacía falta agua.

Los piratas se enteraron de todos estos detalles al capturar un bote despachado a la costa por este galeón en busca de agua. De acuerdo a la información de estos hombres, el barco no podía zarpar sin hacer aguada. Pero el capitán pirata había preferido pasar el tiempo bebiendo y jugando con las prisioneras españolas a perseguir el barco de plata.

Al día siguiente, hizo equipar la barca y se preparó para dar caza al galeón, pero ya era demasiado tarde y no tuvo éxito. Este se había hecho a la vela al enterarse de que los piratas estaban cerca y habían capturado el bote del galeón. Dándose cuenta de que el barco español estaba fuera de su alcance, los bucaneros en la barca apresaron varios botes de cabotaje cargados de mercancías que encontraron cerca de las islas de Tobago y Tobagilla, y luego regresaron a Panamá. A su llegada le contaron a Morgan lo que había sucedido.

Al ser interrogados, los cautivos de la chalupa del barco dijeron que sabían adónde se dirigía el galeón, pero que les parecía que los refuerzos ya estarían a bordo. Morgan entonces

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

hizo equipar todas las embarcaciones que había en el puerto de Panamá para dar caza al galeón. De nuevo los bucaneros se hicieron a la vela, esta vez en cuatro botes con 120 hombres a bordo. Estuvieron en alta mar ocho días, pero en vano, pues el barco se les escapó.

Como no tenían esperanza de darle alcance, decidieron regresar a Tobago y Tobagilla. Allí encontraron un barco procedente de Payta, cargado de jabón, telas, galletas y azúcar, además de unos 20.000 reales de a ocho. Este barco lo llevaron de regreso a Panamá, junto con las mercancías y prisioneros que habían robado en las islas.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Los bucaneros despachados por Morgan al Fuerte de Chagre habían equipado dos barcos para navegar cerca de la costa en el estuario del río; allí habían visto un buque español al que inmediatamente persiguieron. Al ver la bandera española ondeando sobre el fuerte (que los piratas habían izado) el barco en su desesperación buscó abrigo en la boca del río. De la sartén al fuego, pues una vez allí, los españoles se dieron cuenta de que estaban a la merced de la artillería del enemigo. La mayor parte de la carga capturada era comida, lo que naturalmente alegró mucho a los piratas, pues el destacamento empezaba a carecer de suficientes provisiones.

Las buenas noticias animaron a Morgan a quedarse más tiempo en Panamá para saquear toda la provincia sistemáticamente. Mientras que unos bucaneros merodeaban por la costa, otros saqueaban el campo. Un grupo de 200 bucaneros salía cada día, y tan pronto como una expedición regresaba, la próxima salía. Estas expediciones regresaban con cantidades considerables de botín y muchos prisioneros, que de día a día sufrían las más dolorosas torturas por no delatar el escondite de sus tesoros.

Uno de los cautivos era un pobre lisiado a quien habían descubierto cerca de la ciudad en la residencia de un caballero. Este pobre hombre vestía una buena camisa y unos pantalones

de seda que había encontrado en la casa ajena. Los pantalones tenían una llave de plata en un bolsillo y los bucaneros le preguntaron adónde estaba el cofre que correspondía a esa llave. Él les explicó que no sabía nada de cofres y que sencillamente había encontrado la llave en la casa.

Era obvio que ésta era toda la información que iba a ofrecer voluntariamente y por tanto los piratas le colgaron por los brazos hasta que se los dislocaron. Luego le amarraron una cuerda tan apretada en la frente, que los ojos se le salían como si fueran huevos. Al obstinarse a no confesar dónde estaba el cofre, le colgaron por los testículos y mientras uno le azotaba, el otro le cortaba la nariz, otros le cortaban las orejas y le quemaban la cara con fuego, y cometían otras atrocidades. Por fin, cuando el pobre ya no podía hablar y los piratas no podían imaginarse nuevas torturas, dejaron que un esclavo negro le atravesara con una lanza.

Cometieron muchas otras crueldades parecidas. No perdonaban ni siquiera a los religiosos, a menos que tuvieran esperanzas de extraerle algún dinero. Tampoco trataron mejor a las mujeres, excepto aquellas que se entregaron completamente a sus deseos. Los piratas tenían una manera de obligar a las mujeres que se negaban a entregarse. Les permitían salir de la iglesia, que era su cárcel, para darles la oportunidad de ir a bañarse. Pero una vez que una de ellas caía en sus manos, abusaban de ella, la azotaban, la hacían pasar hambre o de otra manera similar la torturaban. Morgan, siendo su general, debía haber dado un mejor ejemplo, pero era aún peor que los demás. Tan pronto como traían una prisionera atractiva, él inmediatamente hacía todo por deshonrarla. Permítanme, mientras hablo de estas cosas, contar la historia de una mujer tan pura que su nombre merece la gloria eterna.

Al regreso de su expedición marítima, los bucaneros trajeron consigo unos prisioneros que habían cogido en las islas de Tobago y Tobagilla; entre los demás estaba la bellísima mujer

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

de un mercader muy rico. No diré otra cosa sobre su belleza, sino que en toda Europa no hay otra mujer que se le aventaje. Su marido estaba de viaje en el Perú, como es habitual entre los hombres de negocios de esta región. Al llegar los bucaneros, esta mujer había cogido los objetos valiosos de su casa y se había escondido en el bosque con sus amigos.

Tan pronto Morgan la vio, dio órdenes de separarla de sus amigos y dejarla sola en una habitación con una esclava, a pesar de que la dama lloró y rogó que la dejasen en compañía de las personas que conocía. Morgan le hizo llevar de todo lo que pudiese necesitar, y a la hora de comer, le enviaba comida de su propia mesa, aunque le había dado una esclava para que le cocinara.

Al comienzo la mujer atribuía toda esta galantería a la bondad de Morgan, y estaba muy sorprendida, pensando que los bucaneros no podían ser tan malos como ella y otras mujeres españolas habían creído. Cuando el ejército español se preparaba para salir al encuentro de los piratas, algunas de las esposas les pidieron a los soldados que les trajeran algún recuerdo de los *ladrones*. Otras que eran más curiosas, habían querido observar la batalla desde una distancia segura. Pero los maridos se negaron, alegando que las mujeres estarían horrorizadas, no por la sangrienta batalla, sino por la monstruosidad misma de los bucaneros. Estos piratas, habían alegado, no son como nosotros, son más bien bestias salvajes; y les prometieron traerles unas cuantas cabezas de bucaneros para probarles la verdad de sus palabras.

Por lo tanto, al ver a los bucaneros por primera vez, muchas mujeres gritaron sorprendidas, diciendo: «¡Jesús, si los ladrones son como los españoles!». La esposa del mercader, engañada por la gentileza fingida de Morgan, había exclamado, «¡Los ladrones son tan corteses como los españoles!».

Todos los días Morgan se paseaba por la iglesia donde estaban encerrados los prisioneros, y se paraba a mirar por la ven-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

tana de la habitación donde esta mujer dormía sola. Él la saludaba, y a veces hasta conversaba con ella, pues hablaba muy bien el español. Además, empezó a permitir que sus amigas la visitaran. Permitió esto durante tres días, al cabo de los que le envió un mensaje en el que le pedía que se entregara y consintiera su propia deshonra; luego le hizo la misma petición en persona, regalándole al mismo tiempo varias joyas valiosas.

Esta dama, que era tan casta como bella, le dio las gracias y le reconoció que estaba en su poder, pero que desde el comienzo ella se había dado cuenta de su admirable cortesía para con ella y que confiaba en que estos sentimientos no disminuirían. Además, le expresó que le era muy difícil pensar que él tenía intenciones violentas, pues no se veía bien que una persona que era tan poderosa como él, hiciera uso de su fuerza para someter a una persona que estaba a su merced.

Pero estas palabras castas no calmaron la lujuria ardiente de Morgan. Él le hizo la corte con tanta o más insistencia, prometiéndole recompensar todo el valor de lo que había perdido con joyas. Ella, por su parte, hizo uso de todo su arte expresivo para convencer a Morgan que la dejara tranquila. Fue tan persistente, que por fin le declaró que tendría que matarla para hacer de su voluntad con su cuerpo, pues ella jamás se entregaría en vida. Después de haberle dicho esto, se calló y no volvió a hablarle jamás.

El rechazo de esta mujer enfureció a Morgan de tal manera, que finalmente la hizo encerrar sola en una habitación, y le prohibió toda visita. Le quitaron la ropa y le dieron tan poca comida que casi se moría de hambre. Pero esto tampoco le hizo quebrar su voto. Todos los días rezaba, rogándole a Dios que le concediera la fuerza para poder resistir los ataques violentos de Morgan.

Morgan hizo torturar a la dama de esta vil manera, bajo el pretexto de que ella había estado en comunicación con los españoles y había despachado a un esclavo con varias cartas. Yo

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

nunca hubiese creído que una mujer pudiese ser tan casta y fiel, de no haberla visto y conocido personalmente. Le ayudé en lo que pude, llevándole comida varias veces, aunque esto era muy peligroso. Más adelante hablaré de nuevo sobre esta mujer, relatando como la fortuna la engañó, no solamente cuando estaba entre enemigos, sino entre sus amigos también.

A las tres semanas de estar en Panamá, tres semanas de saqueo intenso por mar y por tierra, Morgan empezó a prepararse para partir. Cada compañía fue asignada la tarea de procurarse un determinado número de mulos para llevar el botín al río, a unas ocho leguas de la ciudad. Mientras tanto, unos cien bucaneros acordaron entre sí abandonar a Morgan, hacerse a la vela en el barco que estaba anclado en el puerto e ir a merodear en el mar del Sur. Tenían la intención de capturar un barco grande, llenarlo de botín y regresar a Europa por la vía de las Indias Orientales.

Con este plan en mente, habían estibado en un escondite todo tipo de provisiones y municiones necesarias para el viaje, tales como pólvora, balas, harina y galletas, además de varias piezas de artillería que llevaban para hacer fortificaciones en alguna isleta que pudieran usar como base de sus expediciones. Su plan pudiese haber tenido éxito, si uno de sus compañeros no los hubiese delatado a Morgan.

Este último de inmediato dio órdenes de tumbar los mástiles del barco y quemarlos, junto con los de los otros barcos en el puerto. De esta manera impidió que llevaran a cabo su plan. Mientras tanto, habían empezado a preparar las recuas de mulos para el viaje de regreso y Morgan despachó unos españoles a recoger el dinero de rescate por las mujeres, niños y esclavos; además envió unos monjes a buscar suficiente dinero de rescate para sí mismo y los demás religiosos que se quedaron en la ciudad como rehenes.

Morgan hizo clavar todos los cañones y cortar sus muñones. Antes de partir despachó exploradores para investigar lo que

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

hacía el Presidente de Panamá, pues algunos prisioneros le dijeron que habían colocado emboscadas a lo largo de la carretera para impedirles el paso a los piratas. Pero los exploradores regresaron diciendo que no habían descubierto ninguna señal de emboscadas. Trajeron consigo varios cautivos nuevos, quienes informaron que aunque el Presidente había intentado formar un ejército nuevo para atacar a los bucaneros, los habitantes le habían abandonado y sus planes se habían desvanecido.

El 24 de febrero de 1671, Morgan salió de Ciudad Panamá con todas sus tropas y 175 mulos cargados de platería y monedas, además de quinientos o seiscientos prisioneros entre hombres y mujeres, niños y esclavos. El primer día se alejaron casi una legua de la ciudad, parándose en un prado a orillas del río. Allí el ejército pirata acampó en un círculo con todos los prisioneros en el medio.

Durante toda la noche lo único que se oyó fue el gemido y el griterío de las mujeres y niños pequeños, quienes desconocían el destino que les tocaría. Uno llamaba a su papá, el otro gritaba por sus amigos, mientras que el tercero lamentaba la pérdida de su patria. Lo peor de todo es que esta pobre gente padecía mucha hambre y sed. Era penoso ver tantas pobres mujeres con niños en sus pechos y absolutamente nada que darles de comer a los infelices. Le rogaron a Morgan de rodillas que liberara a las inocentes víctimas, pero los gemidos de toda esa gente sufriendo no fue suficiente para causarle pena y compasión. Les contestó que no había venido en busca de gemidos, sino en busca de dinero, y que no saldrían vivos si no obtenía lo que había venido a buscar. Esa fue toda la consideración que le pudieron sacar a Morgan.

A la mañana siguiente se hicieron a la marcha otra vez, y el griterío y los gemidos sonaron de nuevo. Un grupo de bucaneros marchaba adelante, los prisioneros en el medio, y el resto de los piratas cubrían la retaguardia. La mujer de la cual hemos hablado anteriormente fue obligada a marchar sola entre dos

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

bucaneros; sufría mucha incomodidad a causa del calor y la dificultad del camino, así como las demás damas, pues no estaban acostumbradas a estas duras experiencias. Pero Morgan no les prohibió a sus hombres prestarles ayuda a las mujeres, con la sola excepción de esta desafortunada señora. (La llamo desafortunada y no sin razón, pues parece ser que la mala suerte la perseguía a todos sitios).

Esta dama dio órdenes a unos monjes a quienes conocía bien y en quienes confiaba que le trajeran dinero de su escondite para poder pagar su rescate. En vez de emplear el dinero para éste propósito, lo usaron para rescatar a unos monjes compañeros. Si no se hubiera dado a conocer la verdad por medio de un esclavo que le traía una carta a ella, Morgan se la hubiera llevado a Jamaica. Sin embargo, al descubrir los bucaneros que el dinero en realidad estaba destinado para el rescate de la dama, la soltaron y apresaron a los monjes de nuevo.

A su llegada a la aldea de Cruz a orillas del río Chagre, Morgan les informó a todos los prisioneros que debían pagar el dinero de su rescate dentro de un plazo de tres días, o irían de regreso a Jamaica. Mientras tanto hizo recoger todo el arroz y maíz en la vecindad para abastecer sus barcos, y algunos prisioneros compraron su libertad. Salió de Cruz el 15 de marzo con todo su botín y los prisioneros que todavía no habían pagado su rescate. Entre estos estaban los monjes que habían robado el dinero de la mujer del mercader, pero ellos también finalmente recibieron el dinero para pagar su rescate cuando estaban a mitad de camino a Chagre.

Entonces Morgan juntó todas sus tropas y les recordó la vieja costumbre de los bucaneros de jurar que no habían retenido ni siquiera el valor de seis peniques, ni en plata, oro, ambargris, diamantes, perlas o ninguna otra piedra preciosa. Habían tenido algunos casos, dijo, de compañeros que habían perjurado. Por lo tanto, para evitar igual ocurrencia, había decidido hacer un registro general, sin exigir la juramentación,

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

pero sin ninguna excepción entre los bucaneros. Morgan, como mera formalidad, fue el primero en someterse al registro; todos los capitanes siguieron su ejemplo, para hacer la cosa aparentar lo más justo posible.

Los bucaneros franceses se quejaron de tal procedimiento, pero formaban una débil minoría, y tuvieron que tragarse sus quejas. De haber conocido el verdadero plan de Morgan, no hubiesen entregado todo lo que habían robado.

Después de haber registrado todo, se embarcaron en las canoas y otras embarcaciones que esperaban en el río, y el 19 de marzo arribaron en el Fuerte Chagre. El estado de las cosas era muy favorable allí, aparte del hecho de que la mayor parte de los heridos que habían dejado en el lugar se habían muerto de hambre. Los que estaban sanos habían pasado bastante mal rato con la escasez de comida. Se habían visto obligados a comer *gallinazos,* que son unas aves que se alimentan exclusivamente de carroña. Habían encontrado grandes cantidades de estas aves que venían a comer de los cadáveres de los españoles muertos en la batalla.

Estos pájaros se parecen a los pavos y son del mismo tamaño. La primera vez que los vi, maté algunos, pensando que eran pavos. Los gallinazos son ávidos devoradores de carroña; cuatro de ellos pueden comerse un buey o un caballo en un solo día y sin la menor dificultad. Tan pronto como han comido, evacuan todos los desperdicios por el otro extremo. Son extremadamente tímidos y no se atreven atacar a ningún ser vivo, no importa cuan pequeño, mientras sea capaz de cualquier movimiento. Sus picos no pueden cortar el cuero de los animales, y por lo tanto primero se comen los ojos y hacen un hueco; luego entran a la barriga del cadáver y empiezan a comer de adentro hacia afuera, dejando tan sólo los huesos y el cuero seco.

Hacen mucho daño entre el ganado de las sabanas, pues tan pronto como una vaca o una yegua pare y mientras el ani-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

mal recién nacido todavía es demasiado débil para moverse, estas aves atacan y les sacan los ojos. Bandadas enteras suelen seguir a los cazadores, tal como ahora seguían a los bucaneros en Panamá, pues ninguna expedición que sale regresa sin algo bueno para los gallinazos, sean animales u hombres. Su presencia advertía a los españoles de que se acercaban los piratas, y cuando veían una bandada de esas aves en el aire, comentaban los unos a los otros, «los piratas se acercan».

Los gallinazos habitan todo el continente, y hasta algunas de las islas tales como Cuba y Jamaica. Algunas personas dicen que hace mucho tiempo habían multitudes de estas aves en la Española, pero que fueron espantadas por la brujería. Casi siempre se congregan cerca de las poblaciones o en ellas, pues allí se alimentan de toda la basura que botan los habitantes. Siempre se posan en las torres de las iglesias y los techos de las casas, donde acechan cualquier cosa que cae o la basura que desechan los habitantes. Tan pronto como desechan los desperdicios de carne o cualquier otra basura por una ventana a la calle, diez o doce de los gallinazos vuelan sobre ello.

Pueden sobrevivir mucho tiempo sin comer; según los que han estudiado el asunto, pueden vivir un mes entero sin probar alimento. Los bucaneros que se habían quedado en el Fuerte Chagre dijeron que cuando los gallinazos primero bajaron a comer de los cadáveres, estaban tan flacos que no tenían una onza de carne en todo sus cuerpos; pero a las dos semanas de hartarse diariamente, pesaban tanto como un pavo de buen tamaño. Doy toda esta información porque estas curiosas aves no las tenemos en Europa y puede interesar al lector conocer algo sobre tan extraños pájaros.

Al llegar a Chagre, Morgan pensó conveniente repartir el botín lo más pronto posible, pues la comida escaseaba mucho entre ellos. Acordaron hacer esto, y también aprobaron la sugerencia de Morgan de despachar un barco a Puerto Bello, para dejar en Tierra Firme a los prisioneros de Sta. Catalina y pedir

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

una suma por el rescate del Fuerte Chagre. A los dos días, el bergantín regresó con las noticias de que los españoles se negaban a pagar rescate de cualquier clase.

Al día siguiente se repartieron el botín entre todos, o por lo menos la parte que Morgan quiso repartir. A cada bucanero le tocó una porción de no más de 200 piezas de ocho; los objetos de plata labrados fueron calculados en solo diez piezas de ocho la libra; el valor atribuido a varias joyas era sumamente bajo y obviamente faltaban muchas prendas, por lo que Morgan fue públicamente acusado por los bucaneros.

Al notar que la gente común empezaba a quejarse tan insistentemente, Morgan inmediatamente se preparó para partir. Hizo destruir e incendiar el fuerte, después de llevarse la mejor artillería de bronce. Luego se hizo a la vela tan pronto como le fue posible y sin hacer ninguna señal de salida. Los que quisieron le siguieron; pero en efecto solamente le acompañaron tres o cuatro barcos: aquellos de sus amigos, que según los demás, se habían repartido el botín con él.

Tres o cuatro barcos de bucaneros franceses le dieron caza, y le hubiesen ofrecido resistencia si le hubiesen alcanzado. Pero el barco de Morgan estaba bien equipado y provisto de abundante comida y agua, y por tanto podía continuar viaje sin tener que hacer aguada. Pero éste no era el caso de los demás: uno se tenía que quedar aquí, otro allí, para hacer aguada y equiparse para el viaje de regreso a Jamaica.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

CAPITULO VII

La captura de la ciudad de Maracaibo en la costa de la Nueva Venezuela. — Merodeo en el lago Maracaibo y la destrucción de tres barcos españoles que intentaron impedir la huida de los bucaneros.

Al separarnos de Morgan, continuamos nuestro viaje a lo largo de Costa Rica, buscando un lugar donde obtener provisiones de boca y también calafatear nuestro barco, que hacía agua y se estaba pudriendo. En pocos días llegamos a una gran bahía llamada Boca del Toro, un sitio muy bueno para cortar cañas y pescar tortugas. Esta bahía es de unas diez leguas en circunferencia y está abrigada de todos los vientos por las numerosas isletas cerca de la costa. Alrededor de la bahía viven varias tribus indias; los españoles no han podido someter estos indios bajo su dominio. Estas tribus de *indios bravos* no se entienden entre sí, y están constantemente en guerra unas con otras.

En el extremo oriental de la bahía viven unos indios que anteriormente hacían comercio con los bucaneros. Les daban de todo lo que producían, maíz, casabe y frutas de todas las clases, y hasta gallinas, puercos y otros animales. En cambio, los piratas les ofrecían objetos de hierro viejo, pedazos de coral y otras cosas por el estilo, que esta gente gusta usar como prendas. El lugar siempre fue el refugio de los bucaneros cuando

estando cerca necesitaban protección; hasta que en una ocasión trataron tan mal a los indios, que ahora no se atreven a regresar. Raptaron a las mujeres y mataron algunos hombres, y desde entonces los indios no quieren tener ningún trato con ellos.

Al entrar a la bahía fuimos de inmediato a un lugar donde confiamos encontrar caza de alguna clase, pero no descubrimos nada, y tuvimos que contentarnos con los huevos de cocodrilos que encontramos enterrados en la arena. Navegamos al lado oriental de la bahía, donde nos encontramos con tres barcos bucaneros que habían pertenecido a la escuadra de Morgan, tal como nosotros. Habían venido con las mismas intenciones de hacer aguada y reparaciones, pero habían tenido tan mala suerte, que habían tenido que imponer el racionamiento, comiendo solamente una vez al día, mientras carenaban sus barcos para poder hacerse a la vela de nuevo.

Al ver como estaban las cosas allí, nos dirigimos inmediatamente al extremo occidental, donde pescamos una cantidad considerable de tortugas, suficiente por lo menos para mantenernos vivos. Al poco tiempo nos empezó a escasear el agua, no porque no la había cerca, sino porque no nos atrevíamos a buscarla por temor a los indios. Pero a fin de cuentas, la necesidad nos obligó a desembarcar en busca de agua. Todos desembarcamos, y mientras un grupo llenaba las tinajas, el otro buscaba comida en el bosque.

Poco después de nuestro desembarco, los compañeros en el río fueron sorprendidos por una partida de indios que trató de impedirles que cargaran agua. Tan pronto como oímos el grito de «Aux armes» («a las armas»), corrimos a través del bosque disparando nuestros fusiles, a pesar de que no vimos al enemigo hasta lo último, cuando alcanzamos ver a unos indios huyendo entre los árboles. Los perseguimos, disparando todo el tiempo, pero se escaparon todos menos dos que murieron instantáneamente.

Juzgando por su vestimenta, uno de los indios parecía ser

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

una persona de cierta importancia. Vestía un taparrabo hecho de la corteza de árboles, que estos indios aplastaban entre dos piedras hasta poner tan blanda como la seda. También lucía una barbilla de oro, un ornamento hecho de una fina lámina de oro de unas tres pulgadas de ancho por seis de largo, que pesaba tanto como unas tres balas de plomo. Esta prenda estaba amarrada a su labio inferior con un hilo que pasaba por dos agujeros pequeños. El otro muerto estaba totalmente desnudo, pero tenía una barba de concha de tortuga.

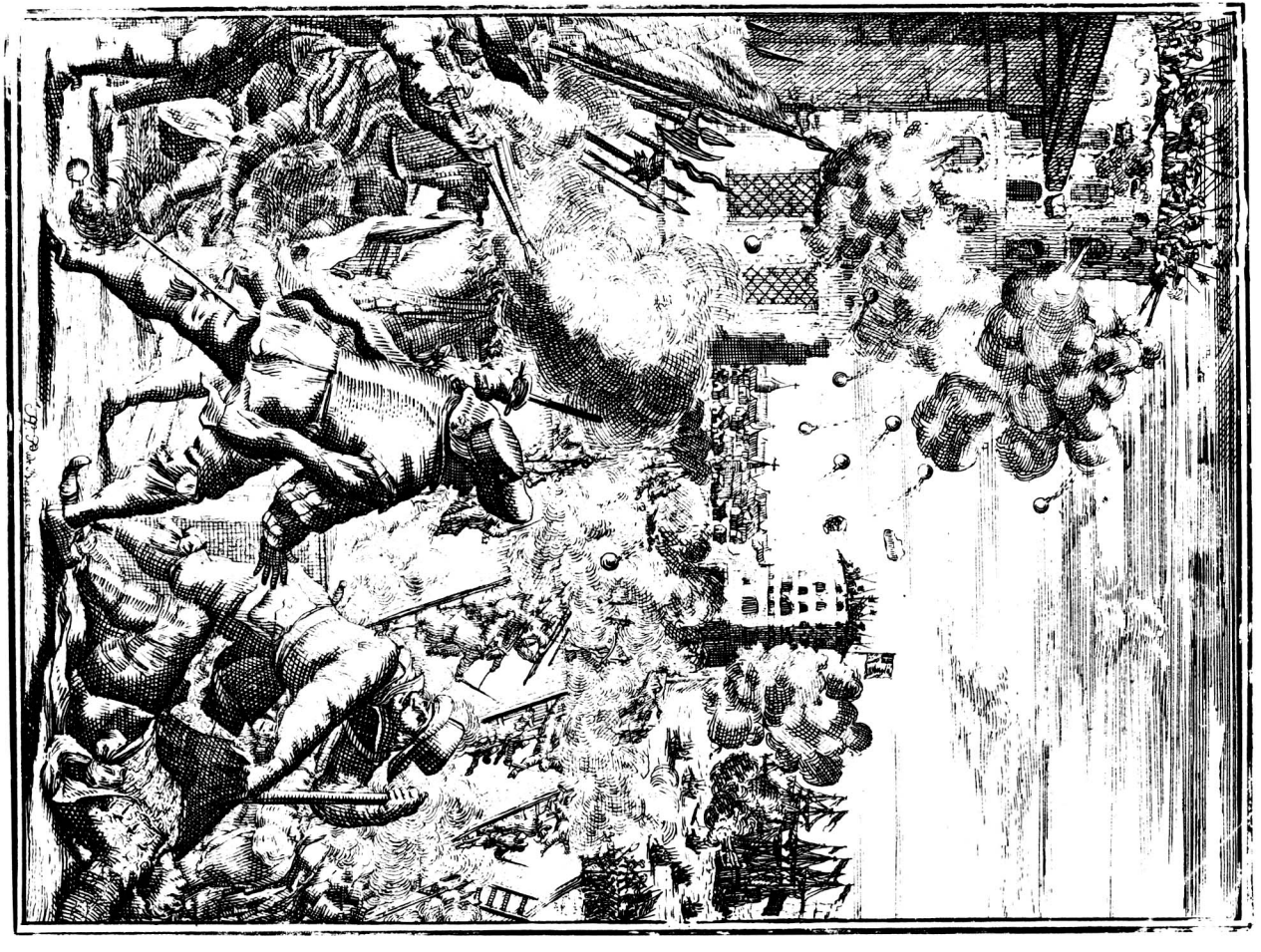
Sus únicas armas eran unos palos de palma, de unos siete pies de largo y afilados en ambas puntas y con púas en un extremo. Ambas partes habían sido templadas al fuego. Buscamos sus viviendas, pero no las pudimos encontrar; llegamos a la conclusión de que seguramente vivían en el corazón del bosque. Nos hubiera gustado mucho poder apresar vivo a uno de estos indios para tratar de trabar amistad con ellos y obtener provisiones, pero eran demasiado salvajes para poder hacer tal cosa.

A pesar de este encuentro, cogimos toda el agua que necesitábamos del río y la transportamos a nuestros barcos. Esa noche oímos un griterío espantoso que venía de los indios en la costa. Nos imaginamos que toda la tribu se había reunido para lamentar la muerte de sus compañeros con gritos y gemidos. No poseían botes ni canoas, o por lo menos, no vimos nada parecido.

Como no podíamos hacer nada en esta región y no nos era posible obtener más comida que la que era absolutamente necesaria para nuestras necesidades diarias, decidimos hacernos a la vela y regresar a Jamaica. Navegamos contra el viento hasta la boca del río Chagre, donde por primera vez vimos un barco que nos perseguía y que casi nos rebasó. Nos imaginamos que era un buque español procedente de Cartagena con tropas para ocupar el Fuerte Chagre de nuevo, y por tanto aparejamos nuestras velas para huir de su alcance. Pero el buque español navegaba con mayor velocidad que nosotros y, después de darnos

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Los bucaneros masacrando a los españoles tras la toma de la ciudad. Grabado de la primera edición holandesa de Exquemelin, Amsterdam, 1678.

caza durante veinticuatro horas, nos rebasó. Pero al acercarse a nosotros nos dimos cuenta de que en realidad era un barco de piratas compañeros. Habían intentado ir a Nombre de Dios y luego a Cartagena, buscando fortuna, pero tuvieron que regresar a Boca de Toro, desanimados por el viento y las corrientes contrarias.

Este error nos había causado mucho daño, pues nos alejamos más de nuestro destino en dos días que lo que nos habíamos acercado en los quince días anteriores, y tuvimos que regresar al lugar de donde partimos, aunque no por mucho tiempo.

Fuimos más allá a una bahía llamada Boca del Dragón, con la intención de pescar unos animales marinos que los españoles llaman *manatíes* y a los cuales los holandeses dicen *becerros marinos,* porque tienen la nariz, la boca y los dientes como los de una vaca. Estos animales siempre viven en el agua, cerca de los lugares donde el fondo del mar está cubierto de ciertas plantas que ellos comen.

Su cuerpo es muy curioso. Tienen la cabeza como las vacas, pero sin orejas, pues por oído solamente tienen un agujero muy pequeño en cada lado, en el que ni siquiera cabe un dedo meñique. Tiene dos alas o aletas en el pescuezo, parecidas a las del tiburón, pero algo más largas y con tres garras en la punta; y debajo de estas aletas tienen un par de ubres. El cuerpo entero es suave hasta la cola, que es chata y redonda en la punta, teniendo unos tres o cuatro pies de ancho en los animales adultos. El más grande de estos animales tendrá unos veinticuatro pies de largo.

Su piel es gruesa y peluda, teniendo un espesor de unas tres pulgadas en la espalda. Cuando se seca es tan dura como el hueso de ballena y se puede usar para hacer bastones. La piel de la barriga es más fina y suave. Los órganos internos son parecidos a los del buey: tiene hígado, pulmones, intestinos, estómago y riñones como cualquier otro mamífero. Tiene die-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

ciséis costillas de cada lado, redondas y bastante gruesas en el medio y muy duras en las puntas. Cuando copulan se agarran una del otro por la barriga. El macho tiene un pene similar al de un toro y el sexo de la hembra está debajo del ombligo como el de la vaca. El manatí pare un solo becerro al año, pero no sé cuanto tiempo dura la preñez, pues nunca he tenido la ocasión de observar este animal suficiente tiempo para determinarlo.

Estos animales tienen un oído muy sensitivo, y si el pescador hace el más mínimo ruido, es imposible atraparlos. Por esta razón los cazadores no usan remos ordinarios para propulsar sus botes, sino unos más cortos que los indios llaman *pagayos* y los españoles *canaletes,* con los cuales pueden navegar rápidamente sin hacer ningún sonido. Los remadores no se atreven a decir una sola palabra, obedeciendo solo las señales silenciosas del arponista que dirige desde la proa. Arponean los manatíes de la misma manera que cazan las tortugas, pero con un arpón más largo que tiene púas en la punta. Estos animales tienen ojos muy pequeños y la visión muy limitada, exactamente lo contrario de las tortugas que tienen ojos agudos pero son sordas.

La carne se parece a la de la ternera, pero tiene un sabor grasoso similar al puerco. La preparan salada y ahumada, en la misma manera que los bucaneros curan la suya. Un manatí grande puede dar unas dos toneladas de carne, sin contar la grasa y los huesos. La cola es toda grasa; ésta la derriten los piratas y la almacenan en recipientes de barro. La comen con maíz que cocinan como la avena. La grasa no tiene el más mínimo sabor a pescado y en efecto es de mejor calidad que la manteca o el aceite de cocina. Esto es todo lo que puedo informar sobre estos animales, pues es todo lo que he podido averiguar.

Al poco rato de haber llegado a la bahía, pescamos una buena cantidad de manatíes. Salamos la carne en trozos y comi-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

mos para nuestro sustento diario los pedacitos que quedaron pegados a los huesos. Un día que no pescamos nada y no quisimos consumir las provisiones almacenadas para el viaje, decidimos desembarcar en una isla cercana a cazar aves y pescar. Poco después de desembarcar, notamos una canoa con cuatro indios a bordo. Tan pronto como ellos nos vieron, huyeron hacia la costa a toda velocidad. Nosotros los perseguimos de cerca para tratar de obtener provisiones. Pero estos indios no quieren tener ningún trato con los cristianos. Desembarcaron y salieron corriendo con su canoa al hombro. Nosotros le dimos caza tan de cerca que se vieron obligados a abandonar la canoa. Esta embarcación pesaba por lo menos una tonelada, pero no obstante cuatro de ellos lograron correr 200 pasos con ella al hombro; esto nos asombró mucho, y más aún cuando once de nosotros tuvimos dificultad en llevarla a la costa de nuevo.

Al vernos cargando la canoa al agua, los indios rompieron a gritar al tope de sus voces. Disparamos hacia el lugar de donde salieron sus gritos, pero no pudimos saber qué resultado tuvo nuestra acción. No nos atrevimos a penetrar al interior del bosque, porque hay muchos indios salvajes en esta isleta.

El piloto que nos condujo en el viaje y que había estado varias veces en esta región, nos dijo que en otra ocasión vino a esta isla con una flota de bucaneros. Esa vez los piratas se acercaron a la costa en sus canoas para pescar y cazar pájaros. Varios indios que habían escalado árboles cerca del agua, al pasar las canoas por allí, saltaron encima de unos bucaneros, y con gran agilidad se los llevaron al bosque antes de que el resto de sus compañeros pudiesen socorrerles. Al día siguiente el almirante desembarcó con 500 hombres para rescatar a los bucaneros secuestrados, pero no pudieron pisar tierra a causa de la resistencia feroz de los indios.

Si unas fuerzas tan considerables no habían logrado prevalecer contra los indios, juzgamos que a nosotros nos sería aún más difícil, y por tanto abandonamos la isla al instante. Lo

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

único que encontramos en la canoa capturada fue una red de unas cuatro varas de largo y media vara de ancho, con cuatro estacas de madera de palma de unos siete pies de largo. Nos imaginamos que estas lanzas debían ser sus armas. Una extremidad tenía una punta afilada y la otra siete u ocho púas, como se puede ver en el dibujo a continuación.

La canoa era de cedro y su manufactura tan primitiva que supusimos que estos indios no poseían herramientas de hierro. La isleta donde viven estos indios es muy pequeña; en efecto no tiene ni siquiera tres leguas en circunferencia. No tienen ningún otro lugar donde vivir, pues tienen la guerra declarada a los indios de Tierra Firme y no hablan el mismo idioma que los habitantes de la costa. Nosotros tampoco nos atrevimos a desembarcar en Tierra Firme, pues allí también los indios son muy belicosos.

En mi opinión la razón por la cual los indios evitan todo contacto con los extranjeros es que los conquistadores españoles los sometieron a tantas crueldades y abusos que los habitantes de la costa los veían con gran temor y huyeron al interior. Allí vivían en la selva, sin cultivar la tierra; se alimentaban con los peces de los ríos y la fruta que cogían de los árboles. Estas malas experiencias les destruyó toda confianza en el hombre blanco, pues creyeron a todos iguales a los españoles. Es más, tampoco podían confiar en los otros indios, pues algunas tribus habían apoyado a los españoles y habían torturado a sus propios hermanos de sangre.

Al dispersarse por diferentes regiones, sus costumbres y manera de hablar cambiaron y esto causó la división y enemistad entre ellos. Pues nada fomenta mejor la enemistad entre dos pueblos que su inabilidad a comunicarse; es imposible para un hombre normal amar o estimar a su prójimo si no le entiende. Por esta razón las tribus salvajes viven en guerra perpetua unas contra las otras; sus guerras no se deben a las reclamaciones de unos contra otros, ni porque uno ha engañado al otro

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

con su tierra u honor, ni a causa de deudas contraídas, sino sencillamente porque no se entienden entre sí mismos. Someten a sus prisioneros a los tormentos más horribles y luego les hacen trabajar como esclavos. Estas son mis observaciones sobre las tribus salvajes de la bahía de Boca del Dragón.

Por fin decidimos partir de esta bahía, pues no vislumbramos ninguna manera de obtener provisiones allí, y al presente nos era difícil obtener la comida que necesitábamos para nuestro consumo diario. Navegamos hacia el poniente, siempre costeando, y después de veinticuatro horas de viaje, llegamos a un lugar llamado Río de Zeura, donde los españoles de Cartagena tienen algunas casas. Nosotros teníamos la intención de pescar tortugas, pues era la temporada de ellas venir a tierra a poner sus huevos en la arena, pero no hallamos ninguna. Entonces decidimos hacerle una visita a los españoles, pero ellos no nos dejaron nada más que casas vacías, pues habían huido al bosque tan pronto como nos vieron llegar. Tuvimos que contentarnos con unos guineos o *plátanos,* como les llaman los españoles de allí, los que no describiré porque considero que son lo suficientemente conocidos por todos los que han viajado al Poniente.

Cargamos nuestro barco con estos frutos y zarpamos en busca de un buen puerto para carenar. Nuestro barco hacía mucha agua y tuvimos que tener a nuestros esclavos continuamente trabajando la bomba para no hundirnos. El agua entraba en un chorro tan grande que la bomba casi no dio abasto.

A los catorce días de navegar por la costa, llegamos a una bahía muy grande llamada Bleeckveldt, en honor a un bucanero que la frecuentaba en sus expediciones, precisamente para reparar su barco. Este era un lugar excelente para carenar y empezamos a trabajar a toda prisa. Mientras algunos de nosotros trabajaban en la reparación del barco, otros fueron de cacería en el bosque cercano. En estos bosques hay jabalíes que tienen el ombligo en la espalda y a los que llaman *puercos de*

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

ombligo por esta misma razón. También hay tejones, pero no muchos. Encontramos muy pocos jabalíes y tejones, y por tanto nos dedicamos principalmente a la caza de monos y faisanes para nuestro sustento diario, sobre todo los monos que son muy numerosos por estas partes.

Aunque teníamos gran necesidad de comida fresca, no nos gustó mucho cazar monos, pues de cada quince o dieciséis que herimos, solamente atrapamos tres o cuatro. A menos que mueran instantáneamente es imposible capturarlos, pues se agarran de las puntas de las ramas por la cola hasta morir y aún después, hasta que se descomponen. Las hembras cargan a sus hijos recién nacidos en la espalda como lo hacen las mujeres negras con sus bebés. Si la madre es muerta, el hijo no la abandona, sino que se queda agarrado de su espalda, hasta caer su madre del árbol.

Cuando una persona camina por debajo de un árbol lleno de monos, éstos le ensucian con su excremento y le tiran ramas y hojas a la cabeza. Si un mono de una banda es herido por una bala, los otros compañeros le rodean inmediatamente para oler la herida. Si la herida está sangrando mucho, algunos de ellos la aprietan para parar la sangría y otros obtienen musgo de los árboles y se lo aplican a la herida, mientras otros procuran ciertas hierbas que mastican y ponen en ella. Yo he notado frecuentemente con mucha sorpresa la manera en que otros animales se ayudan los unos a los otros en tiempo de peligro, aunque tengan que arriesgar sus propias vidas.

Estos monos son muy sabrosos y nutritivos; todos los días salcochábamos y asábamos tanta carne de mono que nos habituamos a ella, al extremo de que nos gustaba más que la carne de faisán. Vivimos de esta manera por unos ocho días, carenando y reparando nuestro barco al mismo tiempo que cazando para nuestro sustento diario. Teníamos varios esclavos, tanto hombres como mujeres, y éstos también los pusimos a trabajar. Los hombres trajeron leña y quemaron cal, la cual emplea-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

mos en sustitución de alquitrán para pintar el barco y hacerlo impermeable. Las mujeres cargaron agua de unos pozos que excavamos en la costa.

Cuando el barco estuvo casi listo, las esclavas fueron ordenadas a llenar los depósitos de agua a toda prisa. Al amanecer fueron con sus tinajas al pozo, dos de las mujeres caminando a poca distancia detrás, recogiendo fruta de los árboles, para comer. De repente oyeron los gritos de sus compañeras en el bosque. Pensando que algún bicho les había picado, las muchachas corrieron a su encuentro, pero antes de llegar al lugar vieron un grupo de indios que salía corriendo del bosque. Al instante dejaron caer sus vasijas y salieron corriendo y gritando: «¡Indios, indios!»

Inmediatamente agarramos nuestros fusiles y corrimos al lugar donde las muchachas decían haber visto a los salvajes. Encontramos los cadáveres de las dos negras, cada uno con doce o trece flechas. Estas flechas habían penetrado sus cuerpos por el torso, el cuello y las piernas. Lucía como si los indios hubiesen gozado clavándoles flechas, pues una sola hubiese sido suficiente para matarles.

Las flechas tienen una forma curiosa; están hechas de una estaca de unos ocho pies de largo y son del grueso de un dedo. En una punta tienen amarrada con cuerda una púa de madera afilada y un pedazo de pedernal fijado de la misma manera. En el otro extremo tienen una cajita de madera, llena de varias piedras que suenan con el movimiento de la flecha.

Algunas de las flechas son de madera de palma y están pintadas de un rojo tan brillante como la laca. Supusimos que estas armas debían pertenecer a jefes y notamos que éstas mismas eran las flechas que estaban clavadas en el torso de los cadáveres.

Estas flechas están fabricadas sin herramientas de hierro. Todo lo que fabrican los indios lo hacen con fuego que contro-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

lan para quemar la madera hasta donde es preciso, y luego raspan lo quemado con piedras chatas.

Estos indios son corredores veloces y silenciosos. Nunca encontramos huellas ni ninguna otra señal de presencia, sin importar lo cuidadosamente que las buscáramos. Son tan cautelosos que ponen hojas entre las piedrecitas en las cajas que tienen sus flechas para silenciar el sonido.

Buscamos por todo el bosque tratando de descubrir una canoa o arma de los indios, pero al no hallar ninguna, regresamos al barco con nuestra carga, y nos hicimos a la vela. Ya no nos sentíamos seguros en tierra, temiendo ser atacados y vencidos por una gran tropa de indios.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

CAPITULO VIII

El autor llega a Cabo Gracias a Dios. — Comercio con los indios allí. — Sus costumbres. — Arribo a la isla de los Pinos y regreso a Jamaica.

La muerte de nuestras esclavas a mano de los indios nos asustó de tal manera que salimos de este sitio a toda prisa. Nos dirigimos hacia Cabo Gracias a Dios, donde pensamos encontrar todas las comodidades que necesitábamos, un lugar seguro y la oportunidad de obtener suficientes provisiones, pues los indios que viven allí acostumbran hacer su comercio con los bucaneros y los tratan bien.

A los seis días de viaje llegamos a este cabo. Su nombre se refiere al alivio que sienten los viajeros cansados al llegar al lugar; y así a nuestra llegada dijimos nosotros con alegría: «Gracias a Dios, nos hemos salvado». Dimos gracias a Dios por habernos salvado en hora de tanta necesidad y por habernos traído a un sitio donde podríamos gozar de la amistad de los habitantes que nos proveían de todo lo que necesitábamos.

Al fondear, alcanzamos ver a dos cristianos en la playa, quienes esperaban para saludarnos. Los piratas tienen tan buenas relaciones con los indígenas de esta región que se pueden quedar a vivir entre ellos sin el menor riesgo de su vida y sin ninguna preocupación. Los indios los proveen de todo lo nece-

sario para la vida, y a cambio los bucaneros no les dan más que cuchillos viejos, hachas y otras herramientas de medio uso.

Estos indios forman una pequeña república, pues no tienen jefe que presida sobre ellos como rey o cacique. El terreno que ellos poseen es de unas treinta leguas en circunferencia. No tienen relaciones con sus vecinos y mucho menos con los españoles, a quienes consideran sus mayores enemigos. Ellos son pocos, no más de 1,500 o 1,600 almas en total. Entre ellos viven algunos negros a los que los indios tienen como esclavos. Estos negros habían capturado un barco e intentaban escaparse en él cuando se encallaron cerca del cabo, pero cayeron en manos de los indios que los esclavizaron de nuevo.

Los indios están divididos en dos comunidades o provincias, como diríamos en Europa. Una comunidad está establecida en el interior, donde tienen sus plantaciones, y la otra vive en la costa. Los primeros están más dedicados a su trabajo que los de la costa; estos últimos son tan haraganes que no tienen ni siquiera casas en que vivir. Cuando llueve su único abrigo es una hoja de palma que ponen de cara al viento para protegerse de la lluvia. Su vestimenta consiste de una sola pieza, un taparrabo, para esconder su desnudez total. Algunos taparrabos están hechos de la corteza de los árboles, ablandada entre dos piedras. También usan este material para acostarse sobre él. Además hacen taparrabos de algodón. Su única arma es un tipo de lanza, con una punta de hierro o diente de tiburón.

Tienen algún concepto de un Dios Todopoderoso, pero no practican ninguna religión, o por lo menos, yo nunca los he visto celebrar ningún tipo de ceremonia o rito. No creen en el demonio como los demás indios de América, ni son atormentados por él como las otras tribus.

Su alimento consiste principalmente de frutas tales como guineos, plátanos, piñas, batatas y yuca, además de los cangrejos y el pescado que obtienen con sus arpones. Hacen toda clase de bebidas deliciosas. La más común es *achioc,* la que

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

preparan de las frutas de cierta palmera machacadas y mezcladas con agua. La dejan posar un tiempo, y beben el líquido cuando se ha fermentado. Tiene un sabor agradable y es muy nutritivo.

Hacen otra bebida de guineos maduros. Estos los asan en cenizas ardientes y, todavía muy calientes, los ponen en agua y los amasan a mano hasta que el líquido resulta tan espeso como un potaje. Esta bebida es tan nutritiva que les sirve de comida al mismo tiempo. Además, usan los guineos para preparar una clase de vino. Para hacer esta bebida, amasan las frutas maduras en agua fría que ponen en unas grandes calabazas típicas de la región. Dejan fermentar el líquido durante ocho días, al cabo de los que se pone tan fuerte como el vino. Los indios siempre invitan a sus amigos a beber de este vino cuando lo preparan, pues lo disfrutan más en compañía.

Hacen otra bebida de la piña, la que es aún más deliciosa. Cocinan las piñas un poco y entonces las amasan de la misma manera que los guineos. Una vez bien mezclada con agua, le añaden una tercera parte de miel pura y la dejan fermentar todo junto. Esta bebida tiene el mismo color y apariencia que el vino español y es de lo más sabrosa.

Sus bebidas son la mejor cosa que preparan, pues conocen muy poco de la cocina. Pero sí tienen una costumbre muy agradable de preparar fiestas y entretener a sus amigos. Cuando un indio ha preparado una cantidad de vino, convida a todos sus amigos a degustarlo. Antes de recibir a sus convidados, se peina el pelo, le unta aceite de palma y se pinta todo el cuerpo de negro. Su mujer también se arregla el pelo y se pinta de rojo.

Entonces el hombre coge sus armas (casi siempre consisten de tres o cuatro lanzas) y camina unos trescientos o cuatrocientos pasos hacia la dirección en que supone vendrán sus invitados. Al verles acercarse, el indio se lanza a sus pies y finge estar muerto. Los amigos le ayudan a levantarse y le llevan a

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

su casa. El anfitrión entra primero y todos sus invitados se echan al suelo como él lo hizo anteriormente. Él les ayuda a levantarse individualmente y los lleva a su casa. Las mujeres sin embargo no participan en esta ni en ninguna otra ceremonia, o por lo menos yo no las he observado.

Una vez que todos los amigos están juntos en la casa, cada uno recibe una calabaza llena del espeso potaje de guineos asados. Estas calabazas contienen aproximadamente medio galón del potaje, y los invitados tienen que comerlo todo. Entonces el anfitrión recoge las calabazas vacías y pronuncia un discurso de bienvenida a sus invitados. Luego saborean la bebida para la degustación de la cual fueron convidados. No comen nada que no sea unos pedazos de fruta con esta bebida.

A medida que se van emborrachando, empiezan a cantar y a bailar, acarician a sus mujeres y, para demostrarles los sentimientos amorosos que les tienen, se clavan el pene con lanzas. Yo había oído describir esta costumbre muchas veces, pero nunca lo creí cierto hasta verlo con mis propios ojos. Ellos hacen la misma cosa cuando enamoran a una mujer, para demostrarle cuanto la aman. A veces empiezan a pelear cuando se emborrachan todos los hombres, y de vez en cuando se matan a cuchilladas, pero esto no sucede con mucha frecuencia.

Tienen varias costumbres curiosas relacionadas con el matrimonio. Un indio no se puede casar con una muchacha sin el consentimiento de los padres y familiares. El padre le pregunta al novio si sabe cazar y pescar bien, y si sabe hacer buenas lanzas y arpones y soga. Si sus respuestas son adecuadas, el padre toma una pequeña calabaza y bebe de ella, luego pasándosela a los novios para que beban también. Normalmente una persona debe beber todo el líquido de la calabaza cuando le es ofrecida, pero en este rito matrimonial, las tres personas la comparten en símbolo de su estrecha amistad.

Tienen ceremonias similares cuando un bucanero toma por mujer a una india, pero en vez de ser interrogado por el padre,

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

el pretendiente debe regalarle a éste un cuchillo o un hacha. Tan pronto como el pirata decide partir, tiene que devolverle su hija al padre, y entonces no hay resentimientos de ninguna parte. Esto no le impide a un indio tomarla por esposa más luego, pero una vez casada, su esposo la retiene para sí mismo por el resto de su vida.

Estos indios no tienen el sacramento de bautismo como el de los indios caribes. Tan pronto como una mujer ha dado a luz, se levanta y baña el niño en el río u otra fuente de agua cercana, y luego lo cubre con uno de sus taparrabos o *cabalas,* como ellos los llaman. Cómo les es posible hacer esto, yo les dejo a las damas juzgar, pues tienen más experiencia que yo en estas cosas.

Estos indios tienen costumbres extrañas con respecto a la muerte. Cuando muere su esposo, la mujer debe enterrarle con toda su ropa, armas, instrumentos para la pesca y todas las prendas que solía usar en sus orejas y alrededor del cuello. Todos los días ella debe llevarle comida y bebida a su tumba. En las mañanas les lleva plátanos y algunas bebidas en una calabaza y si los pájaros vienen a probar esta ofrenda consideran esto una buena señal. Esta ceremonia continúa durante un año. Ellos calculan el tiempo por la luna, contando unas quince lunas llenas en un año.

Algunos que han escrito sobre estas cosas alegan que la comida que ofrecen a sus muertos es consumida por el demonio, pero yo no creo que esto sea cierto. Yo mismo he comido de estas ofrendas, pues los frutos que llevan a las tumbas son siempre los más deliciosos y maduros que pueden encontrar.

Al cabo de un año (según su manera de calcular), la mujer debe excavar la tumba, sacando todos los restos que puede encontrar enterrados. Entonces los lava y los pone a secar al sol. Luego los envuelve en una *cabala* y los lleva a su espalda por el mismo período de tiempo que estuvieron enterrados. Por quince meses acostumbra dormir, trabajar y llevarlos a to-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

dos los sitios que visita. Al término de este tiempo los cuelga a la entrada de su choza (si tiene una) o la casa del vecino más cercano.

Según sus costumbres, una viuda no debe casarse de nuevo durante todo este tiempo, o sea, los dos años en que debe cuidar de los restos de su antiguo esposo. Si un bucanero casado con una mujer india muere, entonces ésta cumple con su deber como si su esposo hubiese sido indio. Pero el hombre no tiene que cuidar de los restos de su mujer. Los hombres que mueren esclavos no tienen el privilegio de los hombres libres después de su muerte. Reciben ofrendas de comida en sus tumbas, pero sus restos no son cargados por su mujer durante un año. Ellos hacen esclavos a todos los prisioneros de guerra. Los negros que viven entre estos indios tienen todas las costumbres de sus amos.

Estos indios sufren las mismas enfermedades que los hombres blancos, y especialmente la disentería y la viruela. Cuando tienen fiebre, se acuestan en el agua hasta que les baja la temperatura. Cuando una epidemia los azota muchos de ellos mueren.

Estas son las observaciones que pude hacer durante mi estadía entre ellos. Una vez nos sentimos descansados y provistos de todo lo necesario, zarpamos con rumbo a Cuba. A los catorce días, arribamos a la isla de los Pinos, que está situada al sur de Cuba. Tuvimos que entrar a puerto para reparar nuestro barco, que casi se estaba hundiendo.

Allí despachamos a dos indios que trajimos con nosotros de Cabo Gracias a Dios a pescar, y varios de nosotros nos dedicamos a la cacería, pues la isla está llena de ganado que los españoles han llevado a reproducirse. En menos de cuatro horas, cazamos suficiente para dar de comer a dos mil personas, tanto reses como tortugas, manatíes y peces de toda clase. Entonces olvidamos todas las penas que sufrimos en nuestro viaje. Empezamos a sentirnos como hermanos, pero cuando nos

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

había faltado comida, nos molestábamos al pasar a seis pasos uno del otro.

Esta fue una buena oportunidad para carenar nuestro barco, pues no teníamos que estar atentos a los ataques de enemigos, salvo los españoles; pero nosotros nunca les hemos temido a estos, e incluso los perseguimos más de lo que ellos a nosotros. Sin embargo, teníamos que tener cuidado con los cocodrilos que son muy numerosos allí. Si tienen hambre, estos animales no les tienen respeto a nadie. Esto fue comprobado por un incidente que le sucedió a uno de nuestros compañeros.

Éste fue al bosque acompañado por un negro, y sin querer, pisó un cocodrilo que aguardaba escondido a orillas de una laguna. El cocodrilo le mordió por una pata y empezó a halar. Este hombre era muy fuerte y valiente, y desenvainó su puñal y se defendió con tanta energía que mató el cocodrilo. Pero perdió tanta sangre que cayó desmayado al momento de matar el animal. Su esclavo, que había huido al principio, regresó y le ayudó a caminar hasta casi una legua de la costa, y de allí en adelante nosotros le cargamos el resto del camino en una hamaca.

Después de este incidente, ninguno de nosotros se atrevió a ir solo al bosque. Salíamos en grupos de diez o doce con el propósito explícito de cazar cocodrilos. De noche trataban de subir a nuestro barco, arañando el costado del buque con sus patas delanteras. Entonces, nosotros los cogíamos con lazo y los levantábamos a bordo.

Bien provistos de todo lo necesario y nuestro barco reparado, continuamos nuestro viaje a Jamaica. A nuestra llegada, supimos que una tercera parte de nuestra flota todavía no había regresado a puerto.

Morgan tenía planes de equipar una nueva expedición para apoderarse de Sta. Catalina, pues el destacamento español había sido retirado de esta isla. Fue impedido de llevar a cabo su plan por la llegada de un buque de guerra inglés, con órdenes del

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Rey de Inglaterra reemplazando al presente gobernador de Jamaica con uno nuevo que venía en el mismo buque. El reemplazo del gobernador de Jamaica era debido a los daños que los bucaneros de Jamaica habían causado a los españoles de América. Morgan también regresó a Inglaterra en este buque.

El nuevo gobernador inmediatamente despachó mensajes a todos los puertos españoles con promesas y profesiones de amistad, asegurándoles que no saldrían más expediciones de bucaneros desde Jamaica. Al mismo tiempo, con el disimulo de esta misión, el gobernador logró hacer comercio con los españoles, por medio de unos mercaderes judíos que vivían en Jamaica y que le servían como agentes para disimular sus negocios.

Al oír esta noticia, los bucaneros que aún no habían regresado a puerto decidieron no ir a Jamaica, sino quedarse en alta mar haciendo todas las depredaciones que pudieran. Más luego saquearon un pueblo llamado Villa de los Cayos, en la costa norte de Cuba, donde cometieron sus habituales atrocidades y crueldades.

No obstante, el nuevo gobernador logró apresar varios de estos bucaneros y los hizo ahorcar. Al saber esto, los otros huyeron y se juntaron con los franceses de la Tortuga, donde viven hasta la luz del día, pues están tan acostumbrados a la vida de la piratería que les es imposible abandonarla. Cuando les prohiben la entrada a un puerto, se van al próximo, pues esta parte del mundo abunda en hermosos puertos y anclajes, donde los bucaneros pueden conseguir todo lo que necesitan para mantener sus barcos, y provisiones en cantidad.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

CAPITULO IX

M. Bertrand d'Ogeron, gobernador de la Tortuga, naufraga y cae en manos de los españoles. — Su fuga e intento de socorrer a sus compañeros.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

En 1673, cuando Francia y Holanda estaban en guerra, los franceses juntaron sus fuerzas en las islas para atacar y destruir las posesiones holandesas en las Antillas Occidentales. El gogernador francés dio patentes de corso en nombre del Rey a todos los barcos que estaban dispuestos a contribuir con la destrucción del enemigo. Él mismo equipó una flota de buques de guerra y barcos mercantes que hizo venir de todas partes para ir al ataque de Curazao. M. Bertrand d'Ogeron, el gobernador de la Tortuga, se embarcó en un buque de guerra con 400 o 500 bucaneros de la Española con la intención de sumarse a la flota en su ataque a Curazao. Pero su plan fracasó a causa del desastre que les sobrevino en la costa sur de Puerto Rico. Una tormenta violenta los azotó repentinamente de noche y los estrelló contra los arrecifes cerca de la isla Guadanillas y su barco naufragó. M. d'Ogeron y su tripulación tuvieron que nadar a tierra para salvar sus vidas.

Los españoles de Puerto Rico pensaron que habían venido a saquear su isla (pues los franceses lo habían hecho anteriormente con frecuencia) y por eso alertaron a suficientes hombres para ofrecerles resistencia. Al amanecer recibieron a los fran-

ceses en la playa. Éstos, padeciendo condiciones miserables, estaban mucho más inclinados a pedir gracia que a pelear. Lo único que habían podido salvar era sus propias vidas y las ropas que tenían puestas, o sea un pantalón y una camisa cada uno. Pero los españoles arremetieron con todos los hombres que habían logrado reunir; en su mayor parte eran negros, indios y mestizos, pero no había muchos hombres blancos.

Los franceses, al ver llegar a los españoles, fueron a pedirles gracia, alegando que eran europeos venidos a comerciar con las islas francesas y que habían tenido la mala suerte de naufragar en la tormenta. La única respuesta que solicitaron todas sus lamentaciones y excusas fue «¡Ha, perros ladrones, no hay cuartel para vosotros!» Con estas palabras las fuerzas españolas se lanzaron sobre los franceses, matando a muchos.

Sin embargo, al ver que los franceses no brindaban ninguna resistencia a su ataque (pues no tenían ni siquiera armas con que pelear), dejaron de acometer, aunque siguieron convencidos de que los franceses habían venido a saquear la isla. Amarraron los franceses en parejas y tríos y los hicieron marchar de la costa a la sabana. Allí los españoles preguntaron qué le había pasado a su jefe, y los bucaneros todos contestaron que se había ahogado, aunque esto no era verdad. Antes de que los españoles los apresaran, M. d'Ogeron les había rogado a su gente que contestaran esto. Los españoles no creían que hubiese muerto y torturaron a varios franceses en un intento por obligarles a confesar. Algunos no pudieron aguantar el dolor y murieron de estas torturas.

D'Ogeron fingió ser idiota y gago. Los españoles le creyeron y le soltaron sin torturar. Hasta le dieron de comer, mientras que a los demás los dejaron pasar mucha hambre. A los prisioneros les dieron demasiado poca comida para que pudieran vivir sin penas, pero bastante para no dejarles morir de hambre. Si un hombre se enfermaba, los españoles le usaban para entretenerse cruelmente antes de que muriera. Por ejemplo, orga-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

nizaron un torneo, en el cual amarraron la víctima a un árbol y entonces arremetieron a caballo contra él con sus lanzas en ristre para ver quién manejaba las armas mejor y era buen jinete.

M. d'Ogeron, un hombre muy inteligente a pesar de que fingía de idiota delante de los españoles, resolvió arriesgar su vida para poner en libertad a sus compañeros, pues estaba horrorizado al ver las barbaridades que cometían los españoles. Además de estar constantemente vigilados, los prisioneros franceses estaban en grillos, todos salvo d'Ogeron, a quien los españoles creían un pobre idiota, y el cirujano-barbero, un hombre llamado François Faverye, quien había curado a un español y por tanto tenía un poco más de libertad entre ellos; siempre acompañaba a M. d'Ogeron al campo, andando por todas partes como es costumbre de idiotas, de manera que los españoles mismos se divertían observándolos.

Mientras tanto, d'Ogeron y el barbero estaban ocupados haciendo planes para escaparse. Eventualmente decidieron ir a la costa, hacer una balsa y navegar a la isla de Sta. Cruz. Esta isla pertenece a los franceses y está situada al este de Puerto Rico, a unas diez leguas sudoeste por este. Prometieron ayudarse mutuamente hasta el final y les comunicaron los detalles de su plan a los prisioneros antes de emprender su viaje. La única herramienta y arma que tenían era un machete que habían logrado robar a los españoles.

Caminaron el día entero por el bosque para llegar a la costa. Allí buscaron algo adecuado para construir una balsa, pero pasó mucho tiempo antes de descubrir lo que necesitaban. El hambre empezó a molestarles, pues no había nada en la playa que satisfaciera su apetito.

Pero dice el refrán que la necesidad es la madre de la invención, y los dos fugitivos tenían los ojos abiertos para descubrir cualquier medio de procurarse comida. Cerca de la costa vieron

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

bancos inmensos de peces de los que los españoles llaman *corbalados,* que persiguen a los peces más pequeños para comerlos. Al poco rato tenían suficiente para hartarse y asaron algunos para el día siguiente también. No tuvieron dificultad en hacer un fuego, pues frotando dos palitos juntos por un cuarto de hora se enciende un fuego directamente. Los fugitivos llevaron su pescado al bosque a cocinar, pues no se atrevían a pasar mucho tiempo en la playa por temor a ser apresados de nuevo. Estaban seguros de que serían fusilados inmediatamente si eran capturados.

Mientras estuvieron ocupados buscando madera apropiada para construir su balsa, vieron acercarse una canoa. Al poco rato, vieron que solamente venían dos hombres a bordo, y pensaron que serían pescadores. D'Ogeron y su compañero decidieron apoderarse de la canoa aunque les costara sus vidas, y se escondieron entre los arbustos cerca de donde los pescadores desembarcarían de la canoa.

Dos hombres desembarcaron: uno español y el otro mulato. Parece ser que habían venido en busca de agua antes de salir a pescar esa noche entre los escollos, pues el mulato salió corriendo con varias calabazas pequeñas hacia un manantial que estaba cerca. Los fugitivos le asaltaron y le destrozaron la cabeza con el machete. Entonces se acercaron al español que estaba ocupado preparando las nasas de pescar cerca de la canoa, y rápidamente le eliminaron a él también.

Arrastraron el cadáver del mulato a la canoa para poder echar ambos en alta mar y de esa manera borrar toda huella o evidencia de huida. Entonces cargaron el agua que podía llevar la canoa y navegaron a toda prisa a un lugar escondido para esperar la noche antes de empezar su viaje. Tan pronto como oscureció, empezaron a navegar a lo largo de la costa de Puerto Rico hacia Cabo Rojo, y de allí se dirigieron a la Española. El viento y el tiempo les fueron tan favorables que en pocos días

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

llegaron a Samaná, una bahía en la parte oriental de la isla. Allí se encontraron con su propia gente.

D'Ogeron despachó al barbero a juntar a todos los hombres a lo largo de la costa, mientras que él mismo siguió viaje a la Tortuga. Allí hizo conocer su intención de ir a libertar a los prisioneros franceses; les envió mensajes a los barcos anclados en la rada prometiéndoles la oportunidad de ganar un botín grande, para animarles a la empresa. El barbero difundió un mensaje similar entre los franceses de la costa de la Española, de manera que al poco tiempo tenían unas grandes fuerzas para la expedición.

Luego, d'Ogeron costeó a lo largo de la Española recogiendo a los franceses que querían participar en la expedición. Les exhortó a vengarse de las inhumanas crueldades que los españoles habían cometido contra sus compañeros, y ellos prometieron unánimemente respaldarle adonde él los llevara, expresando mucha compasión por los sufrimientos de sus compañeros.

Asegurado del animado apoyo de sus hombres, d'Ogeron se dirigió directamente a Puerto Rico. Cuando alcanzaron ver la isla, los barcos usaron solamente sus velas menores, para evitar ser vistos por los españoles antes de llegar al lugar que habían escogido para su desembarco. Esta precaución fue en vano, sin embargo, pues los españoles habían recibido aviso de sus intenciones, y despacharon varias compañías de caballería a patrullar la costa. Por esto d'Ogeron juzgó conveniente no perder tiempo, y dando órdenes a su flota de prepararse, se acercó lo más posible a la costa y empezó a disparar para dar apoyo a sus tropas. Su artillería sonaba mientras los bucaneros asaltaban al enemigo con furia inesperada.

Pero las cosas resultaron muy diferentes de lo que habían esperado. Los españoles se escondieron en el bosque, acostados boca abajo y perfectamente tranquilos durante todo el tiroteo de los barcos. Entonces, cuando los franceses empezaron a en-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

trar en el bosque, los españoles acometieron repentinamente y pronto los abatieron. Los franceses se vieron obligados a retirarse a sus barcos como mejor pudieron, dejando muchos muertos y heridos detrás en el campo de batalla.

M. d'Ogeron logró salvar su vida, aunque estaba a medio fallecer de pena. Su intento había fracasado, y los hombres capturados por esta gente bárbara tendrían que pagar por su error. Sin embargo, no tenía ningún medio para rescatarlos, pues él estaba demasiado débil y sus tropas asustadas. La playa donde habían desembarcado ofrecía todas las ventajas a los defensores, de manera que un hombre en tierra podía resistir a diez invasores. Además, las fuerzas españolas habían sido desproporcionalmente mayores que las de Ogeron. Los franceses tuvieron que retirarse y abandonar sus planes.

Los españoles permanecieron en la costa hasta que los barcos franceses desaparecieron de la vista; luego mataron a los heridos, cortándoles la nariz y las orejas a los cadáveres para llevarlos de regreso y mostrárselos a los otros prisioneros como trofeo de la victoria que habían ganado. Ellos prepararon una gran fiesta, hicieron inmensas fogatas de triunfo y patrocinaron un torneo, justando a caballo con lanzas en ristre contra sus víctimas colgadas de los árboles, con un premio para el de mejor puntería. Les ofrecieron carne asada a los prisioneros muertos de hambre, y cuando estos trataron de coger la comida, les pegaron en las manos con machetes. A veces les tiraban huesos a los presos para que los royeran como si fuesen perros, y si los prisioneros no los cogían con entusiasmo, decían que no podían tener mucha hambre.

El señor Jacob Binkes, Vice-almirante de la flota holandesa, por casualidad tocó puerto para hacer aguada en Puerto Rico y fue testigo de estas crueldades inhumanas. Tuvo la compasión de rescatar cinco o seis pobres prisioneros y de llevarlos de regreso consigo a Holanda. Al enterarse los españoles de esto,

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

enviaron el resto de los cautivos a la capital, donde fueron empleados en cargar cal y piedras para unas reparaciones que hacían a las fortificaciones. Entonces los prisioneros franceses empezaron a animarse un poco, pues aunque tenían que trabajar como esclavos, les pareció que sus vidas serían preservadas, y tenían esperanzas de poder escaparse en algún momento.

Al terminarse el trabajo de reconstrucción de los fuertes y no haber ningún otro trabajo necesario en el pueblo, el gobernador envió los prisioneros a La Habana, donde fueron empleados en una tarea similar. Pero allí eran vigilados más estrictamente, pues al terminar su trabajo diario los metían en grillos y los encerraban. El gobernador temía que llegaran a conocer las fortificaciones de la ciudad, y que si algún día regresaban en la compañía de su propia gente, podrían usar esta información para atacar a la ciudad, como había sido intentado tantas veces. Por esta razón el gobernador estaba atento a cualquier oportunidad para enviarlos a España. Cuando un barco procedente de Nueva España hacía escala allí de regreso a Europa, dos o tres franceses se sumaban a la tripulación para reemplazar a los marineros que habían muerto a desertado. Esto era lo que los franceses más deseaban y le daban gracias a Dios por haberles salvado de su esclavitud.

Al poco tiempo todos habían sido enviados a España, donde lograron juntarse de nuevo e ir a Francia. Allí hacían todo lo posible por regresar a la Tortuga. Ellos se ayudaban unos a los otros en lo que podían, los que tenían dinero compartiéndolo con sus compañeros más desafortunados. Algunos que no podían olvidar ni perdonar los sufrimientos que les habían infligido los españoles, mandaron a hacer puñales y cuchillos especiales, jurando desollar vivo al primer español que lograran capturar.

Regresaron a la Tortuga en el primer barco en el que encontraron pasaje. Muchos se dedicaron de nuevo al merodeo con una flota que se estaba equipando en la Tortuga bajo el

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

mando de M. de Maintenon. Tomaron la isla de Trinidad, que está situada entre Tobago y la costa de Paria. A esta isla la obligaron a pagar una suma muy alta por su rescate. Luego, su intención era la de asaltar y saquear la ciudad de Caracas, que está situada del lado opuesto de Curazao.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

INDICE

Pág.

Introducción 1

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO I

La partida del autor. — Al servicio de la Compañía francesa de las Indias Occidentales. — Hacia el poniente americano. — El encuentro con una fragata inglesa y el desembarco en la Isla Tortuga 17

CAPÍTULO II

Descripción de la isla Tortuga; sus plantas y frutas. — Como los franceses ocuparon la isla y fueron atacados por los españoles dos veces. — Como el autor fue vendido dos veces . . 24

CAPÍTULO III

Descripción de la grande y célebre isla Española 34

CAPÍTULO IV

De los frutos, árboles y animales que se hallan en la Española . 37

CAPÍTULO V

Los animales y las aves de la Española. — Descripción de los cazadores y agricultores franceses en la isla 47

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Pág.

CAPÍTULO VI

Los primeros bucaneros 72

CAPÍTULO VII

De la manera en que los piratas arman sus barcos y el modo de preparar sus viajes 75

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO I

Origen de Francisco el Olonés y principio de sus actividades . 99

CAPÍTULO II

El Olonés arma una flota para atacar las costas españolas de América 106

CAPÍTULO III

De cómo armó de nuevo el Olonés para ir a tomar la ciudad de Santiago de León, así como también Nicaragua, donde murió miserablemente 120

CAPÍTULO IV

Las primeras hazañas de Henry Morgan 13º

CAPÍTULO V

Morgan intenta conservar la isla de Sta. Catalina para refugio y almacén de piratas, pero fracasa en su intento. — Descripción de Cuba. — Recuento de la invasión y captura de Puerto Príncipe 150

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Pág.

CAPÍTULO VI

Morgan toma la decisión de atacar Puerto Bello, arma una flota, y conquista la ciudad con poco esfuerzo 158

CAPÍTULO VII

Captura de la ciudad de Maracaibo, en la costa de Venezuela, merodeo en el lago Maracaibo y la destrucción de tres barcos españoles que tratan de impedir la fuga de los bucaneros . . 167

TERCERA PARTE

CAPÍTULO I

Morgan viene a la isla Española para equipar una nueva flota con el propósito de piratear de nuevo las costas españolas . . 197

CAPÍTULO II

La expedición a Río de la Hacha 199

CAPÍTULO III

Morgan sale con su flota de la isla Española y toma a Sta. Catalina 207

CAPÍTULO IV

Toma del Fuerte San Lorenzo de Chagre 214

CAPÍTULO V

Morgan parte del Fuerte de Chagre, acompañado de mil doscientos hombres, con designio de tomar la ciudad de Panamá . 220

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Pág.

CAPÍTULO VI

Morgan decide atacar a Puerto Bello, arma su flota y captura la ciudad con pocos hombres 235

CAPÍTULO VII

La captura de la ciudad de Maracaibo en la costa de la Nueva Venezuela. — Merodeo en el lago Maracaibo y la destrucción de tres barcos españoles que intentaron impedir la huida da los bucaneros 248

CAPÍTULO VIII

El autor llega a Cabo Gracias a Dios. — Comercio con los indios allí. — Sus costumbres. — Arribo a la isla de los Pinos y regreso a Jamaica 261

CAPÍTULO IX

M. Bertrand d'Ogeron, gobernador de la Tortuga, naufraga y cae en manos de los españoles. — Su fuga e intento de socorrer a sus compañeros 269

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

SOCIEDAD DOMINICANA DE BIBLIOFILOS, INC.
COLECCION DE CULTURA DOMINICANA

1. LA REPUBLICA DOMINICANA
   Directorio y Guía General
   Enrique Deschamps - Santiago de los Caballeros, 1907.
2. LIRA DE QUISQUEYA *Poesías Dominicanas.*
   José Castellanos - Santo Domingo, 1874.
3. VIDA Y VIAJES DE CRISTOBAL COLON
   Washington Irving - Madrid, 1852.
4. SANTO DOMINGO PAST AND PRESENT, WITH A GLACE AT HAYTI
   Samuel Hazard - New York, 1873.

4a. SANTO DOMINGO, SU PASADO Y PRESENTE
   Traducción castellana, 1974.

5. LA ISLA DE LA TORTUGA
   Lic. Manuel A. Peña Batlle - Madrid, 1951.
6. HISTORIA DE LA DOMINACION Y ULTIMA GUERRA DE ESPAÑA EN SANTO DOMINGO
   Ramón González Tablas - Madrid, 1870.
7. NOTAS AUTOBIOGRAFICAS Y APUNTES HISTORICOS
   Gral. Gregorio Luperón - Santiago, República Dominicana, 1939. (3 tomos)
8. LA SANGRE *Una vida bajo la tiranía*
   Tulio M. Cestero.
9. ANEXION Y GUERRA DE SANTO DOMINGO
   Gral. José de la Gándara - Madrid, 1884. (2 Tomos)
10. AL AMOR DEL BOHIO
    Tradiciones y costumbres dominicanas
    R. Emilio Jiménez - Santo Domingo, 1927.
11. INDIGENISMOS
    Emilio Tejera (2 Tomos)
12. SEGUNDA CAMPAÑA DE SANTO DOMINGO
    M. Lemonnier Delafosse - Le Havre, 1846.
    (Traducción de la edición original en francés)

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

13. GREGORIO LUPERON E HISTORIA
DE LA RESTAURACION
Manuel Rodríguez Objio - Santiago, República
Dominicana, 1939. (2 Tomos)
14. RECONOCIMIENTO DE LOS RECURSOS
NATURALES DE LA REPUBLICA DOMINICANA
Dr. Carlos Chardón - Informe inédito, 1939.
15. DESCRIPCION DE LA PARTE ESPAÑOLA
DE LA ISLA DE SANTO DOMINGO
M. L. Moreau de Saint-Méry - Filadelfia, 1796. (2 Tomos)
16. FOLKLORE DE LA REPUBLICA DOMINICANA
Manuel José Andrade - New York, 1930.
17. DIARIO HISTORICO
Gilbert Guillermin - París, 1811.
18. ESTADO CULTURAL DE LAS COLONIAS ESPAÑOLAS
William Walton - Londres, 1810. (2 Tomos)
19. BOSQUEJO HISTORICO DEL DESCUBRIMIENTO Y
CONQUISTA DE LA ISLA DE SANTO DOMINGO
Casimiro N. de Moya - Santo Domingo, 1913 (3 Tomos).
20. FREY NICOLAS DE OVANDO
Ursula Lamb.
21. LOS ESTADOS UNIDOS Y SANTO DOMINGO, 1789-1873.
Charles Callan Tansill.
22. LOS YANQUIS EN SANTO DOMINGO
Max Henríquez Ureña
23. SANTO DOMINGO, UN PAIS CON FUTURO
Otto Schoenrich
24. NARRACIONES DOMINICANAS
Manuel de Jesús Troncoso de la Concha
24. HISTORIA DE LA ISLA ESPAÑOLA o
DE SANTO DOMINGO
P.F.X. de Charlevoix - París, 1730 (2 Tomos)
25. SANTO DOMINGO, PINCELADAS Y
APUNTES DE UN VIAJE
Randolph Keim - Filadelfia, 1870.
26. SANTO DOMINGO, ESTUDIO Y SOLUCION NUEVA
DE LA CUESTION HAITIANA
M.R. Lepelletier de Saint-Rémy - París, 1848 (2 Tomos)
27. EPISODIOS IMPERIALISTAS
Enrique Apolinar Henríquez

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

28. DIARIO DE UNA MISION SECRETA
A SANTO DOMINGO (1846)
David Dixon Porter.
29. COMPENDIO DE LA HISTORIA DE
SANTO DOMINGO
José Gabriel García - Santo Domingo, 1893. (2 Tomos)
30. MANUAL DE HISTORIA DE HAITI
Jean Crisostome Dorsainvil
31. LOS PIRATAS DE AMERICA
Alexander Olivier Exquemelin - Amsterdam, 1678.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

DE ESTA EDICIÓN DE
LOS PIRATAS DE AMÉRICA
DE ALEXANDER OLIVIER EXQUEMELIN
SE HAN IMPRESO 2.250 EJEMPLARES
NUMERADOS PARA LOS MIEMBROS DE LA
SOCIEDAD DOMINICANA DE BIBLIÓFILOS, INC.
SANTO DOMINGO

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia